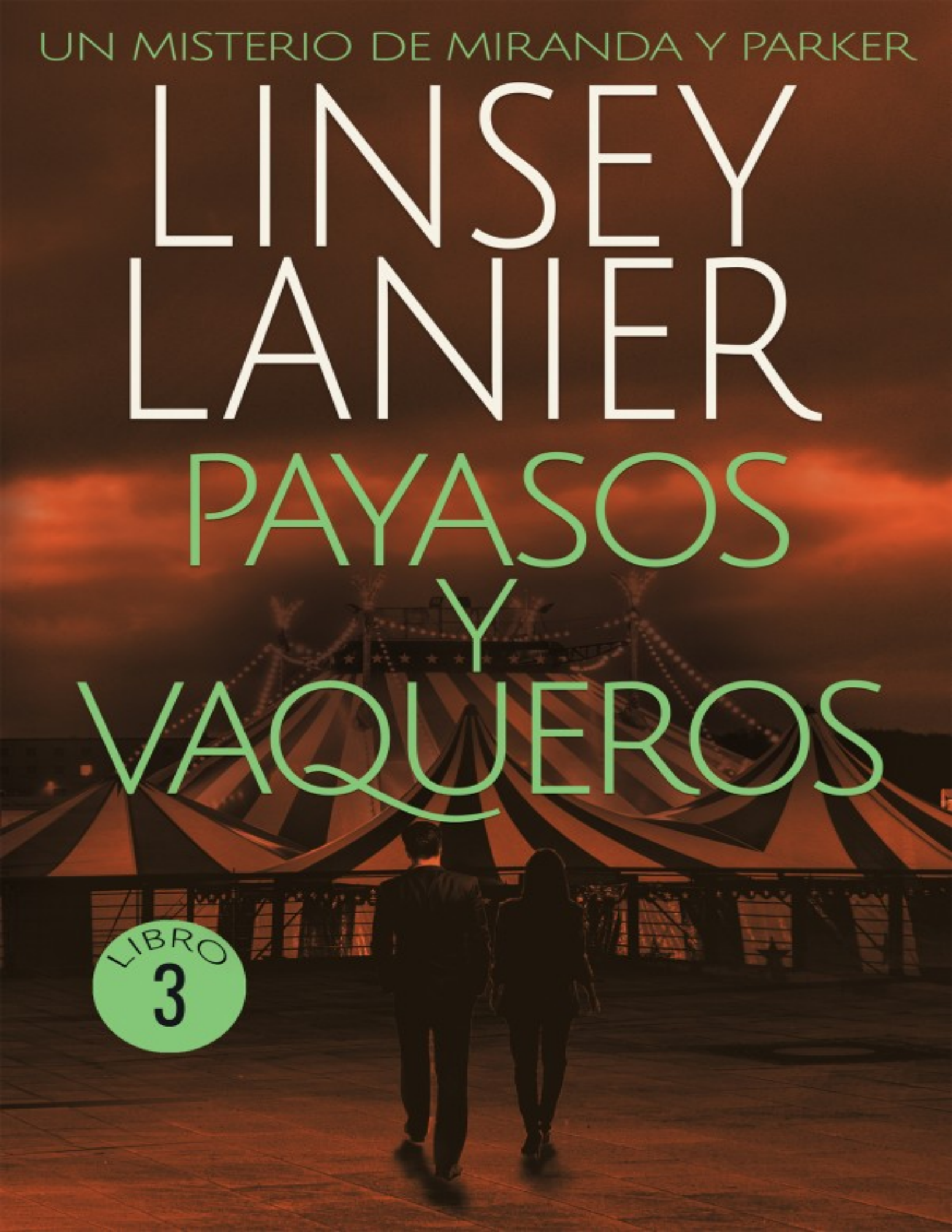
UN MISTERIO DE MIRANDA Y PARKER

LINSEY LANIER

PAYASOS Y VAQUEROS



PAYASOS Y VAQUEROS

Un Misterio de Miranda y Parker - Libro 3

Linsey Lanier

Felicity Books

Derechos de autor © 2025 Felicity Books

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor.
La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.
Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia.
Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

ISBN: 978-1-966699-35-4

RESUMEN

¿Quién asesinaría a un payaso de circo?

¿Y por qué?

Cuando la detective privada Miranda Steele recibe una llamada de un viejo amigo en Dallas, Texas, y decide aceptar el caso, su jefe y esposo, Wade Parker, no está nada contento.

Sobre todo cuando ella insiste en que se quede en casa debido a sus recientes lesiones.

De ninguna manera.

Pero cuando la sofisticación del sureste se encuentra con la rudeza del suroeste, los ánimos se caldean más que la salsa picante texana, poniendo a prueba la relación de Miranda con Parker al máximo. Y sumiendo a Miranda en un torbellino de emociones.

¿Cómo podrá resolver este caso con el conflicto entre su antiguo amigo y su actual esposo?

Necesita averiguarlo antes de que mueran más personas.

Pero el asesinato de un payaso de circo está a punto de llevarla a algo más perturbador y extraño de lo que Parker jamás hubiera imaginado.

¿Sobrevivirá a lo que descubra?

Capítulo uno
Capítulo dos

Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Resumen
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y dos
Capítulo Cuarenta y Tres
Capítulo Cuarenta y Cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo Cuarenta y Siete

Capítulo Cuarenta y ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco

CAPÍTULO UNO

«La muerte no valora más a un príncipe que a un bufón». Miguel de Cervantes Saavedra

—Veré qué puedo hacer.

En su cubículo de la Agencia Parker, donde ahora era una investigadora de Nivel Tres, Miranda Steele colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla de su computadora sin ver nada. El texto en la pantalla —datos del superaburrido caso de compensación laboral en el que había estado perdiendo el tiempo— se volvió borroso ante sus ojos.

El tecleo suave y las voces flotaban por encima de las paredes cubiertas de tela, pero lo único que podía oír era el martilleo de su corazón en los oídos. Estaba temblando por todas partes, como si le fuera a dar gripe.

Pero no era gripe. Era esa llamada telefónica.

Su viejo amigo Yosemite Sam, como todos solían llamarlo en la obra, estaba en problemas. No lo había visto en, ¿cuánto? ¿Diez u once años? No desde que habían estado juntos en Phoenix. Sonrió ante el recuerdo que se reproducía en su cabeza. Recorriendo a toda velocidad una polvorienta carretera de Arizona con Sam en un par de motocicletas.

Él le había enseñado a manejar.

Vaya que si era un viaje al pasado.

Entonces su sonrisa se desvaneció. Sam estaba ahora en Texas, en las afueras de Dallas, donde había habido un asesinato.

Necesitaba su ayuda.

Con la mente a mil por hora, tamborileó los dedos sobre la lisa superficie gris de su escritorio. ¿Qué diablos le iba a decir a Parker?

Ella y su sexi marido acababan de regresar de un caso en el extranjero y él había querido tomarse un descanso. Lo necesitaba, así que ella había aceptado. Le habían dado una buena paliza y todavía no se había recuperado del todo.

¿Pero esta llamada de Sam?

No podía ignorarla. Aunque tenía la sensación de que a Parker no le iba a gustar. Bueno, tendría que enfrentar a Parker directamente.

Enderezando los hombros, se levantó, tomó el bloc de notas en el que había garabateado algunos datos y se dirigió a la oficina de la esquina de su jefe. A paso veloz.

###

Al final de una fila de cubículos cerca de la cafetera, Miranda dobló la esquina a toda prisa y casi choca con alguien que debería haber estado mirando por dónde iba.

Levantó la vista y vio a su amigo Dave Becker.

—¡Oh! Steele. Yo… lo siento mucho —tartamudeó Becker con su nerviosismo habitual. Había tenido su gran nariz metida en la tableta esa que llevaba y no se había fijado por dónde iba.

Ella observó sus jeans y su camiseta y notó que el pelo le estaba creciendo por encima de las orejas. Además, sus cejas parecían más pobladas de lo que recordaba. Se dio cuenta de que no lo había visto en bastante tiempo.

Señaló su atuendo. —¿Hoy sin uniforme?

No es que a ella le encantara el código de vestimenta ni que vigilara a sus compañeros de trabajo. Simplemente parecía extraño que Becker no llevara el traje y la corbata requeridos.

Él la miró parpadeando como si acabara de despertar. —Supongo que no te has enterado, con eso de que tú y el jefe han estado tanto tiempo fuera de la ciudad. Me he pasado a Informática Forense. He estado trabajando con Jenkins en el laboratorio.

—¿Informática Forense?

—Sí. Ya sabes. Acoso cibernético, *hacking*, recuperación de datos. Acabamos de cerrar un caso de persona desaparecida rastreando los correos electrónicos del tipo. Estaba vivo, en un hotel del centro. No secuestrado, como temía su esposa. Aunque el matrimonio está en problemas. Le había estado enviando correos

electrónicos a una prostituta, viéndola a escondidas. Estaba en el hotel con ella, si me entiendes.

—Sí, entiendo. —El canalla. Pero Miranda estaba impresionada. Nunca había pensado en su viejo amigo Becker como un genio de la tecnología.

Agitó una mano hacia la tableta. —Realmente te estás convirtiendo en todo un *geek*, ¿eh?

Se sonrojó con timidez. —Creo que he encontrado mi pasión.

Eso era genial. Todo el mundo necesitaba una pasión. Pero Becker parecía fuera de lugar solo. —¿Dónde está Holloway? —Los dos solían ser inseparables y fueron sus primeros amigos en la agencia cuando empezó.

—En el campo.

Así que Holloway no había seguido los pasos de *geek* de su compañero.

—Con Wesson —añadió él, mirando fijamente su pantalla.

—¿Wesson? ¿En serio? —Definitivamente no era una de las personas favoritas de Miranda. Se preguntó cómo Holloway había terminado haciendo equipo con esa bruja.

—Sí. Oh, Joan quería que te preguntara algo.

—O… key. —Miranda golpeteó la alfombra con la punta de su zapato. Hacía mucho tiempo que no hablaba con su mejor amiga y probablemente Fanuzzi estaba enojada por ello.

—A ver. ¿Qué era? —Miró su tableta, deslizó algo.

Sí, Becker se estaba convirtiendo en un verdadero profesor distraído.

Algo se le ocurrió y su rostro se iluminó. —Ah, ya recuerdo. Sobre la fiesta.

Se cruzó de brazos a la defensiva. —¿Qué fiesta?

Sus ojos se abrieron como platos. —Se suponía que no debía decírtelo. O tal vez decidieron que no iba a ser una sorpresa. No, eso es. No podían hacer que fuera una sorpresa ya que tú y el jefe viajan tanto últimamente.

Se cruzó de brazos con más fuerza. —¿De qué demonios estás hablando, Becker?

—De su aniversario. Joan quiere organizarles una fiesta. Quiere fijar una fecha y empezar a planificar. Quiere que la llames.

—¿Aniversario?

—Sí. Ya sabes, ¿aniversario de bodas? El nuestro también se acerca. Está a la vuelta de la esquina. Pero podríamos posponer nuestra celebración… —Su voz se fue apagando mientras miraba su tableta de nuevo.

Miranda lo miró parpadeando.

¿Realmente había pasado un año desde que su amiga y Becker se habían casado? ¿Desde que ella había caminado hacia el altar con aquel vestido horrible? Y… un momento. ¿Sus amigos querían organizar una fiesta? ¿No había sido suficiente con la boda?

—Eh, no es necesario. Estoy segura de que Parker tendrá algo planeado.

Las comisuras de los labios de Becker se curvaron hacia abajo y de repente pareció un cachorrito perdido. —¿En serio? Joan se va a llevar una gran decepción.

Ay, por Dios.

Cuando conoció a Fanuzzi —Miranda no podía quitarse la costumbre de llamarla por su apellido de soltera—, habían estado juntas en una cuadrilla de construcción. Joan Fanuzzi era la encargada del volquete y dirigía la maquinaria pesada. Era una tipa dura. Lo último que Miranda había esperado era que Fanuzzi dejara la cuadrilla, se metiera en el servicio de banquetes y viviera para organizar fiestas elegantes.

Pero no podía decepcionar a la mujer. Fanuzzi le había sido leal cuando ella no lo merecía. Además, a Miranda no se le daba bien hacer amigos y no tenía muchos. No quería perder a su mejor amiga.

—Está bien. Dile que me llame en algún momento.

—¿Qué tal ahora?

Miranda frunció un labio. ¿Desde cuándo Becker se había vuelto tan insistente?

Miró el bloc que tenía en la mano. El de papel. Imposible. Sam necesitaba su ayuda. —No puedo ahora mismo, voy a ver a Parker.

El ceño de Becker se desvaneció, dando paso a esa admiración de colegial que solía mostrar cuando estaban en entrenamiento cada vez que ella mencionaba al investigador principal que él prácticamente adoraba. —¿Tienes otro caso?

No podía hablar de este. —Tal vez. Ya veremos.

Y pasó a su lado, dejándolo mirando su tableta en busca de una respuesta.

CAPÍTULO DOS

Miranda encontró la puerta de Parker entreabierta y llamó suavemente.

—Adelante —dijo él desde adentro.

Haciendo acopio de valor, entró en la gran oficina de la esquina con una sonrisa pegada en la cara. Con sus altos ventanales, su reluciente mobiliario de cristal y sus serenos tonos azules y grises, el dominio laboral de Parker calmaba e intimidaba a los clientes al mismo tiempo.

Algo parecido a como se sentía ella en ese momento.

Percibió el aroma a café y vio que él tenía su elegante taza con monograma dorado sobre el escritorio. Llevaba un traje de seda color carbón oscuro y una corbata gris azulada que habría combinado bien con sus ojos. Si no fuera por la veta de color rojo purpúreo que tenía bajo uno de ellos.

Su rostro seguía siendo tan arrebatador como para morirse, incluso con la marca. Y la idea del duro cuerpo musculoso bajo aquel traje elegante le provocaba un estremecimiento en el estómago. Eso y saber que la amaba. Nunca se acostumbraría a ello. Nunca superaría la sorpresa que le causaba ese simple hecho.

Y ella también lo amaba.

Sin un solo de sus cabellos entrecanos y bien peinados fuera de lugar, él se concentraba en la pantalla de su computadora, aunque sabía que ella estaba allí. Siempre podía sentirla, de la misma manera que ella a él.

Aun así, se aclaró la garganta para llamar su atención. —¿Tienes un minuto?

Él volvió la mirada hacia ella y la fijó con aquellos maravillosos y sexis ojos. —Siempre tengo tiempo para ti, mi amor. —Su voz era

baja y gutural e impregnada de aquel acento sureño, sofisticado y de clase alta que era único en él.

Suficiente para hacer babear a cualquier mujer.

—Necesito hablar contigo de algo.

Su expresión se tornó seria. —Por supuesto.

Tomó asiento en una de las mullidas sillas de visitas de color azul pálido y tamborileó con un bolígrafo en su bloc de notas. ¿Cómo iba a decir esto?

Con cuidado, decidió.

—Acabo de, eh, recibir una llamada de un amigo.

Él arrugó la frente y reprimió una mueca de dolor. Los movimientos faciales todavía le dolían. —¿Un amigo?

—Alguien que conocí hace un montón de años. Solíamos trabajar juntos. —No había necesidad de contarle más que eso. Sin embargo, podía ver la curiosidad en su rostro. Siempre le había dicho que no tenía amigos antes de venir a Atlanta. Eso era básicamente cierto.

—¿Qué quería tu amigo?

Se removió en la silla. —Ha habido un asesinato. La policía local cree que fueron causas naturales.

—¿Y no lo fue?

—Mi amigo cree que alguien mató a este tipo.

Parker se recostó en su silla. —Ya veo.

—Así que, tenemos otro caso. —Le dedicó una sonrisa vivaz.

Parker se llevó un dedo al labio, que ya no estaba hinchado, y estudió a su esposa. Su cabello oscuro estaba voluminoso y alborotado como de costumbre, y no pudo evitar imaginar la sensación de tenerlo entre sus manos.

Había pasado demasiado tiempo desde que había podido hacerle el amor.

Llevaba un ligero conjunto de tweed en uno de los tonos oscuros que ella prefería, con pantalones ajustados y una chaqueta con cinturón que se ceñía a su estrecha cintura. Observó el cuerpo esbelto y en forma de ella, ahora casi totalmente recuperado de las heridas que había sufrido varios meses atrás. El deseo crecía en su interior mientras la veía cruzar y descruzar las piernas.

La ansiedad de ella, cualquiera que fuera su causa, le divertía. No era del tipo ansioso. La conocía. Mejor aún ahora. Cuando miraba a Miranda Steele, veía aún más de lo que siempre había visto en ella. Una fuerza imparable, una determinación pura, un valor asombroso. Con esas cualidades le había salvado la vida.

Le complacía que llevara el anillo de zafiros y diamantes de su madre junto con su pareja. Su anillo de bodas. Aunque se negaba a llevarlo en las misiones por miedo a perderlo. También le complacía que le preocupara perderlo.

Y la semana pasada, tras las lesiones de él, ella lo había estado cuidando, tratándolo con solicitud maternal, mostrando un lado más doméstico del que él sabía que poseía.

La deseaba ahora, igual que en tantos otros momentos inoportunos. La amaba con todo su ser. Pero también se dio cuenta de que se había puesto el bolígrafo detrás de la oreja y estaba girando los anillos en su dedo. Un gesto que le decía que ocultaba algo. No era difícil deducir de qué se trataba.

—¿Cómo se llama tu amigo? —dijo él, como si fuera una conversación casual.

Miranda frunció los labios varias veces y se miró las manos. Dejó de girar los anillos y se quitó el bolígrafo de detrás de la oreja. ¿Por qué había pensado por un solo instante que podría ocultárselo a Parker? La había calado por completo.

—Sam —le dijo.

—Sam es el diminutivo de Samantha, ¿supongo? —Había tanta ironía mordaz en su tono, que el aire se espesó al instante con ella.

Miranda puso los ojos en blanco. —De acuerdo, listillo. Es un hombre.

Él enarcó las cejas. —¿Ah, de verdad?

Vaya actor. Lo había sabido en cuanto ella lo mencionó. Cedió. —Se llama Sam Keegan. Como te dije, trabajamos juntos en Phoenix hace algunos años. Quiere mi ayuda. Ha habido un asesinato.

Parker abrió despreocupadamente una carpeta sobre su escritorio y ojeó su contenido. —¿Lo han arrestado? —Otro comentario mordaz, ya que ella acababa de decirle que la policía pensaba que el tipo murió por causas naturales.

—No… la víctima era el mejor amigo de Sam. Se llamaba… —Consultó sus notas—. Tupper Magnuson. Era un payaso.

Con los ojos todavía en la carpeta, Parker frunció el ceño. —No es una forma muy respetuosa de hablar de los muertos.

—No. Un payaso de verdad. ¿Sabes?, ¿cara blanca, zapatos grandes? Sam está ahora en el circo.

Cerró el archivo y la miró. —Interesante. ¿Dónde?

—En Texas. Al este de Dallas. —No era su lugar favorito en el mundo, pero eso no importaba. Agitó su bloc de notas—. Tengo que ir a ayudarlo, Parker. Es un viejo amigo.

Parker se reclinó en su silla y se meció un poco, sus sexis ojos grises se entrecerraron en modo analítico. —¿Por qué te llamó a ti?

Ella soltó un bufido. —Me vio en la tele cuando estuvimos en Las Vegas.

—¿De verdad?

¿Era tan difícil de creer? —A lo mejor piensa que soy una detective cojonuda.

—Sé que eres una detective cojonuda. ¿Pero estás segura de que eso es lo que realmente quiere?

Sabía que iba a tener problemas, pero no pensó que él tomaría este ángulo. —¿Qué estás diciendo? ¿Crees que se inventó el caso? ¿Por qué haría eso?

—Por un sinfín de razones. ¿Cuánto hace que no lo ves?

—Unos diez años.

—¿Y has sabido algo de él durante todo este tiempo?

Ella negó con la cabeza.

Él asintió como si hubiera ganado una discusión. —¿Has investigado sus antecedentes?

—¿Investigar sus antecedentes? —espetó mientras se ponía de pie de un salto.

—No es raro hacerlo con un cliente potencial que apenas conoces.

Caminó hasta la ventana y se cruzó de brazos. Odiaba admitirlo, pero Parker tenía razón. Apenas conocía ya a Sam, por muy nítido que fuera su recuerdo de él.

Era un tipo alocado cuando trabajaban juntos. Un verdadero temerario. Y un trotamundos como lo había sido ella. Parecía que todavía lo era. Esto podría ser... algún tipo de artimaña. Demonios, si su amigo fue asesinado, él podría ser el asesino y podría querer que ella encontrara la manera de librarlo cuando la policía lo descubriera. No, ese no era Sam.

Aun así, una investigación de antecedentes podría no ser una mala idea.

Más calmada ahora, se dio la vuelta para encarar a su marido. —De acuerdo. Lo investigaré. Y si no hay nada raro, iré a Texas.

Ahora le tocó a Parker ponerse de pie de un salto, aunque había una mueca de dolor en su atractivo rostro, así como una buena dosis de conmoción. Lo vio casi agarrarse el costado. Esas costillas magulladas suyas eran una jodienda.

—¿Tú? ¿O sea, sola?

—Por supuesto. —Agitó su cuaderno hacia él—. Tú no puedes ir. Todavía estás convaleciente. Me tomaré unos días de vacaciones. Lo haré en mi tiempo libre. Pro bono, si hace falta. —Sam probablemente no podía permitirse ni un tercio de su abultada tarifa.

Parker soltó una risa sombría e irónica. —Este negocio es una sociedad, Miranda.

—Exacto, como nuestro matrimonio. Nos cuidamos el uno al otro, nos cubrimos las espaldas. Y si uno de nosotros no está a la altura de un trabajo, el otro lo suple y se encarga. —Se acercó a él, a punto de darle un rápido beso en los labios.

Antes de que pudiera, él la agarró de los brazos y la sujetó con firmeza. —Somos Consultores Parker y Steele. O vamos los dos, o no va ninguno. —Sus ojos brillaron con frialdad.

Lo había visto enfadado muchas veces, pero nunca antes había visto esa mirada tan dura en sus ojos. Le sostuvo la mirada y luchó contra la ira que estallaba en su interior.

¿Ahora tenía que elegir entre ayudar a Sam y arriesgarse a que Parker se volviera a lesionar? ¿Qué creía que estaba haciendo? ¿Por qué lo ponía tan difícil? ¿O es que no creía que ella pudiera manejar un caso sola? Ese pensamiento la enfureció aún más.

Consideró la posibilidad de tener una discusión con él allí mismo, en su oficina, durante el horario laboral. Pero eso solo lo empeoraría. Y perdería tiempo. En lugar de eso, decidió llegar a un acuerdo.

Se soltó de su agarre. —De acuerdo, Parker. Si quieres poner en riesgo tu salud, no puedo detenerte. ¿Qué te parece esto? Vamos, pero si creo que te estás excediendo, tienes que volver al hotel y descansar.

Él inspiró lentamente, su expresión se suavizó. —¿Y si me niego a ir?

Con una sonrisa de suficiencia, ella se encogió de hombros. —No puedes negarte. Es mi turno de estar al mando.

Sus ojos casi brillaron mientras la comisura de su labio se curvaba un poco. —Ya veremos. —Volvió a acomodarse en su silla, fingiendo no sentir ningún dolor.

Jugueteó de nuevo con la carpeta, tomó un bolígrafo, lo volvió a dejar. Casi había logrado hacerla gritar de frustración cuando por fin asintió lentamente. —Muy bien, Miranda. Ambos iremos a Dallas.

Ella soltó un suspiro. —No te arrepentirás. Sam es un buen tipo.

—Estoy seguro de que es un ciudadano bueno y honrado. —Se giró de nuevo hacia la pantalla de la computadora—. Y como tú estás al mando, puedes hacer las reservaciones.

Eso la hizo parpadear. —¿Ah, sí?

Ahora él le dedicó una sonrisa plena. Una sonrisa que destilaba una victoria silenciosa. —Después de que me traigas los resultados de esa investigación de antecedentes.

CAPÍTULO TRES

Llevó el resto de la tarde obtener los resultados de la investigación de antecedentes, y cuando el historial de Sam llegó limpio, Miranda tuvo que trabajar con Gen para reservar el hotel y los boletos de avión.

Qué alegría.

La hija de Parker se había ablandado mucho con ella después de todo por lo que habían pasado, pero trabajar con Gen seguía siendo tan divertido como echarse ácido en la cabeza.

Y a Parker no le impresionaron en lo más mínimo los antecedentes de Sam.

Se parecía mucho al suyo cuando conoció a Parker. Saltando de un trabajo a otro, una noche en la cárcel aquí y allá tras una pelea de bar. Como ella, él era del tipo ansioso e inquieto. Se había unido a Under the Big Top, Inc. hacía tres años y los viajes de su nuevo empleador ahora satisfacían sus ansias de viajar, supuso ella, por lo que había habido una apariencia de estabilidad desde entonces.

Pero un trato era un trato, así que se fueron a casa, cenaron algo y Parker, a regañadientes, hizo una maleta antes de que partieran hacia el aeropuerto.

###

El vuelo fue directo, de poco más de dos horas, y aterrizaron en el Aeropuerto Internacional de Dallas-Fort Worth justo antes de las once de la noche.

Miranda había intentado pegar ojo en el avión, pero no lo había logrado. Su mente había estado demasiado ocupada pensando en cómo evitar que Parker se excediera y en cómo evitar que descubriera… bueno, eso ya no importaba. ¿O sí?

Mientras bajaban de la rampa hacia la zona de embarque, Miranda pensó que Parker parecía agotado. Dormirían bien esa noche en el hotel y empezarían la investigación por la mañana, decidió.

A punto de contarle el plan, dio un paso hacia la salida… y se detuvo en seco.

Su mirada recorrió la figura que se apoyaba despreocupadamente en la pared baja que separaba la sala de espera del pasillo.

Unas densas ondas rubias bajo un Stetson color moca. Camisa de trabajo de un azul rudo, con las mangas arremangadas. Vaqueros gastados lo suficientemente ajustados como para revelar unos músculos igualmente rudos. Botas de vaquero y un par de ojos burlones de color verde bosque. Se veía bien. Había envejecido un poco, pero ella también.

Aquellos ojos la devoraron con la mirada, con un labio curvado en la sonrisa de un auténtico coqueto.

—Hola, nena —canturreó con ese conocido acento del suroeste.

Miranda no supo qué pensar. Le había dejado un mensaje de texto diciéndole cuándo llegaban y el número de vuelo, pero no esperaba que estuviera allí.

Se acercó a él contoneándose.

—Vaya, vaya, vaya. Si es el viejo Sam Bigotes.

—Si es la vieja patea-traseros Steele. —Antes de que pudiera detenerlo, la tomó en sus brazos, le dio una vuelta y le plantó en los labios un beso que le quitó el aliento.

Más que nada porque fue muy inesperado.

—Bájame antes de que tenga que patearte *tu* trasero —rio ella.

—Sí, señora. —Así lo hizo, se quitó el sombrero de vaquero e hizo una profunda reverencia mientras se metía el Stetson bajo el brazo.

Podía haberse unido al circo recientemente, pero siempre había sido un artista.

Miranda miró de reojo a Parker.

Observaba en silencio en modo investigador, con una expresión de diversión forzada en el rostro. Intentaba parecer agradable e

imperturbable, pero ella notaba que no estaba nada contento con este recibimiento.

Fingió arreglarse el pelo.

—Eh, Sam. Este es Wade Parker. Es mi socio.

—¿Socio? —dijo Sam con su deje lento.

—Somos consultores juntos. Los dos trabajaremos en tu caso. —Habían hecho un pacto de no decir a los clientes que eran un matrimonio y no pensaba cambiarlo ahora. Era una investigadora por derecho propio y no necesitaba colgarse de la fama de Parker.

—No sabía que tenía una oferta de dos por uno —rio Sam.

—También es mi jefe. Es el dueño de la agencia donde trabajo.

—Estoy impresionado. —Sam extendió una mano—. Encantado de conocerle, señor Parker.

—El placer es todo mío —dijo Parker en un tono rico y aristocrático del sureste que ocultaba perfectamente su sarcasmo para cualquiera que no fuera Miranda—. Espero que podamos darle una solución muy pronto.

Sí, cuanto antes, mejor, en lo que a Parker concernía, pensó ella mientras veía a los hombres medirse con la mirada como dos toros en un rodeo evaluando a la competencia.

—Bueno —sonrió Sam—. Yo los llevo. Tuve que estacionar en el quinto pino, así que el camino será un poco largo.

Parker le lanzó una rápida mirada que decía «*¿no-reservaste-un-auto-de-alquiler?*».

Ella se encogió de hombros en respuesta.

—No podemos rechazar la hospitalidad local, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Parker forzó otra sonrisa para Sam—. Entonces, será mejor que nos vayamos.

CAPÍTULO CUATRO

Tenía razón con lo de que estaba en el quinto pino.

Antes de salir al exterior, tuvieron que caminar con dificultad por lo que parecían hectáreas de pasillos relucientes llenos de anuncios, letreros que les daban la bienvenida al estado de la estrella solitaria y tiendas de recuerdos que ostentaban botas de cuero repujado, corbatas vaqueras y figuritas de ganado. Luego tuvieron que tomar un autobús hasta el estacionamiento más alejado.

Para cuando llegaron al vehículo de Sam, que resultó ser una camioneta destartalada de color rojo cereza y parrilla oxidada, Miranda estaba preocupada por el estado de Parker. Pero pensó que solo empeoraría las cosas si decía algo delante de su nuevo cliente.

Después de que Sam puso el equipaje en la caja, los tres se apiñaron en el asiento delantero con Miranda en medio.

Sam arrancó y avanzaron a los tumbos por la TX-161, soportando la mala suspensión de la camioneta. La ciudad de acero y cristal, brillantemente iluminada, se alzaba frente a ellos, mientras que kilómetros de pradera se extendían en la noche a cada lado.

Además de una suspensión decente, la camioneta no tenía aire acondicionado, así que tuvieron que viajar con las ventanillas bajadas. El aire campestre que alborotaba su cabello le trajo recuerdos. Según recordaba Miranda, Texas se parecía mucho a Atlanta. Solo que era más grande, más plano, más caluroso y estaba más impregnado de olor a ganado.

Dallas, sabía ella, había empezado como un pueblo ganadero, se había convertido en una ciudad ferroviaria y, finalmente, en una ciudad tecnológica. El lugar era ahora la sede de las oficinas corporativas de un montón de empresas de tecnología y telecomunicaciones.

Pero sus recuerdos del lugar no eran tan glamorosos.

Hacía unos cinco años había regresado al oeste al enterarse de un trabajo en una plataforma petrolera en las afueras de Denton. El trabajo había sido duro y el acoso de sus compañeros, brutal. Había tenido que poner en su sitio a unos cuantos con los movimientos de muay thai que había perfeccionado con los años.

En realidad, nunca le había gustado este lugar. Y menos ahora que sabía que aquí era donde Leon le había seguido el rastro, por así decirlo; a pesar del olor bovino en el aire. No quería pensar en él.

Le echó un vistazo a Parker.

Con la espalda erguida, miraba fijamente por el parabrisas con una expresión estoica. Tenía la mandíbula apretada. Debía de estar sufriendo. Casi podía sentir su dolor. O quizás era su conciencia. Debería haber insistido más para venir aquí sola. Pero por mucho que odiara que él estuviera sufriendo, en el fondo se alegraba de que estuviera allí.

No quería estar a solas con Sam Keegan.

Respiró hondo y rompió el incómodo silencio. Hora de ponerse manos a la obra.

—Bueno, Sam. Háblanos de tu amigo, Tupper Magnuson.

Con las manos en el volante, el rostro de Sam se enterneció.

—El buen Tup. De verdad que lo voy a extrañar.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

—Desde que éramos niños, la verdad.

—¿Tanto tiempo?

—Fuimos juntos a la primaria —dijo Sam, negando con la cabeza —. Ese Tupper. Era todo un personaje. El payaso de la clase. Ya sabes, siempre haciendo bromas, haciendo reír a todos los niños, ¿metiéndolos en problemas? Pero siempre daba la cara y asumía la culpa cuando el maestro se la agarraba con otro.

—¿Como contigo?

Él asintió.

—Un montón de veces. Y no solo cuando era su culpa. Era un amigo de verdad.

Sonaba como un tipazo.

—Supongo que no fue un gran salto para él convertirse en un payaso de verdad de adulto.

—Era algo natural en él. Su familia se mudó y perdí el contacto con él después de sexto grado.

—¿Y te reencontraste con él después de unirte a Under the Big Top?

—Casi. Hace poco más de tres años, The Big Top vino a Phoenix y oí que buscaban nuevos números. Pensé en probar suerte en broma. No esperaba que pasara nada. Pero cuando audicioné, allí estaba el viejo Tup. Ni siquiera nos reconocimos al principio. —Se rio suavemente y se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—¿Qué pasó?

—Alguien que miraba las audiciones le dijo mi nombre. Se acercó y nos miramos con los ojos entrecerrados unos minutos, rascándonos la cabeza. Entonces caímos en la cuenta y descubrimos quiénes éramos. Después de eso, todo fueron abrazos y palmadas en la espalda. Hasta el día de hoy, creo que él fue la razón por la que me contrataron. Debió de haber hablado bien de mí.

Interesante. Miranda miró a Parker. Estaba en silencio, pero absorbiéndolo todo.

—Entonces, ¿cómo era trabajar con él? —preguntó ella.

—Oh, genial. No estábamos en el mismo número, por supuesto.

—Por cierto, ¿cuál es tu número? —Miranda sintió que Parker se revolvía por la forma en que habían sonado sus palabras—. Quiero decir, no me dijiste por teléfono qué haces en el circo.

Una gran sonrisa pícara se extendió por el rostro de Sam.

—Manejo una motocicleta.

—¿Eso es un número de circo? —Siempre había pensado que las motocicletas eran solo por diversión.

Él soltó una risita.

—Otros seis tipos y yo damos vueltas dentro de una gran jaula de acero redonda.

Miranda se enderezó, sintiendo una repentina oleada de emoción recorrerle la sangre.

—¿De verdad? ¿Boca abajo y todo?

—Ajá. Y hay luces de colores parpadeando y la música sonando. Es bastante dramático.

—Suena a que sí. Muy genial.

Él sonrió con modestia.

—Tup me enseñó a manejar al público. Me dio muchos consejos cuando empecé. —Su voz se suavizó—. Pero siempre fue amable con todos. Todos en el espectáculo lo querían. El público también. Especialmente los niños. Tup solía visitar los hospitales infantiles locales dondequiera que estuviéramos y hacía una versión modificada de su número. Ya sabes, ¿trucos de magia? Sacar globos o flores de papel de su chaqueta. Los niños lo adoraban.

Sam se quedó en silencio un buen rato y Miranda creyó ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Es que no sé por qué alguien querría matarlo.

—Para eso estamos aquí.

Él asintió, pasándose de nuevo un dedo por debajo de la nariz.

—¿Quieren que los lleve directamente al hotel? ¿O preferirían…? —Miró el reloj del tablero, que increíblemente no estaba roto—. Caray, es tardísimo.

Sí, lo era. Y Parker se movía incómodo a su lado.

—Creo que será mejor que nos retiremos a descansar y empecemos por la mañana.

—Claro que sí. Es que pensé…

—¿Qué?

—Quizás les gustaría ver el tráiler de Tup. Es donde él… donde ocurrió.

—¿Lo mataron en su propia casa? —Sam no le había dado muchos detalles por teléfono.

Sam asintió sombríamente.

Miranda se volvió hacia Parker.

—¿Se siente con fuerzas?

Él respondió asintiendo con rigidez.

—Cuanto antes empecemos, mejor.

Y antes podrían terminar e irse. En eso estaba de acuerdo con Parker, pero deseaba que él descansara primero. Se suponía que ella

debía decidir si él iba al hotel a descansar o no, pero probablemente no era buena idea mencionarlo delante de Sam.

Parker se inclinó hacia delante y miró alrededor de ella.

—Señor Keegan, ¿está seguro de que la policía no tiene acordonada la residencia?

—Por favor, llámeme Sam. No. Por ahora creen que fue por causas naturales.

Entonces no habrían usado la cinta amarilla. Aunque era una decisión bastante rápida.

Parker le dedicó un breve asentimiento.

—Entonces no deberíamos tener problemas para entrar.

CAPÍTULO CINCO

Sam los llevó por la I-30 y a través de la ciudad. El tráfico era ligero, a excepción de los tráileres y el ocasional grupo de trasnochadores, y después de otra media hora, tomaron un camino de tierra angosto a una milla o dos del estadio Cotton Bowl.

Miranda miró por la ventanilla hacia una gran área cubierta de hierba llena de autocaravanas y remolques estacionados en largas filas de seis o siete de profundidad. A lo lejos pudo distinguir la forma de la gran carpa donde se realizaban las funciones.

Así que aquí era donde vivía la gente del circo.

La camioneta de Sam traqueteó por el sendero hasta que llegaron a una Winnebago de buen aspecto más cerca de la carpa. Se detuvo a un lado del camino.

Miranda entrecerró los ojos para ver el reluciente vehículo blanco bajo una luz cercana.

—¿Es esa?

—Sí. A Tup le tocó una buena casa rodante porque es una de las atracciones principales. Algunos de los otros artistas principales también tienen una. —Señaló las casas móviles de varios tamaños esparcidas por el terreno—. El resto de nosotros estamos en las más destartaladas por allá. —Hizo un gesto para indicar el espacio más al fondo.

Los reflectores brillaban en los árboles cercanos. Salía luz de las ventanillas de algunos remolques, pero no había nadie afuera. Todo parecía tan quieto como una morgue. Sin duda, todos estaban de luto por la pérdida de un compañero artista.

Sam se bajó de la camioneta mientras Parker abría la puerta del copiloto y ayudaba a Miranda a bajar. Ella se aseguró de no apoyarse en él, pero no iba a rechazar el galante gesto delante del

cliente. Sobre todo de otro hombre. Sobre todo de *este* hombre. Demasiada testosterona pura flotando en el aire.

Sam se dirigió hacia una pequeña escalerilla hecha a mano frente a la puerta de la casa rodante y se metió la mano en el bolsillo.

—Tengo una llave. Tup siempre me dejaba sentirme como en mi casa aquí.

Justo cuando ponía una bota en el primer escalón, Parker lo bloqueó con un brazo.

—No lo hagas, Sam.

Sam lo miró con los ojos entrecerrados, como si lo estuviera desafiando.

—¿Qué pasa?

Miranda también quería saberlo.

Vio cómo Parker sacaba dos pares de delgados guantes de plástico color carne del bolsillo de su abrigo. ¿Cómo es que siempre estaba tan bien preparado? Le entregó un par a ella.

—Por si la policía no ha terminado aquí.

—Ya veo —dijo Sam, pensativo—. Supongo que sí saben lo que hacen.

—Sí, lo sabemos. —Parker se puso los guantes, tomó la llave de manos de Sam como si fuera su agente inmobiliario entregándole la propiedad y subió los escalones.

Miranda no vio ninguna mueca de dolor en su rostro, pero sabía que la estaba conteniendo.

Abrió la cerradura y encendió una luz.

Ella lo siguió adentro mientras Sam iba tras ella.

En cuanto cruzó el umbral, Miranda sintió que la ropa se le empezaba a llenar de sudor. Habían cortado el aire acondicionado y el lugar estaba francamente sofocante. Olía relativamente limpio, a excepción del persistente olor a muerte reciente.

Pero tenían un trabajo que hacer. Miró a su alrededor.

Era un lugar agradable y acogedor. Las típicas y estrechas estancias de una casa sobre ruedas. Cocina diminuta, estufa y refrigerador pequeños, probablemente de propano, una mesa de comedor plegable. Sala con un sofá que también servía de cama, un baño minúsculo al fondo. Pero todo parecía nuevo.

—Tup acaba de comprar este lugar hace como un mes —explicó Sam—. Su antigua casa rodante era bastante bonita, pero el dueño pensó que merecía una mejor.

Miranda asintió en señal de reconocimiento y cruzó la sala hacia el baño. Abrió la puerta y echó un vistazo. Ducha y lavabo pequeños. Suelo de linóleo relativamente limpio. Toallas, jabón, loción para después de afeitar. El típico baño de un hombre. Cerró la puerta y solo necesitó dos pasos para volver al área principal.

La decoración aquí era una mezcla de rústico vaquero y moderno, nada demasiado caro. Paneles de imitación de madera y suelo de imitación de madera. Un televisor de pantalla grande en la pared del fondo. Debajo había una credenza estrecha con equipo de video y algunos libros. Novelas del Oeste de bolsillo y algunos de tapa dura. Leyó algunos de los títulos. Biotecnología, Genética, Clonación. Eso era raro.

—¿A Magnuson le interesaba la ciencia?

Plantado entre la pequeña sala y la cocina, Sam se encogió de hombros.

—Le interesaban muchas cosas. —Su voz tenía un sonido lejano.

Miranda observó el sofá de terciopelo azul marino en el centro de la habitación. Parecía casi nuevo. Excepto por una mancha oscura en el medio que había visto al pasar. Tenía una idea bastante clara de lo que era. Era lo que Sam estaba mirando en ese momento.

Fingiendo no notar el sofá, Parker abrió las alacenas de la cocina.

—¿Dice que fue aquí donde expiró su amigo?

—¿Expiró? Ah, sí. Lo encontré justo ahí en el sofá anoche. —Mirando fijamente el mueble, Sam dejó escapar un gemido bajo y gutural.

Miranda dio un paso hacia él.

—¿Estás bien, Sam?

—Es que… cuando entramos aquí ahora mismo… por un momento pensé: «Tup probablemente está en el baño». —Soltó una risa corta y dolorosa—. Todavía no puedo creer que de verdad se haya ido. ¿Cómo pudo alguien hacerle esto? —Se dejó caer en una silla cercana y se cubrió la cara con las manos.

Miranda quiso darle un abrazo reconfortante.

—Descubriremos quién hizo esto —le dijo. Y lo decía en serio.

Luego levantó la vista y vio que Parker había hecho una pausa en su búsqueda, con la puerta de una alacena abierta en la mano. Le dirigió una mirada larga y fija. ¿Pensaba que Sam estaba a punto de confesar algo? ¿O había decidido que la policía tenía razón sobre las causas naturales?

Como Sam no dijo nada más, Miranda decidió insistir un poco.

—¿A qué hora encontraste a Tupper?

—Anoche, como a las diez. Terminamos la función de la noche alrededor de las nueve e íbamos a salir a comer pizza juntos. Uno de los chicos de mi compañía, Danny, iba a manejar. Esperamos a Tup en la casa rodante de Danny media hora. Como no aparecía, vine para ver qué pasaba. Y ahí estaba… ¡Oh, Dios!

—¿Qué hiciste?

Sam levantó la mirada al techo.

—Fui tan estúpido. Le dije que tenía hambre y que dejara de hacerse el muerto. Siempre bromeábamos. Era muy bromista. Yo… yo pensé que abriría los ojos y se reiría de mí. Pero no se movió. Me acerqué a él, le di una sacudida. No respondió. Pensé, vaya, esta vez sí que me la está haciendo buena. Y entonces… olí ese olor horrible.

El olor que había dejado la mancha en el cojín.

—Supe que algo horrible había pasado. Saqué mi celular y llamé al 911. Tardaron una eternidad en llegar. Todo el tiempo que esperé, intenté reanimarlo. Le di palmadas en las muñecas, en la cara. Nada. —Sam se quedó con la mirada perdida en el espacio—. Luego oí la sirena y de repente la habitación se llenó de paramédicos y policías. Me interrogaron, tomaron una declaración. Pregunté qué había pasado y uno de los policías me dijo que probablemente había tenido un ataque al corazón. Encontraron medicamentos para la presión arterial en una de las alacenas. Ni siquiera sabía que estaba tomando nada.

Miranda se preguntó si los policías solían dar ese tipo de información cuando no sospechaban de un crimen. No tenía mucha experiencia con muertes por causas naturales.

Parker levantó un frasco de medicamentos de una alacena.

—Diovan. Una dosis bastante alta. —Lo volvió a poner en su sitio y rodeó la barra para examinar la mancha en el sofá.

Su rostro se puso tan sombrío como la sensación que le revolvía el estómago a Miranda. Sabía que estaban mirando la mancha del fluido corporal que el difunto había expulsado al morir.

Parker examinó el sofá, levantó uno de los cojines.

—¿Por qué cree que la policía se equivoca?

Sam levantó la vista, con sus ojos verdes llorosos y aturdidos.

—Había una copa de vino vacía sobre la mesa. —Señaló el mueble—. Creo que tenía algo. Yo… ¿qué están haciendo?

—Nuestro trabajo —dijo Parker fríamente—. ¿Cree que su amigo fue envenenado?

—Sí.

Miranda agarró el cojín del otro extremo y hundió los dedos en las grietas, tal como Parker estaba haciendo en el otro lado. Cuando se encontraron en el medio, habían reunido cincuenta y cinco centavos en cambio entre los dos, pero ninguna evidencia de crimen alguno.

Dejó caer las monedas sobre la mesa de centro baja que estaba frente al sofá y soltó un suspiro. Necesitaban mejor equipo si iban a encontrar algo. Si es que había algo que encontrar.

Entonces, algo le llamó la atención.

En el estante de abajo de la mesita de centro había otro libro. No era como los demás. Tenía cantos dorados y una tapa gruesa. Lo sacó y lo sostuvo en alto. La tapa imitaba la piel de vaca, con un sombrero de vaquero y un lazo repujados en el centro.

Parker volvió a poner el último cojín en su sitio y lo examinó. —¿Un álbum de fotos?

—Supongo que eso es.

—Ah, sí. Eso. —El tono de Sam fue arisco, y su labio se curvó con desdén mientras señalaba el libro.

—¿Qué sabes de esto? —le preguntó Miranda.

—Solo ábrelo.

Así lo hizo.

Fotos… en colores vivos y brillantes. La primera, un payaso frente a una carpa sosteniendo un manojo de globos. Su cabeza estaba

coronada por una gran peluca de rizos azul brillante. Su estrafalario atuendo era de rayas amarillas y verdes, con grandes botones rojos en el frente. Llevaba guantes blancos de dedos enormes y la cara pintada con la expresión feliz de un payaso.

En la siguiente foto, el payaso le entregaba globos a unos niños. En la que seguía, parecía que estaba bailando y haciendo que los niños soltaran unas risotadas.

—¿Así que este es Tupper? —preguntó Miranda.

Sam asintió, con el rostro enternecido. —Ese es él. O era.

Pasó la página.

La primera foto de allí era de una hermosa joven con un brillante traje verde azulado, posando dramáticamente bajo un reflector, con una tira de tela sedosa y blanca en cada mano. En la siguiente foto, estaba en el aire, con ambas piernas grácilmente extendidas en un *split* impresionante, cada tobillo envuelto en la tela blanca. Se podía ver el brillo de las uñas de sus pies, pintadas de verde azulado.

En la siguiente toma, estaba suspendida de un aro, con las manos y los pies en el aire. *Vaya*.

Finalmente, estaba en el suelo, haciendo una reverencia. Su largo cabello rubio, recogido en una cola de caballo, le llegaba casi hasta el piso. Sus ojos oscuros tenían una mirada misteriosa y sensual, y llevaba mucho maquillaje escénico, pero debajo del polvo Miranda pudo notar que tenía una belleza natural.

De hecho, era preciosa.

—¿Quién es?

—Esa… es Layla —dijo Sam como si fuera el nombre de una enfermedad—. Ella le dio ese libro a Tup.

—¿Artista aérea?

—Acróbata de *telas* aéreas. Una de las mejores que he visto.

Miranda pasó otra página. Aquí había varias fotos de la pareja sin maquillaje ni disfraces, haciendo las cosas típicas que las parejas hacen juntas. Un paseo en bote, una caminata por el parque, un recorrido en bicicleta por un sendero sinuoso.

Estudió los rasgos de Magnuson. Parecía tener unos treinta y cinco años, más or menos la edad de Sam; un hombre de aspecto y

complexión promedios. Cabello castaño corto, ojos marrones. Una agradable sonrisa de mejillas sonrosadas.

Layla era tan encantadora como en las fotos de sus actuaciones. Llevaba su largo cabello rubio en una trenza por la espalda, y vestía jeans y blusas bonitas sobre un cuerpo esbelto y bien formado. Debía de estar en buena forma para balancearse por los aires con esa soltura. Parecía joven. Quizás de veintipocos años.

¿No se necesitaban años para volverse bueno en un número aéreo? Quizás había empezado joven.

Si Miranda interpretaba correctamente las sonrisas y las miradas que se dedicaban en las fotos, la pareja estaba muy enamorada. —¿No te cae bien Layla?

Sam se mordisqueó la mejilla un rato, como si estuviera ordenando sus pensamientos. Luego, caminó hasta la encimera que separaba la cocina de la sala.

Se cruzó de brazos y se apoyó en ella. —Layla llegó al circo hace unos seis meses. La mayoría de la gente del circo conoce a otros artistas de otras compañías. Nadie había oído hablar de ella ni sabía de dónde venía. Dijo que era de Bulgaria. Tiene acento y todo. Y luego, apenas unas semanas después de llegar, el jefe la convierte en artista principal. Todos estaban… bueno, atónitos.

—¿Celos profesionales?

—Claro. Te partes el lomo para llegar a ser el mejor en lo tuyo y llega una desconocida y te lo arrebata en tus narices.

Ella estudió su rostro un largo momento. No parecía resentido. Pero Sam probablemento no consideraba a una artista aérea como competencia.

—Parece que a los otros artistas no les agradaba —dijo ella.

Sam se encogió de hombros. —No a todos. Tenía una forma de encantar a la gente.

Miranda bajó la vista hacia el álbum de fotos. —¿Como a Tupper?

Sam soltó otro bufido burlón y seco. —Eso creo. Congeniaron de inmediato. Tup estaba completamente loco por ella. Yo pensaba que lo estaba utilizando. Pensé que tal vez lo había convencido para que intercediera por ella con la gerencia y que así había conseguido ser la artista principal, pero Tup me juró que no lo había hecho. Tuvimos

un par de discusiones sobre ella. Nunca me escuchaba. —Miró sin ver por la ventana y se pasó una mano por la cara—. Y mira a dónde lo llevó eso.

Miranda le lanzó a Parker una mirada de sorpresa. —¿Crees que Layla tiene algo que ver con la muerte de Tupper Magnuson?

Sam se metió las manos en los bolsillos traseros y comenzó a caminar por el pequeño espacio con pasos agitados. —No lo sé. Se suponía que anoche iba a ir con nosotros a la pizzería.

Miranda aguzó el oído. —Ajá.

—No estava decidido. Ella y Tupper habían estado discutiendo los últimos días.

—¿Sobre qué?

Se encogió de hombros. —Tupper no me dijo. No creí que fuera nada importante. Solo una pequeña pelea de enamorados. —Evitó su mirada mientras hablaba.

—Ya veo.

—En fin, Tup me dijo que le había pedido que nos acompañara, pero ella no dijo ni que sí ni que no. Él la iba a esperar aquí y, si no aparecía, nos alcanzaría en Danny's. Cuando llegué, ella no estaba. Supuse que seguía enojada con él. Después de que la policía me interrogó, fui a su tráiler.

—¿Y? —preguntó Parker, con un tono ominoso.

—Llamé y llamé. No contestó. No estaba ahí.

Miranda miró a Parker. —Quizás salió a cenar con amigos.

—Como dije, no tenía muchos amigos en el espectáculo.

—¿Tiene amigos o familia en Dallas? —quiso saber Parker.

Sam frunció el ceño, confundido. —La verdad es que no lo sé.

Si estaba enojada con su novio, probablemente se regaló una noche de chicas. —¿No se presentó para la función de esta noche?

—Hoy tuvimos el día libre. Menos mal, porque nadie se sentía con ánimos de dar una función con Tupper… ausente. —Se frotó la cara con una mano—. Yo mismo me la pasé de capa caída en mi tráiler casi todo el día. Volví a revisar su casa antes de venir a buscarlos a ustedes. Sigue sin estar allí.

Si tenía el día libre, podría seguir en la ciudad. Quizás se fue a casa con alguien. Puede que ni siquiera supiera que su prometido

estaba muerto. O… podría estar en problemas.

Podrían buscarla por los alrededores. Pasar por algunos bares u hoteles cercanos.

—¿Cuál es el apellido de la joven? —preguntó Parker, pensando en lo mismo.

Sam lo miró fijamente un momento, y parpadeó con fuerza. —Solo se hacía llamar Layla. Tupper nunca me dijo cuál era su apellido.

###

Miranda pensó que debían investigarlo ellos mismos.

Sam los llevó al tráiler de Layla y esperaron mientras él llamaba a la puerta varias veces. Seguía sin haber respuesta.

Miranda intentó mirar por una ventana, pero estaba demasiado oscuro para ver algo. Decidiendo que volverían a intentarlo por la mañana, ella y Parker se dirigieron de vuelta a la vieja camioneta roja.

Sam pensó en algunas tiendas y bares a los que Layla podría haber ido si hubiera entrado en la ciudad, lugares que los artistas frecuentaban. La mayoría de los sitios a los que Tupper solía llevarla estaban cerrados, dijo.

Después de pasar junto a varios toros mecánicos, abrirse paso entre tres multitudes de bulliciosos bailarines de country y gritar por encima de la música a todo volumen y los coros para mostrar la foto de Layla a un montón de cantineros diferentes, ninguno de los cuales la reconoció, Miranda estaba agotada.

Le dijo a Sam que los dejara en el hotel y se despidió de su nuevo cliente.

CAPÍTULO SEIS

Cuando Miranda entró en la suite que había reservado para ellos, soltó un suspiro largo y profundo. Las habitaciones estaban en silencio, olían a limpio y el aire estaba deliciosamente fresco.

Miró a su alrededor.

Esta vez, la sala de estar y el dormitorio estaban combinados, debido a las restricciones presupuestarias en las que Gen había insistido y con las que Miranda había estado de acuerdo. Había una cama grande con un elegante cubrecama dorado en relieve, y un escritorio y una silla de caoba brillante cerca de una ventana. A través del cristal se podía ver el glorioso estallido de luces de colores: el perfil urbano de Dallas, con sus edificios de bancos de más de sesenta pisos y la plataforma de observación en forma de esfera de un hotel cercano.

Dos sillones mullidos que hacían juego con el cubrecama estaban contra la pared del fondo; frente a ellos, una mesita de centro con cubierta de cristal que hacía juego con el escritorio. O habían estado de oferta cuando armaron el lugar o al diseñador le encantaba que las piezas combinaran.

Sobre la cama había dos pinturas de arreos de ganado que a Miranda no le gustaron, pero, en general, el lugar era agradable, aunque un poco monótono. Quizá debería agradecerle a Gen…, o no.

Tan pronto como el botones se fue, Parker frunció el ceño.

—No hay cocineta.

Estaba de un humor de perros, pensó Miranda.

—Solemos pedir servicio a la habitación —dijo y, encogiéndose de hombros, se dirigió con paso elegante hacia el refrigerador en la

esquina y lo abrió. Dentro había latas de refresco y dos botellas de cerveza—. Oye, hay bebidas gratis. ¿Quieres una?

Él negó con la cabeza y se acercó a la maleta sobre la banca a los pies de la cama.

—Tenemos que planear nuestro siguiente paso —comenzó a desempacar.

Miranda se unió a él y jaló la cremallera de su maleta.

—Claro. Creo que deberíamos pasar por la estación de policía a primera hora mañana y ver qué tienen hasta ahora.

—Eso mismo pensaba —cruzó hacia la cómoda y comenzó a colocar sus cosas en un cajón—. Si la muerte de Magnuson fue, en efecto, por causas naturales, no hay necesidad de seguir adelante.

Miranda hizo lo mismo y metió su ropa interior junto a los calzoncillos blancos ajustados de él.

—¿No te parece extraño que la policía decidiera que fue por causas naturales tan pronto? ¿Y que no trataran la casa rodante del payaso como la escena de un crimen?

—No necesariamente. Pero harán una autopsia para confirmarlo. Esperemos que tengan los resultados para mañana.

Ella ignoró la insinuación de que a él le gustaría que este caso terminara de una vez por todas mientras acomodaba sus brassieres deportivos junto a sus pantaletas.

—¿Y qué me dices de esta tal Layla? ¿Se enamora de Tupper Magnuson y se va del pueblo la noche en que él muere? Quizá Sam tenga razón sobre ella.

—Si lo que dice es exacto.

Miranda cerró el cajón y se giró hacia Parker.

—¿A qué te refieres con eso? —no pretendía que sus palabras sonaran tan a la defensiva como lo hicieron.

—Simplemente que tu «amigo» podría tener segundas intenciones.

No podía creer que acabara de decir eso.

—¿Segundas intenciones?

—Aún no tenemos confirmación de que algo de lo que nos ha dicho sea verdad.

Se llevó una mano a la cabeza. Le empezaba a doler.

Él le lanzó una mirada oscura.

—Seguramente has considerado las posibilidades más obvias.

—¿Qué posibilidades?

—Primero, que el propio Keegan podría ser el asesino.

Apretó los dientes ante sus palabras, aunque el mismo pensamiento había cruzado su mente antes. Levantó las manos y caminó con paso pesado hacia el clóset cerca de la puerta, donde los botones habían colgado sus portatrajes.

—Si Sam es el asesino, ¿por qué nos llamaría para venir hasta acá?

Parker regresó a su maleta a los pies de la cama.

—Una explicación sería para encubrirlo.

Ella sacó su ropa y la extendió en el perchero. Hizo lo mismo con la de Parker, ya que él se había esforzado lo suficiente esa noche.

—¿Encubrir qué? La policía no cree que fuera un asesinato.

—Eso dice Keegan. ¿Y si la verdad es que están a punto de arrestarlo, pero todavía no han armado bien su caso?

Se dio la vuelta y lo miró fijamente. Parker estaba de nuevo junto a la cómoda. Completamente vestido con su traje de negocios, se veía más mortalmente serio que nunca. No podía creerlo.

—¿Y entonces llama a una de las mejores agencias de investigación que solo confirmaría eso? —pero no había llamado a la agencia. La había llamado a ella. ¿Acaso Sam pensaba que podía engatusarla como antes? Sacudió la cabeza—. La policía debe tener sus razones para decidir que fue por causas naturales, y aparentemente no consideran la casa rodante de Tupper una escena del crimen.

—Según Keegan.

—De nuevo, ¿por qué nos mentiría?

Abrió el cajón, colocó unas camisetas en él.

—Hace algunos años un hombre me contrató para encontrar al asesino de su esposa. Resultó que era él.

Se quedó sin aliento. ¿De verdad Parker creía que Sam era capaz de asesinar?

—¿Conocías a ese tipo antes de que te contratara?

—No, no lo conocía.

—Bien, entonces. Yo conozco a Sam. Esa es la diferencia. —dolida por su insinuación, se volvió hacia el clóset y reacomodó su ropa.

—No tenemos pruebas reales de que esa fuera la casa rodante de la víctima. —quitándose el saco del traje, Parker se acercó a donde ella estaba y lo colgó.

La cercanía de su cuerpo siempre la había emocionado. Justo ahora, le crispaba los nervios. Podía sentir su ira creciendo bajo la superficie.

—Excepto por el estado de ese sofá.

—Que podría haber sido movido allí. O el cuerpo movido a otro lugar después del hecho. —habló con la misma tranquilidad como si estuviera pidiendo un Bacardí en el bar de abajo.

Lo miró fijamente, tratando de descifrar si solo era su mal humor o si realmente tenía una corazonada.

—De cualquier manera, requeriría mucho esfuerzo. Suena bastante extremo.

—El asesinato siempre es extremo. La gente llega a extremos para encubrirlo.

Aun así, era una exageración. Cierto, no tenían más prueba que la palabra de Sam. Pero para ella era suficiente. Por ahora, al menos.

Observó los movimientos de Parker, la duda y la irritación compitiendo en su cerebro.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que la casa rodante a la que fuimos esta noche podría ser de otra persona? ¿De quién? ¿De otro… payaso?

—Quizá era de Keegan.

Soltó una risa burlona.

—¿Así que nos tendió una trampa? ¿Puso ese álbum de fotos allí para que lo encontráramos y fuéramos tras el sospechoso equivocado?

—No nos esperaba a los dos. Solo te esperaba a ti.

¿Y pensó que ella sería presa fácil? Recordó la reacción de Sam esa noche cuando miró el sofá. Le había parecido real. Esta conversación era ridícula.

—Parker, no puedes pensar en serio que…

—Lo que nos lleva a la segunda posibilidad.

—¿Que es? —su temperamento estaba a punto de estallar y casi deseó no haber preguntado.

—Que Sam es plenamente consciente de que Magnuson falleció por causas naturales. Que te llamó simplemente para verte de nuevo.

—¿Te refieres a…?

—Para reanudar una relación. No sabe que estamos casados, ¿verdad?

Miró a Parker preguntándose si estaba teniendo una pesadilla. ¿Cómo podía insinuar algo así? Entonces vio algo en su atractivo rostro que nunca había visto antes. Las líneas alrededor de sus ojos delataban la fatiga y el dolor físico que había estado soportando toda la noche, pero había algo más.

Algo más.

Entrecerró los ojos.

—Estás celoso.

Él se rio y negó con la cabeza.

—No estoy celoso.

Claro que lo estaba. De Sam. Pero no se atrevió a decirlo. Estaba demasiado agotada para entrar en una discusión a gritos con él esa noche, aunque eso podría suceder mañana.

—Estás celoso de que conseguí un caso por mi cuenta —dijo en su lugar—. De que alguien acudiera a mí.

Él le dedicó una mirada de complicidad que la atravesó y se dio la vuelta.

—Simplemente estoy señalando que, como buena investigadora, estoy seguro de que considerarás todos los ángulos posibles.

La furia zumbaba dentro de su cerebro como una abeja enojada. Le estaba dando dolor de cabeza, la estaba cabreando soberanamente. Pero inspiró hondo a la fuerza y logró mantener la ira bajo control.

—Estás cansado —dijo—. Necesitas descansar. ¿Por qué no usas el baño primero?

Él se volvió y la observó por un largo momento, como si quisiera decir algo más, pero luego lo pensó mejor.

—Muy bien.

Dio unos pasos hacia él y se detuvo.

—¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien —tomó sus artículos de aseo.

Cruzándose de brazos, sopesó sus siguientes palabras. Se suponía que ella estaba a cargo aquí, después de todo. Soltó un suspiro.

—En serio, Parker. Creo que por ahora deberías dejar de ser tan cínico y darle a Sam el beneficio de la duda.

Él giró la cabeza hacia ella y le lanzó una mirada larga y pétrea, tan fría y mortal como una tormenta de hielo.

—Perdona mi naturaleza suspicaz, Miranda. Viene con mi profesión.

¿Su profesión? ¿Su profesión? También era la profesión de ella. ¿No creía que ella estaba siendo lo suficientemente «objetiva»? Abrió la boca para decírselo, pero contuvo la rabia.

En lugar de eso, se alejó de él de espaldas, caminó con paso airado hacia la ventana y se quedó mirando Dallas de noche.

—Ambos estamos agotados. Preparémonos para ir a la cama y durmamos un poco.

Él no respondió.

Cuando lo oyó alejarse de ella y cerrar la puerta del baño, supo que no lo haría. Eso dolió más que sus palabras.

###

En el baño, Parker se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo.

El moretón bajo su ojo palpitaba y las costillas le dolían como un demonio. El dolor era tanto una fuente de irritación como un recordatorio de cuánto significaba su esposa para él. Hacía unas semanas ella había arriesgado su vida por él.

Ella arriesgaría su vida por cualquiera a quien le fuera leal, pero en su caso había superado toda expectativa. La amaba por eso. Más que nunca. Más de lo que jamás había creído posible. Más que a su propia vida.

Y ese era el problema.

Nunca antes se había sentido así. Nunca había experimentado la particular sensación que tuvo cuando Sam Keegan saludó a su esposa esa noche con un beso. La imagen persistía en su mente, hirviendo con su cruda desfachatez.

Definitivamente no estaba celoso.

Y no fue el gesto audaz de Keegan lo que había producido estos sentimientos. No, fue la reacción de Miranda.

El brillo en su rostro. La sonrisa embelesada en sus labios. La alegría que chispeaba en sus profundos ojos azules al ver a su viejo «amigo», ante el repentino contacto físico con él.

El tipo de respuesta involuntaria que viene de lo más profundo. El tipo que pensó que solo él podía provocar en ella.

Amigo, pensó de nuevo con una mueca irónica.

Sam Keegan ciertamente había sido más que eso para ella. Cuánto más, exactamente, no podía decirlo. Pero ese brillo le decía que alguna vez habían sido amantes.

Miranda Steele había tenido un matrimonio horrendo y cuando la conoció, le había dejado muy en claro que no quería saber nada de una relación a largo plazo. Había estado demasiado herida, demasiado enojada durante demasiados años. Él había tenido que mover cielo y tierra para hacerla cambiar de opinión, pero lo había hecho con gusto y lo haría de nuevo para ganársela.

Estaban destinados a estar juntos. Siempre lo había sabido.

Entonces, ¿cómo podría ser otra cosa que un shock descubrir de repente que ella había tenido una relación seria con otro hombre?

No es que eso la hiciera hacer alguna tontería ahora.

Miranda nunca lo engañaría, estaba seguro de eso. No tenía nada de qué preocuparse en ese aspecto. Tenía demasiada integridad, demasiado orgullo. Era una buena mujer. Esa noche había tratado a Sam como a cualquier otro cliente.

Y por supuesto que no podía reprocharle si había tenido intimidad con el hombre mucho antes de que se conocieran. Si lo hiciera, sería más que un hipócrita. Lo que realmente le molestaba era que ella no hubiera sido honesta con él al respecto.

No, era algo más que eso.

Se pasó una mano por el mentón y sacó su rasuradora. La encendió y comenzó a afeitarse.

Quizás era no conocer la naturaleza precisa de su relación pasada. ¿Cuánto tiempo habían estado juntos? ¿Qué tan serio se había vuelto? Si hubiera sido trivial, ciertamente Miranda no se mostraría tan reservada al respecto.

¿Qué estaba ocultando exactamente? ¿Había tenido la intención de casarse con este hombre? Y si lo había hecho…

El vínculo que tenía con Miranda era más profundo de lo que jamás había conocido. Lo había sentido en el núcleo de su alma en el momento en que se conocieron. Eran iguales. Almas gemelas, luchando la misma batalla, impulsados por la misma pasión febril por vengar al inocente, a la víctima. Y ahora, con el servicio de consultoría, eran más una unidad que nunca.

Pero, ¿y si su vínculo con Sam Keegan hubiera sido… no más profundo, eso era imposible… sino diferente? ¿Y de alguna manera más atractivo? ¿Y si las circunstancias en su pasado hubieran resultado diferentes?

Ah, eso era. Eso era lo que se le había atragantado.

Bajó la rasuradora y la dejó encendida mientras la revelación lo golpeaba como un puñetazo directo.

Miranda podría haber sido tan feliz con Sam Keegan como lo era con él.

Frunció el ceño ante su reflejo. Ese pensamiento sonaba mezquino incluso sin decirlo en voz alta.

Aun así, la idea se enconaba en su corazón. Ella le había dicho muchas veces que había encontrado su destino a través de él. Había encontrado una carrera más gratificante de lo que jamás había soñado posible. Y un amor increíble. Y cuando trabajaban juntos y todo encajaba, sabía a las notas de una sinfonía imposiblemente dulce. Una sensación que nunca antes había experimentado. Sabía que ella también lo sentía. Podía ver la euforia, la emoción en su hermoso rostro. Ese fuego excitante en sus profundos ojos azules.

¿Y, sin embargo?

¿Qué pasaría si hubiera tomado otro camino? ¿Qué pasaría si se hubiera establecido con alguien como Keegan y hubiera tenido una

vida diferente? ¿Una vida más segura?

¿Una vida que no tendría que arriesgar tan a menudo?

Se sacó de sus pensamientos y se pasó una mano por la cara. Nada de eso importaba ahora. Ella era suya. Habían tomado el rumbo que habían tomado. Eran lo que eran. Quienes eran.

Y justo ahora estaban en Dallas trabajando para el antiguo amante de Miranda.

No importaba cuánto pudiera irritarle ese hecho, él era un investigador ante todo y también lo era su esposa. Harían su mejor esfuerzo en este caso y lo dejarían atrás. Y punto. Las cavilaciones sobre el pasado solo estorbarían. No tenía sentido dejarse perturbar por meras imaginaciones. Eso solo alargaría el proceso.

No iba a permitir que eso sucediera.

Si Tupper Magnuson había muerto por causas naturales, lo sabrían mañana por la tarde y estarían en un vuelo de salida de esta ciudad por la noche. Pero una vaga sospecha de que efectivamente había habido juego sucio lo carcomía junto con la relación de Miranda con su cliente.

Le molestaba que pudieran tener que quedarse. Y esa constatación lo molestaba aún más. Iba en contra de toda su ética profesional. Él no abandonaba casos de asesinato solo porque el cliente lo irritara. Llevaría este caso hasta el final, sin importar hacia dónde fuera.

Y punto.

Decidido a apartar la irritación por esa noche, terminó de afeitarse, se desvistió y se metió en la ducha.

CAPÍTULO SIETE

A la mañana siguiente, Miranda se preguntó qué se traía Parker entre manos cuando la invitó a un delicioso desayuno de huevos rancheros con chiles extra picantes en el restaurante del hotel. Pero le alivió que estuviera de mejor humor. Para cuando subió al sedán gris plateado que él había alquilado y partieron en dirección este por la I-30, sintió que volvían a ser un equipo.

La temperatura era de noventa y cinco grados y seguía subiendo, y ella deseó haber podido llevar pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Pero en la Agencia había aprendido a vestirse como una profesional, aunque el código de vestimenta estándar habría sido demasiado formal para Dallas. Así que había elegido un par de jeans oscuros, una blusa sin mangas y una chaqueta ligera. Parker llevaba sus jeans de diseñador, una camisa informal y un blazer de un gris intenso que le daba a sus ojos una apariencia feroz. Se alegró de que él pudiera vestirse un poco más informal y esperaba que estuviera más cómodo.

—Investigué un poco sobre Under the Big Top esta mañana —le dijo él mientras frenaba por el enorme tráiler que tenían delante.

—Y yo que pensaba que me estabas comprando joyas —bromeó ella.

Él ya estaba levantado, vestido y trabajando en su computadora portátil en el escritorio cuando ella se despertó esa mañana. Se alegró de que él estuviera involucrado en el caso ahora. Después de su «discusión» de la noche anterior.

Ese tipo de porquerías solo perjudicarían su investigación, especialmente porque ella era la que estaba a cargo.

Sabía que a Parker le costaba hacerse a un lado y dejar que ella tomara las decisiones. No estaba acostumbrado a ser el segundo al

mando. Pero lo había hecho con amabilidad y paciencia —en su mayor parte— en los casos que habían llevado juntos hasta ahora. Ella apreciaba el respeto que él sentía por sus habilidades y solo quería estar a la altura de sus expectativas. Y de las suyas propias.

No necesitaba el melodrama del esposo actual contra un viejo amor.

Su comentario le sacó una sonrisa. —Under the Big Top, o UBT Inc., fue fundada hace siete años por Paxton Tenbrook, quien también es su propietario actual.

Ella arrugó la nariz. —¿Paxton Tenbrook? Suena como un verdadero engreído.

—En realidad, fue criado por padres de medios modestos en las afueras de Houston. Según todos los testimonios, no se da aires de grandeza.

—De acuerdo. —Eso lo creería cuando viera al tipo.

—Tenbrook fue a la Universidad de Texas A&M durante unos años y luego la abandonó para convertirse en payaso de rodeo.

—Tiene algo en común con sus artistas.

Parker asintió. —Sí. Pasó seis años en el rodeo, luego se fue a Hollywood y se convirtió en doble de riesgo. Al parecer, tenía mucha demanda, pero después de unos cuatro años en esa carrera, se lesionó al saltar desde un muro hacia las llamas.

—Un tipo con agallas.

—Eso parece. Fue entonces cuando fundó UBT. Construyó el negocio poco a poco. No ha sido hasta este año que ha conseguido cierta cobertura mediática. Hubo mucha publicidad cuando el circo llegó a Dallas hace tres semanas. En una entrevista, declaró que quiere hacer UBT más grande que el Big Apple y el Ringling Brothers.

—Un tipo ambicioso.

—Dijo que su sueño siempre ha sido construir algo especial donde la gente pueda ver actuaciones que no puede ver en ningún otro sitio.

Sonaba como si le gustara la atención. Probablemente conocía cada detalle de la vida de sus artistas, al menos de los principales. Podría saber dónde estaba Layla. —Habría que hablar con Tenbrook.

Parker asintió. —Definitivamente debería estar en nuestra lista.

Se quedaron en silencio. Los pensamientos de Miranda bullían en su cabeza mientras el aire acondicionado soplaba benditamente y Parker continuaba maniobrando a través del denso tráfico de la mañana.

Se alegró de que él pareciera haber vuelto a ser el mismo después de su casi pelea de la noche anterior. Ni siquiera habían hecho el amor después de que ella saliera de la ducha, aunque últimamente habían tenido que improvisar en ese aspecto, con Parker recuperándose de sus lesiones. Pero anoche, habían sido más los egos heridos que las costillas magulladas lo que los había hecho dormirse después de nada más que un beso de buenas noches.

Esperaba que él hubiera vencido al monstruo de los celos que llevaba dentro.

###

Después de unos cuarenta y cinco minutos, salieron de la autopista y recorrieron una corta distancia a través de una zona industrial hasta un lugar salpicado de largos edificios de ladrillo beige.

Giraron al ver un letrero que decía «Departamento de Policía de Dallas» y se dirigieron al que parecía más prometedor. Encontraron un lugar para estacionar, salieron al aire caliente y seco, y entraron.

Recorrieron un largo pasillo bordeado de homenajes a policías caídos por un lado y carteles de «Se busca» por el otro, hasta que llegaron a un mostrador central donde una empleada con camisa blanca e insignia contestaba el teléfono.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó al colgarle a alguien que parecía haberla molestado. Al volverse hacia ellos, su mirada se fijó por un momento en Parker y sus labios se extendieron en una sonrisa embobada.

Una reacción bastante común en la mayoría de las mujeres.

Miranda se aclaró la garganta y, como era ella la que estaba al mando, tomó la palabra. —Sí, puede. Mi nombre es Miranda Steele y él es mi socio, Wade Parker. Somos de la Agencia de Investigaciones Parker de Atlanta, y nos han contratado para investigar la muerte de Tupper Magnuson.

La mujer la miró parpadeando como si le hubiera hablado en chino. El teléfono volvió a sonar. —Disculpe. —Levantó un dedo en el aire y contestó la llamada—. Así es —dijo dulcemente después de un momento—. Justo pasando la autopista. De nada. —Colgó de nuevo.

—Lo siento. Anoche tuvimos un tiroteo entre pandillas y nos falta personal.

—No hay problema.

La mujer frunció el ceño como si intentara recordar dónde estaba. —¿A quién querían ver?

—A la persona a cargo de investigar la muerte de Tupper Magnuson.

La mujer ladeó la cabeza con otra expresión de «me-estás-hablando-en-otro-idioma». —¿Quién?

—Trabajaba para Under the Big Top. ¿El circo que ha estado aquí varias semanas? Era un payaso.

—Ah, claro. Recuerdo ese incidente. ¿Anteanoche?

—Sí.

—Déjeme ver. —Se volvió hacia su computadora, presionó algunas teclas y esperó. Antes de volverse hacia ellos, había pasado por varias pantallas y contestado otras dos llamadas telefónicas—. Aquí está —dijo al fin—. La detective Underwood se está encargando de ese caso.

—¿Está aquí?

—Ella. No estoy segura. No se reportan conmigo. Pero si está, estaría en la colmena.

—¿La colmena?

Hizo un gesto por encima de su hombro. —Está justo al final de ese pasillo. Giren a la izquierda y está a la derecha. Unidad C. Verán el letrero.

Miranda arqueó las cejas. ¿Nada de «Lo siento, no pueden pasar por ahí»? ¿Nada de «La policía no trabaja con investigadores privados»? Le lanzó a Parker una mirada de preocupación.

Él asintió hacia el pasillo como diciendo: «Sigamos la corriente».

Y eso hizo ella.

—Eso fue demasiado fácil —le susurró a él mientras se dirigían por el pasillo que la mujer había indicado.

—La recepcionista era nueva. Debe haber asumido que somos del gobierno.

—Por mí está bien —se encogió de hombros, aunque estaba un poco molesta consigo misma por no haberse dado cuenta de que la mujer era una empleada nueva. Parker estaba en plena forma hoy.

Tal como se lo habían indicado, encontraron la puerta —en realidad estaba marcada como *Homicidios*, Unidad C— a la derecha, en medio del segundo pasillo.

Miranda estaba debatiendo si tocar o entrar sin más cuando la puerta se abrió de golpe y apareció un tipo calvo y corpulento con uniforme de policía.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó por encima del hombro como si alguien acabara de regañarlo—. Oh. —Se detuvo en seco, casi chocando con ellos. Parpadeó mirando a Miranda, luego a Parker—. ¿Puedo ayudarlos en algo?

—Estamos aquí para ver a la detective Underwood —dijo Miranda, esperando que el oficial también asumiera que tenían derecho a estar allí.

Se rascó la cabeza calva y luego volvió a gritar hacia la habitación. —Underwood, ¿esperas visitas?

—Sí. Hazlos pasar.

—En el cubículo del medio. Por ese pasillo. —Señaló con un dedo en esa dirección y luego pasó corriendo junto a ellos y se fue por el pasillo.

Miranda le lanzó a Parker una mirada de sorpresa.

Él simplemente sujetó la puerta y la mantuvo abierta. —Después de usted.

Ella entró.

«La colmena» era una descripción acertada.

El lugar zumbaba como un nido de abejas neuróticas atrapadas en una aspiradora. El aire estaba cargado de ruido y calor por el murmullo de las conversaciones de los policías, las impresoras, las computadoras y cualquier otro equipo que usaran, mezclado con el olor a café molido rancio y a la pizza de la noche anterior.

Los oficiales estaban de pie en grupos en los espacios entre los cubículos o con los brazos colgando sobre las paredes cubiertas de

lona, discutiendo los detalles de sus casos. Un par de ellos llevaban a un civil a una sala de interrogatorios. Nadie se percató siquiera de las dos personas que acababan de llegar.

Miranda abrió el camino, pasó junto a una pared cubierta de mapas y gráficos, giró entre dos divisiones y terminó en un cubículo en el centro con un letrero que decía *Sgto. Eloise Underwood*.

Este debía de ser el lugar.

Una mujer robusta, quizá de unos treinta y tantos años, con el pelo corto, liso y de un rojo zanahoria, estaba sentada hablando por teléfono mientras garabateaba notas como loca en una libreta. De perfil, Miranda pudo ver que tenía una nariz respingona y respingada, una pizca de pecas en las mejillas, ojos grandes y brillantes, y una expresión que parecía autoritaria y maternal al mismo tiempo.

Iba vestida con el atuendo de una mujer trabajadora de Texas. Una chaqueta a cuadros azules y blancos de manga corta, jeans y botas de vaquero que le daban un aspecto rudo, a pesar de su aire maternal.

El escritorio estaba atiborrado con todo tipo de parafernalia de oficina. Teléfono, engrapadora, organizadores de plástico repletos de carpetas codificadas por colores. Había papeles por toda la superficie y notas adhesivas por todas partes. En la pared del cubículo, junto a un calendario, colgaban dibujos hechos a mano que debían de ser del hijo de la detective. Ah, de ahí venía la parte maternal.

Una mujer, una madre, abriéndose paso en una carrera dominada por hombres. Miranda podía identificarse con eso.

—Ajá —dijo Underwood al teléfono—. Entendido. Bien. Entendido. Gracias. —Colgó, se puso de pie y casi chocó con Miranda. Dio un paso atrás y se llevó una mano a la frente—. Ah, claro. ¿Ustedes dos vienen por el tiroteo de anoche? —Sus palabras cortantes salían con un marcado acento del suroeste.

—No, somos de la Agencia Parker. —Miranda respiró hondo e hizo la presentación estándar, esperando que no estuvieran a punto de echarlos de allí—. Estamos aquí por el caso Magnuson.

—¿Agencia Parker? —Los ojos de Underwood se abrieron como platos al ver a Parker; luego se contuvo y miró a Miranda por un

momento como si no reconociera el nombre—. Ah, claro. El payaso de circo. Alguien llamó y dijo que podrían venir. —Arrancó una nota adhesiva del costado de la pantalla de su computadora—. Sam Keegan. Entendemos que era amigo del difunto. Hizo la llamada al 911.

—Así es.

Parker le lanzó a Miranda una mirada inquisitiva. Ella le respondió encogiéndose de hombros. No sabía que Sam iba a llamar a la policía. Ciertamente no se lo había pedido.

Underwood se pasó una mano por su corto pelo rojo. —Lo siento. Tuvimos un tiroteo entre pandillas anoche y dos robos recientes en licorerías. Estoy un poco abrumada en este momento.

Miranda se adentró un poco más en la entrada del cubículo. —Comprendemos, sargento. Solo necesitamos un minuto de su tiempo.

Underwood levantó las manos, encogiéndose de hombros. —No estoy segura de qué puedo decirles. La autopsia aún no se ha completado.

Miranda le dedicó la mirada más solemne que pudo. —Sargento, Sam Keegan es nuestro cliente. Esperábamos poder darle un cierre a este asunto.

Los labios de Underwood se movieron de un lado a otro, pero negó con la cabeza. —Se lo agradezco, Sra. Steele, pero normalmente no consultamos con civiles.

Lo dijo amablemente, pero la palabra «civiles» se le atragantó a Miranda.

Parker había permanecido en silencio a su lado, dejándola tomar la iniciativa. Ella captó su mirada y le hizo un gesto casi invisible con la cabeza que solo él entendería. Decía: «Usa tu encanto».

Con una expresión compasiva, él se inclinó hacia la mujer. —Sargento, lamentamos sinceramente molestarla en un momento tan ajetreado.

—No hay problema, Sr. Parker. Gracias por pasar. —Le extendió una mano.

Él la tomó como si fuera un pretendiente cortejándola y continuó como si ella no hubiera dicho una palabra. —Sin embargo, ya que el

Sr. Keegan nos contrató, espero que podamos ser de ayuda para su unidad.

Underwood arrugó la nariz con recelo. —¿Ayuda?

—Tenemos la intención de investigar este asunto por nuestra cuenta, pero cualquier colaboración con el Departamento solo nos ayudaría a ambos. ¿No está de acuerdo?

Ella retiró su mano de la de él y lo observó con la mirada de un policía. —Es usted muy astuto.

Él solo le mostró más de su encanto con una sonrisa irónica. —Eso me han dicho.

Ella soltó un suspiro de resignación. —Como dije, no sé qué puedo decirles. Hasta donde sabemos, el señor Magnuson murió de causas naturales.

—Pero sus investigadores revisaron la escena.

—Sí.

—¿La Winnebago relativamente nueva? —preguntó Miranda.

—Correcto. Hicieron la recolección de evidencia estándar.

Miranda resistió el impulso de lanzarle a Parker una mirada de triunfo.

Ignorando la pregunta de ella, él continuó: —Y su laboratorio está realizando pruebas para verificar la causa de la muerte, ¿correcto?

—Por supuesto que lo están haciendo.

—Sargento, ¿hay algo, cualquier cosa que pueda decirnos? —Su voz era tan irresistiblemente seductora, sus sexis ojos grises tan hipnóticos, que Miranda no pudo reprimir una pequeña punzada de celos.

Hasta que vio los resultados.

—Supongo que no haría daño compartir nuestros hallazgos —dijo Underwood, soltando otro largo suspiro mientras se dejaba caer de nuevo en su silla—. Pero solo tengo un minuto. —Señaló un par de sillas de alambre junto a la pared del cubículo—. Tomen asiento.

—Gracias. —Miranda se deslizó rápidamente en una antes de que la mujer cambiara de opinión.

—Veamos. —Sus dedos danzaron sobre el teclado. Después de un momento, entrecerró los ojos hacia la pantalla y luego negó con

la cabeza—. Nop. Tal como dije. Las huellas dactilares todavía están en el laboratorio. También las fibras y los cabellos que recogimos. Un montón de cabellos largos y rubios, si mal no recuerdo.

Los de Layla, pensó Miranda. —Sargento, anoche visitamos la casa rodante del difunto.

Underwood se giró para mirarlos. —¿Fueron allí?

—El señor Keegan tiene una llave. No estaba marcada como la escena de un crimen.

—Supongo que el equipo terminó con eso. —No parecía contenta con eso—. Tuve que irme antes de que terminaran. Recibí la llamada sobre uno de los robos. El empleado de turno había recibido un disparo y estaba en el hospital. Sobrevivió, gracias a Dios.

—Gracias a Dios —repitió Miranda antes de continuar—. Encontramos un álbum de fotos en el lugar. Nos preguntábamos por qué no fue tomado como evidencia.

Ahora Underwood parecía como si alguien de su equipo fuera a recibir una buena regañada, aunque lo disimuló rápidamente. —Los de la unidad de criminalística no deben haber pensado que era relevante.

Policías sobrecargados de trabajo y demasiado estresados para ser minuciosos. Eso podría jugar a su favor... o en su contra. —Había fotos de Tupper Magnuson y su prometida, Layla. El señor Keegan cree que ella está desaparecida.

Underwood se reclinó, mordiendo el extremo del bolígrafo que había tomado. —¿Ah, sí?

Estaba interesada.

—Nos gustaría saber si…

Una voz áspera e hispana resonó por encima de la pared del cubículo. —Underwood, ¿vienes a interrogar o te estás tomando unas vacaciones?

—En un minuto estoy allí, Rodríguez —respondió ella. Levantó las manos—. Lo siento. Tengo un testigo con el que hablar.

Sobre el otro caso, por supuesto.

—¿Le importa si tomamos su tarjeta? —preguntó Parker—. Si averiguamos algo, nos aseguraremos de llamar.

—Claro. Por supuesto. Se lo agradezco. —Tomó una de una pila junto a la computadora. Justo cuando se la entregaba a Parker, sonó su teléfono—. Santo cielo. —Lo descolgó—. Underwood. ¿Sí? ¿Sí? ¿De verdad? Gracias, Garber. —Colgó.

Miranda se inclinó hacia adelante, con los nervios de punta. Esto era algo importante.

Underwood dejó escapar un silbido y se volvió hacia ellos. —Llegó el informe de toxicología del caso Magnuson. Analizaron los residuos de la copa de vino que se encontró en la escena. —Se llevó una mano a la cabeza—. No había visto esto antes, y eso que llevo bastante tiempo en esto.

—¿Qué es? —dijo Miranda.

—El vino era de una marca barata. Barefoot Merlot. Contenía una buena dosis de NaCN. Lo mismo apareció en la sangre de Magnuson.

Parker enarcó las cejas. —¿Está segura?

—Es difícil equivocarse con eso. Nuestros chicos del laboratorio son buenos. Así que no fue por causas naturales. Probablemente fue un suicidio.

Miranda rebuscó en su memoria qué significaban esas letras. Creía saberlo, pero no podía ser. —¿Qué está diciendo, sargento Underwood?

La mujer se hundió de nuevo en su silla, negando con la cabeza con pesar. —Qué triste manera de morir para un payaso. Algo realmente debía de estar molestándolo para hacerse eso a sí mismo. Parece que Tupper Magnuson se bebió su última copa de vino después de mezclarla con cianuro de sodio.

CAPÍTULO OCHO

—¿Cianuro de sodio? ¿Pero qué demonios era este tipo? —gruñó Miranda cuando volvieron al auto de alquiler—. ¿Una especie de espía?

Eran ellos los que tomaban píldoras de veneno cuando los capturaban. No los payasos.

Parker salió del estacionamiento de la comisaría, con una expresión de profunda concentración en el rostro. —Es un poco descabellado, pero una posibilidad remota.

—¿No usaban los nazis cianuro para suicidarse antes de que los atraparan?

—Algunos sí. Es una de las sustancias más letales del planeta.

Ella miró por la ventanilla el paisaje plano de pequeñas casas de clase media junto a la carretera. —Magnuson debió de tener una muerte agónica.

Parker asintió con gravedad. —La asfixia habría sido casi inmediata, acompañada de un dolor abdominal agudo y un paro cardíaco. Todo en cuestión de segundos.

Definitivamente, el suicidio no era indoloro. No en este caso, pobrecillo. Se frotó los brazos. Según Sam, lo único que Tupper el Payaso quería en la vida era hacer felices a todos. Quizá debajo de todas las sonrisas y las risas vivía desesperado.

—¿Crees que se suicidó, Parker? —había un quiebre en su voz que no pudo controlar.

Su respuesta fue suave. —Es difícil saberlo. La mayoría de las muertes por envenenamiento con cianuro son suicidios.

Ella lo sabía, pero se dio cuenta de que él no se lo tragaba. —Magnuson tenía una nueva prometida —ofreció—. Alguien por quien

vivir. —Luego se hundió en su asiento—. Que estaba enojada con él. Quizá lo suficiente como para irse de la ciudad.

—Eso nos han dicho.

Ignoró el comentario cínico. —Quizá Layla acaba de romper el compromiso. Le rompió el corazón a Tupper. Hizo que el payaso, por lo demás feliz, sintiera que de repente ya no valía la pena vivir. Tal vez Layla se fue porque no podía soportar verlo todos los días después de lo que le hizo. —Pero no pudo haber conseguido cianuro tan rápido. ¿Y cómo podría haberlo conseguido?

—Tal vez —dijo Parker—. Si los datos de Keegan son exactos.

No se iba a bajar de ese burro pronto, ¿verdad? Solo había una forma de confirmar esos datos y averiguar en qué estado de ánimo se encontraba Tupper Magnuson antes de morir. —Tenemos que volver al circo y hablar con los otros artistas.

—Justo hacia allá me dirijo.

CAPÍTULO NUEVE

La colosal carpa de rayas rojas y blancas se extendía por el amplio campo abierto como un gigante perezoso echando una siesta. En lo alto de sus picos, las banderas ondeaban lánguidamente con la brisa del mediodía cerca de los reflectores que estaban apagados y de los altavoces que permanecían en silencio. Un letrero con grandes y rebuscadas letras se curvaba sobre la ancha entrada. *Bajo la Gran Carpa*, se leía.

Pero no había nadie allí para ver el espectáculo.

Parker pasó lentamente junto a la carpa y se dirigió al camino de tierra. Cuando se detuvo junto a la primera fila de remolques, la parte trasera se veía diferente a como estaba la noche anterior. En lugar de sombras lúgubres, el sol pegaba fuerte y brillante contra el revestimiento blanco y las calcomanías rebuscadas de los vehículos, dándoles el aspecto de ovejas gigantes pastando en un campo.

Era un terreno enorme. Siete u ocho filas de ancho y quizás una docena de profundidad. Algunas casas rodantes estaban alineadas de extremo a extremo con espacio entre ellas, otras estaban en perpendicular, con autos y camionetas para el transporte diario esparcidos por todas partes entre ellos o estacionados en el gran aparcamiento más adelante.

Había movimiento en las franjas de césped entre las autocaravanas y las casas rodantes.

La vida después de un día de luto por los muertos.

La gente caminaba de un lado a otro, grupos practicaban sus actos, los niños jugaban, las madres atendían a sus hijos. Toda una comunidad unida por un propósito común: el espectáculo debía continuar, a pesar de la reciente pérdida.

Parker manejó por el estrecho tramo de pavimento por donde habían llegado anoche y se estacionó a un lado. No fue tan lejos como hasta el remolque de Magnuson, sino que se detuvo en el otro extremo del camino.

—Lo bueno de esto —observó Miranda— es que todos con quienes necesitamos hablar están en un solo lugar.

—Es más fácil para que se pongan de acuerdo con sus historias —dijo Parker con ironía.

—Cierto. —Suponiendo que tuvieran algo que ocultar—. ¿Por dónde empezamos?

Él examinó el área.

—¿Por qué no empezar por un extremo y seguir hasta el otro?

—Me parece bien. —Asintió y alcanzó la manija de su puerta.

Salieron y cruzaron el espacio de césped entre dos autocaravanas. Una ligera brisa hacía que el aire caliente fuera un poco más tolerable, pero Miranda se sorprendió a sí misma deseando que pudieran obtener algunas respuestas pronto. Caray, el calor nunca antes le había molestado. Realmente se había malacostumbrado al aire acondicionado ilimitado de Parker.

Salieron al ancho camino principal entre las dos filas de casas móviles y fueron recibidos por los gritos de los niños que pateaban una pelota de fútbol, los ladridos de los perros y el olor a hamburguesas que se asaban para un almuerzo temprano.

En un trozo de tierra plana, un grupo de tipos jóvenes, bronceados y sin camisa, con diversos tatuajes y abdominales de acero, lanzaban una pelota de baloncesto a un aro colgado de un árbol.

Un tipo de aspecto hispano con un único tatuaje de dragón en el hombro falló su tiro y la pelota rebotó en la tierra hacia Miranda. Ella la atrapó, apuntó, la lanzó y la encestó.

Todo el grupo se giró para mirarla.

Un par de ellos silbaron con admiración.

El del único tatuaje atrapó la pelota cuando salió de la red y los midió a ella y a Parker con una mirada hosca.

—¿Ustedes son del circo? —Pensó que eran empleados nuevos.

Ella negó con la cabeza.

—Somos investigadores privados.

—¿Investigadores privados? —Un tipo blanco, corpulento y de aspecto rudo, dio un paso hacia ellos para verlos más de cerca. Tenía tantos tatuajes en los brazos y en el torso que parecía que lo hubieran sumergido en un tintero—. ¿Están aquí por lo que le pasó a Tupper?

—Así es. —Parker asintió hacia él—. ¿Qué pueden decirnos sobre él?

Se miraron entre ellos.

Un tipo de piel oscura con un bigote fino y sin tatuajes se encogió de hombros.

—No mucho. Somos del equipo de montaje. Los artistas suelen pasar el rato entre ellos.

—Seguramente tuvieron alguna interacción con el señor Magnuson.

—¿Magnuson? ¿Ese era su apellido?

—Lo era —dijo Parker.

—Solo lo conocíamos por Tupper. Es terrible lo que le pasó. Todos están conmocionados por eso. Sí, él nos saludaba, quizás nos contaba un chiste o algo. Pero nosotros nos la pasamos ocupados cuidando las instalaciones.

—Sí —sonrió el del único tatuaje—. La carpa no se levanta sin nosotros.

—Y los baños portátiles no se vacían solos —intervino el tipo supertatuado con una sonrisa burlona.

Miranda empezaba a frustrarse.

—¿Vieron a Tupper pasar el rato con alguien en particular?

—¿Se refiere a otra artista?

—Ajá.

El del único tatuaje y el supertatuado se miraron.

—Laaaay-la.

Ella decidió hacerse la tonta.

—¿Layla? ¿Quién es?

—La chica de Tupper —sonrió el del bigote fino—. Hace un acto aéreo con telas. Tío, está buenísima.

Los otros estuvieron de acuerdo con los sonidos que los hombres hacen en reacción a las mujeres atractivas.

Parker sonrió con ellos como si compartiera su lujuria, luego su rostro se volvió inexpresivo.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron?

—¿A Layla?

Todos se miraron de nuevo y se encogieron de hombros.

—Anteanoche durante la función, supongo —dijo el del único tatuaje—. Estábamos ocupados desmontando las cosas después del espectáculo. Nos duchamos y nos fuimos a la cama.

Los demás asintieron indicando que habían hecho lo mismo.

Miranda decidió lanzar un anzuelo.

—Hemos oído que Layla está desaparecida.

El de los tatuajes abrió la boca.

—¿En serio?

El del único tatuaje barajó la pelota de baloncesto de una mano a otra.

—Qué raro. Es una de las artistas principales. ¿Cómo lo saben?

—No lo sabemos.

—Bueno, pueden ir a ver su remolque. Está por allá. —Señaló hacia donde estaban estacionadas las casas rodantes más bonitas, más cerca de la carpa—. De hecho, esa es la zona donde viven todos los artistas. Ellos podrían decirles más que nosotros. Conocían mejor a Tupper.

Un tintineo como de campana de escuela sonó por encima de los techos de los remolques.

El del bigote fino señaló con el pulgar por encima del hombro en dirección al sonido.

—Hora de almorzar. Lo siento. Tenemos que irnos.

—Sí —dijo el del único tatuaje—. Si no llegamos ahora mismo, Tiny se comerá toda la comida.

No iban a sacarle mucho más a este grupo.

—Gracias por su ayuda —dijo Miranda mientras los veía alejarse al trote, dejando la pelota de baloncesto tirada bajo el árbol.

Se volvió hacia Parker.

—Vamos con un comienzo fantástico.

—Nos dijeron que Layla podría no estar desaparecida. —Demostrando que la sospecha de Sam era errónea. A Parker le encantaría eso.

—A menos que estén ocultando algo.

—Cierto.

Miró el sendero que bajaba hacia los remolques cercanos a la gran carpa, la zona donde habían estado la noche anterior.

—Sigamos el consejo del equipo y hablemos con algunos de los artistas.

—Muy bien.

###

Pasearon por el sendero de hierba, atravesando el laberinto de casas rodantes y autocaravanas de varios tamaños, la mayoría de ellas con ventiladores de brisa o unidades de aire acondicionado de ventana funcionando a toda máquina.

Cada vehículo estaba estacionado para dejar suficiente espacio entre él y su vecino para hacer un patio de unos cinco o seis metros de ancho. En cada patio había una variedad de pertenencias esparcidas, similar a lo que se podría encontrar en cualquier barrio típico con niños. Zapatos amontonados en una puerta, bicicletas alineadas contra la pared. Cochecitos de bebé, una pequeña piscina infantil como la que el padre de Miranda le compró cuando era pequeña. Macetas colgando bajo los toldos.

Aquí vivían familias.

Era asombroso cómo la gente podía sentirse como en casa incluso cuando tenían que empacar y mudarse cada dos meses. En cierto modo, le recordaba la forma en que ella solía vivir. Nunca le importó tener muchas cosas. La mayoría de sus pertenencias solían caber en su viejo auto.

Pero Parker había llegado y lo había cambiado todo.

Llegaron a un lugar donde varios grupos de artistas practicaban sus actos. Un par de jóvenes musculosos con camisetas rojas ajustadas y vaqueros se lanzaban aros de colores de un lado a otro. Más allá, un hombre corpulento con mallas blancas, un gran bigote negro y acento ruso ladraba severas instrucciones a una joven que caminaba descalza por una barra estrecha.

—No tan rápido. No mires hacia abajo, Feya. Eso te hace parecer una aficionada.

Su ceño fruncido decía que no apreciaba la corrección, pero lo disimuló rápidamente antes de que él lo viera.

—¡Así se hace, Bobo. ¡Buen chico! —arrulló alguien con acento francés.

Delante de una de las casas rodantes más bonitas, una mujer risueña con brillantes rizos rojos recogidos en lo alto de la cabeza guiaba a un lindo terrier blanco y peludo en círculo sobre sus patas traseras. Otros dos perritos estaban sentados en cubos volcados y pintados de colores vivos, observando a la mujer y al terrier, y con aspecto de que les encantaría unirse a las payasadas. Pero aún no era su turno.

Parecía extraño que el lugar estuviera tan animado mientras la muerte de un compañero artista aún flotaba en el aire. Supongo que había que mantenerse en práctica sin importar las circunstancias.

Miranda miró a su alrededor, preguntándose con quién hablar primero, cuando vio a una mujer pequeña y de aspecto delicado con vaqueros y una camiseta negra con el logotipo de BGC en dorado bajo un toldo de vinilo al otro lado. Estaba acomodando a un par de niños pequeños en una mesa de pícnic.

—¿Quieres que probemos con ella? —le dijo a Parker.

—Es una opción tan buena como cualquier otra.

Se acercó a ella a través de la hierba alta.

—Disculpe.

La mujer levantó la vista, con sorpresa en el rostro.

—¿Puedo ayudarla? —Hablaba con acento de Europa del Este.

—Tal vez. —Miranda ladeó la cabeza hacia ella.

Al parecer, gente de todo el mundo venía a trabajar en el circo. Si alguien quisiera cargarse a un payaso y volver al Viejo Continente para esconderse un tiempo, ¿quién se enteraría? Pero se estaba adelantando a los hechos.

Extendiéndole la mano, se acercó a la mujer. —Mi nombre es Miranda Steele y él es mi compañero, Wade Parker. Somos investigadores y estamos indagando sobre el incidente que ocurrió

aquí anteanoche. —Omitió deliberadamente la palabra «privados» con la esperanza de que la mujer pensara que eran policías.

La mujer le estrechó la mano, frunciendo el ceño con recelo, y le echó a Parker una mirada de arriba abajo, típica de quien aprecia al sexo opuesto. —¿Se refiere a Tupper?

—Sí.

La mujer se pasó una mano por la cabeza para alisarse el cabello castaño y rizado. De cerca parecía aún más menuda; le llegaba apenas al hombro a Miranda. Tenía los brazos y el cuello delgados. Y aunque su cabello rebelde lo ocultaba, Miranda notó que su frente sobresalía un poquitín.

—La policía estuvo aquí esa noche. Los vimos por allá. —Señaló a la vuelta de la esquina, a varios remolques de distancia.

—¿Ese era el lugar de Tupper?

—Sí. —Era donde Miranda y Parker habían estado la noche anterior. Otro punto para el marcador de honestidad de Sam.

La mujer la escudriñó. —¿No consiguieron todo lo que necesitaban?

Adiós a la idea de hacerle creer que eran policías. —Somos investigadores privados —le dijo Miranda—. Un miembro de su personal nos contrató.

La mujer se frotó el brazo. —¿Ah, sí? ¿Quién?

—Mamá, tengo hambre. —El niño más pequeño golpeaba la mesa con sus puñitos. No podía tener más de cuatro años y su hermano a su lado, tres. Ambos tenían el cabello castaño y rizado de su madre.

—En un minuto, Grigori —le dijo ella.

El niño hizo un puchero mientras la mujer se ocupaba de poner platos y utensilios de plástico.

Miranda aprovechó la distracción para esquivar la pregunta. —Solo quisiéramos hablar con usted unos momentos sobre el fallecido.

Colocó un tenedor de plástico junto al plato azul del niño más pequeño. Este tomó el plato y empezó a lamerlo.

—No, Vasya. Bájalo. —Miró a Miranda—. No estoy segura de qué podría decirle.

—¿Trabajaba usted de cerca con él?

—¿Yo? Bueno, no estábamos en el mismo acto, si es a lo que se refiere. Yo asisto a mi esposo. Él es el hombre bala.

¿Un hombre bala de verdad? —Eso es impresionante.

Manteniendo la vista baja, sonrió a medias. —Estábamos todos juntos en algunos números de baile, pero la mayor parte del elenco participa en esos.

Miranda soltó un suspiro de frustración e hizo una seña a Parker. Tal vez él podría soltarle la lengua a esta mujer. Después de todo, era una mujer.

Parker le dedicó una de sus sonrisas para morirse. —¿Qué tan bien conocía a Tupper Magnuson, señora…?

—Varga. Dashia Varga. —No se inmutó ante el encanto de Parker o quizás simplemente estaba demasiado ocupada. Sin levantar la vista ni ofrecer la mano, puso servilletas para sus hijos. Una salió volando y el niño más pequeño corrió tras ella.

Suspiró audiblemente y se cruzó de brazos. No corrió tras él, pero lo vigilaba con atención para asegurarse de que no se alejara demasiado. —Lo conocía bastante bien, supongo. Tan bien como conozco a la mayoría de los otros artistas. Aquí todos somos una familia.

—¿Cómo era él? —preguntó Miranda.

Se volvió para mirarlos. —¿Tupper? Oh, era un bromista. Un hombre divertido. Era un payaso, ¿sabe?

—Eso tenemos entendido —dijo Parker en un tono practicado que invitaba a decir más.

La señora Varga se echó el cabello hacia atrás de nuevo y sonrió con nostalgia. —La mayoría de los payasos, ya sabe. Solo son entretenidos en la pista. Tupper, él estaba activo todo el tiempo.

—¿Quiere decir que era un farsante? —dijo Miranda.

—Oh, no. Era muy genuino. Se preocupaba por todos. Eso era real. Solo quise decir que siempre podía hacerte reír, sin importar lo decaído que pudieras estar.

Miranda frunció los labios hacia Parker. Podía decir que él estaba pensando lo mismo que ella. No sonaba como el tipo de persona que se suicidaría.

Justo en ese momento, la solapa de la puerta de la casa rodante se abrió y un hombre apareció con un plato de perros calientes. Era alto, de cuello grueso y muy musculoso, y vestía un leotardo negro como su esposa. Podría ser el hombre bala, pero también podría haber sido el hombre forzudo.

No era del tipo con el que querrías encontrarte en un callejón oscuro.

Al ver los perros calientes, el niño mayor saltó de su asiento y empezó a brincar. —¡Genial! ¡Genial!

—Cálmate ya. Grigori, pon eso en la basura —le dijo el hombre al más pequeño, que agitaba la servilleta fugitiva que había recogido del suelo. El hombre dejó los perros calientes en la mesa de pícnic y miró con el ceño fruncido a Miranda y a Parker—. No me dijiste que teníamos visita, Dashia. —Él también tenía acento.

—Son investigadores privados, Yuri —le dijo su esposa—. Están aquí por lo de Tupper.

Hubo una expresión de asombro en su rostro, luego su semblante se ensombreció. —Espero que puedan averiguar qué le pasó realmente.

Miranda le examinó la cara tratando de no quedarse mirándolo. Era calvo, con cejas negras y pobladas. No podía tener más de veinticinco años, pero una larga cicatriz le recorría un lado de la cabeza, bajaba por su frente y le cruzaba la nariz, que era ancha y chata. Otra cicatriz le bajaba por el costado del cuello. Miranda sabía de cicatrices. Ella tenía un par de las suyas que nunca desaparecerían, Parker también. Las del hombre bala parecían particularmente feas.

—¿Comparte usted la teoría de que no fue por causas naturales? —le preguntó ella.

Él pasó un brazo protector por los hombros de Dashia. —No tenemos ninguna teoría. Oímos el rumor de que la policía no estaba segura de cómo falleció. Solo queremos que las cosas se aclaren, sea lo que sea que haya pasado.

Interesante respuesta. —¿Y qué hay de Layla?

—¿Layla?

—¿La acróbata de telas aéreas? ¿Qué tan bien la conocen?

Dashia miró a Yuri como pidiendo permiso para hablar. Él le dio un leve asentimiento.

—No la conocemos muy bien —dijo ella.

—¿No salió con Tupper?

Sus ojos se abrieron como si estuviera sorprendida de que Miranda supiera ese pequeño detalle. —Bueno, sí. Pero era muy reservada.

Ajá. —¿Puede decirme el apellido de Layla?

—¿Apellido?

—Seguro que lo sabe. Tengo entendido que era de Europa del Este.

Dashia volvió a mirar a su marido. Miranda supo que estaba a punto de mentir.

—¡Ahí están!

Se dio la vuelta y vio a Sam que llegaba corriendo para unirse a ellos. Llevaba una camiseta azul oscuro de Harley-Davidson, pantalones cortos cargo de color caqui y un sombrero de vaquero de camuflaje para reemplazar el Stetson de ayer. Su gran hebilla de cinturón plateada brillaba con la imagen de un longhorn y las palabras en relieve «Cowboy Up», que en el suroeste significaba «pórtate como un hombre».

—Sam —dijo ella cuando él los alcanzó—. ¿Qué haces aquí?

Él la miró con el ceño fruncido. —Vivo aquí, como todos los demás.

—Quiero decir, ¿qué haces aquí mismo? —Señaló al suelo.

Él levantó las palmas de las manos. —Vine a ayudarlos. ¿Hablaron con la policía?

Ella no respondió. —Ahora mismo, estamos hablando con este caballero y su esposa.

Sam se cruzó de brazos. —Ya veo. ¿Ya se conocen? Él es Yuri Varga. Es nuestro hombre bala.

—Eso dijo su esposa.

—Su acto es absolutamente increíble. Vuela más de dieciocho metros en el aire a ciento cinco kilómetros por hora. Nada asusta a Yuri. Una vez no cayó en la red. Así es como se le estropeó la cara.

Ella lo fulminó con la mirada como si ese comentario fuera la cosa más grosera que hubiera oído jamás.

—Oh, el viejo Yuri se jacta de ello. Esas cicatrices son medallas de honor. ¿Verdad, grandulón? —Le dio un puñetazo en el brazo.

Yuri forzó una sonrisa. —Solo estoy agradecido de haber vivido. Sam, ¿tú contrataste a estos detectives?

—Sí. Quiero averiguar qué le pasó a Tupper.

—Todos queremos.

Así que era de Sam de quien el hombre bala había oído el rumor.

Miranda quiso zarandear a Sam por difundirlo. Y por entrometerse torpemente en su investigación y arruinar el ritmo del interrogatorio.

Pero él parecía ajeno a todo. —Pensé en llevarlos de nuevo a revisar el remolque de Layla. ¿Les parece bien?

Ella lo miró con furia. Ahora los Varga sabían que habían estado allí. Y en el remolque de Layla. Quiso darle una patada a su nuevo cliente.

—Si nos disculpan —dijo Dashia—. Necesitamos almorzar. Tenemos un ensayo esta tarde para prepararnos.

—¿Un ensayo? ¿No está cerrado el circo?

—Solo por hoy —dijo Sam—. El jefe quiere hacer una función en memoria de Tupper mañana por la noche. Ya saben. El espectáculo debe continuar. —Levantó las manos y le puso esa cara de oveja inocente que a ella antes le parecía entrañable.

—Supongo que sí —dijo ella entre dientes.

Mientras los Varga se acomodaban en la mesa de pícnic junto a sus hijos, Sam se volvió hacia ellos. —¿Ustedes saben que Layla está desaparecida, no?

Yuri tenía una mirada sombría y Dashia frunció el ceño. —¿Qué quieres decir con que está desaparecida?

—Quiero decir que se ha ido. No responde a la puerta.

Dashia miró nerviosamente a su marido de nuevo. —¿La despidieron?

Sam pareció desinflarse de repente. —No veo cómo.

—Quizá se fue a un hotel en la ciudad. Nunca le gustó mucho vivir en la zona de atrás. —Rápidamente, Dashia se llevó una

servilleta a la cara para ocultar su desliz. Así que conocía a la acróbata aérea mejor de lo que había dicho.

—Avísame si sabes algo de ella —dijo Sam.

—De acuerdo.

Se volvió hacia Miranda. —Vamos. Vayamos a lo de Layla.

CAPÍTULO DIEZ

Mientras caminaban por el césped, Sam comenzó a parlotear emocionado con su acento pausado del suroeste. —Si quieren, puedo presentarles a los artistas que mejor conocían a Tupper. Está Yvette Nannette, la entrenadora de perros. Y Danny, el tipo que mencioné anoche. Y Harvey. Es otro payaso. Van a querer hablar con él. Oh, casi lo olvido. —Se metió la mano en el bolsillo y le entregó algo a Miranda.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Pases de visitante para el ensayo general de esta noche. No pueden entrar sin ellos.

Miranda se los entregó a Parker, quien se los guardó en el bolsillo de su saco sin decir una palabra.

A ella no le gustó que Sam se entrometiera y se hiciera cargo de su investigación, y podía ver que Parker echaba humo.

—Señor Keegan —dijo él con una voz baja y ominosa.

—Oh, por favor. Llámame Sam. —Sam se rio entre dientes como si no notara que había un problema.

—Somos perfectamente capaces de entrevistar a la gente sin tu ayuda.

Sam se detuvo y se dio la vuelta para encararlos. Parecía desolado. —Caramba, lo siento. Solo pensé en ayudarlos. Pensé que de verdad querrían hablar con Harvey.

Miranda suspiró con impaciencia. —¿Quién es Harvey?

—Harvey Hackett. Es uno de los payasos principales. Trabajaba muy de cerca con Tupper, y… bueno, no se llevaban exactamente bien.

Miranda se cruzó de brazos. —¿Crees que podría ser un sospechoso?

—Tal vez. No soy un profesional como ustedes dos. —Se metió las manos en los bolsillos traseros y le dedicó esa tímida y sexi sonrisa suya.

Ella entornó los ojos y Parker entornó los suyos al mismo tiempo. Ambos sabían reconocer la adulación barata cuando la oían. Aun así, ese tal Harvey sonaba como si pudiera tener un motivo.

Se volvió hacia Parker. —No perdemos nada con hablar con el tipo.

Por una infinitesimal fracción de segundo, sus ojos grises destellaron oscuros de ira. Luego respiró hondo para controlarla. —Está bien. ¿Dónde está, Sam?

El rostro de Sam se iluminó. —Vive justo por aquí. Debería estar practicando ahora. Está de camino a lo de Layla.

Los guio pasando unas cuantas casas rodantes más y luego giró entre dos de las más grandes. Allí, en lo que podría llamarse el callejón, había un hombre vestido con una camiseta blanca sin mangas y pantalones holgados sujetos con tirantes rojos. Maldecía a un juego de bolos de boliche tirados en el suelo.

Un puro le colgaba de una comisura de la boca y le urgía una afeitada. Parecía un payaso triste incluso sin maquillaje.

—Maldita utilería barata —masculló.

—Te iría mejor si te deshicieras de esa cosa —dijo Sam.

El hombre levantó la vista y lo fulminó con la mirada. —Eso demuestra lo poco que sabes. Es parte del número.

—Claro que sí. En la carpa libre de humo. —Sam se acercó, le arrancó la colilla de la boca y la tiró al suelo. Luego la aplastó con el tacón de su bota vaquera.

El rostro curtido del hombre se contrajo en una mueca. —Maldita sea, Keegan. ¿Quién te crees que eres, mi madre?

—A veces necesitas una madre.

—Te lo advierto, más te vale que te alejes de mis cosas. Me falta una cajetilla de cigarros. Y una botella.

—Eres el único que quiere tocar tus cosas, amigo. Y oye, también necesitas un límite con el vino.

Miranda miró a Parker. ¿Este tipo tenía problemas con la bebida? ¿Con el vino? ¿Y le faltaba una botella?

Parker dio un paso adelante. —Señor, nos preguntábamos si podríamos hablar con usted un momento sobre Tupper Magnuson.

—¿Señor? —Le lanzó una mueca burlona a Parker, revelando una dentadura amarillenta. Su bronceado era más oscuro que el de Sam, y su piel tenía la textura del cuero viejo—. ¿Quién diablos eres tú?

Sam bufó. —De verdad necesitas trabajar en tus modales, Harvey. Ellos son Wade Parker y Miranda Steele de la Agencia de Investigación Parker en Atlanta, Georgia. Los contraté para investigar la muerte de Tupper. Les gustaría hablar contigo.

Parker extendió una mano. —¿Harvey Hackett?

El hombre lo examinó de arriba abajo, y luego hizo lo mismo con Miranda. —No tengo nada que decirles a ninguno de los dos.

Dicho esto, se tambaleó hasta los escalones frente a la puerta de su tráiler y se desplomó en ellos. Miranda notó un pequeño jardín lleno de rosales rojos. ¿El payaso gruñón tenía buena mano para las plantas? Miró su pequeño tráiler. No podría haberlas cultivado allí dentro. Debía de haber conseguido las plantas en un vivero local. Se preguntó si las dejaría allí para el próximo huésped del parque de tráileres cuando el circo se fuera de la ciudad. A pesar de su comportamiento grosero, tal vez tenía una debilidad por cultivar cosas.

Harvey se sujetó las mejillas con los puños y frunció el ceño hacia los bolos de boliche. —No puedo hacer el número de Tupper mañana por la noche.

Sam se sentó a su lado y le dio una palmada en la rodilla. —Claro que puedes, Harvey.

Él negó con la cabeza. —Lo increíble es que yo le enseñé la rutina. En realidad, me la robó. Pero la hizo suya. Su sello personal. No puedo hacerla como él.

Miranda le lanzó a Parker una mirada de «déjame intentarlo» y se puso en cuclillas junto al hombre. Al hacerlo, le llegó una buena bocanada de olor corporal de payaso viejo. La ignoró.

—¿Cómo era el número? —preguntó ella en un tono suave, como para entrar en confianza.

Sus ojos se iluminaron. —Oh, es uno bueno. Primero presumes un poco con los bolos de boliche y algo de palabrería, ya sabes.

Hablas con el público, los animas, para que esperen que seas el mejor malabarista que hayan visto. Luego lanzas los tres bolos al aire y los dejas caer. Risotada.

Se levantó y caminó hacia los bolos en el suelo, puso las manos en sus caderas. —Luego haces un poco de comedia, culpando a los bolos. —Los amenazó con los puños—. Lo intentas de nuevo, lo mismo. Unas cuantas veces más, luego te dejas caer al suelo y lloras. —Lo hizo, imitando pataletas y secándose los ojos con los puños—. Luego le suplicas ayuda al público y mientras lo haces, Jubjub se acerca sigilosamente por detrás. Es la payasa vestida de princesa de hadas. Un disfraz muy lindo. El público intenta decirte que está ahí, pero no lo entiendes. Justo entonces Jubjub te rocía con polvo de hadas —que es solo confeti brillante— y te levantas y vas tras ella, agarrando los bolos como si fueras a golpearla en la cabeza con ellos, pero en lugar de eso, mágicamente empiezas a hacer malabares. Dos. Tres. Tomas un cuarto…

Empezó a lanzar los bolos al aire y a atraparlos mientras hablaba. Era como si contar la historia le devolviera la memoria muscular. Era realmente bueno.

—Quinto. —Se agachó y lo tomó, lo lanzó con los otros… y los dejó caer todos—. ¡Mierda! —Arrastró los pies hasta los escalones y se desplomó de nuevo—. Al menos la parte de dejarlos caer la tengo dominada.

—Solo necesitas práctica —le dijo Sam.

—Señor Hackett —dijo Parker como si no hubiera habido interrupción—. Parece que usted era cercano a Tupper Magnuson.

Se encogió de hombros. —Claro. Los dos estábamos en la compañía. La mayoría de nuestros números eran juntos.

—¿Puede decirnos cómo estaba de humor últimamente?

—¿De humor? Tupper no tenía humores. Siempre estaba de buen ánimo. Tan malditamente feliz que daba asco.

—Estaba enamorado —dijo Sam secamente.

Miranda lo fulminó con la mirada. No necesitaba que él le diera las respuestas a este tipo. Pero él solo le frunció el ceño. Pensó en cómo el detective Underwood los había llamado a ella y a Parker. Sam era el verdadero civil aquí.

Respiró hondo y retomó el interrogatorio. —Entendemos que el señor Magnuson se comprometió recientemente.

—Sí. Con ese mujerón… —Levantó la vista hacia Miranda y se aclaró la garganta—. Con esa acróbata aérea que trepaba por las telas. Es muy guapa, sí. —Entrecerró los ojos hacia Miranda—. Pensándolo bien, tú tampoco estás nada mal.

—Gracias —dijo ella con una mueca. Justo lo que siempre había querido. Un piropo de un payaso viejo y sucio.

—¿Había algún problema entre la pareja? —preguntó Parker.

—¿Problema?

—¿Discutían? ¿Peleaban por algo?

Gesticuló con ambas manos. —Quizás una o dos veces. Tonterías. Se reconciliaban enseguida. No podías mantener a esos dos separados. Siempre estaban de arrumacos, besuqueándose. No se cansaban el uno del otro. Como dije. Daba asco.

Parker puso un pie en uno de los escalones y presionó un poco más. —¿Está seguro de que no notó nada inusual alrededor del momento en que el señor Magnuson fue encontrado en su tráiler?

Harvey se rascó la barba. —Ahora que lo pienso…

—¿Sí?

—Sí tuvieron una pelea hace poco. Más grande de lo habitual.

—¿Cuándo?

—A ver. ¿Cuándo fue eso? ¿Quizás en algún momento de la semana pasada? Los vi. —Se rio entre dientes y señaló hacia el final de su casa rodante—. Tengo vista a la puerta principal de Tupper justo a la vuelta de esa esquina. Fue justo antes del espectáculo. Había salido para estirar y calentar para mi número. Layla estaba en la puerta de Tupper, gritándole. Él le estaba hablando, tratando de calmarla. Ambos sonaban muy enojados.

—¿Oyó algo específico?

Negó con la cabeza. —No. Me meto en mis propios asuntos.

Sí, claro, pensó Miranda. —¿Qué pasó?

—Se gritaron un poco, luego ella se fue pisando fuerte. —Se encogió de hombros—. Como dije. No es asunto mío.

—¿Cuándo fue esto exactamente?

Sus labios se movieron de un lado a otro en un gesto exagerado que sin duda usaba en su número. —No lo sé. A fines de la semana pasada, más o menos.

—¿La noche que Tupper murió? —dijo Parker.

—No creo. Quizás la noche anterior. Es confuso. Todas se mezclan cuando llevas tanto tiempo en esto como yo.

Y cuando le das mucho a la botella, pensó Miranda.

—Como sea —dijo Harvey—. No le di importancia. Sabía que se reconciliarían y volverían a todo ese rollo empalagoso.

A Sam se le puso una mirada nostálgica. —Tupper me dijo que lo animaste a que le pidiera matrimonio.

Harvey frunció un labio. —Esperaba que dejara el espectáculo. Algunos lo hacen cuando se casan.

—Pero no lo hizo —dijo Miranda.

Negó con la cabeza. —No debí haberme hecho ilusiones. Sabía que era de los de toda la vida.

—Pero en lugar de eso terminó muerto.

Lentamente, Harvey levantó la mirada. —¿Estás diciendo que tuve algo que ver?

—Lo querías fuera del camino. Quizás para tener una oportunidad con Layla.

Se puso de pie de un salto. —Estás loca. De acuerdo, el tipo no me caía muy bien, pero no soy un asesino.

Miranda se miró las uñas. —Eso es lo que dicen todos los culpables.

—Oye, niñita. Retira eso.

Se abalanzó sobre ella, pero Sam lo detuvo antes de que pudiera lanzarle un golpe. —Tranquilo, Harvey. No lo dijo en serio.

Miranda fulminó a Sam con la mirada, la irritación ardiendo en su interior. De repente no sabía a quién quería golpear más. A este payaso viejo o a su cliente vaquero. Él no había entendido lo que ella estaba haciendo y había arruinado su táctica de interrogatorio.

Ya no tenía sentido seguir. No le sacarían nada más a este tipo.

—Sam —dijo, conteniendo su ira—. ¿Por qué no nos llevas a casa de Layla ahora? Harvey necesita practicar.

CAPÍTULO ONCE

Ahora, furiosa además de acalorada, Miranda caminaba con rabia junto a Parker bajo los árboles, con Sam al otro lado. —No tienes por qué meter tu cuchara cuando estamos interrogando a alguien, Sam —gruñó.

Él la miró como si lo acabara de abofetear. —¿Qué hice? Es difícil hablar con Harvey. Les estaba allanando el camino.

—Podemos allanarnos el camino nosotros solos perfectamente.

Pateó un trozo de tierra al dar un paso. —Caramba, solo intentaba ayudar.

—Solo intenta quedarte callado la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Claro. Lo que tú digas. —Empezó a amurrarse.

Santo cielo.

Parker tenía esa expresión férrea, con la vista fija al frente. Estaba molesto con Sam otra vez. Esta vez, ella no podía culparlo.

Se desviaron hacia una casa rodante con una escalera trasera y un diseño de rayas finas rojas y azules, y encontraron el segundo remolque que habían visitado la noche anterior.

Bajo la luz del sol se veía reluciente y brillante, con un diseño de rayas onduladas de color verde azulado a lo largo del costado y unas cortinas femeninas y acogedoras en las ventanas.

Miranda subió los dos escalones metálicos de la puerta y llamó con fuerza.

Ninguna respuesta.

—¿Layla? ¿Estás ahí? Somos de la policía. Necesitamos hablar contigo sobre Tupper Magnuson.

Seguía sin haber respuesta.

Miranda se dio la vuelta y levantó las manos. —Parece que sigue sin estar en casa.

Una extraña sensación comenzó a anidarse en su estómago. ¿Y si algo terrible le había pasado a esta mujer?

Los ojos de Parker adoptaron una mirada dura y empezó a examinar la zona. Pasó las manos por el lateral y encontró el pestillo de uno de los compartimentos que cubría las conexiones y las baterías del vehículo. Abrió el pestillo y levantó la tapa.

Metió la mano dentro y palpó durante un largo momento. Luego se enderezó de nuevo y sacó una llave.

—¡Voila! —dijo Miranda, radiante de orgullo.

Quiso añadir que sabía que lo había traído para algo, pero eso podría darle a Sam una idea equivocada.

En vez de eso, bajó las escaleras mientras Parker subía hasta la puerta e introducía la llave.

La puerta se abrió.

—¿Estás segura de que deberíamos estar haciendo esto? —dijo Sam.

—Quieres que la encontremos, ¿no? —le espetó Miranda.

—Claro, claro. Solo pensé que… no importa.

Una vez más, Parker sacó unos guantes de su bolsillo. Miranda se puso los suyos y le entregó un par a Sam. —Toma. Y ten cuidado de no mover nada.

—De acuerdo —refunfuñó Sam, poniéndoselos.

Estuvo tentada de sermonear rápidamente a Sam sobre la contaminación de la escena del crimen, pero probablemente sería inútil.

En su lugar, se dio la vuelta y siguió a Parker al interior.

###

El remolque de Layla tenía un ligero olor a humedad mezclado con un aroma de perfume femenino. Como en el de Tupper la noche anterior, todas las ventanas estaban cerradas. El aire acondicionado estaba encendido, pero no a una temperatura muy baja. El lugar era sofocante.

Miranda encendió una luz del techo. —La electricidad sigue funcionando. —No es que eso significara mucho.

—La suministra la UBT —le informó Sam.

De acuerdo, eso significaba que el circo no la consideraba desaparecida. Todavía.

Recorrió el lugar buscando cualquier señal de lo que le había sucedido a su ocupante.

Esta casa rodante era más pequeña y tenía gabinetes de imitación de madera de color claro. En el lado opuesto, un sofá cama se había quedado abierto bajo una ventana con persiana, con las sábanas y las mantas revueltas sobre el colchón.

Miranda registró un diminuto armario en un rincón estrecho mientras Parker revisaba el espacio de almacenamiento bajo la cama. Sam estaba de pie en una esquina, usando su sombrero de vaquero de camuflaje como abanico. Se alegró de que no estorbara.

Encontró varios disfraces escuetos y brillantes, leotardos de diversos colores. Blanco, rojos encendidos, pasteles llamativos en un patrón teñido. Zapatillas de ballet, tacones de aguja, una boa. Un par de vestidos, pero nada de jeans o camisetas o ropa de diario de ningún tipo. Nada como lo que había visto en las fotos informales en el remolque de Tupper.

Ninguna maleta.

—Aquí hay mantas y toallas. —Parker cerró el cajón de debajo de la cama y se enderezó.

—¿Viste una bolsa de lona ahí dentro? —le preguntó.

—En absoluto.

Una cómoda estrecha se alzaba al otro extremo de la cama. Miranda se acercó con cuidado y abrió los cajones uno por uno. Maquillaje de escenario, un gran espejo de mano, más medias elegantes y brillantes que parecían hacer juego con los disfraces del armario.

Nada de ropa interior.

Cerró el último cajón y miró a su alrededor.

Sam la miraba boquiabierto, como si estuviera indignado de que estuviera violando la privacidad de Layla. Ella lo ignoró.

Al otro extremo del espacio había un pequeño escritorio de laminado para computadora. Ella y Parker lo examinaron a continuación. Ni rastro de ningún equipo. Ningún celular olvidado. Papeles sueltos y recibos metidos en los cajones junto con una

novela romántica de bolsillo. Ninguna foto de Layla y Tupper como las que habían encontrado en el remolque del payaso. Quizás las guardaban todas en el álbum. Quizás se las llevó con ella.

Miranda dejó que Parker revisara los recibos de compra mientras ella examinaba la cocina.

Una pequeña estufa y un fregadero junto al escritorio. No había platos en él. Nada en la encimera, salvo un paño de cocina seco y cuidadosamente doblado. Abrió una alacena superior. Cereal integral, avena orgánica, una bolsa de totopos. Comida bastante normal.

Miranda la tomó y comprobó la fecha. No era tan vieja. Fue a la nevera. Botellas de agua, un frasco de pepinillos dulces, ingredientes para sándwiches. Un recipiente de poliestireno con sobras de un restaurante mexicano. Lo abrió y lo olió.

Tampoco era tan viejo. Aparte de su trabajo, parecía que la mujer llevaba una vida corriente.

—¿Estás satisfecha? —dijo Sam como si hubiera obtenido algún tipo de victoria—. Se ha ido, como ya dije.

Parker volvió a mirar el escritorio de la computadora. —¿Layla tenía una laptop?

—No —le dijo Sam—. Apenas tenía algo más que la ropa que llevaba puesta cuando llegó a la UBT hace seis meses. Compró la mayoría de sus cosas en el Walmart local.

—Como confirman estos recibos —dijo Parker—. No hay nada fuera de lo común aquí.

—Parece que empacó una bolsa con lo esencial y se marchó.

Parker volvió a guardar los papeles en el cajón del escritorio. —Parece que podemos descartar un secuestro.

—Sí.

El rostro de Sam adoptó una expresión de alarma. —¿Secuestro? ¿Creen que Layla pudo haber sido secuestrada?

—No —dijo Parker con paciencia forzada—. Acabo de decir que podíamos descartarlo. Los secuestradores generalmente no permiten que sus víctimas preparen una maleta primero.

—Pero aun así podría estar en peligro, ¿verdad?

Ignorándolo, Miranda se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Quizás Layla había estado huyendo cuando se unió a la UBT. Un circo ambulante era un buen lugar para esconderse, pero luego se convirtió en la estrella principal. El público la conocía. Era hora de largarse.

Pensó en lo que Harvey Hackett les había dicho sobre la pelea de Layla con Tupper. Quizás quería romper con él. Quizás Tupper no la dejaba en paz. Podría haberlo liquidado para detener sus insinuaciones, pero no con cianuro. ¿De dónde iba a sacar cianuro una joven con poco dinero y sin acceso a internet?

No, la explicación más razonable era la del sargento Underwood. El pobre Tupper se suicidó. Quién sabe por qué la gente hace esas cosas.

La desaparición de Layla debía ser la causa de que él acabara con su vida o solo una coincidencia. Quizás la artista aérea se había cansado de colgar en el aire de tiras de seda y quería probar algo nuevo.

Podría haber cien razones para que una mujer joven se marchara sin más. Nadie lo sabía mejor que ella. Había sido su propio modus operandi antes de conocer a Parker.

—A Layla pudo haberle dado miedo su compromiso. —Sus ojos se encontraron con los de Sam y compartieron un momento, un recuerdo de su historia.

No uno bueno.

Apartó la mirada. No debería haber sacado ese tema. Realmente no debería haberlo sacado, pensó, al ver a Parker frunciéndole el ceño.

Se dirigió a la entrada. —Bien, Sam. Ya has demostrado que lleva varios días fuera. ¿Tu próximo ensayo es esta noche?

—Sí, a las siete.

—Probablemente vuelva para entonces. —Si es que solo fue a visitar a alguien.

Sam se caló el sombrero con el ceño fruncido. —No lo sabes con certeza. Tienes que encontrarla.

—Tenemos que descubrir la verdad.

—Sí. La verdad sobre quién mató a Tupper. ¿Y si fue Layla?

Cansada de su insistencia, Miranda se cruzó de brazos. —Sam, Tupper fue envenenado.

Sam retrocedió y se dejó caer en una silla. —¿Qué? ¿Envenenado?

—La policía cree que fue suicidio.

La miró fijamente, con sus ojos verdes humedeciéndose. —No pudo ser suicidio. Tupper nunca habría hecho eso.

Qué reacción más extraña para el tipo que encontró el cuerpo. ¿Acaso no vio que no había sangre? ¿Ni heridas de bala? Quizás estaba demasiado alterado para darse cuenta. O quizás había asumido que eran causas naturales y la llamó solo para verla de nuevo, como había supuesto Parker.

—¿Cómo sabes lo que Tupper habría hecho? —dijo ella.

—Porque conozco a mi amigo.

—¿Y qué hay de lo que dijo Harvey? Tupper y Layla estaban peleando. Tal vez ella se fue por su culpa y eso fue el detonante.

Desde el otro lado de la habitación, Parker carraspeó.

Miranda lo fulminó con la mirada. Pensaba que le había contado demasiado a Sam. Eso la irritó más que el propio Sam. Estaba acalorada, cansada y frustrada con ambos.

—Estoy harta de esta estupidez. —Giró sobre sus talones y salió por la puerta.

Hirviendo de rabia, bajó apresuradamente los escalones hacia una agradable brisa cálida. Incluso con los treinta y ocho grados de calor, se sentía bien después de estar en ese remolque.

Como era de esperar, Sam vino trotando tras ella. La agarró del brazo. —Miranda, ¿tú también crees que fue suicidio?

Se giró hacia él y vio a Parker en lo alto de los escalones. Parecía estar a punto de estallar, como un volcán a punto de entrar en erupción en cualquier segundo.

Profesionalidad, pensó. —Todavía no tenemos una opinión, Sam —le dijo secamente, asegurándose de que captara el «nosotros»—. Por eso seguimos investigando.

—Pero Layla se… se escapará si alguien no va tras ella.

—La hemos buscado, Sam. No es como si tuviéramos pistas fabulosas sobre dónde podría haber ido. —Y no era como si no

hubiera nadie más con un motivo. Los Varga definitivamente ocultaban algo, y Harvey Hackett prácticamente admitió que estaba celoso de Tupper—. Si perdemos el tiempo yendo tras ella y no fue quien lo hizo, el verdadero asesino se escapará.

Tenían poco personal aquí. Hasta que pudieran darle a la policía algo que los convenciera de que no fue un suicidio, estaban solos. No iba a explicarle todo eso a Sam. Parker tenía razón. Ya le había dicho demasiado a su cliente.

Se puso las manos en las caderas y observó a Parker devolver la llave de Layla al compartimento donde la había encontrado.

Se preparó para que la reprendiera. En lugar de eso, él miró más allá de ella.

Ella se giró y se dio cuenta de que estaba mirando a una joven con un leotardo azul eléctrico que hacía una voltereta lateral frente a la casa rodante al otro lado del camino.

La mujer se enderezó y miró a Parker con aire altanero. —Pensaba que allanar una propiedad era ilegal.

CAPÍTULO DOCE

Miranda cruzó la calle a toda prisa hacia la acróbata justo cuando esta se giró y empezó otra vuelta de carro, esta vez hacia atrás.

—Disculpe, ¿podríamos hablar con usted un momento? —preguntó ella cuando los pies de la joven tocaron el suelo.

Se incorporó de un salto con la nariz arrugada y el ceño fruncido en su delicado rostro asiático. —¿Quiénes son ustedes? ¿Y por qué estaban husmeando en la casa rodante de Layla?

Su complexión era menuda. No era mucho más que una chiquilla. Quizá de veintipocos años o tan joven como de diecinueve. Unos cinco o seis años mayor que Mackenzie. Y con una actitud parecida a la de la hija de Miranda cuando la conoció.

Su largo cabello oscuro, con mechas azules, cobrizas y rojizas, estaba recogido en una trenza, y sus bonitos rasgos brillaban por el sudor de su entrenamiento.

—De ella es de quien queremos hablar con usted —le dijo Miranda—. Su vecina.

Antes de que la chica pudiera responder, Sam apareció al lado de Miranda.

—¿Y qué hacías tú por allá, Sam? —quiso saber la vecina de Layla.

Parker llegó a su otro lado justo cuando Sam gesticulaba hacia ella con la floritura de un maestro de ceremonias. —Ellos son Miranda Steele y Wade Parker. Son los detectives que contraté para averiguar lo de Tupper.

Una expresión de asombro apareció en el rostro de la joven. —¿Qué pasa con Tupper?

—Ya sabes, sobre lo que le pasó. —Al menos Sam intentaba ser delicado esta vez. Era una mejora.

La chica lo miró entrecerrando los ojos. —Pensé que la policía había dicho que fue por causas naturales.

—Se equivocaron —dijo Sam.

Hasta ahí llegó el progreso de su cliente. Miranda apretó los dientes y le lanzó una mirada de advertencia.

Él le devolvió el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Miranda centró su atención en la vecina. —¿Y cómo se llama usted?

—Biata. Biata Ito. —Señaló la casa rodante junto a la que estaba —. Vivo en esta casa rodante con mi hermana mayor, Chavi. —Señaló por encima del hombro el vehículo estacionado detrás en la siguiente fila—. Nuestros padres viven en esa, y mi hermano y su esposa viven en la de al lado. Somos los Ito Voladores. —Su tono rebosaba orgullo.

—¿Trapecistas? —preguntó Parker.

Biata lo miró y se quedó embelesada por un instante antes de sacar la barbilla. —Sí. De los mejores del mundo. He estado volando desde que tenía diez años.

No faltaba ego por aquí.

Miranda resistió el impulso de aclararse la garganta. —Señorita Ito, estamos tratando de averiguar más sobre Tupper y lo que pudo haberle pasado. No sabemos nada a ciencia cierta en este momento sobre cómo falleció.

—Está bien. —Se cruzó de brazos—. ¿Son detectives?

Miranda asintió. —De la Agencia de Investigación Parker en Atlanta.

—Han venido desde muy lejos.

No iba a dejarse distraer con una explicación de por qué estaban allí. En cambio, fue directo al grano. —Señorita Ito, ¿notó algo inusual la noche en que Tupper Magnuson fue encontrado muerto en su casa rodante?

Su ceño se frunció aún más.

—Fue anteanoche —le recordó Miranda.

Parpadeó, miró a Sam y luego a Parker. —Sí, sé cuándo fue. Habíamos terminado la función de la noche. Terminamos sobre las nueve. No creerá que tuve algo que ver con ello.

—Simplemente estamos haciendo un interrogatorio preliminar en este momento —dijo Parker en un tono tranquilizador, ya que la mirada de la joven se demoraba en él.

—¿Vio u oyó algo inusual esa noche? —repitió Miranda.

De nuevo Biata miró a Miranda, luego, como si no supiera qué más hacer, se inclinó desde la cintura para estirar. —No. Nada fuera de lo común. Cené con un amigo, volví a casa, me duché, vi un poco de televisión y me fui a la cama. Lo mismo que la mayoría de las noches después de una función. No me enteré de lo que pasó hasta la mañana siguiente.

Hasta ahora la entrevista era un soberano cero a la izquierda. Miranda insistió. —¿Conocía bien a Tupper Magnuson?

—No muy bien. No me junto mucho con los payasos. Pero siempre estaba en casa de Layla. —Señaló al otro lado del camino, hacia la casa rodante que acababan de registrar. Luego se inclinó por la cintura, esta vez hacia el otro lado, con los brazos estirados por encima de la cabeza.

Miranda esperó a que se incorporara de nuevo. —¿Y a Layla la conocía bien?

Sus delgados hombros se encogieron bajo su leotardo azul. —Lo suficiente para saludarla. No salíamos juntas ni nada, si es lo que quiere decir.

—¿Se había comportado de forma extraña últimamente?

Sus hombros se encogieron de nuevo. —No más de lo normal. Era un bicho raro.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Simplemente era diferente.

Todo el mundo por aquí era diferente. —¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Déjeme pensar. —Levantó el pie y alzó una pierna en el aire con la mano—. En la última función. Ella hizo su número. Me crucé con ella en la carpa, entre bastidores. Estábamos juntas en el número de baile final. Eso fue todo. —La primera pierna bajó, la segunda subió.

—¿No la vio en su casa rodante más tarde esa noche?

Frunció el ceño y se encogió de hombros. —Que yo recuerde, no.

Miranda estudió a la joven, preguntándose si decía la verdad.

Sam aprovechó la pausa para intervenir. —¿Sabes que Layla se ha ido, no, Biata? —Su tono era exigente.

Miranda le lanzó otra mirada fulminante, con ganas de darle un empujón y hacer que se fuera.

Él se cruzó de brazos y cerró la boca. Ella esperaba que la mantuviera así.

Sin inmutarse, Biata asintió hacia el otro lado del camino. —Ha estado bastante tranquilo por allí. No estaba segura de lo que había pasado. —Bajó la pierna y se movió como si estuviera a punto de irse.

—¿Vio a Layla con una bolsa o una maleta esa noche? —preguntó Parker.

Ella ladeó la cabeza y le dedicó una media sonrisa. —Que yo recuerde, no.

Miranda se interpuso en su camino para bloquearle el paso. —Pero usted dijo que era trapecista. ¿Usted y Layla no trabajaban juntas? ¿No tuvieron conversaciones personales entre bastidores?

—No —dijo con condescendencia—. Layla hacía un número de telas aéreas. Es completamente diferente. Trabajaba sola. —Biata hizo una pausa para mofarse—. Si hubiera trabajado en una compañía, no se habría salido con la suya con las cosas que hacía.

Miranda miró a Parker. Ahora sí estaban llegando a alguna parte. —¿Con qué cree que se salía con la suya?

Biata miró por el camino hacia la carpa principal como si no tuviera tiempo para explicarse. Luego suspiró con resignación. —Cuando Layla vino aquí, a *Under the Big Top*, era una desconocida. No tenía antecedentes. Ni nombre, ni familia circense. Nadie sabía de dónde venía.

—¿No empiezan todos así?

La trapecista puso los ojos en blanco, negando con la cabeza ante la ignorancia de Miranda. —No. Mi familia, por ejemplo, ha estado en el circo durante cinco generaciones. Mi tatarabuelo empezó con P. T. Barnum en los años veinte.

—Impresionante.

Sus ojos oscuros brillaron. —Es más que impresionante. ¿Todos esos años transmitiendo las tradiciones y habilidades del oficio? ¿Todos esos años de trabajo duro y riesgo? Es la garantía de un número sobresaliente.

Miranda resistió el impulso de golpear el suelo con el pie por la frustración. Esto no le decía nada sobre por qué la acróbata de las telas se había ido tan de repente. —Pero, por lo que he oído, el número de Layla era bastante bueno.

Biata se llevó una mano a la frente. —Yo… no sé cómo explicárselo a alguien de fuera.

Ay, por favor. Miranda se cruzó de brazos. —Inténtelo.

—Había algo… raro en ella… «Falso», quizá esa sea la palabra. ¿Ese número que hace con el aro? ¿La forma en que se suspende, colgada hacia atrás sobre él?

Miranda recordó haber visto eso en la foto del álbum de Tupper la noche anterior. —Sí, ¿qué pasa con eso?

—No es la forma en que se hace. Quiero decir, si haces eso, tienes que tener algún tipo de anclaje que te sostenga. Normalmente, eso es el amarre de la tela. Es parte de la habilidad, del arte. La forma en que la acróbata envuelve la tela alrededor de varias partes de su cuerpo para asegurarse. Claro, es un número atrevido, pero siempre hay algo que te mantiene ahí arriba. El aro es un poco diferente, pero es más obvio.

—¿Obvio?

Dejó escapar un suspiro de frustración, como si no supiera cómo hablar con esta novata. —Había una parte que hacía con la tela en la que Layla no tenía nada que la sujetara. Nada que se pudiera ver. Estaba haciendo trampa de alguna manera.

Miranda no supo qué pensar de aquello. Así que la chica tenía buen equilibrio. Si lograbas hacer algo que pareciera que estabas suspendida en el aire más o menos, ¿no te convertía eso en una mejor artista?

Esta joven estaba celosa de la competencia.

Como si ya hubiera tenido suficiente de esta molesta conversación, Biata rodeó a Miranda con la gracia de una bailarina de ballet. —Como dije, en realidad no sé nada de lo que les pasó a

Layla o a Tupper. Y, si me disculpan, mi familia me está esperando en la carpa.

Se giró para irse.

Miranda no creía que pudieran sacarle nada más y estaba dispuesta a dejarla en paz cuando de repente Sam la agarró del brazo.

—Vamos, Biata. Eres la vecina de Layla. Tuviste que haber visto algo la noche que se fue. Creemos que Layla sabe quién mató a Tupper.

Los ojos oscuros de Biata ardían mientras lo fulminaba con la mirada, entre la sorpresa y la indignación. Se zafó de su agarre. —Repito. No sé nada. Tengo que irme ya, Sam. Llego tarde.

Y se dio la vuelta y se fue al trote hacia la carpa.

Miranda estaba tan furiosa que no podía pensar con claridad. ¿Qué demonios creía Sam que estaba haciendo al decirle que pensaban que Layla sabía quién había matado a Tupper?

Se giró hacia él, a punto de cantarle las cuarenta. —Mira, Sam. Sé que intentas ayudar, pero…

La voz grave y ominosa de Parker llegó desde detrás de su hombro. —Un momento contigo, Miranda.

Se volvió hacia él.

Parecía frío y tranquilo, pero ella podía ver bajo esa superficie imperturbable que estaba diez veces más furioso que un volcán en erupción. Sin decir nada más, señaló una zona vacía entre las casas rodantes al otro lado del camino.

Dejando a Sam preguntándose qué pasaba, siguió a su socio hasta el lugar.

###

Parker se giró para encararla en cuanto estuvieron donde nadie podía oírlos. Su expresión era más dura, más ardiente bajo el exterior tranquilo, de lo que nunca la había visto. —Ya he tenido más que suficiente de esto, Miranda.

Se refería a Sam, por supuesto. Ella levantó las manos. —Lo sé, pero…

—¿De verdad crees que estás llevando esta investigación adecuadamente?

¿Qué? ¿Estaba volviendo eso en su contra? —¿Qué quieres decir, Parker?

—¿Llevar al cliente a los interrogatorios?

Ella no lo arrastró. Él se metió. De repente se puso a la defensiva. Puso las manos en jarras. —Él es un contacto. Conoce a esta gente.

—Les está soplando las respuestas. Los está guiando. Diciéndoles detalles y conclusiones que no tiene por qué expresar.

—Claro que sí. No sabe lo que hace. Estaba a punto de decirle que se buscara otra cosa que hacer.

—Deberías haberlo hecho cuando llegó. Ahora ya es un poco tarde.

¿Por qué de repente se ponía tan pesado? —¿Estás diciendo que no soy capaz de dirigir este caso? Si piensas eso, ¿por qué ofreciste que nos turnáramos cuando empezamos?

—Claro que eres capaz. —De alguna manera, eso sonó más a un insulto que a un cumplido—. Pero en este, tu juicio está fallando.

Quiso darle un puñetazo. Tenía calor, estaba cansada y hambrienta. Su temperamento estaba a punto de estallar.

—Mira, Parker —dijo con los dientes apretados—. Mi juicio está perfectamente. Lo que está fallando es tu ego.

Él captó la indirecta y dio un paso amenazador hacia ella. —No te metas por ahí, Miranda.

Ella levantó la barbilla. —¿O qué?

Él abrió la boca, pero ella nunca llegó a oír lo que iba a decir a continuación.

Unos gritos agudos rasgaron el aire. Gritos de mujer.

—*¡Non! ¡Non! ¡Non!* —Acento francés. Más chillidos. Desgarradores gritos de auxilio.

Miranda se apartó de Parker y se apresuró a entrar en el camino entre las casas rodantes.

La gente corría en todas direcciones. Una multitud se estaba reuniendo frente a la casa de Harvey.

Corrió hacia ella.

CAPÍTULO TRECE

Cuando llegó al borde del grupo, lo único que Miranda pudo ver fueron brazos que se agitaban y rizos de un rojo brillante que se movían de un lado a otro.

Era la mujer de los perros.

—*¡Mon Dieu! ¡Mon Dieu!*

Alguien la sujetaba por la espalda. Miranda reconoció la cabeza llena de cicatrices de Yuri Varga, el hombre bala.

—Cálmate, Yvette.

—¿Calmarme? ¿Cómo puedo calmarme? ¡Mi pobrecito Bobo! *Mi pequeño amor*.

¿Qué demonios estaba pasando? Miranda se abrió paso entre la gente del circo hasta la esquina de la casa rodante de Harvey y se estremeció ante lo que vio. Justo al lado del lugar donde el payaso había estado practicando yacía el terrier blanco y peludo.

No se movía.

—¡Todos atrás! —la voz de Parker resonó, fuerte y clara, detrás de ella.

Ella se giró y lo vio pasar a su lado para meterse en el espacio que había entre las casas rodantes. Lo siguió mientras él se ponía rápidamente un guante de plástico que había usado en la casa rodante de Layla y se agachaba junto al perrito. Le puso un dedo con delicadeza en el cuello, levantó la vista hacia Miranda y negó con la cabeza.

—*¡Oh, non. Non, non, non!* —gritó Yvette—. Debo abrazarlo. Puedo hacer que vuelva. Me necesita ahora.

—Quédese atrás, señora —le dijo Parker—. Podría no ser seguro aquí.

—¿Qué quieres decir?

Pero Miranda ya había visto a qué se refería. Se puso sus propios guantes y apartó con cuidado las flores de uno de los rosales. Parker se levantó y se colocó a su lado.

Juntos examinaron el líquido que todavía goteaba de las hojas y las espinas. El pobre y curioso perro debió de haber lamido un poco.

Su origen estaba encajado en las ramas en un ángulo que permitía que parte de su contenido se derramara sobre las plantas. Desde donde estaba, Miranda podía leer la etiqueta con claridad.

Era una botella de Merlot Barefoot.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Pero qué demonios está pasando aquí? —Un hombre corpulento, de cabello cano y voz estentórea, se abrió paso entre la multitud como un gigante que cruza un desfiladero, y la gente se apartaba ante él como esclavos temerosos.

Se dirigió hasta el borde del tráiler de Harvey.

—Es mi pobrecito Bobo —le dijo la mujer francesa—. Alguien lo ha matado.

Sin entrar al patio, el hombre miró al pobre perrito, y su cuello y cara enrojecieron de ira. Miranda notó que su ancha nariz estaba torcida, como si se la hubieran roto en varios lugares. Su rostro tenía el aspecto rudo de un viejo vaquero curtido por el tiempo.

—¿Otro número arruinado? —Soltó una sarta de maldiciones que habría hecho sonrojar a los tipos del equipo de montaje. Luego, fulminó con la mirada a Miranda y Parker—. ¿Y ustedes quiénes demonios son?

Era inmensamente alto, casi tan grande como Yuri, el hombre bala. Tenía cejas grises, espesas y rizadas, y el cabello cano y rizado, peinado hacia atrás a los lados y largo en el cuello. Sobre unos brazos de luchador y un pecho musculoso, llevaba una camiseta rojo bombero con el logo de la UTB y un chaleco de cuero. Unos vaqueros muy gastados y un par de botas de vaquero de piel de serpiente completaban su aspecto. Además de una hebilla de cinturón que mostraba a un vaquero sobre un novillo y la palabra «Rodeo».

Sam salió de entre la multitud. —Señor Tenbrook, ellos son los detectives que contraté.

Tenbrook. Tal como ella había supuesto, este era el mandamás de por aquí. El dueño.

Una cabeza más alto que Sam, que no era ningún enano, Tenbrook se giró para mirar con cara de pocos amigos a su empleado. —Yo no le dije que contratara a ningún detective, Keegan.

Sam se echó el Stetson hacia atrás y le lanzó una mirada desafiante a su jefe, como si estuviera a punto de enfrentársele. —Este es un país libre.

Miranda abrió la boca, a punto de salvar a Sam dándole al dueño la última información, cuando otro grito surgió desde el fondo de la multitud.

—¡Atrás! ¡Asunto policial oficial!

De nuevo, el público se hizo a un lado y apareció la sargento Underwood, seguida por el tipo grande y calvo que habían visto antes en la comisaría. ¿Alguien había llamado ya a la policía?

—¿Cuál parece ser el problema aquí? —Underwood entró en el patio de césped entre los tráileres y bajó la vista hacia el cuerpo. Sus mejillas se encendieron—. No nos encargamos de muertes de animales.

—Querrá ver esto, sargento —le dijo Parker, y señaló el rosal.

Con una mirada que decía «más le vale que esto sea bueno», ella se dirigió hacia donde él indicaba. Cuando vio lo que estaba atascado entre las ramas espinosas, sus hombros se hundieron.

—Peluso —le dijo al oficial que la acompañaba—. Traiga a los de criminalística. Creo que acabamos de localizar nuestra arma homicida.

Antes de que Peluso pudiera moverse para cumplir la orden, la puerta del tráiler se abrió de golpe y Harvey apareció, todavía en camiseta interior y pantalones holgados. —¿Qué es todo este alboroto? —gruñó, como si no se diera cuenta de que había policías en su patio.

Underwood se protegió los ojos del sol con la mano y lo escrutó. —¿Es usted el dueño de este tráiler, señor?

Harvey se encogió de hombros. —Es el que me han asignado. El circo es el dueño.

—Necesitamos hablar con usted. Salga del tráiler, por favor.

La boca de Harvey se torció en una extraña mueca. —Tiene que ser una broma. Estoy durmiendo la siesta. Tenemos ensayo esta noche.

Los hombros de Underwood se pusieron rígidos como los de un militar. —Por favor, salga del tráiler, señor. Es en relación con el asunto de la muerte de Tupper Magnuson.

—¿Qué?

Cansada de discutir con el hombre, Underwood simplemente le hizo un gesto para que bajara.

Después de levantar los brazos al cielo y poner los ojos en blanco de forma exagerada, como si estuviera en el cuadrilátero, Harvey bajó arrastrando los pies por los escalones de la entrada.

Peluso lo tomó del brazo y lo condujo a través de la multitud hasta un coche de policía para interrogarlo.

CAPÍTULO QUINCE

Así que Sam tenía razón. A Tupper lo habían asesinado.

Miranda estaba de pie entre la multitud, frotándose los brazos, pateando la tierra y observando a los pocos policías de los que Underwood disponía entrevistar uno por uno a los empleados del circo.

—Parece que nos han dejado fuera de esto —le musitó a Parker en voz baja.

—Ya encontraremos la forma de volver a entrar —dijo él, con sus ojos gris plomizo fijos en los de la UCE que procesaban los rosales.

Pero ahora que habían encaminado a la policía en la dirección correcta, él podría aprovechar la primera oportunidad para dar el caso por cerrado y volver a casa. Podía notar que le dolían las costillas, aunque nadie más se habría dado cuenta.

—¿Crees que Harvey lo hizo? —le preguntó.

La expresión sombría de Parker se tornó pensativa. —Tuvo la oportunidad.

—Y el motivo y los medios también. —Un payaso celoso con problemas con la bebida y fácil acceso al tráiler de Tupper—. Me pregunto cuánto tiempo estuvo durmiendo la siesta. No vi la botella cuando estuvimos aquí antes.

—Se nos pudo haber pasado —dijo Parker.

Ella no lo creía. —Algo sabemos con certeza. Al asesino no le importa a quién hiere. Uno de los niños de por aquí podría haber pasado y meterse en esos arbustos.

—En efecto. Ya fue bastante malo que lo hiciera el perro.

Miranda podía ver que la muerte de un animal inocente le molestaba. Parker tenía debilidad por todos los seres vivos. A ella

también le afectó. Todavía podía oír en su cabeza los lamentos de la pobre dueña y sabía que la acompañarían un tiempo.

—Y otra cosa. Si el asesino puso la botella allí después de que vimos a Harvey, no pudo haber sido Sam. Estuvo con nosotros todo el tiempo.

—A menos que la pusiera justo antes de encontrarnos con los Varga.

Ella le frunció el ceño. Él simplemente no iba a darle un respiro a Sam.

Con el corazón apesadumbrado, se dio la vuelta y miró al otro lado del patio.

Sam venía trotando hacia ellos, con el sombrero en la mano y el rostro surcado de preocupación.

Negó con la cabeza en cuanto llegó junto a ellos. —Parece que Harvey está en graves problemas.

Sí. Un bebedor con una botella de vino con cianuro escondida en su jardín de rosas. La policía se iba a aferrar a eso como un tiburón a una pierna ensangrentada.

—Lo siento, Sam. —Era todo lo que se le ocurría decirle.

Él la miró sorprendido. —¿No pensarás que fue él, verdad?

—Es un sospechoso muy probable —dijo ella.

—No. Harvey no lo hizo. No podría. Lo conozco.

—Necesitará más que un testigo de buena conducta para demostrar su inocencia, señor Keegan. —Parker tenía de nuevo ese tono molesto en la voz.

—Mire, lo contraté. Quiero que encuentre a Layla. Tiene que saber algo de todo esto.

Miranda vio cómo el rostro de Parker se convertía en piedra. *Ay, no. Ya viene*. Este caso se había acabado.

—¡Ustedes!

Los tres se giraron hacia la vozarrón del dueño del circo. Cruzó el césped como Paul Bunyan por Texas, dando manotazos al aire. —Keegan. Lo quiero ver a usted y a sus dos investigadores privados en mi oficina de inmediato.

A Sam no le gustó la idea. —Señor Tenbrook, la policía todavía tiene que hablar conmigo y yo…

—Ya lo he arreglado. La sargento Underwood me llamará cuando estén listos para usted. Por aquí. —Hizo un gesto con sus grandes manos.

—Sí, señor. —Sam bajó la cabeza y empezó a alejarse de la escena del crimen.

—Veamos qué podemos sacarle al dueño —le murmuró Parker al oído mientras lo seguían.

—De acuerdo —asintió ella.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El remolque de siete metros que servía de oficina a Tenbrook era más elegante de lo que Miranda esperaba. Sus paredes eran de paneles de roble, el suelo de baldosas beige pálido, y el escritorio en forma de L y las sillas eran de estilo ejecutivo. Además, estaba maravillosamente fresco y realmente se sentía bien dejar de estar de pie y hundirse en el suave cuero color crema.

Tenbrook metió la mano en un pequeño refrigerador y sacó botellas de agua helada. Las repartió sin preguntar si querían. No es que nadie fuera a rechazar una bebida fría después de pasar la tarde caminando de un lado a otro bajo un calor de casi cuarenta grados, pero el jefe del circo era obviamente un hombre que no aceptaba un no por respuesta.

Miranda observó una alta pizarra blanca en una de las paredes, cubierta de garabatos que supuso eran la lista de actos. El nombre de Tupper tenía varios signos de interrogación a su lado y una gran flecha que apuntaba al de Harvey.

Tenbrook se dejó caer en su silla ejecutiva con un gemido. Se apretó la botella contra la frente e hizo un gesto con la mano libre hacia la pizarra.

—Así que ahora me faltan dos payasos, y tengo un total de tres actos menos.

Sam tragó un sorbo de agua y se limpió la boca con el brazo.

—Yvette me dijo que podía salir a escena con Winky en lugar de Bobo.

—¿El chihuahua?

Sam asintió.

—Así es.

—¿Están listos? ¿Ella está… lo suficientemente estable para actuar?

—Parecía bastante insistente al respecto cuando hablé con ella hace un momento.

—Ya veremos cómo está más tarde. Esa mujer es tan voluble como… —su voz se apagó.

Tenbrook apuntó a Parker con la botella.

—¿Cómo va esta investigación de la que no se me acaba de informar? ¿Está de acuerdo con la policía? ¿Recuperaré pronto a mi payaso? —refiriéndose a Harvey.

Parker hizo una pausa para dar un sorbo de agua con dignidad antes de responder.

—Apenas hemos comenzado, señor Tenbrook. Es demasiado pronto para decirle algo.

Tenbrook frunció el ceño ante esa respuesta y se quedó mirando la pizarra.

Miranda estudió las fotos que colgaban en la pared opuesta, sobre un par de pequeños archivadores beige. Además de un llamativo folleto de *Under the Big Top*, había fotos de un Tenbrook más joven. Tenbrook actuando como payaso de rodeo. Tenbrook montando una motocicleta a través de una llamarada de fuego como doble de riesgo. Tenbrook saltando de un edificio en explosión. Tenbrook en llamas, corriendo lejos de un auto demolido.

En el extremo opuesto había varias fotos del hombre en la actualidad. Estaba de pie, sonriendo bajo un foco en medio de la pista, vestido con un sombrero de copa y un brillante saco dorado.

—¿Usted es el jefe de pista?

La estudió un momento antes de responder.

—Es común que lo sea el dueño. También soy el director creativo principal. Tengo ayudantes, por supuesto. Pero UBT es una creación mía. Mi bebé.

—Ya veo —un tipo con talento. Miranda volvió a mirar las fotos. Todas eran del dueño—. ¿Tiene familia, señor Tenbrook?

Él sonrió.

—Tres exesposas y cinco hijos de diversas edades. Ya ve por qué tengo que hacer de todo. La pensión alimenticia —pero no tenía

ninguna foto de sus hijos en la oficina. De hecho, no parecía preocuparle nada más que él mismo, su espectáculo y su billetera.

—Entonces se dará cuenta de la suerte que tuvo de que esa botella de vino se encontrara antes de que alguno de los niños de aquí saliera herido —señaló Parker.

Tenbrook entrecerró los ojos hacia Parker y luego levantó su botella de agua en señal de acuerdo.

—Tiene razón, señor Parker. Una observación astuta. Y UBT habría sido responsable. Supongo que les debo a ustedes dos un favor.

—Supongo que sí —dijo Sam, como si esperara que su jefe le diera algo de crédito.

Tenbrook lo ignoró y estudió su pizarra.

—Todo esto está empezando a calar hondo ahora. Lo siento, tendrán que darme un minuto —dejó la botella sobre el escritorio, se puso de pie y les dio la espalda. Pasándose los dedos por su ondulado pelo gris, comenzó a murmurar para sí mismo—. He tenido problemas con Harvey desde hace un tiempo. Su alcoholismo de verdad le da una mala actitud. Y estaba terriblemente celoso de Tupper. No pasaba una semana sin que viniera a quejarse de esto o aquello.

—¿Como qué? —preguntó Miranda.

El hombre corpulento se dio la vuelta y su cuerpo pareció ocupar la mitad del espacio del remolque.

—Oh, que Tupper le robó su número de los bolos. Que Tupper no tenía las credenciales que él tenía. Que Tupper hacía «trampa» cuando iba a los hospitales a entretener a los niños. No sé de dónde sacó esa idea. Desde hace mucho tiempo, he pensado que estaba perdiendo la cabeza. Lo animé a que buscara ayuda, but no me escuchó. Ahora desearía haber sido más firme al respecto.

Era difícil imaginar a este tipo no siendo firme con cualquier cosa que tuviera que ver con su espectáculo, su «bebé», como él lo llamaba.

Se sentó en el borde de su escritorio y se pasó una mano por la cara.

—Supongo que la policía tiene al hombre correcto después de todo. Qué lástima —soltó un largo suspiro que casi hizo que Miranda sintiera pena por él—. Tendremos que posponer un día el espectáculo en memoria de Tupper. No podemos tener el ensayo general esta noche sin un payaso principal.

Sam le lanzó a Miranda una mirada de fastidio.

—¿Señor Tenbrook?

—¿Qué pasa, Sam?

—Creo… es decir… ¿qué hay de Layla?

—¿Qué pasa con Layla?

—Está desaparecida, sabe usted —parte del encanto de Sam era decir lo obvio de esa manera juvenil suya. Pero esto era una novedad para Tenbrook.

Miranda observó cómo el rostro rudo del dueño del circo pasaba de la aflicción a la conmoción.

—¿A qué te refieres con que está desaparecida?

—No ha estado en casa. No desde la noche en que murió Tupper. Acabamos de ir a su remolque. Parece que ella…

—Señor Tenbrook —interrumpió Miranda bruscamente, más irritada que nunca con Sam—. Creemos que Layla pudo terse ido por unos días. ¿Le dijo algo a usted sobre ausentarse?

Tenbrook se quedó mirando el nombre de Layla en la pizarra. Una vez más se apretó una mano enorme contra su enorme frente. Parecía que le estaba dando un dolor de cabeza enorme.

—No —dijo casi en un susurro—. Ella… ella no me dijo nada —se volvió hacia ellos, con los ojos vidriosos—. ¿Están diciendo que algo le pasó a mi artista estrella?

—No sabemos eso —dijo Miranda—. Por eso estamos haciendo preguntas. ¿Tenía familia en la zona?

—No que yo sepa.

Sam parecía a punto de explotar.

—¿A nadie le parece raro que Layla desapareciera al mismo tiempo que mataron a Tupper?

Tenbrook se cruzó de brazos.

—¿Cómo sabes eso?

—Fui a su remolque justo después de que la policía terminara conmigo esa noche. Toqué y toqué, pero no estaba. Acabábamos de estar allí cuando… todo el alboroto estalló hace un momento. Se ha ido.

Tenbrook frunció el ceño.

—Tupper y Layla se comprometieron hace two semanas —les explicó a Miranda y a Parker.

—Sí —dijo Miranda—. Sam nos lo dijo.

Levantó sus grandes hombros.

—¿Quizás encontró el cuerpo y se asustó, huyó?

—¿Sin siquiera decirle a nadie lo que había pasado? ¿Sin llamar al 911?

La mirada de Tenbrook se desplazó de Sam a Miranda, a Parker y de vuelta. Las ruedas giraban en su cabeza. Pero parecía estar considerando más cosas que los posibles motivos de Layla para huir.

—¿Creen que ella estuvo… involucrada?

Sam tardó mucho en responder.

—No lo sé. Quizás —dijo por fin mientras señalaba a Miranda—. Quiero que la encuentren.

Tenbrook se frotó la barbilla.

—Esa potrebbe no ser una mala idea.

Miranda se volvió hacia Parker con el ceño fruncido. La expresión de él le transmitió sus pensamientos.

—Señor Tenbrook —le dijo ella—. Ni siquiera estamos seguros de que Layla sepa que su prometido está muerto. Puede que vuelva pronto. Y primero necesitamos ver qué más información ha reunido la policía sobre el sospechoso actual.

Tenbrook todavía estaba en la escena del crimen.

—Layla podría haber visto algo esa noche. Quizás Harvey la amenazó.

Era un pensamiento que había estado rondando en la cabeza de ella y también en la de Parker, lo sabía.

—Sí —estuvo de acuerdo Sam—. Harvey y Layla no se llevaban exactamente bien. Ella prácticamente lo evitaba.

—Según su vecina Biata, ella evitaba a casi todo el mundo —dijo Miranda.

Tenbrook le lanzó una mirada dura.

—Esa fue otra cosa de la que Harvey se quejó conmigo. Estaba muy enamorado de Layla. Odiaba cuando ella empezó a salir con Tupper —se puso de pie y buscó en un cajón de su escritorio—. Si es una cuestión de dinero, estaría encantado de cubrir sus honorarios y gastos.

—Eso no será necesario por ahora —le dijo Parker—. Pero si tiene alguna información de antecedentes sobre Layla, serait útil.

—¿Información de antecedentes?

—¿Su última residencia conocida? ¿Estado de nacimiento?

—Creo que nació en algún lugar de Bulgaria. ¿Dónde era? —se rascó la cabeza—. ¿Jaskovo?

—Entonces supongo que tiene una tarjeta de residencia o una visa de trabajo. Usted tendría un registro de ello en su expediente de empleada, ¿no es así?

—¿Expediente de empleada? Uh… —sonrió con timidez, abrió algunos cajones y los volvió a cerrar—. Sabe, eso es lo único con lo que tengo problemas para mantenerme al día. El papeleo, ¡qué fastidio! —soltó una risita—. Disculpe mi lenguaje —le dijo a Miranda.

—Señor Tenbrook —dijo Parker, y Miranda notó el fastidio en su voz—. Ni siquiera sabemos el apellido de esta mujer. O su nombre real, si Layla es un nombre artístico.

—¿Apellido? Es… uh… —se apretó la mano contra la frente como si pudiera exprimir la información—. Sabe, no creo que nunca me dijera su apellido. ¿Tú sabes cuál es, Sam?

Sam negó con la cabeza.

—No, señor.

Disgustada, Miranda se puso de pie.

—Haremos lo que podamos, señor Tenbrook. Ahora mismo, necesitamos dar nuestras declaraciones a la policía.

—Entiendo. Ciertamente. Agradezco su ayuda en este asunto —le tendió la mano a ella, y luego a Parker—. Cuanto antes podamos resolver todo esto y dejarlo atrás, mejor.

—Haremos nuestro mejor esfuerzo —dijo Parker.

Pero la difícil tarea de encontrar al asesino de payasos y perros acababa de volverse aún más difícil.

CAPÍTULO DIECISIETE

A la policía le tomó otra hora y media terminar con el personal del circo que estaba entrevistando. Mientras ella y Parker esperaban, Miranda decidió que necesitaban hacer más interrogatorios por su cuenta mientras todos estaban afuera.

Hablaron con los malabaristas, un equipo de acróbatas, un tipo que andaba en monociclo y la afligida Yvette Nannette. También encontraron a Danny, el amigo de Sam, cuyo apellido resultó ser Ackerman.

Danny Ackerman era un tipo alto y de cabello oscuro, que parecía tan inocente como su cara de niño. No es que eso probara nada, pero su relato de la noche en que mataron a Tupper coincidía con el de Sam. Con él, como con los demás, no averiguaron nada nuevo.

Excepto que la policía se había llevado detenido a Harvey Hackett.

Un policía llamó a Miranda para tomarle declaración y, para cuando terminó con ella, ya le había perdido la pista a Parker.

Mientras recorría el terreno buscándolo, pasó junto a la casa rodante de los Varga y vio a la menuda Dashia quitando ropa de un tendedero.

Cruzó el césped hacia la mujer. —Señora Varga, me preguntaba si podría hacerle algunas preguntas más.

La mujer dejó la sábana que acababa de doblar en su canasta y fulminó a Miranda con la mirada. —Ya hablé con la policía, señorita Steele.

—Señora Varga, uno de sus compañeros de trabajo está muerto. Y otro parece estar desaparecido.

Con un siseo, quitó una pinza de una de las camisetas del niño y se la guardó en el bolsillo. —Estoy muy consciente de lo que ha sucedido aquí en los últimos días. No necesito que me lo recuerden.

—No intento molestarla. —Miranda tomó una segunda camiseta para ayudar.

En cuanto la tocó, Dashia se la arrancó de la mano. —Apenas conocía a Tupper o a Harvey.

—¿Y qué hay de Layla?

Ella hizo una pausa, con otra pinza en el aire. Luego, negó firmemente con la cabeza. —No la conocía bien.

Claro que no. —Si puede recordar algo, cualquier pequeño detalle, sería de gran ayuda.

Volvió a negar con la cabeza, lo que hizo que su cabello alborotado se alborotara aún más. —No. Ningún detalle.

«Déjalo ya», se dijo Miranda. La mujer no iba a hablar. Pero no pudo evitar presionar una vez más. —Si oyó algo inusual. Vio algo.

Dashia tomó su ropa y se dio la vuelta; la canasta casi engullía su pequeña figura. La ira iluminó sus facciones como un reflector. —Ya se lo dije antes, señorita Steele. No sé nada. No vi nada. No oí nada. Ahora, por favor, déjeme en paz.

Y, dando media vuelta, metió la canasta en la casa rodante y cerró la puerta de un portazo.

Vaya con la unida familia del circo, pensó Miranda mientras se quedaba mirando la puerta. Pero ahora había una cosa que sabía con certeza.

Esa mujer mentía con todos sus diminutos dientes.

###

Cuando por fin encontró a Parker, él dijo que estaba listo para dar por terminado el día, y ella estuvo de acuerdo.

Caminaron lentamente por el terreno hasta el auto de alquiler en silencio, ambos sumidos en sus pensamientos.

—Creo que deberíamos centrarnos en Layla —dijo ella por fin, sintiéndose agotada.

La mirada de Parker estaba fija al frente mientras reflexionaba sobre los extraños sucesos. —¿Keegan te ha convencido de que ella sabe quién es el asesino?

Miranda le lanzó una mirada de desaprobación. —Puede que lo sepa. Además, es una pieza que falta en el rompecabezas. ¿Dónde está? ¿Qué diablos le pasó? ¿Le hizo algo Harvey?

Él frunció el ceño. —Es difícil conciliar eso con el estado de su casa rodante.

Quería decir que parecía que ella había hecho una maleta y se había largado.

Miranda pensó un momento. —Bien, ¿qué tal esto? Ella rompe con Tupper y decide irse después del espectáculo de antenoche. Se va con sus maletas cuando Harvey la ve.

—¿Y él la agarra? ¿Y se incrimina a sí mismo?

—No está pensando en eso. Tenbrook dijo que estaba «locamente enamorado» de Layla. Acaba de deshacerse de su rival, sabe que obtendrá su lugar en el espectáculo. Ahora lo quiere todo. Tal vez se la lleva a alguna parte. Podría tenerla atada y amordazada en algún hotel de mala muerte de la zona.

El rostro de Parker se ensombreció. —O, si ella fuera cierto tipo de persona, podría haber sido quien mató a Tupper y escondió la botella en los rosales de Harvey Hackett para culparlo.

—Y el perrito la derribó y dio su última lamida. —Sintiéndose fatal por eso, Miranda se tiró del pelo—. De todos modos, hay demasiadas preguntas en torno a Layla. Necesitamos encontrarla. Pero ¿cómo vamos a hacerlo sin ningún dato sobre ella?

—Podemos buscar en los hoteles, como dijiste. También podemos investigar un poco en internet. —Entre muchas otras cosas, Parker era un maestro en la investigación electrónica.

—Sí. De acuerdo.

Acababan de llegar al auto cuando a Miranda le rugió el estómago. No había comido nada desde el desayuno y ya había pasado la hora de la cena.

—Quizá deberíamos comer primero. —Parker le dedicó una tierna media sonrisa.

Tenía razón. No podía pensar con la cabeza nublada por el hambre.

Estaba a punto de decirle que se moría de hambre cuando el rugido de un motor que se acercaba le llamó la atención. Se giró y

vio a Sam llegando en una Harley azul noche.

Se desvió a un lado de la estrecha carretera. —Perdón, les perdí la pista.

Miranda no lo sentía, pero la visión de esa moto la hizo babear de repente. Le hizo pensar en las motos que Parker les había comprado cuando intentaba conquistarla.

—Íbamos a comer algo, Sam —le dijo Parker, con un implícito «a solas» en su frase.

Sam ignoró la insinuación. —Oigan, conozco un gran lugar de barbacoa texana que de verdad les encantaría. —Sonaba como una invitación abierta, pero Sam miraba directamente a Miranda. Y su sonrisa astuta e infantil parecía decir: «Deshagámonos de él».

Además, Sam la conocía lo suficiente como para saber que no se conformaría con viajar en un auto de alquiler cuando podía estar en la parte de atrás de una Harley. Le estaba tirando los tejos.

¿De verdad pensaba que iría con él sin Parker? ¿Se había vuelto loco?

Tenía que ponerlo en su sitio. Sobre su relación con Parker y sobre meter su cuchara en la investigación. Decirle muchas gracias, pero no necesitaban su ayuda.

—Mira, Sam, Parker y yo…

—Adelante, Miranda.

Ella se dio la vuelta y miró a Parker. —¿Eh?

Él le dedicó una sonrisa tan fría que la temperatura pareció bajar diez grados. —Cenen juntos, Sam y tú. Yo empezaré esa investigación y comeré algo en el hotel.

—¿Qué?

Parker observó la expresión de conmoción e indignación en los profundos ojos azules de su esposa. Esos ojos vivaces con sus pestañas negras y afiladas que le habían robado el corazón la primera vez que los miró. Le decían que ella nunca lo traicionaría. No es que necesitara que se lo aseguraran.

Estaba convencido a estas alturas de que Keegan era justo lo que decía ser. Alguien cercano a la víctima que quería saber quién había matado a su amigo. No el que lo había hecho.

También estaba convencido de que Keegan tenía segundas intenciones con respecto a Miranda. Y de que ella albergaba sentimientos no resueltos por ese hombre. Tenían una especie de conexión primitiva. En este asunto personal entre su esposa y su nuevo cliente, ella no conocía su propio corazón. En ese momento, Parker tampoco estaba seguro del suyo.

Todo lo que sabía era que, si no dejaba que esos sentimientos se desarrollaran aquí y ahora, podrían seguirlos hasta casa. Podrían enconarse allí. Hervir a fuego lento bajo la superficie hasta explotar… y alejarla de él.

Y Keegan se aseguraría de aprovecharse de eso. Incluso desde mil trescientos kilómetros de distancia.

Estudió la forma en que el hombre la miraba. Le costó todo lo que tenía no acercarse a él, arrancarlo de esa motocicleta y borrarle la sonrisa de la cara.

Pero eso no apagaría el fuego latente entre Miranda y este hombre de su pasado. Solo reavivaría la llama. Solo haría que ardiera con más fuerza. Y también traería resentimiento.

Aunque le costó toda la determinación que tenía, sabía que debía arriesgarse a dejar que ese fuego ardiera al máximo… o nunca se extinguiría.

Miranda no podía recuperar el aliento. ¿De verdad Parker le estaba diciendo que fuera a cenar con Sam? No sabía cuál de los dos estaba más loco. O tal vez era ella la que se estaba volviendo loca.

Anoche, se había comportado como un amante celoso, y ahora… ¿ni siquiera iba a protestar? ¿No iba a protegerla de este merodeador con su estilo de macho? ¿No iba a luchar por ella?

De repente, ese pensamiento la enfureció más que a un toro embistiendo en un rodeo. Se apartó el pelo con un gesto brusco y caminó hacia la moto.

—Claro. Iré. —Pasó la pierna por encima del asiento trasero. Pondría en su sitio a Sam y, luego, pondría en su sitio a Parker también—. Te veré en el hotel entonces.

Parker solo asintió. —Hasta entonces.

Mientras ella todavía se recuperaba de su fría respuesta, Sam se despidió con la mano y no perdió tiempo en tomar la estrecha

carretera del estacionamiento trasero hacia la autopista.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El lugar que Sam tenía en mente para cenar era el Buckin' Bronco Barbeque, justo al lado de la I-30 en las afueras de la ciudad. Estacionaron la Harley en el lote de atrás del lugar y entraron.

Una fuerte música country para bailar en línea la asaltó en cuanto cruzó la puerta. Las paredes estaban decoradas con espuelas, sillas de montar y fotos de vaqueros enlazando novillos, y el aire estaba impregnado del delicioso aroma de la carne cocida a fuego lento.

Pronto, una amable camarera los guio hasta una mesa de madera con un mantel de plástico a cuadros rojos y blancos. Se acomodaron, ordenaron y la camarera desapareció, dejándolos en un silencio incómodo.

Sam colgó su sombrero en el travesaño de una silla cercana.

—Vaya día, ¿eh? —Se veía cansado y muy triste.

—Sí.

—Odio lo que le pasó al perro de Yvette. Bobo era una verdadera estrella en su número. Pobrecito.

Ella estudió su atractivo rostro en busca de cualquier rastro de falsedad, pero no pudo encontrarlo.

—¿Te gusta trabajar en el circo, Sam?

—Oh, sí. Es genial. Supongo que llevo el aserrín en la sangre —se rio por lo bajo—. Tengo suerte de que UBT me haya mantenido por tres años. Despiden a algunos después del primer año.

—Ya veo.

Su sonrisa se desvaneció mientras negaba con la cabeza.

—Lo que dije antes era en serio. No creo que Harvey haya podido lastimar a Tupper —levantó una mano como para evitar la

protesta de ella—. Sé que estaba celoso de él. A mí mismo me tocó escucharlo quejarse. Pero en el circo, todos somos una familia. Puede que nos peleemos un poco entre nosotros, pero en el fondo todos nos respetamos. Nos queremos.

¿En serio? Miranda resistió el impulso de tamborilear con los dedos sobre la mesa. Incluso los miembros de una familia a veces se mataban entre sí.

Pero no era por eso que estaba allí. Se inclinó hacia adelante, tratando de parecer lo más profesional posible.

—Mira, Sam. Cuando estemos hablando con alguien, necesito que tú…

—Aquí tienen. —La sonriente camarera llegó a su mesa y puso dos platos rebosantes frente a ellos. Luego les rellenó los vasos de una jarra helada—. ¿Les traigo algo más, corazón? —le dijo a Sam.

—Estoy bien.

—¿Y a ti, cielo? —le preguntó a Miranda.

Ella solo pudo negar con la cabeza y mirar el medio costillar de jugosas costillas, la ensalada de papa y los frijoles *charros* con jalapeño. Además de pan de molde y té dulce como acompañamiento. Era todo un festín. Más de lo que podía comer en ese momento, con cómo se sentía.

—Avísenme si necesitan algo. Soy Judy.

—Claro.

La mujer desapareció.

A pesar de su angustia por el caso y su preocupación por Layla, a Miranda se le hizo agua la boca. Aun así, se sentía extraño que Sam la invitara a cenar y a tomar té helado —aunque no vino— en lugar de Parker.

El hombre en cuestión tomó una costilla de su propio plato.

—Bueno, ¿qué esperas, cariño? A comer.

¿Cariño? Pero tenía demasiada hambre como para debatir cómo quería llamarla Sam. Levantó la primera costilla y le dio un mordisco.

¡Oh, qué rico! Suculenta, sabrosa y justo lo que necesitaba. Sam siempre sabía de buena comida.

—Es estilo del este de Texas. Pensé que te gustaría por esto. —Deslizó una pequeña botella verde hacia ella con la etiqueta «Bull

Snort Texas Sweat».

—Claro. —La tomó y la agitó sobre las costillas como si fuera kétchup.

—Ten cuidado con eso —empezó a decir Sam, y luego levantó una mano—. Olvídalo. Se me olvidaba con quién estaba hablando.

Le dio otro mordisco. Esta vez, junto con la jugosa carne, la salsa picante chisporroteó en su lengua. Justo como le gustaba.

—Mmm. Delicioso —dijo con la boca llena.

Sam se rio y negó con la cabeza.

—La misma Steele Mandamás de siempre. ¿Recuerdas esa vez en Phoenix cuando le ganaste a ese tipo grandulón en una competencia de jalapeños?

Miranda se encogió de hombros. Había hecho eso en muchos lugares.

—Oh, vamos. Lo tenías rojo y llorando como un bebé antes de que a ti se te cayera una sola gota de sudor.

Pensó por un momento y un vago recuerdo le vino a la mente de Sam a su lado, animándola.

—Ah, sí. ¿Cómo se llamaba ese lugar al que solíamos ir?

—Rosie's. —Su media sonrisa juvenil la hizo sentir de repente cálida y nostálgica mientras le apuntaba con una costilla llena de salsa—. ¿Recuerdas a esos dos matones que derribaste una noche? Estaban acosando a una de las camareras explotadas.

Mordisqueó su costilla mientras el recuerdo le venía a la mente de un tipo corpulento y su amigo tirados en el suelo cubierto de cáscaras de maní, pidiendo piedad. No lo había hecho sola.

—Tú ayudaste.

—Pero te apuesto a que esos tipos no te han olvidado, Steele. Dejaste una verdadera impresión en ellos.

Bebió un poco de té y sonrió.

—Sobre todo con las nuevas abolladuras en sus frentes.

—Así es —dijo él con voz pausada, sus ojos verde bosque brillando de admiración—. He pensado mucho en ti a lo largo de los años.

Sintiéndose incómoda, buscó una toallita húmeda y empezó a limpiarse las manos.

Antes de que pudiera terminar, Sam le tomó una de las manos.

—Te he extrañado, Miranda.

Se le cortó la respiración mientras un aleteo la recorría. Se enderezó y retiró suavemente su mano de la de él.

—Sam, tengo que decirte algo.

Su sonrisa desapareció.

—¿Qué?

Se tomó un minuto para ordenar sus pensamientos. No le gustaba decirles a los clientes su estado civil por miedo a que la trataran como a la esposita que solo estaba allí de paseo en lugar de la investigadora de pleno derecho que era. Pero Sam no pensaría en ella de esa manera.

Decidió que lo mejor era ser simple y directa. Miró a su compañero de cena directamente a sus sexis ojos.

—Estoy casada, Sam.

—¿Casada? —La sorpresa se extendió por su rostro como una manada de cuernos largos cruzando una llanura.

—Con Parker.

Por un momento, no estuvo segura de que no se levantaría y se marcharía del lugar, dejándola a ella la tarea de encontrar cómo volver a casa. Finalmente, soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Eso explica muchas cosas. Nunca pensé que fueras una mujer de apellido compuesto.

—No lo soy. Conservé mi propio apellido por motivos de negocios.

La estudió un largo momento con una expresión que no pudo descifrar.

—Así que te casaste con el jefe, ¿eh?

Me casé con el hombre que amo, quiso decir. En cambio, salieron otras palabras.

—Supongo que sí.

Él consideró eso por un momento.

—¿Así es tu relación con él? ¿Todo negocios?

—No. —¿Qué demonios estaba insinuando?

Se inclinó hacia adelante y volvió a tomarle la mano.

—¿Eres feliz, Miranda?

¿Qué planeaba hacer si le decía que «no»? Gracias a Dios que no tenía que hacerlo.

—Delirantemente feliz —dijo secamente y volvió a retirar la mano.

Él enarcó una ceja.

—¿En serio? No me lo pareció esta tarde.

Santo cielo. Los había escuchado discutir. Sobre él. Se removió en su silla y se limpió las manos un poco más.

—Todas las parejas pelean a veces.

—Si tú lo dices. Nosotros nunca lo hicimos.

Ahora la estaba haciendo enojar. No estaba segura de haberlos llamado pareja.

—Nunca llegamos tan lejos —espetó.

Sus ojos le devolvieron la mirada encendida.

—No puedes culparme por eso.

—Mira, Sam… —Justo en ese momento sonó su celular. Maldita sea. Estaba a punto de silenciarlo cuando vio que la llamada era de Fanuzzi. Salvada por su mejor amiga. —Tengo que atender esto —le dijo y se giró al contestar—. Steele.

El sarcástico acento de Brooklyn de Fanuzzi resonó en su oído.

—¿Ah? Lo siento. Debí haber marcado el número equivocado. Intentaba comunicarme con mi amiga que se suponía que me llamaría hace dos días.

Miranda suspiró, recordando su conversación con Becker en la oficina antes de irse.

—Lo sé. Lo sé. Siento no haberte llamado. Estoy en un caso.

El tono de Fanuzzi se volvió inmediatamente de adoración.

—¿Un caso? ¿Con Parker? ¿Uno jugoso?

—Eh… no puedo hablar ahora mismo. —Miró de reojo a Sam y vio que la observaba con una curiosidad herida—. Estoy con un cliente.

—Oh. Lo siento, Murray. No lo sabía. Te llamo más tarde.

—No, está bien. —Una reprimenda de Fanuzzi era mejor que enfrentarse a Sam en ese momento—. Ya estamos… eh, terminando. ¿Qué querías preguntarme?

Casi podía oír a Fanuzzi negar con la cabeza.

—Quería hablar contigo sobre la fiesta de aniversario que quiero organizarles a ti y a Parker. ¿Dave dijo que te lo mencionó?

—Ah, sí. —Ahora la culpa la inundó como un arroyo seco después de un aguacero. Su primer aniversario de bodas se acercaba y apenas había pensado en ello—. ¿Qué pasa con eso?

—Necesito una fecha. Tengo que coordinarla con algunos planes personales.

Por supuesto que sí. Fanuzzi y Becker se habían casado apenas unas semanas antes que ella y Parker.

—Estoy pensando en el sábado anterior a la fecha real, ya que su aniversario cae en domingo. ¿Les funciona a ustedes dos?

—Eh… —¿Y cómo demonios iba a saberlo?—. Tendré que consultarlo con Parker y te aviso.

—Sí, claro. Te llamaré. Pero será pronto. Como dije, yo también tengo algunas cosas pendientes.

El alivio la golpeó con fuerza. Simplemente dejaría que Parker se encargara de los arreglos.

—Está bien. Gracias.

—No hay problema. Oye, ¿Murray?

—¿Sí?

—No olvides que Wendy patina en el Abierto de Atlanta el próximo sábado. Todos vamos a estar allí.

Oh, mierda. Ni siquiera sabía si habrían terminado con este caso para entonces. O si tendrían otro. Pero tenía que estar allí. No podía perderse el gran evento de la chica a la que se había vuelto tan cercana el último año.

—No lo olvidaste, ¿verdad?

Miranda se aclaró la garganta.

—No, claro que no. ¿Por qué pensarías eso?

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres muy mala para mentir?

Casi gruñó por lo bajo.

—Gracias por recordármelo de todos modos. Allí estaré. —De alguna manera.

—Me alegra oírlo. Hablamos luego.

—Luego.

Colgó y vio que Sam ya había pagado la cuenta y la estudiaba pensativamente.

—Has cambiado.

—¿A qué te refieres?

—Parece que ahora tienes una vida personal. Solías ser bastante solitaria. Por mucho que yo intentara cambiar eso.

Él había querido acercarse. Había querido que fueran pareja en aquel entonces. En este momento, ella no quería hablar de ello.

Se limpió la boca con la servilleta y se puso de pie. Estaba cansada de este paseo por el baúl de los recuerdos.

—Necesito volver al hotel, Sam.

Él se levantó, estirando su largo y atractivo cuerpo, tomó su sombrero del travesaño de la silla donde lo había guardado y se lo inclinó.

—Claro que sí, señorita.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Cuando abrió la puerta de la suite del hotel del centro y entró, Miranda encontró a Parker sentado en el elegante escritorio junto a la ventana, trabajando absorto en su computadora portátil, con una expresión de intensa concentración en su atractivo rostro.

Un plato con migas y una taza de café reposaban en el escritorio a su lado. Los restos de una comida solitaria.

La imagen la llenó de angustia.

¿Por qué tuvo que irse con Sam? ¿Qué había estado tratando de demostrar?

Cerró la puerta y se acercó a él por detrás en silencio.

—Hola.

—Hola —dijo él sin levantar la vista de la pantalla.

Se le encogió el corazón ante su tono frío.

—Te eché de menos en el restaurante —se aventuró a decir.

—Tenía algo que hacer aquí.

—Ya veo. —Tomó el plato, lo dejó en la mesita de centro y se sentó en el borde del escritorio junto a él. «Al grano», decidió—. Le dije a Sam que estamos casados esta noche.

Eso captó su atención. Dejó de mirar la pantalla y se giró para verla. Pero no pudo descifrar su expresión. Esperó varios largos minutos a que asimilara la noticia.

Parker estudió el rostro de su esposa en busca de cualquier signo de engaño, de evasivas, de falsedad. No es que pensara que ella le mentiría. Pero sí que podría mentirse a sí misma. No vio nada más que honestidad.

¿Acaso la llama del pasado se había reavivado y apagado tan rápido como él había esperado? ¿O la cena con Keegan había dejado una brasa ardiendo bajo las cenizas? No podía estar seguro y odiaba

no estarlo de nada. Especialmente cuando se trataba de la mujer que amaba.

Todo el tiempo que ella estuvo fuera, él había luchado con el impulso de pelear por ella, de reclamar lo que era suyo, de encontrar a Keegan y hacerlo pedazos. Pero no era un cavernícola. Y Miranda no era un trozo de carne, un premio que ganar. Era un ser humano inteligente con sentimientos y opiniones propias.

Sentimientos a los que tenía derecho.

¿Habría descubierto que esos sentimientos eran más fuertes por Keegan que por él? Le irritaba la sola idea. Sonaba como un colegial celoso. Pero sabía que no eran celos. No, esto era enfrentar la realidad. Una realidad más dolorosa que la paliza que le habían dado unas semanas atrás.

Su esposa, de hecho, sentía algo por ese hombre de su pasado.

Así que le había dicho a Keegan que estaban casados. ¿Y qué más?

La muerte le había arrebatado a dos mujeres que había amado profundamente. Había temido perder a Miranda de esa manera tarde o temprano. Pero nunca pensó, ni por un instante, que la perdería por… otro hombre.

Su mente empezó a acelerarse fuera de control. Siempre había creído en la santidad del matrimonio, pero se negaba a mantener a Miranda con él en contra de su voluntad. Dios Santo, ¿cómo podría vivir sin ella? No podía imaginarlo. Su vida estaría vacía, sin sentido. Pero si ella iba a ser feliz —y sobre todo, a estar a salvo— con el hombre que estuvo antes que él, eso sería todo lo que importara.

Tomó aire para calmarse.

—¿Cómo se tomó Keegan la noticia? —se atrevió a preguntar.

Ella puso los ojos en blanco con una expresión de fastidio.

—No muy bien. Ya sabes cómo son los hombres. —Extendió la mano y le dio un puñetazo amistoso en el brazo.

Miranda le sonrió, pero se detuvo cuando él no respondió. Su reacción fue como una estaca de hielo en su corazón. Y la enfureció.

—¿Qué quieres de mí, Parker?

Su musculoso pecho subió y bajó.

—¿Tú qué crees que quiero?

«*Deja de responder una pregunta con otra pregunta*», quiso gritarle. La estaba interrogando como si fuera una sospechosa.

En lugar de eso, se bajó del escritorio de un salto y empezó a caminar con pasos fuertes por el espacio entre el escritorio y la cama. No quería estar atrapada entre dos hombres. Durante años y años, no había querido a ningún hombre en su vida. ¿Cómo había terminado con dos?

Se tiró del pelo con pura frustración. No tenía idea de por qué Parker estaba actuando así. De acuerdo, quizá no debería haber cenado a solas con Sam, pero, ¡maldita sea!, Parker lo había sugerido. Y ella solo lo había hecho porque él la había hecho enojar mucho.

De repente supo lo que él quería de ella. La verdad.

Dejó de caminar, giró sobre sus talones y puso ambas manos en las caderas con un gruñido.

—Está bien, sabelotodo. Me acosté con él. ¿Contento ahora?

Su expresión no cambió.

—No esta noche.

—No —dijo él con calma—. Cuando lo conocías de antes.

Lo había sabido, ¿verdad? Lo había sabido todo el tiempo. Probablemente lo adivinó en el aeropuerto. No, cuando acudió a él por primera vez con el caso de Sam en su oficina. Debería haberse dado cuenta. Él siempre podía ver a través de ella.

Él inhaló lentamente otra vez mientras la fijaba con esa fría mirada de acero que tenía.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Esta vez su voz tenía un ligero toque de ternura.

Eso la quebró.

Se dejó caer en el borde de la cama y se cubrió la cara con las manos.

—Demonios, no lo sé, Parker.

Él guardó silencio un largo momento antes de volver a hablar, aún más suave que antes.

—Miranda, ¿no prometimos que no volveríamos a ocultarnos cosas?

Ella lo miró fijamente.

Después de su último caso, habían jurado no ocultarse cosas, no esconderse cosas, como él decía. Cosas sobre el caso y cómo pensaban resolverlo. No este tipo de cosas.

—Profesionalmente —dijo—. Esa promesa no aplicaba a nuestras vidas personales.

Él soltó una risa irónica teñida de dolor. La primera emoción humana que había mostrado abiertamente esa noche.

—¿Estás diciendo que tendríamos que hacer otro juramento para no ocultarnos nuestras vidas personales?

Sonaba tan horrible cuando lo decía así.

—No. No lo sé.

Se frotó las manos sobre los muslos de sus jeans. Tenía que decirle la verdad. Toda la verdad. Probablemente había una biblia en el cajón sobre la que podría jurar si no le creía.

No quería hacerlo. Ya había tenido suficiente de revivir esa parte de su pasado por esa noche. Pero era lo justo. Él merecía saberlo.

Respiró hondo y comenzó.

—Conocí a Sam Keegan cuando recorría el suroeste, de paso por Phoenix.

Él se recostó, apoyando un codo en el escritorio, listo para escuchar.

—Conseguí trabajo en una empresa de paneles de yeso. Hacíamos hoteles, rascacielos, edificios de apartamentos, ese tipo de cosas. Sam instalaba los paneles y yo entré como aprendiz de acabados. Él me enseñó los trucos del oficio, me capacitó, en realidad. Congeniamos.

Él asintió lentamente.

—¿Y?

—Empezamos a salir juntos después del trabajo. Íbamos a un bar, nos metíamos en algunas peleas con los patanes locales. Ya sabes.

—Ajá. —Parker conocía su pasado demasiado bien.

—Nos divertíamos. Él fue quien me enseñó a manejar motocicleta.

Él cambió de peso y ella supo que eso tenía que doler.

—Ya veo.

Pudo ver cómo su mente retrocedía al momento en que ella mencionó a un amigo en Phoenix que le enseñó a manejar.

—Sam fue… el primer tipo decente que había conocido. Salimos juntos quizá cinco o seis meses. El tiempo más largo que había permanecido en un solo lugar. Y Sam, bueno. Empezó a ponerse serio. Muy serio. Hablando de un futuro juntos.

Parker se cruzó de brazos. Seguía escuchando.

—Y yo me puse… bueno… nerviosa. Ya sabes cómo era yo.

—Sí, lo sé.

—Entonces una noche, bebimos un poco de más y terminé yendo a su casa. —Dios, qué incómodo era esto—. Empezó a besarme, las cosas se salieron de control y terminé en su cama. —Todavía podía ver el pequeño apartamento, las botellas de cerveza y las cajas de pizza vacías en la cocina. El olor masculino de las sábanas de su cama—. Supongo que me sentía sola. Me dijo que me amaba esa noche.

Parker se levantó y se sentó junto a ella en la cama. Le tomó las manos y las miró fijamente como si luchara consigo mismo.

—¿Qué pasó después de que te acostaste con Keegan?

—¿Qué quieres decir con qué pasó?

—¿Cómo terminó?

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Me fui.

Él frunció el ceño.

—¿Lo dejaste?

—A la mañana siguiente me entró el pánico, empaqué mis cosas y me largué. Ni siquiera le dejé una nota. Bastante grosero, ¿no? —Intentó reír, sin éxito.

—Ya veo. —Su voz sonó aún más baja y pensativa.

Seguro que no se había imaginado esa parte. A pesar de que ella había intentado hacer lo mismo con él… y había fallado.

En ese entonces, ella no creía en el amor. Había terminado con esa clase de porquerías después de Leon. Hasta que conoció a Parker. No había querido sentir nada por su jefe, había luchado contra esos sentimientos, había luchado contra él, con todo lo que tenía.

Pero él era demasiado bueno con ella, demasiado sexi, demasiado alucinante. Y la amaba con una terquedad tan firme que ella no tenía defensas contra él. Al final, había perdido la batalla. Simplemente no pudo evitar enamorarse también de él.

Parker estudió sus largos dedos y sus muñecas, que parecían demasiado delicadas para una mujer tan fuerte. Ella tenía sus debilidades. Él había creído conocerlas todas. Así que no había sido Keegan quien había terminado la relación. Eso era un alivio. Significaba que era menos probable que hubiera asuntos pendientes por resolver por parte de Miranda. Para Keegan, era diferente. Quizás por eso había ido tras Miranda sin siquiera preguntar si tenía una relación. Quizás buscaba una explicación después de todos estos años.

Miranda posó la mano en el regazo de su esposo y se obligó a decir las palabras que sabía que tenía que pronunciar.

—Parker, ¿quieres dejar este caso y volver a casa?

Él giró la cabeza para mirarla, con la sombra de una sonrisa en los labios. Lo había sorprendido.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Quiero averiguar quién mató realmente a Tupper. Y lo de Layla. Quiero saber por qué está desaparecida. Me gustaría llegar hasta el final. Por razones profesionales. No por Sam.

Él le estudió el rostro durante un buen rato, como si buscara cualquier pequeño vestigio de su breve aventura de hacía mucho tiempo. No debió de encontrar ninguno, porque al final asintió y se puso de pie.

—Muy bien. Déjame mostrarte la investigación que he estado haciendo.

###

La tomó de la mano y la llevó hasta el escritorio; la sentó en la silla.

—Encontré exactamente dos moteles baratos en la zona cerca de UBT. Ambos pequeños. Nadie que coincidiera con la descripción de Harvey o Layla se había registrado en los últimos dos días. Y las camareras habían limpiado todas las habitaciones de ambos establecimientos para esta tarde. No habían visto nada inusual.

Miranda soltó un suspiro de alivio.

—Bueno, eso es algo. —Eso no significaba que no estuviera en otro lugar, o que Harvey no la hubiera matado y arrojado en un campo por ahí.

Parker presionó una tecla en su laptop y cambió a una ventana del navegador abierta en la pantalla.

—He encontrado algo de información sobre Harvey Hackett que podría ser pertinente.

Ella tomó el ratón, se desplazó por la pantalla y leyó. Divorciado. Exesposa viviendo en Houston. Sin hijos. Arrestado por manejar bajo los efectos del alcohol varias veces durante el último año. Tratado por depresión. Se reclinó en la silla.

—Esto ciertamente deja mucho que desear de su reputación, pero ¿de dónde sacaría cianuro un tipo como Harvey? No parece capaz.

—Podría ser más ingenioso de lo que parece. O podría tener un cómplice.

—¿Sam? —¿Era eso lo que Parker estaba pensando?

—No, Keegan no. Pero quizás alguien más que conoce. —Presionó una tecla y pasó a una nueva página.

Esta era un sitio web de Yvette Nannette, la pequeña y vivaz entrenadora de perros. Montones de fotos de ella y sus perritos. Videos. Información sobre cómo empezó en el circo. Nació en un pequeño pueblo a las afueras de París, adquirió unos cuantos caniches miniatura y los entrenó para hacer acrobacias graciosas, empezó a ir a los festivales. Había trabajado en Dinamarca, Finlandia, Croacia. Ninguna mención de antecedentes penales.

Miranda hizo clic en otra página del trabajo de Parker. Esta era sobre Biata Ito y Los Itos Voladores. De nuevo, bonitas fotos y videos de actuaciones. La afirmación de la trapecista sobre su historia familiar era correcta. Empezaron en Los Ángeles con Ringling Brothers y habían trabajado en todos los circos del planeta. O eso parecía por la lista.

Página siguiente. Yuri y Dashia Varga. Solo una foto de Yuri siendo disparado desde un cañón pintado de forma llamativa, con

humo por todas partes. Sin videos. Sin biografías. Solo una breve descripción de su acto. Eso parecía extraño.

Miranda buscó otra página. Había llegado al final.

—¿Y Layla?

—Nada sobre ella —le dijo Parker.

—¿Nada de nada?

—Excepto por sus fotos en la página de UBT, no hay nada. Ni siquiera tiene su propio sitio web.

—Extraño para una artista.

Parker dejó escapar un leve suspiro de frustración.

—Claro, ayudaría si tuviéramos un apellido.

—Sí —sonrió con ironía—. Si escribes *Layla*, la mayoría de los enlaces te llevarían a la canción de Eric Clapton.

—Y a algunos sitios pornográficos.

—Bueno, entonces te debes haber divertido mientras yo no estaba. —Su broma murió en sus labios. Se volvió hacia la escueta página web de los Varga con el cañón humeante y pensó en lo evasiva que había sido la pareja, en lo inquieta que había estado Dashia la última vez que habló con ella. Especialmente sobre Layla —. Tuve una sensación con este par. Están ocultando algo.

—Tuve la misma impresión.

—De hecho, encontré a Dashia a solas después de que la policía me tomó la declaración esta tarde. Se cerró en banda.

—Mmm... —murmuró Parker y dejó que su mirada recorriera el encantador y esbelto cuerpo de su esposa.

Le encantaba verla trabajar, ver cómo la ardiente pasión en ella cobraba vida con las habilidades que él le había enseñado. En ese momento, la vista lo distrajo, lo excitó. En ese momento, no le importó en lo más mínimo.

—Bueno. ¿Qué hacemos ahora? —Miranda giró en la silla para mirarlo.

—¿Ahora? —Levantó un mechón de su cabello, lo movió entre sus dedos mientras sus ojos grises se clavaban en los de ella—. Hacemos esto. —Deslizó la mano alrededor de su cuello y atrajo sus labios hacia los suyos.

Sus bocas se encontraron y el corazón de ella se inundó con una aguda punzada de alegría.

La besó con delicadeza, le acarició la nuca con suavidad, como si fuera una muñeca de porcelana, tan frágil que podría romperse.

Al diablo con eso.

Se puso de pie de un salto, se quitó la blusa sin mangas por la cabeza y buscó la camisa de punto de él.

Mientras ella forcejeaba con la tela, él hundió el rostro entre sus pechos.

—Miranda —murmuró.

—Parker —le susurró ella a su vez, deleitándose con el simple sonido de su nombre en sus labios.

Se dio por vencida con la camisa y simplemente deslizó las manos por debajo, dejando que sus dedos recorrieran la espalda musculosa de él. Se sentía tan bien. Él se sentía bien. Era como si se acabaran de reencontrar después de haber estado separados por años.

Él recorrió su cintura con los dedos, enviando escalofríos por todo su ser, y luego desabrochó el botón de sus jeans y bajó lentamente la cremallera. Ella hizo lo mismo con él. Juntos se quitaron la ropa y la apartaron de una patada como si estuvieran haciendo un paso de baile coreografiado.

Él se quitó la camisa y luego fue a por el brasier de ella.

Y entonces ambos se quedaron allí, jadeando y desnudos, observando el cuerpo del otro como si nunca se hubieran visto antes. Ella quería tocarlo. Sentir su piel. Sentir sus hábiles manos por todo su cuerpo.

Saltó a sus brazos, enroscó las piernas alrededor de su cintura y luego se arrepintió cuando lo vio hacer una mueca de dolor.

—¿Estás...?

—Estoy bien. —Y tomó la boca de ella con la suya en un beso voraz que fue ardiente y furioso y lleno de la pasión reprimida de semanas.

Los llevó a ambos a la cama, con ella todavía aferrada a él, y la acostó boca arriba. Se dedicó a ella como un luchador de MMA de primera categoría se dedica a su oponente en el cuadrilátero. Sus

dedos parecían cobrar vida propia mientras se movían sobre su piel, sus brazos, sus costados, su estómago. La estaba volviendo loca. Se sentía enloquecida y eufórica y más excitada que nunca por las sensaciones increíblemente deliciosas que la bombardeaban. Oleada tras oleada, hasta que gritó de puro placer.

Esto era lo que quería, lo que anhelaba. Lo amaba a él. Solo a él.

—Parker —murmuró, con la voz apenas un suave y confuso jadeo. Lo deseaba. Ahora. No podía esperar ni un instante más. Aunque estaba demasiado abrumada para formar las palabras.

Como si leyera sus pensamientos, como si el deseo que él despertaba en ella hubiera saltado de su cuerpo al de él como un rayo, fijó su mirada en la de ella, se cernió sobre ella y finalmente, por fin, tomó lo que era suyo.

CAPÍTULO VEINTE

Con la bata blanca de laboratorio que consideraba su uniforme, recorría el piso estéril de la sala de observación. Como cada noche, escrutaba las lecturas de cada una de las máquinas de la batería de monitores y registraba sus hallazgos.

—D242, signos vitales satisfactorios —dijo en el comunicador que sostenía en la mano—. E311, progresa adecuadamente. —Pasó a la siguiente pantalla y frunció el ceño—. F412, el desarrollo todavía parece un tanto atrofiado. —Continuó.

En general, este nuevo lote iba mejor que el anterior. Esperaba que esta vez no tuvieran que destruir a ninguno de ellos. Aunque el proceso era indoloro, a ella la perturbaba.

Pero no había por qué desanimarse. No a estas alturas. Habían avanzado mucho después de más de veinticinco años de investigación y experimentación. Aquellos primeros años les habían dado falsas esperanzas; un éxito que no habían podido replicar desde entonces. De una docena exacta de implantes, nueve habían sobrevivido. Una proporción prometedora.

Pero uno por uno, los éxitos se convirtieron en fracasos y tuvieron que ser terminados. Todos menos tres.

Al año siguiente todos los implantes fracasaron y ella casi suspendió el proyecto. El Director no quiso ni oír hablar de eso, así que continuó con su fiel personal. El tercer año hubo cinco éxitos de diecinueve. Solo uno llegó a la maduración completa.

Siguieron adelante. Después de todo, la investigación era vital. Cambiaría el mundo. Intentaron mantener los implantes con vida. Realizaron las cirugías necesarias, brindaron los mejores cuidados. Pero la mayoría permanecía en un estado insatisfactorio.

Y así había puesto todas sus esperanzas en el único éxito que había comenzado veintiún años atrás.

¿Y ahora? ¿Qué pasaría con ese éxito?

Llamaron a la puerta. Se abrió y el Director entró en la habitación. Era un hombre atractivo, ahora en sus cincuenta y tantos, con distinguidas canas en las sienes. A ella siempre le había parecido atractivo.

—¿Ya ha logrado algún progreso? —dijo él.

Ella negó con la cabeza. —No tengo idea de dónde está.

El rostro de él le dijo que no estaba contento con esa respuesta. —¿Ninguna en absoluto?

—Ya se lo dije. Si tan solo hubiera permitido implantar dispositivos de rastreo antes de que los liberáramos…

—Y yo le dije que era demasiado arriesgado. ¿Y si pasaban por un aeropuerto y el dispositivo aparecía en algún escáner? Nos delataría directamente.

Ella se dejó caer en una silla, sintiendo un cansancio que le llegaba hasta los huesos. —Sí, tiene razón.

No podían permitir que esta instalación fuera descubierta. Todavía no. No antes de que estuvieran listos para hacer públicos sus hallazgos. Una vez que tuvieran un verdadero éxito, la humanidad avanzaría más allá de cualquier cosa que se pudiera imaginar en la actualidad. Muchos no lo entenderían. Muchos intentarían detenerlos.

Ella se negaba a permitir que eso sucediera, a que todos sus años de trabajo y lucha quedaran en nada.

Se volvió hacia una computadora, presionó algunas teclas. —He estado tratando de trazar sus patrones de pensamiento. Extrapolar a dónde podría haber ido con los datos que hemos recopilado sobre ella desde que nació.

El Director se inclinó y juntos estudiaron el complejo laberinto de líneas y gráficos en la pantalla. Ella sintió el aliento de él en su nuca, lo que le provocó un cosquilleo en la piel. Su mente se llenó de recuerdos del amor que habían compartido alguna vez. Un amor que se había evaporado hacía años, como el rocío.

—Creo que podría ir al oeste.

—¿Eso es todo lo que tiene? —Estaba enojado.

—Todo por ahora. Seguiré trabajando en ello. La conocemos. Nosotros la creamos. Seguramente podremos encontrarla. —Aunque en el fondo temía que tomaría demasiado tiempo.

—La dejo con eso, entonces. —El Director se levantó y se dirigió a la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió, su rostro delatando un terror profundo y arraigado—. Más le vale que lleguemos a ella antes que las autoridades.

—Sí, sí. Lo sé.

—Espero que lo sepa. Si la encuentran primero, las consecuencias serán terribles, doctora Tenbrook.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El aire era cálido y olía a flores silvestres. Ella sonrió ante la ráfaga que le soplaba en la cara y le alborotaba el pelo mientras paseaba. El motor de la moto ronroneaba suavemente en sus oídos.

Se sentía libre.

La carretera era ancha y lisa y rodearon con facilidad el terraplén de grava salpicado de yucas. El aire era caliente y polvoriento, pero se sentía feliz, despreocupada.

Rodeó con fuerza con los brazos el cuerpo delgado y musculoso de él y apoyó la cabeza en la fuerte espalda que levantaba paneles de yeso de veintidós kilos todo el día. Podía oler su aroma terrenal a vaquero. Sí, era feliz. No se había sentido así desde... hacía años que no.

Pero no duraría. Lo sabía. Sabía que tenía que vivir el momento. Momentos especiales como este.

Las escarpadas montañas se cernían en la distancia, cubiertas de cactus y salvia. Se dirigían allí para un pícnic. Un pícnic que probablemente terminaría en una especie de forcejeo romántico.

Un cosquilleo le recorrió el vientre al pensarlo.

Y justo en ese momento, el cielo se oscureció. Un trueno retumbó en lo alto y nubes negras el doble de grandes que las montañas comenzaron a formarse.

De repente estaban en las montañas. Bajando a toda velocidad por senderos oscuros y estrechos que serpenteaban entre las rocas cavernosas, con una caída vertiginosa al otro lado.

Y él ya no estaba. Estaba sola.

Sus dedos se aferraron al manubrio de la moto. El motor bajo ella carraspeó y farfulló. Y entonces oyó otro sonido. Otro motor.

Alguien estaba detrás de ella.

Se dirigía a una curva cerrada. Mientras la moto tomaba la curva, se atrevió a mirar hacia atrás. Lo vio. Las negras rendijas de sus ojos, el cabello oscuro y lacio, el rostro lleno de odio.

No.

Giró el acelerador y aumentó la velocidad, los neumáticos de la moto chirriaron al tomar la curva. El motor volvió a fallar. Un fuerte relámpago estalló sobre su cabeza. Un destello brillante chisporroteó a través del manubrio.

El motor se apagó.

La moto se hizo pedazos contra la ladera de la montaña. Rodó cuesta abajo, abajo, abajo hasta que la oscuridad la engulló.

Y entonces oyó esa voz demasiado familiar en su oído.

Siempre dije que eras una puta.

Miranda se despertó de un sobresalto.

Con el pecho oprimido y el corazón latiéndole desbocado, jadeó en busca de aire e intentó averiguar dónde estaba. Apenas podía respirar. Todavía a medio camino en su sueño, buscó a Parker a tientas en el colchón.

Vacío.

Abrió los ojos. Él no estaba allí.

Levantó la cabeza alarmada y oyó el sonido de la ducha de la habitación del hotel.

Exhalando un suspiro de alivio con la boca abierta, dejó caer la cabeza sobre la almohada. Se pasó las manos por la cara.

¿Por qué demonios había soñado con Leon?

No había tenido una pesadilla así desde Lake Placid. ¿Acaso su fantasma atormentaba el desierto de Arizona?

Recordó la noche anterior. Las manos y el cuerpo de Parker. Todas las deliciosas sensaciones de su poderoso hacer el amor. Por fin habían tenido la oportunidad de expresar lo que sentían el uno por el otro con cruda lujuria animal de nuevo. Pensó que todo estaba bien entre ellos otra vez. ¿Cómo podía haber soñado con Sam después de una noche como esa?

¿Qué clase de persona era?

Ella no sentía eso por Sam. ¿Cómo podría? Lo había dejado en la estacada en Phoenix. Se había acabado antes de empezar.

Entonces se le ocurrió una idea extraña. ¿Y si no se hubiera ido? ¿Y si hubiera intentado que funcionara con Sam todos esos años atrás? ¿Habría funcionado? ¿Podría haberlo amado? ¿Lo había amado? ¿Lo amaba ahora?

Eso era una locura. Amaba a Parker. Sam era solo un tipo.

No, no era solo un tipo. Había tenido sentimientos por él en el pasado. Más fuertes de lo que se había dado cuenta, al parecer. Pero ya no. ¿Qué era lo que la hacía soñar con él entonces?

¿Qué importaba de todos modos? Estaba casada con Parker y eso era todo.

Parker era el que había elegido, al que le había dado el *sí, quiero*. Lo amaba más de lo que jamás pensó que podría amar a nadie. Estaba loca por él. Jamás haría nada para herirlo.

No intencionadamente, al menos. Sin querer, lo había herido un montón de veces.

Sintiéndose de nuevo temblorosa, se levantó, tomó una bata y fue a la ventana. Miró la ciudad que creía conocer. ¿El fantasma de Leon también atormentaba este lugar? Él había vivido cerca de aquí una vez.

¿Estaría Layla ahí fuera en alguna parte, esperando que alguien viniera a rescatarla? O tal vez era su fantasma el que atormentaba el lugar.

Miranda no lo sabía. Todo lo que sabía era que sentía algo muy dentro que la inquietaba mucho.

En alguna parte había algo muy malo.

Llamaron a la puerta y casi se le salió el corazón del susto. «Más vale que no sea Sam», pensó, atravesando el suelo con paso fuerte para abrir.

—Servicio a la habitación.

Abrió la puerta y un botones entró con una pequeña mesa cargada de platos cubiertos de plata. El olor a tocino y a café recién hecho le llegó a la nariz y se le empezó a hacer agua la boca.

El botones destapó los platos para que los examinara y Miranda se inclinó para echar un vistazo. Cubiertos de plata brillantes y pulidos, elegantes tazas y platillos de porcelana, platos humeantes de un delicioso desayuno.

Era tan típico de Parker.

Había pensado en todo, ¿no? Sam podía saber que a ella le gustaba la salsa picante, pero Parker sabía más que eso. Sabía que a ella le gustaba el café solo, los huevos bien revueltos y el tocino extracrujiente.

Sacó dinero de un cajón, le dio una propina al botones y este se fue por la puerta con una sonrisa.

Al instante siguiente se abrió la puerta del baño y salió Parker, con una toalla alrededor de la cintura. Su pelo oscuro, canoso, estaba mojado y le caía sobre la frente. Su pecho y hombros musculosos parecían aún más atractivos y sexis que la noche anterior.

Corrió hacia él y le dio un beso grande y sonoro. —Buenos días —dijo, con los labios todavía sobre los de él.

—Parece que lo son —murmuró él, devolviéndole el beso.

Ella le pasó una mano por el costado y lo oyó hacer una mueca de dolor. Se apartó y vio las marcas pálidas a lo largo de sus costillas. Las tocó suavemente con las yemas de los dedos. —¿Lo empeoramos anoche?

Él sonrió con lascivia. —Valió la pena. —Luego le agarró la mano —. Y si no dejas de hacer eso, puede que hoy no trabajemos nada.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se quedó allí, preguntándose si no sería tan mala idea.

Él miró más allá de ella y observó la mesa con el ceño fruncido. —Quería terminar en el baño antes de que llegara el desayuno. No quería despertarte. Tuviste una noche inquieta.

¿Sabía que había tenido una pesadilla? Se apartó de él, sintiéndose incómoda. —Ya estaba despierta. —Acercó una silla a donde estaba la comida—. Oye, comamos antes de que esto se enfríe.

—Está bien. —Agarró otra silla, sin tener en cuenta sus costillas, y se la ofreció.

Ella le complació y se sentó, observándolo mientras él ocupaba su lugar frente a ella, con el pecho desnudo y todavía solo con una toalla. Aquí era donde pertenecían. En un caso, juntos. En cuerpo y alma.

Esperó a que sirviera el café y luego lo bebió con avidez. Necesitaba reponer fuerzas. Bañó sus huevos en salsa picante y empezó a comer con ganas.

Después de unos cuantos bocados, su mente comenzó a concentrarse. —Entonces, tenemos a Harvey Hackett con un resentimiento contra la víctima, enamorado de la prometida de la víctima y una botella del mismo vino usado para matar a la víctima metida en sus rosales. —Suspiró en voz alta—. Un caso circunstancial bastante sólido.

—Eso parece. —Tomó un sorbo de café pensativo.

—Sí. —Le dio un mordisco a una tostada y la masticó lentamente —. Si han acusado a Hackett, algún juez probablemente esté buscando un gran jurado ahora mismo.

—Si el fiscal ha aceptado que las pruebas son lo suficientemente sólidas.

Partió un trozo de tocino y se lo metió en la boca. —La policía está lista para cerrar este caso. Creen que tienen al asesino.

Parker buscó la pimienta. —Puede que tengan razón.

—O que estén equivocados. —Se recostó, abrazando su taza de café—. Parece demasiado fácil. Demasiado... montado.

—Hackett es un artista de circo.

Ella no se lo tragó. —Y todavía no hemos encontrado a Layla. Si Sam tiene razón, ella podría decirnos si Harvey lo hizo o no.

Pensativo, Parker asintió.

Ni siquiera se había inmutado al oír el nombre de Sam. Eso era un progreso.

Imaginó la distribución de la parte trasera del recinto. —Todo el mundo en ese maldito circo tuvo la oportunidad. Son todos vecinos. Es como una pequeña comuna. Una familia, como no para de decirme Sam.

Ahora Parker frunció el ceño al mencionar el nombre de Sam y dejó su propia taza con un chasquido un poco demasiado ruidoso. El progreso fue efímero. —Según lo que hemos averiguado hasta ahora, solo Hackett tenía un motivo.

—Sí, su odio y sus celos hacia Tupper.

—Todos los demás parecen haber amado al payaso principal. —Parker se levantó para ponerse una camisa y pantalones mientras ella terminaba.

—Eso dicen. —Se inclinó de nuevo hacia adelante y puso su taza de café en el platillo—. Bien, hablemos de los medios. ¿Qué hace Hackett esa noche? ¿Se pasea hasta la casa rodante de Tupper con una botella de Merlot Barefoot mezclada con cianuro? Acababan de terminar una función. A esa hora de la noche, habría gente por todas partes. ¿No le preocupaba que lo vieran?

Parker se subió la cremallera de los vaqueros. —Quizá haya un camino entre las casas rodantes que esté oculto a la vista.

Ella lo señaló con el dedo. —Deberíamos investigar eso.

Él asintió y volvió a sentarse para tomar otra taza de café.

—¿Y qué demonios le dice a Tupper cuando llega? «Hola, viejo amigo, compadre. ¿Mira lo que te he traído?».

—Tienes razón. No parece probable si estaban enemistados.

—O quizá fue algo como: «Mira, sé que he sido un imbécil, pero he cambiado de opinión. Tomémonos una copa y seamos los mejores amigos del mundo».

—¿Hackett enterrando el hacha de guerra?

Miranda hizo una mueca ante el mal chiste. —Buen punto. Simplemente no suena bien.

—Si hizo algo de ese estilo, tendría que haber una segunda copa en la escena del crimen.

—Sí. Underwood no mencionó nada de eso. —No es que la sargento hubiera sido una fuente de información ayer—. Quizá Hackett, o quienquiera que fuera el asesino, se la llevó.

—O la asesina.

—¿Crees que fue Layla? —Le sorprendió oír eso.

Él dio un último sorbo y dejó la taza. —Layla siempre ha sido una posibilidad. No sabemos nada de ella que confirme o desmienta lo que hizo esa noche.

Tenía razón. Pero ella era una de demasiados posibles actores. De repente, Miranda dejó el tenedor con un tintineo.

Parker se inclinó hacia adelante, con preocupación en el rostro. —¿Qué pasa?

—Se me acaba de ocurrir una cosa. Esa trapecista dijo que no conocía el pasado circense de Layla. Su currículum. ¿Y si Layla se unió al circo porque estaba huyendo de un novio? ¿Y si él la alcanzó y vio que tenía un rival? Un rival del que tenía que deshacerse. Él podría ser el asesino.

Parker lo consideró un momento, su rostro se ensombreció. —Sería fácil para un extraño entrar en el recinto si supiera por dónde ir.

Ellos ciertamente habían llegado sin ningún problema. Alguien podría haber acosado a Layla, tal vez la siguió de vuelta al recinto cuando fue al pueblo a por víveres o algo así. Un escalofrío le recorrió la espalda. —Puede que ella también esté muerta.

—O que siga huyendo.

Esperaba que la chica estuviera viva e ilesa en algún lugar. No quería otro asesinato. Pero la simple esperanza no lo conseguiría. —Tenemos que encontrarla —murmuró.

—Sí. Cuanto antes, mejor.

Se tragó el último sorbo de café y se puso de pie. —Vamos a ver a Underwood y a decirle que queremos hablar con Hackett. Si sabe algo de lo que le pasó a Layla, puede que nos lo diga ahora.

Parker se levantó y se dirigió al armario para terminar de vestirse mientras Miranda se iba a la ducha. —Si la sargento nos da permiso para verlo —dijo él.

Ella se dio la vuelta y le sonrió radiante. —Si usas tus encantos masculinos con ella como hiciste ayer, cariño, nos dará todo lo que queramos.

—Haré lo que pueda —dijo él.

Y le hizo dar un vuelco el corazón cuando las arrugas alrededor de sus sexis ojos se plegaron en una sonrisa arrogante.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Underwood estaba tres veces más ocupada y de un humor cinco veces peor cuando llegaron a su escritorio en la estación de policía una hora más tarde.

Miranda se sentó, moviendo la pierna arriba y abajo mientras esperaba que la menuda mujer contestara unas cincuenta llamadas e hiciera varias entrevistas. Cuando regresó de la última, los miró a ella y a Parker con una mirada de «¿ustedes dos todavía siguen aquí?».

—Señorita Steele, señor Parker, ¿qué puedo hacer por ustedes en esta linda mañana de Texas? —Su tono decía que lo que le gustaría hacer era sacarlos a patadas de su cubículo.

—Sargento Underwood —empezó Miranda—. Pasamos a ver qué progresos ha hecho en el asesinato de Magnuson. —Eligió la palabra para enfatizar que había sido un asesinato, no una muerte por causas naturales o un suicidio como Underwood pensó al principio.

La delgada ceja rubia rojiza de Underwood se alzó. —La policía de Dallas quisiera agradecerles por ayudarnos a encontrar al principal sospechoso.

Era una invitación a despedirse, pero Miranda se quedó sentada en la dura silla de metal, moviendo la pierna cruzada. Mejor ir directo al grano. —¿Qué información tiene sobre Layla?

Underwood frunció el ceño. —¿Layla?

—La prometida de la víctima.

—Ah, sí. —Revisó unas cuantas carpetas de su escritorio que parecían los informes que su equipo había escrito tras las entrevistas de ayer—. De acuerdo. Varios de los residentes del estacionamiento de tráileres del circo la mencionaron. ¿Qué pasa con ella?

—¿Mencionaron que está desaparecida?

Ella se recostó con una mirada cautelosa. —No.

—Según nuestro cliente, se suponía que ella iba a estar en el tráiler de Magnuson justo antes de que él llegara. —Mejor seguir con esa versión, aunque Sam lo había hecho sonar dudoso.

—¿Se refiere al señor Keegan? ¿El que reportó el incidente?

—Sí. Nos dijo que después de llamar y hablar con uno de sus oficiales esa noche, fue al tráiler de Layla para contarle lo que había pasado. Ella se había ido.

—¿Ido?

—Fuimos a su tráiler la noche que llegamos y de nuevo ayer por la tarde. No abrió la puerta. El lugar parecía abandonado. —No había necesidad de mencionar que habían entrado.

Underwood la miró parpadeando. —¿Alguien ha presentado una denuncia por desaparición?

—Todavía no. —Miranda se recostó de nuevo y dejó que la información calara. Luego le lanzó una mirada a Parker como señal.

Él le sonrió amablemente a Underwood con ese rostro irresistible. —Sargento, nos preguntábamos si podríamos hablar con su sospechoso. Puede que sepa algo sobre lo que le pasó a Layla esa noche.

Ella tamborileó las uñas sin esmalte sobre su escritorio y entrecerró los ojos hacia Parker. Miranda podía leerle el pensamiento. No querían presentar una denuncia por desaparición. Pensaban que podían manejarlo mejor por su cuenta.

La verdad era que Layla podría ser erróneamente catalogada como una criminal violenta si no tenían cuidado. Si ella era una víctima, eso solo complicaría las cosas.

La sargento negó con la cabeza. —Me temo que no puedo. El señor Hackett consiguió un abogado después de que lo acusamos.

—Ya veo. —Parker fingió estudiar sus uñas—. Entonces no pueden interrogarlo más.

—No sin su abogado presente. Todavía no ha llegado.

La sonrisa de Parker se tornó mortalmente sexi. —Pero nosotros sí podemos. Y puede que logremos sacarle un poco más de información. —Un poco más que la absoluta nada que al parecer habían conseguido los policías.

Underwood se meció en su silla, considerando la idea de que los dos investigadores privados de verdad pudieran sacarle a su sospechoso alguna información que pudiera reforzar el caso circunstancial del fiscal. Miró a Parker, luego a Miranda, y de nuevo a Parker.

El encanto estaba funcionando.

Se tomó el tiempo suficiente para sopesar cada pro y contra de toda una biblioteca jurídica, pero finalmente les dio un seco asentimiento. —Haré que alguien lo traiga y veremos si quiere hablar con ustedes.

###

Miranda había estado sentada junto a Parker en la estrecha sala de interrogatorios al final del pasillo del cubículo de Underwood durante lo que pareció una hora. Tenía el trasero tan entumecido por la silla de metal, que estaba pensando en hacer una donación al fondo de la policía para cojines. Y para un poco de aire acondicionado. Hacía un calor sofocante allí dentro.

Probablemente así era más fácil conseguir confesiones.

El acolchado rasgado de las paredes la hacía sentir claustrofóbica. Eso y el aire viciado le recordaban los días en que ella había sido la arrestada.

Como la noche en que a ella y a Sam los habían detenido después de meterse en una pelea de bar con el hijo del alguacil. No sabía que era el hijo del alguacil cuando le dio una patada en las pelotas. Solo había sido un imbécil arrogante que se creía la divina papaya en lugar del dolor en el trasero que en realidad era.

Parker estaba sentado a su lado, concentrado en su teléfono. Había una media sonrisa irónica en su atractivo rostro.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella.

—Estoy mensajeándome con Joan Becker.

Ella arrugó la nariz. —¿Quién?

Él la miró y alzó una ceja refinada. —Fanuzzi.

—Ah. —Se le cayeron los hombros. Maldición. Se había olvidado por completo de eso—. Quiere organizarnos una fiesta de aniversario.

—Eso tengo entendido —murmuró él, tecleando en la pantalla y sonriendo con aire de suficiencia. Sin duda estaban discutiendo las debilidades antisociales de ella.

—¿Qué le estás diciendo?

—Que si estás de acuerdo, puedo asegurarme de que nuestras agendas estén libres para la fecha que ha sugerido.

—Eh… ¿cuándo era eso?

—El sábado anterior. El domingo es nuestro aniversario de verdad. ¿Lo estás?

—¿Estoy qué?

—De acuerdo. Le dije que fuera algo pequeño.

Miranda se removió en su asiento. Nunca le habían gustado las fiestas, nunca tuvo amigos con quienes celebrar nada. Nunca había tenido mucho que celebrar. Esta vida con Parker era tan diferente de la forma en que solía existir. Pero a él le gustaba ese tipo de cosas. Toda la parafernalia, todas las finuras sociales. Se crio con ellas. Una fiesta, al igual que su boda, sería principalmente para él. Así como para Fanuzzi y los demás en su pequeño círculo.

Se inclinó hacia él y le dio un golpecito en el brazo. —¿Podemos pasar el domingo a solas? —susurró.

El atractivo rostro de Parker se abrió en una sonrisa de travieso deleite. —Justo lo que esperaba que dijeras. Tengo varias cosas planeadas que creo que te gustarán.

Ella levantó las manos, incapaz de pensar en una forma de zafarse de la fiesta del día anterior. —Entonces me parece bien. Siempre y cuando tengamos el domingo.

—Oh, tendremos el domingo. Me alegro de que estés de acuerdo. —Se volvió hacia su teléfono—. Y Joan nos guardará asientos en el Abierto de Atlanta el próximo sábado.

El gran día de Wendy. Tenían que llegar a casa para entonces.

Ella asintió y miró el espejo de dos vías, preguntándose si los oficiales habrían tenido que ponerle una camisa de fuerza a Harvey para traerlo hasta aquí.

Estudió a Parker por un largo momento. Su jefe, su mentor, su amante. Él lo era todo para ella. El mejor detective del planeta. Y esa no era solo su opinión.

Se inclinó hacia adelante de nuevo, captando la mezcla de su colonia y su aroma natural y limpio. —Ocúpate tú de este.

Él pareció sorprendido. —¿Estás segura?

Ella le sonrió, contenta de que ya no estuvieran a la greña. —Cuanto antes lleguemos al fondo de este caso, más rápido podremos salir de aquí e irnos a casa. Más vale que usemos nuestros mejores recursos para lograrlo.

Él tomó su mano entre las suyas. —Tus propias habilidades de interrogación no son nada que subestimar.

Su corazón revoloteó ante el cumplido.

—Hagámoslo juntos.

—De acuerdo.

La palabra apenas había salido de su boca cuando oyeron un arrastrar de pies en el pasillo y la puerta se abrió.

Un oficial de aspecto cansado condujo a Harvey Hackett a la habitación.

Con su overol naranja y sus botines, las muñecas unidas a la espalda, Harvey en realidad se veía un poco mejor que ayer fuera de su tráiler.

Se había afeitado y probablemente también se había duchado.

Pero sus largas y pobladas cejas negras se fruncieron en el ceño tan pronto como vio quién lo estaba esperando. —Dios santo —gimió—. Ustedes dos otra vez no.

—En carne y hueso —dijo Miranda.

Las arrugas de su rostro de cuero marchito parecían más profundas bajo las duras luces. —Como dije ayer. No tengo nada que decirles. —Le hizo un gesto con la cabeza al policía—. Lléveme de vuelta a mi celda.

Parker se levantó con la dignidad de un rey. —Señor Hackett, creo que ambos podemos ser de mutua ayuda el uno para el otro.

Una comisura de la boca de Hackett se elevó hacia su mejilla, revelando su dentadura manchada por el cigarrillo. Vaya, parece que se les había acabado la pasta de dientes en la prisión.

—¿Ayuda? —se burló—. ¿Creen que nací ayer?

—Solo deseamos unos momentos de su tiempo para repasar algunos detalles. Luego nos iremos.

Vaya, qué astuto era.

Hackett torció los labios hacia un lado de la boca y miró al corpulento policía que estaba de pie, con los enormes brazos cruzados, bloqueando la puerta.

—Tome asiento, señor Hackett —ordenó.

Hackett puso los ojos en blanco. —Supongo que no tengo opción. —Y dejó que el uniformado lo llevara hasta el final de la mesa.

El policía sacó la silla con un ruidoso crujido y sentó al viejo payaso en ella.

Miró a los dos investigadores con asco.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Qué quieren?

Todo un encanto.

Parker se sentó y se recostó con una naturalidad que solo él podía lograr y le sonrió al hombre. Esperó tres pausas incómodas antes de hablar con su marcado acento sureño.

—¿Cómo te va, Harvey? ¿Te está yendo todo bien aquí adentro?

Hackett volvió a mostrar sus dientes percudidos.

—¿Qué diablos de pregunta es esa? Esto es la cárcel.

—Lo entiendo. Últimamente has pasado una mala racha, ¿no es así? De hecho, la has pasado mal la mayor parte de tu vida.

Hackett se echó hacia atrás, con una amenaza en la mirada.

—¿Cómo sabes eso?

—Los investigadores privados tenemos nuestras fuentes —dijo, dando a entender que la policía también podría saber lo que Parker sabía, pero que él y Miranda no estaban sujetos a las mismas leyes.

—¿Y qué? He tenido un par de malas rachas en mi vida. A todo el mundo le pasa.

—Cierto —ahora el tono de Parker se tornó compasivo—. No pretendo ponerlo a la defensiva, señor Hackett. Solo quiero transmitirle, de nuevo, que podríamos serle de ayuda.

Parker había usado una versión de esa frase con ella alguna vez. Desde esta perspectiva, podía apreciarla.

—Me quieren ayudar a condenarme, querrán decir.

No muy diferente a su propia reacción. O a la de cualquiera que hubiera sido acusado de asesinato, fuera culpable o inocente.

Parker bajó la mirada a su teléfono como si consultara los hechos.

—Recibiste tratamiento por depresión varias veces. Parece que tienes un problema con el alcohol.

—Puedo controlarlo.

La sonrisa triste de Parker lo hizo parecer un amigo preocupado.

—La principal característica de un adicto es el autoengaño. ¿Exactamente cuán autoengañado estás, señor Hackett?

Harvey dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—No tan autoengañado como para no conseguir un buen abogado —gruñó—. Mi hermano es uno de los mejores abogados defensores de Dallas. Me sacará de esta. Estará aquí en cualquier momento y, tan pronto como mueva sus influencias, será adiós al bote —dijo, mientras movía los dedos.

Miranda se quedó tan quieta como pudo, luchando contra el impulso de zarandear al tipo.

¿Su hermano era un abogado de primera y él acababa siendo un payaso alcohólico que trabajaba para el circo? Tenía que haber una historia familiar detrás de eso.

Sintió que era su turno.

—Debió de ser difícil crecer con un hermano tan exitoso —dijo con indiferencia.

Eso captó su interés.

—Ni me lo digas. ¿Por qué no puedes sacar buenas notas como Jeremy? ¿Por qué no puedes entrar en el equipo de fútbol? ¿Por qué no puedes ir a la universidad?

—Qué brutal —dijo ella, negando con la cabeza en señal de compasión.

—Yo era un niño torpe. Lo único que podía hacer era tropezarme con mis propios pies. Pero eso nunca dejaba de hacer reír a los otros niños. Así que, cuando crecí, decidí ganarme la vida con ello —se cruzó de brazos y se recostó, como diciendo que eso era todo.

—Y te iba muy bien, además. Eras el acto principal de los payasos —dijo Miranda.

—Hasta que apareció Tupper Magnuson —añadió Parker con gravedad.

Hackett apretó sus dientes amarillos, mientras sus ojos oscuros ardían.

—Ese maldito bastardo. Me quitó todo por lo que había trabajado.

—No es de extrañar que no te agradara —dijo Parker.

—Debiste de odiarlo —convino Miranda, observando cómo Harvey se frotaba una mano con la otra. Se estaban metiendo en sus arenas movedizas emocionales y a él no le gustaba.

La mirada de Harvey iba y venía entre ellos.

—Sí, de acuerdo. Lo odiaba. ¿Y qué? Odiar a tu competencia no es una gran noticia en este negocio. Pero yo no lo maté.

Ella se levantó de un salto y se inclinó sobre la mesa, cerca de su cara.

—Pero querías hacerlo, ¿no es así? Apuesto a que lo pensabas todo el tiempo. Apuesto a que repasaste cada detalle en tu cabeza, paso a paso. Conocías sus rutinas, sus hábitos. Sabías cuándo estaría solo en su tráiler. No sería difícil tomarlo por sorpresa. Era un tipo modesto.

Ahora la mano que golpeó la mesa fue un puño. Bang.

—Yo no lo maté.

Miranda se abalanzó aún más cerca.

—Pero querías hacerlo —repitió—. Especialmente después de que se lió con Layla.

Él se apartó mientras su mirada se volvía borrosa.

—Layla —lo dijo como si estuviera masticando un caramelo—. De acuerdo, la deseaba como cualquier hombre de sangre caliente en el recinto. Sin embargo, nunca hice nada al respecto. Era la chica de Tupper. No soy esa clase de hombre.

Claro que no lo eres, pensó Miranda.

—¿Así que la amabas desde lejos?

—Puf —replicó Hackett, negando con la cabeza—. No soy tan romántico. Quería meterme en sus pantalones. Eso era todo. Ella y yo nunca podríamos haber congeniado.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, es lo suficientemente joven como para ser mi hija. En segundo lugar… —agitó una mano—. Ya he dicho suficiente.

Miranda se levantó y paseó un poco, luego comenzó con una táctica diferente.

—Háblame de tu jardín de rosas.

—¿Qué pasa con él?

—¿Por qué tienes uno?

—Me gusta la jardinería. ¿Acaso eso es un crimen ahora?

—Inusual para un artista de circo.

—Cuando se trata de gente de circo, todos somos inusuales. ¿Nunca has oído hablar de un espectáculo de fenómenos?

Apretó el puño para morderse la lengua, esperando a que él dijera algo más.

—De acuerdo, mi padre tenía un vivero. Solía ayudarlo. Me recuerda a él. Nos llevábamos bien. No como mi madre y yo. No hay nada de malo en tener un jardín de rosas —añadió rápidamente.

—Nada en absoluto. Pero sí hay algo malo en esconder una botella de vino con cianuro dentro.

—Puf —dijo de nuevo, poniendo los ojos en blanco—. Si estuviera tratando de deshacerme de algo con lo que mataría a alguien, lo habría escondido mejor.

Buen punto.

—Cualquiera podría haber escondido esa botella en mi jardín de flores. Yo lo sé. Ustedes lo saben. Los policías lo saben.

—¿Y por qué harían eso?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? ¿No es su trabajo averiguar eso?

Miranda se limitó a mirarlo fijamente.

—Quizá lo hizo Layla.

—¿Layla? —soltó una risa desagradable—. Sí, eso es. ¿No dijeron que está desaparecida? Quizá mató a Tupper y ha estado merodeando por el recinto, viendo cómo ustedes, los detectives, pierden el tiempo.

O quizá estaba encerrada en algún lugar donde Harvey la había llevado. La idea hizo que a Miranda se le erizara la piel.

—¿Crees que ella mató a Tupper?

Se encogió de hombros.

—Como te dije, peleaban todo el tiempo.

—Peleas de enamorados, dijiste.

Se cruzó de brazos y se encogió de hombros.

—Supongo que eran peores de lo que pensaba. Yo me meto en mis asuntos.

—¿Dónde está Layla, señor Hackett?

—Ni la más remota idea.

Miranda golpeó la mesa con el puño. Ya había tenido suficiente de estas estupideces.

—¿Estás seguro de que no la agarraste y te la llevaste a algún sitio? ¿La tienes encerrada en alguna habitación? ¿La mataste?

Hackett dio un respingo y la miró como si estuviera loca. Se abrazó a sí mismo a la defensiva.

—No voy a decir nada más. Jeremy me dijo que no hablara con nadie.

—¿Qué le pasó a Layla, señor Hackett? —exigió Miranda. No estaba dispuesta a dejar que se saliera con la suya ahora.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Y ustedes dos no saben con qué están lidiando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, esa Layla —negó con la cabeza—. Había algo raro en ella.

Lo mismo que casi todos decían de la acróbata de telas aéreas.

—¿Qué quieres decir con «raro»? —preguntó Parker.

Hackett se frotó la barbilla.

—No lo sé. Llevo treinta años entre gente de circo. Esta no era del circo.

—¿Puedes aclarar eso?

—No sé cómo explicarlo a gente de fuera. No tenía la trayectoria. La experiencia. Me di cuenta la primera vez que la vi actuar. Debió de ser una de esas *prima donnas* de secundaria, ¿saben? Luego, probablemente hizo algunas ferias ambulantes antes de llegar a nosotros. Pero a Tenbrook no le importó su currículum. Quedó hipnotizado con ella cuando vio su acto.

Quizás este payaso también estaba celoso de Layla.

—¿Qué tan cercano eras a ella?

Se frotó la nariz con el dorso de la mano y sorbió.

—No mucho. Como dije, a ella no le habría gustado el tipo «maduro».

Ajá.

—¿Alguna vez la invitaste a salir?

—Claro que no —la ira volvió a sus ojos—. Empezó a salir con Tupper de inmediato. Corrijo. Empezó a salir con Tupper después de salir con Sam.

Miranda volvió a sentarse, con el cuerpo rígido. Con todo su ser, luchó por no soltar un grito de pura sorpresa. ¿Acababa de decir ese payaso lo que ella creía que había dicho?

Evitando la repentina mirada fulminante de Parker, se aclaró la garganta.

—¿Layla salió con Sam? —las maneras de Parker debían de estar contagiándosele. Eso salió suave como la seda.

—Claro. Salió con ella… oh, dos o tres veces. Pobre loco, se enamoró perdidamente de ella. Pero después de que salió con Tupper, se acabó la historia.

Había más que preguntar. Mucho más. Quería agarrar a Hackett, ponerlo boca abajo y sacudirle los detalles como un niño sacude las monedas de una alcancía. Pero no se le ocurría otra pregunta.

El golpeteo en la puerta la hizo sobresaltarse.

Se abrió y un oficial canoso asomó la cabeza.

—Colburn —le ladró al otro oficial—. El abogado del señor Hackett está aquí. Exige verlo.

Harvey se volvió hacia sus interrogadores con aire de conquistador triunfante.

—Detectives, esta entrevista ha terminado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Miranda estaba sentada en el coche de alquiler, abrazándose con fuerza. Le castañeteaban los dientes. Temblaba de frío como si la maldita Edad de Hielo acabara de caer de golpe sobre todo Texas.

Intentó mantener la calma, intentó encontrarle sentido a lo que acababa de descubrir.

Pero los pensamientos le galopaban en la cabeza como una manada de toros Angus embravecidos en estampida. No, era ella la que quería salir en estampida. Quería clavarle las pezuñas directamente en el cráneo a Sam Keegan.

Su antiguo novio no le había mentido exactamente. Pero vaya que había omitido algunos detalles pertinentes.

—No puedo creer esto, Parker —masculló al fin, mirando por la ventanilla el denso tráfico de Dallas. No se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Tenemos que ser racionales —dijo Parker. Su voz suave resonaba con la tranquilidad de un profundo lago azul.

Ella se giró y lo fulminó con la mirada, boquiabierta.

—¿Ahora estás defendiendo a Sam?

—Simplemente señalo que ambos debemos mantener la objetividad.

Objetividad. Su lema.

Pero ¿cómo podía ser objetiva?

—Tenías razón, Parker. Sam podría ser el asesino de Tupper.

—Es circunstancial, Miranda —le advirtió.

—Salió con Layla. «Se enamoró perdidamente» de ella, según Harvey Hackett. Tenía el motivo, la oportunidad y los medios.

—Como muchos otros.

No entendía por qué Parker lo defendía de repente.

—Así que nos contrata, no, me contrata a mí, su antigua novia, a la que cree que puede manejar a su antojo, y me trae aquí para presentar su caso antes de que lo atrapen. Dice que Tupper era su mejor amigo. Quiere que encontremos a Layla… —Dejó de hablar y soltó un jadeo.

Parker permaneció en silencio mientras ella recuperaba el aliento.

—Dios mío, Parker. Sam podría haber matado a Layla. Nos pide que la busquemos, encontramos el cuerpo y entonces él parece inocente. Nadie creería que el tipo que nos contrató para encontrarla es su asesino.

—Por eso necesitamos muchas más pruebas antes de juzgar a nadie.

Se reclinó y se obligó a inhalar. Por supuesto. Parker tenía razón. Se estaba precipitando. Actuando a la ligera por la palabra de un viejo payaso borracho que podría haber matado a Layla él mismo. Eso no era propio de ella. Sam sabía cómo sacarla de quicio incluso cuando no estaba cerca. La idea le dio ganas de golpear algo. Como su nariz.

Necesitaban más hechos. Más pruebas. Más detalles. Y los iba a conseguir. Ella y Parker descubrirían exactamente qué les pasó a Tupper Magnuson y a su prometida.

Levantó la vista y vio que Parker estaba girando con el coche de alquiler hacia la calle pavimentada frente a la carpa de la UBT. Se enderezó.

—¿Qué hacemos aquí?

La mirada severa en los ojos de Parker era tan decidida como la de un potro salvaje.

—Vamos a localizar a Keegan y averiguar qué más nos ha estado ocultando. Y por qué.

Le había leído el pensamiento.

Ella sonrió.

—Acorralar al toro y oírlo de su propia boca.

Él asintió.

—Y al diablo con las metáforas cruzadas.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

En cuanto salió del auto y empezó a caminar con determinación por los senderos de césped entre las casas rodantes y autocaravanas, Miranda supo que algo andaba mal.

Bueno, no exactamente mal. Diferente.

Nadie estaba afuera practicando saltos ni lanzando aros o bolos. Un par de niños montaban en bicicletas en miniatura unas filas más allá y en alguna parte un perro ladró una o dos veces, pero por lo demás el predio estaba en calma.

Entonces oyó una música tenue. Música alegre de circo. Parecía venir del interior de la carpa, a lo lejos.

—Deben de estar ensayando ahí adentro —dijo Parker, protegiéndose los ojos con la mano mientras observaba la parte trasera de la carpa principal.

—Sí —suspiró ella, dejando escapar un bufido de frustración.

Le gustaría echar un vistazo al lugar de Sam sin que él estuviera, pero no quería arriesgarse a otro cargo por allanamiento de morada. Además, ni siquiera sabían cuál era el suyo. ¿Y no era curioso? Les había mostrado la casa rodante de Tupper, la de Hackett, la de Layla. Pero no la suya.

No, necesitaba verlo cara a cara. Hizo un gesto hacia la carpa.

—Vayamos para allá a buscarlo.

—Sí —asintió Parker.

Con él a su lado, avanzó por el sendero a grandes zancadas, pasando por los sitios en los que habían estado ayer. La casa rodante de los Vargas estaba vacía, y había más ropa tendida en un tendedero. El lugar donde los malabaristas habían estado lanzándose aros coloridos también estaba desierto, al igual que la

zona donde Yvette Nannette había estado practicando con el pobrecito de Bobo.

Dio dos pasos más y la música alegre de la carpa se detuvo. Quizá alguien había perdido su entrada.

Pero hubo otro sonido. También era música, pero esta vez lenta y sensual. Aunque seguía siendo estilo circense. Y no provenía de la carpa.

Lentamente, giró la cabeza. Venía de la casa rodante de Harvey Hackett.

Le lanzó una mirada de desaprobación a Parker.

—¿Y eso qué? —Hackett no podía haber pagado la fianza y regresado tan pronto.

Su rostro estaba adusto.

—Vamos a investigar.

Se dirigió con paso firme hacia el lugar, subió los escasos escalones y encontró la puerta abierta.

Entró y la música llenó sus oídos. El lugar olía ligeramente a cerveza rancia y a ropa sucia, pero no fue eso lo que le llamó la atención.

Sentado, rígido, en el borde de un sillón reclinable raído, con los ojos fijos en una pantalla plana de cincuenta y dos pulgadas contra la pared, estaba Sam. ¿Y qué se veía en la televisión?

Layla. Haciendo su número.

Miranda observó las hipnóticas imágenes en la pantalla.

Bajo una luz efectista, vestida con el brillante atuendo teñido de azul y rosa con las mallas a juego que Miranda había encontrado en su casa rodante, la encantadora joven colgaba en el aire, su larga cabellera rubia cayéndole por la espalda.

Su cuerpo estaba en una pose de cisne. Dos tiras de tela rosa colgaban desde arriba. Llevaba una tira enrollada alrededor de la cintura y la otra en una pierna, mientras giraba con gracia al son de la música.

Con los ojos cerrados, su rostro era un estudio de ardor artístico y belleza exótica. Hipnótico.

Se enderezó, se quitó de una patada la tira de seda alrededor de su pierna y trepó más alto con ambas manos, girando el cuerpo.

Cuando había ascendido varios metros, pasó las piernas por encima de la cabeza, se colocó la tela en la cintura y se dejó caer para quedar colgada cabeza abajo.

El público aplaudió.

Como ignorándolos, giró desde la cintura, desenrollando la tela que la sostenía y terminó en una caída, con los brazos y las piernas extendidos como si estuviera suspendida de la nada. Solo una tira con una única vuelta alrededor de su cintura la sujetaba. Ni siquiera se agarraba a ella.

La multitud ahogó un grito y luego estalló en vítores.

«Era eso», pensó Miranda.

Ese era el truco del que le había hablado Biata Ito. La parte que Biata consideraba trampa. Miranda tuvo que admitir que, desde su perspectiva, parecía francamente sobrenatural.

Pero en ese momento, tenía peces más gordos que freír.

Volvió a mirar a Sam. La fascinación vidriosa en sus ojos verde bosque le dijo más de lo que necesitaba saber.

Vio un control remoto sobre una mesa de centro manchada, cerca del sillón. Cruzó la diminuta habitación, lo arrebató y apagó la grabación.

—¿Eh? —gruñó Sam, saliendo de su trance—. Miranda. ¿Qué haces aquí?

—No, Sam. ¿Qué haces tú aquí? No sabía que eras el compañero de cuarto de Harvey.

Él la fulminó con la mirada.

Parker se acercó tranquilamente desde donde había estado de pie en la puerta, observando la escena.

—¿No hay un ensayo en la carpa que usted se está perdiendo? —sonaba como un padre severo corrigiendo a su hijo.

Sam le dedicó una mueca hosca.

—Estamos haciendo un ensayo técnico antes del ensayo general de esta noche. No me toca salir hasta dentro de un rato.

Miranda dejó el control remoto sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Eso no explica por qué estás aquí.

Él se incorporó y se pasó las manos por la cara como si intentara despertarse.

—Harvey me pidió que le trajera cigarrillos. Estaba revolviendo por aquí y encontré este DVD. Solo quería ver qué tenía.

—Ajá. —¿Y por qué se le estaba cayendo la baba? ¿Por qué estaba tan pegado a la imagen?

—No sabía que Harvey estuviera loco por ella. No hasta este punto.

¿Que *Harvey* estaba loco por ella? Miranda no se tragaba ninguna de esas patrañas. Ya había tenido suficientes palabras dulces de este vaquero.

—¿Estás seguro de que no es *tu* DVD, Sam?

Él la miró con furia.

—No. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué demonios estás diciendo, Miranda?

Recordó su primera noche en Dallas. Sam había dicho que había tenido algunas discusiones con Tupper por Layla. Seguro que sí.

—¿Sabe usted dónde está Layla, Sam? —preguntó Parker en voz baja, que sonó muy parecida a un gruñido.

Se quedó boquiabierto, mirándolo a él y luego a ella. Después, se puso de pie de un salto y caminó con paso firme hacia la pantalla.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Por qué les habría estado suplicando que la buscaran si lo supiera?

Miranda reprimió el impulso de patearlo.

—Oh, no sé. ¿Quizá para tendernos una trampa? ¿Quizá para hacerte parecer inocente?

—¿Inocente de qué? ¿Estás diciendo que crees que *yo* maté a Tupper? —su voz subió dos tonos.

Miranda empezó a caminar de un lado a otro como una leona enjaulada.

—Adivina qué hicimos hoy, Sam. Fuimos a hablar con Harvey a la comisaría donde lo tienen retenido. Qué curioso, él también dice que es inocente. Y que no sabe dónde está Layla. Igual que tú.

Sam se pasó una mano por su cabello ondulado.

—No creí que él lo supiera.

—¿Y sabes qué más nos dijo?

—¿Qué?

—Que tú saliste con Layla antes que Tupper. «Te enamoraste perdidamente» de ella, según el viejo Harvey. Te dejó por tu mejor amigo, ¿verdad?

—Ella… Yo…

—Y eso te enfadó. Mucho. Tanto que empezaste a planear cómo deshacerte de él, ¿cierto?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Lo mataste, Sam? ¿Mataste a Tupper? ¿Mataste a Layla?

—¿Qué? —se puso un poco pálido.

—Tú eres el que parece sentirse tan cómodo entrando en las casas rodantes de los demás. ¿Volviste a su casa y empacaste sus cosas para que pareciera que se había ido de la ciudad?

Ahora Sam solo podía mirarla fijamente.

Ella bajó la voz y siseó las siguientes palabras.

—¿Dónde escondiste su cuerpo, Sam?

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—No puedo creer que me estés diciendo esto. ¿Ya no me conoces, Miranda?

De repente, se oyeron unos golpes secos en la puerta y esta se abrió.

—Sam, ahí está usted. ¿Qué está haciendo en la casa rodante de Harvey?

Una joven asiática de aspecto agradable, que vestía el mismo leotardo azul eléctrico que Biata Ito llevaba ayer, entró en la casa rodante. Su larga cola de caballo oscura tenía las mismas mechas azul metálico y cobrizas que la de Biata. Parecía un poco mayor. Tenía que ser la hermana.

—Tenbrook está que trina —dijo—. Se perdió su entrada.

—Tengo que irme. —Sam se dirigió hacia la puerta.

Miranda extendió un brazo para bloquearlo.

—No tan rápido, Sam.

—¿Qué vas a hacer? ¿Arrestarme o algo así?

La joven parpadeó sorprendida hacia Sam, como si acabara de darse cuenta de que había interrumpido una conversación privada.

Pero dio otro paso hacia Miranda.

—¿Son ustedes los detectives con los que habló mi hermana ayer?

—¿Su hermana es Biata Ito? —preguntó Parker, con una voz que sonaba notablemente tranquila.

—Sí. Me dijo que hablaron con ella. Soy Chavi.

—Wade Parker. —Para disipar la tensión que nublaba la habitación, le tendió la mano—. Esta es mi compañera, Miranda Steele.

Mientras Miranda estrechaba la mano de la joven, captó la mirada de resentimiento en los ojos de Sam. Sin duda, él quería cantarle las cuarenta, pero se mantuvo en silencio con la trapecista presente.

—Quería hablar con ustedes —dijo la hermana mayor de las Ito.

—¿Sobre qué, Sra. Ito? —dijo Parker con naturalidad.

Sus rasgos asiáticos, tan delicados como los de su hermana, se tornaron solemnes.

—¿Tiene razón la policía? ¿Harvey mató a Tupper?

—Lo sentimos, Sra. Ito —dijo Miranda—. No podemos responder a eso en este momento.

—Oh. —Se apartó un mechón de pelo oscuro con el dorso de la mano—. Dicen que podría salir bajo fianza. Si lo hace, mi padre está pensando en dejar el espectáculo y volver a Europa. Mi hermana y yo no queremos irnos. ¿Estaremos seguras si nos quedamos aquí?

Miranda no supo qué decirle. Ahora que se había corrido la voz de que Tupper había sido asesinado, los demás artistas debían de estar inquietos.

—De nuevo, lo siento —dijo Parker—. Todo lo que podemos decirle es que estamos haciendo todo lo posible para poner a la persona correcta tras las rejas.

La trapecista asintió y respiró nerviosamente.

—Biata me dijo que estaban preguntando por Layla.

Miranda miró a Parker.

—Sí, así es.

Ella asintió de nuevo y bajó la mirada al suelo.

—Layla y yo éramos amigas, más o menos. Al menos yo intentaba ser amable con ella. Hablábamos un poco, pero nunca se abría mucho. Y luego empezó a pasar todo su tiempo libre con Tupper.

Miranda se tensó.

—¿La vio marcharse la otra noche por casualidad?

Ella levantó la vista, con los ojos grandes y ansiosos. Se mordió el labio.

—Layla vino a mi casa rodante. La que comparto con Biata. Está justo enfrente de la suya.

Miranda asintió, sintiendo un cosquilleo en la nuca.

—Vimos la casa rodante cuando hablamos con Biata.

Los dedos de Chavi Ito empezaron a jugar con su larga cola de caballo oscura.

—Layla traía una bolsa. Me pidió que la llevara a la estación de autobuses.

—¿Y lo hizo?

—Sí.

—¿A qué hora?

Con el ceño fruncido, pensó un momento.

—Debían de ser como las diez o así. Tenía prisa. Parecía asustada.

Miranda dio un paso hacia la mujer.

—¿Asustada de qué? ¿Le habló de algún novio o marido del que pudiera estar huyendo?

Sorprendida por la pregunta, Chavi se frotó los brazos del leotardo.

—No. No dijo mucho esa noche.

—¿Y otras veces? ¿Dijo algo entonces? ¿Cualquier cosa?

—No. Como ya le dije, no éramos tan cercanas. Solo charlábamos un poco tras bastidores a veces. Ya sabe, para calmar los nervios antes de salir a escena. Siempre me decía lo genial que era yo. Decía que verme era algo hermoso. Yo nunca le dije nada parecido. Ahora desearía haberlo hecho. Ella es mucho mejor que yo.

—¿A qué estación de autobuses la llevó? —preguntó Parker.

—A la que está en la calle Lamar.

Los ojos de Miranda se encontraron con los de Parker. ¿Tenían alguna esperanza de encontrarla ahora?

—¿Layla dijo adónde iba? —le preguntó a Chavi.

Chavi frunció el ceño, pareciendo aún más nerviosa.

—No. Podría haber sido a California. Mencionó un par de veces que quería ir para allá. ¿Estoy en problemas? Espero haber hecho lo correcto. ¿Creen que Layla está en peligro?

Sin responder, Miranda fulminó con la mirada a Sam, que estaba acurrucado en un rincón. Por ahora, ya no era sospechoso en el caso de Layla. Pero seguía sin estar segura en el de Tupper.

—¿No van a ir a buscarla? —espetó él.

Parker lo miró con severidad.

—Justo estamos a punto de hacer eso.

CAPÍTULO VEINTICINCO

La terminal de autobuses estaba en una calle concurrida en el centro de Dallas. Tras dejar el auto de alquiler en un estacionamiento público, cruzaron la calle Lamar y entraron en el edificio color canela.

El lugar estaba abarrotado de viajeros.

Hombres y mujeres de todas las razas y edades hacían fila o se sentaban en bancas que parecían incómodas, algunos medio dormidos, otros leyendo, otros en sus teléfonos.

Con los tacones de los zapatos de vestir de Parker resonando en el falso parqué, Miranda se abrió paso entre la multitud y siguió las señales azules, pasando junto a las filas de pasajeros que esperaban, las máquinas expendedoras de bebidas frías y palomitas de maíz, y las madres con bebés llorones que jugaban en el suelo.

Finalmente, llegaron a un mostrador de boletos.

Por algún milagro, en ese momento el empleado no estaba ocupado.

—¿Puedo ayudarlos? —gruñó el hombre rotundo de mediana edad, de piel y pelo oscuros y con bigote de herradura. Llevaba una camisa azul de manga corta y corbata, pero parecía acalorado e incómodo. Debía de encantarle su trabajo.

Parker tomó la iniciativa. —Buenas tardes, señor. Somos investigadores privados, buscamos a una persona desaparecida.

El hombre arrugó su gruesa nariz. —¿Una persona desaparecida?

—¿Ha visto a esta mujer? —Miranda le deslizó la foto de Layla por debajo del cristal.

Él la tomó y la miró con aprecio. —Una dama encantadora. —Parecía tener ese efecto universal en los hombres.

—Sí, ¿la ha visto? —La impaciencia se coló en sus palabras e hizo que el bigote del hombre se contrajera.

Él le devolvió la foto. —No lo creo. —Se dio la vuelta.

—Creemos que tomó un autobús hace tres noches —dijo ella. Intentó sonar amable, pero le salió más como un ladrido.

Él se volvió con una expresión de «me importa un bledo» en sus ojos oscuros. —Mire este lugar, señora. No recuerdo a la última persona a la que le vendí un boleto, mucho menos quién estuvo aquí hace tres noches.

—Seguro que recordaría a una mujer como esta —dijo Parker, deslizando la foto de nuevo bajo el cristal—. Estaba en el circo que está en la ciudad. El de la Gran Carpa. ¿Ha visto alguno de sus espectáculos?

El hombre regordete inhaló y tomó la foto de nuevo con sus dedos cortos para estudiarla. —Sí, la esposa quiere llevar a los niños, pero no tengo tiempo.

Vaya padrazo.

—Ha oído hablar del incidente que hubo allí, ¿verdad?

Sus gruesas cejas negras y rizadas se torcieron a la par que su bigote. —¿Qué incidente?

—Uno de los payasos del circo fue asesinado.

—¡Santa María! Me alegro de no haber llevado a los niños, entonces. —De repente pareció salir de un estupor de obrero y los examinó a Parker y a Miranda de arriba abajo—. ¿Ustedes dos son de la policía?

—Somos privados —le dijo ella.

—¿Esta mujer está involucrada?

—No lo sabemos. Puede que sepa qué pasó. Necesitamos hablar con ella.

—Ya veo. —Su bigote se movía de un lado a otro mientras lo pensaba—. ¿A qué hora estuvo aquí?

—Poco después de las diez, hasta donde sabemos —le dijo Parker.

—¿El domingo pasado por la noche?

—Sí.

Se rascó la barbilla. —Yo no estaba trabajando entonces. —Se dirigió a otro tipo en el mostrador de al lado. Era flaco y más joven —. Méndez, ¿estabas de turno el domingo por la noche?

—Claro que sí. Tuve que cubrir a ese holgazán de Peterson.

—¿Todavía no lo han echado?

—Nop.

—¿Le vendiste un boleto a ella? —Le pasó la foto a Méndez.

El tipo más joven la tomó, la giró para un lado y luego para el otro. —No sé. Tal vez. Es muy linda. —Devolvió la foto.

—Estos dos sabuesos quieren hablar con ella. Sobre un asesinato en el circo.

—¿Asesinato en el circo? Ah, ¿lo de ese payaso? Vi algo sobre eso en las noticias esta mañana.

Genial. Ahora eran noticia. —¿Usted habría recordado a alguien como ella, no? —le dijo Miranda al empleado más joven.

—La verdad es que no. Atendemos a muchísimos clientes.

—Creemos que vino aquí poco después de las diez.

—A esa hora se llena bastante. —Sus ojos se nublaron—. Espere. ¿Tiene acento? ¿Como… de Rusia?

El corazón de Miranda dio un vuelco. —De Europa del Este, sí.

—Sí me parece recordar a una joven con un acento así haciendo preguntas. Como si estuviera tratando de averiguar a dónde ir. Cuánto costaría y esas cosas.

—¿Y?

—Y eso es todo. No creo que comprara un boleto.

—¿Se fue?

—No lo sé. Ah, claro. Le dije que si no sabía a dónde iba, tendría que salirse de la fila hasta que se decidiera. Le dije que si tenía efectivo, podía usar las máquinas expendedoras de boletos automáticas. —Hizo un gesto en dirección a una fila de máquinas rojas junto a una pared.

—De acuerdo. ¿A dónde preguntaba?

—A todas partes. Le dije que mirara nuestro horario. Está publicado justo allí.

—¿Compró un boleto en una máquina?

Levantó los hombros, encogiéndoselos. —No le presté atención después de eso. Lo siento.

El corazón de Miranda cayó revoloteando al piso de baldosas como un trozo de basura que alguien podría llevarse pegado en la suela del zapato.

—Gracias por su tiempo —oyó que Parker les decía a los empleados mientras ella se daba la vuelta y se alejaba enfurruñada.

—Mierda —le dijo en voz baja.

—Echemos un vistazo al horario. —¿De verdad creía él que eso les daría una pista?

Caminaron hacia el tablero electrónico en la pared que mostraba las llegadas y salidas.

Dependiendo de la dirección que hubiera tomado, Layla podría haberse dirigido a Amarillo o Abilene o Houston o Lubbock. Albuquerque o Phoenix o Tucson. Atlantic City, Las Vegas, Connecticut.

Miranda gimió en voz alta, sin importarle si alguien la oía. —¿Cómo vamos a localizarla? Podría haberse ido a Misuri, Kansas o Colorado.

—O estar de camino a Los Ángeles, como pensaba Chavi Ito.

Miranda estudió la información en el tablero sobre la ruta a Los Ángeles. —Esa línea tarda menos de dos días en llegar. Ha tenido tiempo más que suficiente para llegar y desaparecer. —Sintió que le empezaba un dolor de cabeza—. Diablos, podría haberse ido a México. Nunca la encontraremos allí. ¿Qué vamos a hacer, Parker?

Él se quedó mirando el tablero otro largo momento y luego se volvió hacia ella, con una expresión tan disgustada como la de ella. —Vamos a cenar temprano y a pensarlo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El restaurante que Parker eligió era mexicano. De lujo.

Música de salsa, sensual y lenta. Candelabros de estilo del Viejo Mundo. Manteles blancos. Cubiertos y vajilla relucientes. Diseños aztecas art déco en las paredes.

Miranda se quedó mirando un plato de verduras, guacamole y huachinango bañado en lo que llamaban salsa Diablo. Parker se esforzaba por hacerla sentir mejor, pero no estaba funcionando.

Tomó el tenedor, notando que brillaba como si el propio *maître* lo hubiera pulido, y suspiró.

—La verdad es que no tengo ganas de comer.

—Necesitas comer algo —dijo Parker, con un dejo de insistencia en la voz.

Además de consolarla, no podía ignorar la sensación de que él estaba compitiendo con Sam. Sam la llevaba a una barbacoa texana, Parker contraatacaba con alta cocina del suroeste. Pero no hizo ningún comentario. No podía lidiar con una batalla de egos masculinos ahora. Más que eso, estaba preocupada por Layla y frustrada por la falta de progreso en su búsqueda.

Obedientemente, probó un poco de la salsa picante con el huachinango y se lo llevó a la boca. A pesar de su estado de ánimo, sabía delicioso. De acuerdo, su hombre tenía ventaja. Sam podría saber de buena comida, pero Parker sabía de comida excelente. Su apetito afloró un poco y dio otro bocado.

Alcanzó su vaso de agua y decidió decir lo obvio.

—Sigo preguntándome si Sam está relacionado con el asesinato de Tupper.

Parker la observaba con ternura, la imagen de esa tarde persistía en su mente. La de su esposa descargando solo una fracción de su

furia contra su cliente en la casa rodante de Harvey.

Todavía había demasiada emoción, demasiada pasión en ella cuando se trataba de ese hombre. Especialmente cuando lo sorprendió viendo un video de otra mujer.

Sabía lo que ella estaba pensando. Que la había llevado a este restaurante como una especie de competencia con su exasperante cliente. Eso no era del todo cierto. Principalmente quería asegurarse de que comiera. Pero no estaba de más recordarle lo que tenía con él, aunque el dinero significara poco para ella. Él era muy consciente de eso.

Esperó a que ella diera otro bocado antes de responder, sopesando las opciones de apelar a su lado racional. Ella era una buena investigadora. La lógica se impondría tarde o temprano. Pero sería mezquino y poco profesional no señalar los hechos.

Una vez más, su profesionalismo se impuso.

—Keegan no lo hizo.

Miranda dejó el tenedor sobre la mesa, sorprendida.

—Pensé que querías que considerara esa posibilidad.

—Lo hice. Y lo has hecho.

—¿Y ahora cambias de opinión? —Por supuesto que sí. De lo contrario, habría estado señalando las razones por las que Sam era culpable a cada paso—. ¿Por qué?

Parker tomó su copa de vino e hizo girar el líquido ambarino en ella.

—Para empezar, la contactó a usted, como dijo.

—A mí. Su antigua amante. Alguien a quien pensó que podría manipular a su antojo. —Todavía le ardía eso.

—Pero aprendió que no podía hacerlo. También aprendió que yo estoy en la escena.

—¿Y?

—Y habría intentado deshacerse de nosotros si fuera el asesino.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tal vez, tal vez no. —Habría razones para mantenerlos, principalmente que lo haría parecer culpable si los hubiera despedido y los hubiera mandado a casa a estas alturas—. Esa no es la razón por la que no crees que Sam es el asesino.

Observó cómo las comisuras de sus ojos se arrugaban en una sonrisa sexi y segura mientras sorbía su vino.

—Me conoces demasiado bien.

—Entonces, ¿cuál es?

—Piensa en cómo mataron a Tupper.

Lo consideró.

—Con cianuro. Fue metódico. Planeado. Tuvo que estar bien sincronizado.

—¿Eso te suena a Keegan?

Ahora que lo ponía de esa manera… dejó escapar un gemido.

—No, para nada.

Sam siempre había sido un tipo impulsivo. Si matara a alguien, sería por pasión, porque se habría enfurecido más allá de su límite. Y la evidencia estaría por todas partes. Tendría que encubrirla. No lo habría pensado todo con antelación.

Se quedó mirando el pescado a medio comer en su plato.

—De acuerdo. Entonces Sam no es el asesino. ¿En qué nos deja eso?

Parker dejó su copa con aire de satisfacción.

—¿Cuáles son sus impresiones de Harvey Hackett?

Hizo una mueca como si hubiera mordido un limón mientras pensaba en el hombre.

—Es repugnante, pero… no sé. —¿Un viejo borracho planeando el asesinato de Tupper? Eso era tan improbable como lo de Sam—. Simplemente no me da buena espina.

—A mí tampoco.

Entonces, ¿a quién más tenían como sospechoso? Habían hablado con muchos de los artistas, pero no habían tenido tiempo para todos. UBT debía tener más de cien empleados. Y Underwood no había indicado que hubiera otras pistas, aunque podría no haber compartido esa información.

Entonces recordó a la familia.

—Los Vargas —murmuró.

—¿Qué hay con ellos?

—Parecía que ocultaban algo.

—Cierto. O simplemente querían mantenerse al margen.

Eran culpables de algo, pero no tenía pruebas de que hubieran hecho nada. Solo una corazonada. De repente, sintió un ligero escalofrío en la piel, como si el invierno hubiera entrado de golpe en el comedor.

—¿Layla? —preguntó en un susurro.

Parker estudió su vino de nuevo.

—Sabemos que la joven intentó irse de la ciudad poco después de que Tupper fuera asesinado. Parece que estaba huyendo hacia algo o huyendo de algo.

Miranda pensó en la hermosa artista con sus gráciles movimientos colgando de sus hilos de seda en lo alto. Nadie sabía de dónde venía, quién era su familia. Era un misterio. Y, sin embargo, tenía un aire de inocencia.

—Apuesto a que huía de algo. Y no me refiero a que matara a su prometido.

—¿Crees que vio algo esa noche?

—Quizás. Pero no es una amenaza tan grande como para impedirle volver a su casa rodante y hacer una maleta.

—Y que Chavi Ito la llevara —añadió Parker.

—Debe significar que el asesino no la vio.

—O ella era la asesina.

—Sí. Sé que es una posibilidad. —Se sintió más frustrada que nunca—. Necesitamos encontrarla, pero no tenemos nada con qué empezar. Probablemente ni siquiera tenga una tarjeta de crédito para rastrear. Tú podrías buscarla con las lujosas bases de datos a las que tiene acceso la Agencia si tan solo tuviéramos un apellido.

Parker terminó su comida, se limpió la boca y dejó la servilleta. Tenía el rostro pensativo. Ella sabía que estaba ideando algo.

—¿Qué? —tenía que saberlo.

—Keegan nos espera en el ensayo general esta noche, ¿no es así?

—Supongo que sí. —Tamborileó con los dedos sobre el mantel e imaginó la función—. Sería una buena manera de vigilar a todo el mundo, a toda la gente con la que aún no hemos hablado, para ver si algo salta a la vista. Y no me refiero a los números del espectáculo.

Él asintió, sin sonreír ante su broma.

—Sí, eso es importante. Pero más importante aún, todos estarán allí, incluido Paxton Tenbrook.

—Es el maestro de ceremonias y el director creativo. Estoy segura de que estará allí todo el tiempo.

—Y no en su oficina.

Ella parpadeó. ¿Estaba pensando él lo que ella creía que estaba pensando?

—¿Crees que tiene información sobre Layla en su oficina?

El camarero dejó la cuenta en la mesa y Parker sacó su billetera.

—¿No le parece que Tenbrook estuvo evasivo el otro día?

Recordó su oficina bien amueblada, su gran corpulencia, su comportamiento angustiado.

—Parecía desorganizado. Y obsesionado con su espectáculo, su «bebé».

—Puso excusas para no mostrarnos ningún papeleo sobre Layla.

—Se ofreció a pagarnos para encontrar a Layla.

—Para quitarnos de encima.

Estuvo de acuerdo con esa apreciación. Pensó en el hombretón revolviendo los cajones de su escritorio.

—Sí, su comportamiento sobre el papeleo pareció un poco extraño. Pero lo atribuí a que era el típico jefe.

Él enarcó una ceja.

—Exceptuando a los presentes. Espera un minuto. ¿Estás diciendo que…?

Él asintió lentamente.

—Mientras transcurre el ensayo, usted vigila a Tenbrook y yo le haré una visita a su oficina.

Tuvo que tragar un sorbo de agua ante eso. ¿Parker iba a irrumpir en la oficina del dueño del circo mientras él estaba actuando?

Y él pensaba que ella corría demasiados riesgos.

Pero Parker tenía razón. Si Tenbrook estaba ocultando algo, tenían que desenterrarlo. Le dedicó un asentimiento.

—Claro. Puedo hacerlo. ¿De verdad crees que vas a encontrar algo sobre Layla?

Con una sonrisa irónica, se levantó y alcanzó el respaldo de la silla de ella.

—Nunca se sabe, querida, hasta que se busca.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Sam estaba sentado frente al espejo de su tráiler, aplicándose la última fila de puntos del maquillaje café y durazno que delineaba sus facciones.

Soltó el lápiz y se quedó mirando su propio reflejo.

Qué maldito desastre era. Todavía podía oír la voz de Miranda acusándolo: «*¿Lo mataste, Sam? ¿Mataste a Tupper? ¿Mataste a Layla?*».

¿Cómo podía pensar eso de él?

Se quitó la toalla de la cabeza de un tirón y se pasó las manos por su espeso pelo. Tomó un peine y empezó a arreglárselo, echando mano de vez en cuando de un poco de espuma para peinado mezclada con brillantina.

Nadie lo había hecho sentir como Miranda. Aún recordaba la punzada en el corazón el primer día que ella entró pavoneándose en su obra, con esa actitud tan dura y desafiante. Eso sí que fue un flechazo.

Se había esforzado tanto por recuperarla, pero ella nunca volvería a quererlo. Si es que alguna vez lo había hecho. Aun así, ¿cómo pudo haberse casado con ese estirado de Wade Parker? No era su tipo. No era la pareja para la Miranda Steele patea traseros que él conocía.

Excepto que… ahora era diferente. Era una investigadora privada de armas tomar.

Lo había atrapado con las manos en la masa. Sí, se había enamorado perdidamente de Layla. Muy perdidamente. Muchas gracias, Harvey, por habérselo contado.

Pero Layla lo había dejado por su mejor amigo. Quizás había querido matarlo por eso durante un minuto, pero ¿cómo podía

alguien seguir enojado con Tupper? Era el ser humano más amable y generoso que Sam había conocido.

Cuando terminó con su pelo, se limpió las manos y se metió en sus jeans. Se quedó mirando la hebilla de oro repujado de su cinturón. Un vaquero salvaje sobre un potro blandiendo un lazo. Un regalo de Tupper.

Se subió los pantalones y soltó un largo y doloroso suspiro.

Y ahora Layla también se había ido. ¿Estaría muerta? Quizás. O tan lejos que nunca volvería a verla. Él sabía que ella no había matado a Tupper. Lo amaba con todo su ser. Nunca podría hacerle daño. Pero tenía que saber algo al respecto.

Igual que él.

Él solo quería que Miranda la encontrara.

Ahora todo era un desastre. Si tan solo pudiera hablar con Miranda. Ser sincero con ella. Contárselo todo.

Mientras se ponía el chaleco de lentejuelas azul medianoche con flecos y se calaba el sombrero vaquero a juego, tomó una decisión.

Si ella iba al ensayo esa noche, si tenía la oportunidad, eso era exactamente lo que haría.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

El sol estaba bajo en el cielo de Texas, detrás de la gran carpa, y arrojaba un brillo dorado sobre los rascacielos de la ciudad tecnológica y ganadera que se extendía perezosamente en el horizonte.

Miranda estaba sentada en el auto de alquiler en el estacionamiento frente a la entrada principal, observando a la gente vestida con ropa casual caminar desde sus autos y cruzar la calle hacia la entrada del UBT.

Después de que salieron del restaurante, ella y Parker habían vuelto al hotel para dormir una siesta y cambiarse de ropa. Ella llevaba unos *jeans* ajustados oscuros, una camiseta sin mangas de color gris metálico y una chaqueta ligera. Parker vestía sus *jeans* de diseñador con una camiseta negra y un sexi saco azul oscuro.

—No pensé que un ensayo estaría abierto al público —dijo ella, preguntándose si la pequeña multitud arruinaría su plan.

Al volante, Parker estudiaba a los peatones con cautela.

—Invitados especiales. Contribuyentes, lo más seguro.

—Como sea. —Alcanzó la manija de la puerta y salió antes de que Parker pudiera rodear el auto para hacer su papel de caballero sureño y abrirle la puerta.

No estaba pensando en modales ni en sutilezas. En lo único que podía pensar era en la esperanza de que Parker pudiera conseguir algo de información sobre Layla esa noche.

Si es que la misteriosa joven no se les había escurrido ya por completo de entre los dedos.

Cruzaron la calle y Parker la hizo pasar al interior de la enorme carpa. Le entregó sus pases a un revisor y se acomodaron en unos asientos más o menos a media altura.

Había una sola pista. Estilo europeo, había aprendido en alguna parte.

Varias filas de asientos de teatro acolchados de color canela rodeaban toda la circunferencia, excepto por los pasillos. Bajo una alta lona azul francia, un andamiaje se elevaba muy por encima. El sistema tubular sostenía las luces, diversos cables y los trapecios para el número aéreo. Miranda reconoció a un par de técnicos de pista vestidos de negro como tramoyistas que le daban un último ajuste a los cables.

Los asientos eran cómodos, el aire fresco e impregnado de un indefinible olor a carpa de circo. El aire acondicionado debía de costar un dineral. En alguna parte estaban haciendo palomitas de maíz. A su alrededor zumbaban las conversaciones.

Miranda observó a los otros «invitados», que charlaban entre sí y compartían una risa o una historia privada. Finalmente, vio a Tenbrook haciendo la ronda, codeándose con algunas personas en una fila cercana. Llevaba un chaleco amarillo brillante, pantalones fucsias con espirales amarillas y un sombrero de copa a juego. Un atuendo que definitivamente gritaba: «Aquí el que manda soy yo».

El hombre no tardó mucho en llegar hasta ellos.

—Buenas noches, detectives. —Sonrió, estrechando la mano de Parker y luego la de ella.

Sus dos enormes zarpas envolvieron las manos de Miranda mientras le movía los brazos como si fuera una bomba de agua.

—Qué gusto verlo, señor Tenbrook —se obligó a decir ella.

—Estamos deseando ver la función de esta noche —dijo Parker con naturalidad.

Tenbrook negó con la cabeza.

—Fue un milagro que lo lográramos, pero tenemos un grupo muy dedicado aquí.

—Eso parece.

El maestro de ceremonias miró por encima del hombro y luego se inclinó con voz baja.

—Harvey está libre bajo fianza.

—¿De verdad? —dijo Miranda. Su hermano abogado debía de ser bueno.

—Parece que no hay tantas pruebas contra él como pensábamos. Insistió en hacer su número esta noche, aunque algunos de los otros artistas están un poco nerviosos por tenerlo cerca.

Tan nerviosos que algunos estaban pensando en dejar el espectáculo, pensó Miranda, recordando lo que había dicho Chavi Ito.

Parker asintió en señal de comprensión.

—Es comprensible.

—Espero que ustedes dos puedan aclarar todo eso.

¿Qué quería decir? ¿Que demostraran que Harvey lo había hecho? Miranda estaba a punto de recordarle al dueño que ellos no trabajaban para él, pero Parker habló primero.

Sin inmutarse en lo más mínimo, simplemente sonrió.

—Haremos lo que podamos.

Sus pobladas cejas grises se fruncieron en una expresión agria que intentó ocultar al resto del público.

—Layla no ha vuelto. ¿Han averiguado algo sobre su paradero?

—No, no lo hemos hecho. —La actitud de Parker no cambió en lo absoluto.

—Una lástima. Se la extrañará esta noche. Las chicas Ito harán un número extra para reemplazarla. Son buenas, por supuesto. Pero no son Layla.

—Pocas personas lo son —le dijo Miranda.

Tenbrook le lanzó una mirada extraña, pero asintió.

—Bueno, si me disculpan. Necesito saludar a los demás.

—Por supuesto.

Después de que Tenbrook se marchó, Miranda se volvió hacia Parker.

—Empiezo a ver a qué te refieres con ese tipo. Sí que parece que esconde algo.

Él le dedicó una sonrisa casi imperceptible y señaló con la cabeza a una mujer alta al otro lado del pasillo.

—¿Palomitas? —le dijo a Miranda como si de verdad hubiera venido a ver el espectáculo.

—No, gracias.

Cuando la mujer apartó la vista, él susurró:

—Asegúrate de no perder de vista a Tenbrook esta noche.

—Entendido —respondió Miranda.

Y justo cuando las palabras salieron de su boca, las luces se apagaron y Tenbrook ocupó el centro de la pista.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—¡Estimados clientes y amigos, gracias por venir a nuestro espectáculo! —Tenbrook se quitó el sombrero y se dirigió al público con rostro solemne.

—Como todos saben, esta noche, aquí en Bajo la Gran Carpa, llevamos una pesada carga en nuestros corazones. Pues uno de los nuestros nos ha dejado, nos fue arrebatado demasiado pronto, en la cúspide de su carrera. Una estrella brillante y resplandeciente que todos queríamos mucho.

Su voz parecía sincera, pero había mucho de teatro en ella.

—Pero, como dicen, el espectáculo debe continuar. Y nadie lo habría querido más que Tupper Magnuson. Y por eso, en su honor, esta noche les damos lo mejor de nosotros —de repente, asumió su papel de maestro de ceremonias mientras subía a una plataforma—. ¡Damas y caballeros! —gritó—. ¡Bienvenidos a nuestro espectáculo!

Comenzó un redoble de tambores. El traje de Tenbrook relucía como el oro bajo la luz del reflector. Abrió los brazos, con una intensa emoción en el rostro. *Vaya, qué fanfarrón*.

—Prepárense para la experiencia de entretenimiento más impresionante, más emocionante y más provocadora de sus vidas. Estamos a punto de asombrarlos y deslumbrarlos. De llevarlos a otro lugar. De transportarlos a un mundo extraño y misterioso de pura fantasía.

Una etérea música de flauta comenzó a sonar mientras hablaba, como si sus palabras la hubieran invocado.

—Un mundo de maravilla y encanto y, sí, incluso de miedo. Un mundo que solo existe… Bajo la Gran Carpa.

La música se volvió enérgica, con un ritmo entre rock y carnaval, y una horda de artistas entró en la pista cantando a viva voz una

canción de bienvenida al circo que de verdad parecía transportarte a otro mundo.

Un lugar donde todo era posible.

Comenzaron a bailar una coreografía que ya había hecho que Miranda se sintiera arrastrada por el encanto. ¿Sería algo en el aire?

El número terminó. Antes de que pudiera recuperar el aliento, los chicos que había visto en el patio lanzando aros salieron corriendo. Solo que ahora llevaban trajes ceñidos de color azul plateado, y sus aros estaban iluminados con un arcoíris de colores.

Armados con seis aros cada uno, se los lanzaban de un lado a otro, flexionando los músculos, mientras los aros subían más y más alto, hasta que parecieron alcanzar el andamiaje del techo. Los chicos los atraparon de nuevo y comenzaron a hacerlos rodar sobre sus brazos y a rebotarlos en sus cabezas, todo mientras bailaban y giraban al ritmo de más música funky.

Todos aplaudieron.

Tenbrook, pensó Miranda, con un destello de pánico. *¿Adónde se fue?*

Pero justo cuando los malabaristas salían de la pista en medio de una ovación, Tenbrook volvió al centro del reflector y comenzó a dirigirse al público. Antes de que pudiera articular palabra, la música se tornó estrafalaria y una manada de payasos entró galopando por los pasillos hacia la pista, creando un caos total. Tenbrook actuó enojado y agitado, persiguiendo a un payaso y luego a otro mientras corrían con cubos arrojando confeti de colores al público.

La multitud estalló en carcajadas, aún más cuando a uno de los payasos le echaron encima un cubo que no contenía confeti, sino agua de verdad.

Uno de la compañía, con el pelo alborotado naranja y azul y una gran nariz verde, corrió hacia Miranda y le gruñó. Ella tomó la mano de Parker, recordando una vez que su padre la llevó al circo cuando era niña y terminó llorando por culpa de un payaso.

—Coulrofobia —le susurró Parker al oído.

—¿Miedo a los payasos?

Él asintió. —Creo que la contraje cuando mi padre me llevó a una función del Ringling Brothers en Nueva York cuando tenía cinco

años.

Ella tuvo que sonreír. ¿El audaz e intrépido superdetective Wade Parker le tenía miedo a los payasos? ¿Pero quién era ella para hablar? Por otro lado, pensó apretando los dedos de él entrelazados con los suyos, era bastante agradable compartir la misma aflicción.

Los rusos fueron los siguientes. Bailaron un poco, hicieron algunas volteretas y paradas de manos, luego los dos hombres sujetaron la barra mientras la mujer rusa balanceaba su cuerpo alrededor y por encima de ella, para luego empezar a caminar sobre la barra mientras la lanzaban por los aires.

La siguiente fue Yvette Nannette con sus perritos. Los obedientes canes se sentaron en sus plataformas, saltaron unos sobre otros, brincaron a través de aros y bailaron sobre sus patas traseras al compás de un vals.

Miranda la observó con atención, pero la mujer se mantenía estoica detrás de su sonrisa de artista. Y, sin embargo, debajo de ese maquillaje, Miranda creyó ver ojeras bajo los ojos de la mujer. Todavía estaba de luto por su amado Bobo.

Después del acto de los perros hubo más payasos, y Harvey hizo su número con los bolos. Salió a la perfección y provocó una gran carcajada. Miranda observó detenidamente al anciano, pero todo lo que vio fue a alguien que estaba aliviado de volver a su trabajo.

A la salida de los payasos sonó un *ba-da-ching* de los tambores, y de repente la música se tornó exótica. Exótica de Europa del Este.

Las luces se atenuaron y un único reflector iluminó a Tenbrook en el otro extremo de la pista.

Levantó los brazos misteriosamente mientras del lado opuesto de la pista emergía un enorme cañón plateado.

—¡Damas y caballeros! —gritó Tenbrook—. ¿Están listos para presenciar uno de los mayores eventos de la noche?

—¡Sí! —gritaron todos.

—Entonces es un placer para mí presentarles al más excepcional, al más estupendo, al más increíble… ¡Yuri de Eslovaquia!

Yuri Varga salió de detrás del cañón, vestido con un reluciente espándex rojo y una capa dorada. Se giró a un lado y luego al otro,

saludando al público mientras Dashia, con un traje a juego, le hacía gestos como si fuera un dios.

Todos aplaudieron y vitorearon.

—Yuri está a punto de intentar una de las acrobacias más peligrosas y emocionantes de cualquier espectáculo del mundo.

Tenbrook agitó el brazo y comenzó un redoble de tambores.

Yuri se quitó la capa y se la entregó a Dashia. Luego caminó con orgullo hasta el extremo del cañón y comenzó a subir por su longitud.

Miranda se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos para verle la cara. Aunque estaba cubierto de maquillaje, había algo allí. Algo en su expresión, en la forma en que trepaba por el cañón. Y en Dashia también. Vio los mismos nervios y preocupación que había visto el otro día.

—Hay algo raro en esos dos —le susurró a Parker.

—Sí, yo también lo veo.

Yuri llegó a la boca del cañón y se deslizó dentro.

Tenbrook volvió a levantar ambos brazos y el redoble de tambores cesó. Por un largo momento, el lugar quedó en completo silencio. Luego comenzó a contar. —Cinco… cuatro… —el público se unió—. ¡Tres… dos… uno!

¡Bum!

Humo salió disparado de la boca del gran cañón. Yuri salió despedido de la boca del cañón y voló por los aires. Aterrizó en una red al otro lado de la pista que nadie había notado.

La banda tocó un *ita-dá!* tradicional mientras el público silbaba y gritaba. Yuri salió de la red, y él y Dashia hicieron reverencias victoriosas antes de subir corriendo por un pasillo y desaparecer tras una cortina.

El tipo tenía agallas, Miranda tuvo que admitirlo. ¿Suficientes agallas como para matar a un compañero de espectáculo?

Después de eso, hubo más payasos y malabaristas, esta vez con coloridas pelotas iluminadas. Aparecieron los Flying Itos. Ataviados con hermosos trajes dorados y azules, realizaron audaces acrobacias en el trapecio. Biata y Chavi eran como gráciles pájaros que giraban en el aire antes de ser atrapados y volar hacia las plataformas.

Hubo un acróbata y un equilibrista. Y justo cuando Miranda pensaba que el espectáculo estaba a punto de terminar, comenzó a sonar música country y una enorme jaula azul verdoso fue empujada a la pista.

Un escalofrío de emoción le recorrió la espalda, aunque no sabía por qué.

—Ese es el número de Sam —extendió la mano para agarrar el brazo de Parker. No estaba allí. Se giró para mirarlo.

Pero él ya se había ido.

CAPÍTULO TREINTA

Parker se deslizó dentro de la oscura habitación y cerró la puerta tras de sí.

Se quedó completamente quieto en la penumbra, escuchando. Lo único que podía oír era el leve sonido de la música y otra esporádica tanda de aplausos que provenía de la carpa. Había tomado un atajo por detrás, serpenteando por un camino tortuoso entre tres filas de las diversas casas rodantes y vehículos estacionados en el terreno.

Nadie lo había visto. Estaba seguro de eso.

Y aunque no había nadie fuera de la oficina en ese momento, se deslizó junto a una pared hasta el gran ventanal y bajó lentamente la persiana. Hizo lo mismo en la pared opuesta.

Luego sacó otro par de guantes —sus reservas se estaban agotando— y, después de ponérselos, tomó de su bolsillo un bolígrafo que también servía como una pequeña linterna.

La encendió y barrió la habitación con su luz.

Sillas para invitados, mesa de centro, escritorio, las fotos y los pósteres autocomplacientes de la pared. Y, por último, los dos archivadores bajos de color beis.

Parker llegó hasta ellos en tres zancadas.

Enroscó la mano alrededor de una de las manijas y tiró. Se abrió de inmediato. Sin seguro. Lo que probablemente significaba que no había nada dentro. Nada que concerniera al caso.

Tenbrook tendría lo que buscaba guardado en algún escondite.

Parker palpó el interior del cajón del archivador, pero no encontró ningún compartimento oculto. Hizo lo mismo con los otros tres cajones. Nada.

Luego, para ser minucioso, revisó las carpetas colgantes una por una. Encontró los informes financieros y los documentos comerciales

esperados, que se remontaban a varios años atrás. Nada inusual. Un archivo tras otro de empleados de la UBT, pasados y presentes. Recibos varios de equipos y suministros para el circo, presupuestos para la comida, los salarios, los costos operativos.

Pero había algo que no encontró.

Miró el escritorio en forma de L y recordó a Tenbrook hurgando en sus cajones cuando le había preguntado por los papeles de Layla.

Pasó al otro lado del escritorio y recorrió la superficie con la luz. Había papeles esparcidos por todas partes. Los hojeó, pero no encontró nada importante.

Empezó a revisar los cajones del escritorio.

Encontró dibujos y esquemas para diversos actos, notas de ideas sueltas de sesiones de lluvia de ideas. Clips, ligas y chicles.

Lo que buscaba no estaba allí. Quizá su corazonada había sido errónea.

Estaba a punto de irse cuando se fijó en el costado del escritorio que daba a la pared. No tenía manija. Parecía tener un panel decorativo en lugar de un cajón de verdad.

Salvo que había una ranura en la parte superior que no estaba del todo a nivel con la pieza contigua. Y la esquina de un trocito de papel sobresalía por ella.

Parker se inclinó y miró el espacio entre el extremo del escritorio y la pared. Medía unos treinta centímetros de ancho. Angosto, pero lo suficiente como para que un cajón se abriera por el costado en lugar de por el frente. Al agacharse para examinarlo más de cerca, el pequeño haz de luz de su linterna iluminó algo plateado y brillante.

Una cerradura.

Era esto. El escondite de Tenbrook.

Deslizó la mano por debajo del cajón y le dio un tirón. No se movió.

Rápidamente, Parker sacó de su bolsillo las herramientas que siempre llevaba consigo y se puso manos a la obra. No tardó mucho en abrir la cerradura. Palpó dentro del cajón y el corazón se le fue a los pies.

Aquí no había más que viejos registros contables. ¿Para qué guardar eso bajo llave? El dueño del circo no parecía tener inclinación por la organización.

Parker estaba a punto de cerrar la puerta cuando su luz iluminó algo más. Una de las carpetas colgantes se había deslizado detrás de las demás. Sin duda por un manejo descuidado. Probablemente no contenía nada y necesitaba regresar antes de que se notara su ausencia.

Pero, obedientemente, apartó los otros archivos, rebuscó y sacó el que estaba en el fondo. Lo puso sobre el escritorio y abrió el fólder de manila que contenía.

Y curvó los labios en una lenta sonrisa.

Hojeó los documentos, se quedó mirando los papeles durante lo que debieron ser varios minutos, incapaz de entender lo que veía. Pero, por supuesto, tenía perfecto sentido. Hasta cierto punto.

Se puso el bolígrafo en la boca para estabilizar la luz y empezó a tomar fotos de los documentos uno por uno. Estaba a punto de tomar la última cuando la música de la carpa se detuvo.

Hubo aplausos. Aplausos bastante fuertes. ¿Había terminado el último acto? El corazón se le aceleró. Tenía que salir de ahí y volver con Miranda.

Estabilizó las manos y tomó una foto más. Luego, volvió a colocar el archivo debajo de los demás tal como lo había encontrado, hizo lo mismo con la cerradura y se acercó a la ventana para subir la persiana.

Mientras se dirigía a la puerta, sintió una oleada de esperanza. Por fin estaban llegando a alguna parte.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Parker debió de haberse escabullido mientras los Ito colgaban en el aire, pensó Miranda, mientras se obligaba a parecer relajada y se reacomodaba en su asiento. Tenía sentido. Era el momento menos probable para que Tenbrook se diera cuenta.

Pero que no le hubiera avisado al irse la puso de los nervios.

Con la música country retumbando en sus oídos, centró su atención en el espectáculo, sin perder de vista al presentador.

Unas mujeres con diminutos y brillantes atuendos de vaqueras bailaban alrededor del gran globo de malla mientras dos payasos fingían arrastrar el pesado artilugio hasta el centro de la pista. En realidad eran los tramoyistas quienes hacían el verdadero trabajo, pero los payasos jadeaban y se secaban la frente como si ellos hubieran cargado con todo el peso.

Tenbrook pasó bailando entre las vaqueras, riendo y sonriendo, hasta que llegó a una plataforma al otro lado de la jaula.

La música bajó de volumen mientras él se dirigía al público.

—¿Están listos para presenciar uno de los mejores actos de la noche?

—¡Sí! —gritó el público, entre vítores y silbidos.

—Hemos dejado lo mejor para el final —dijo. Hizo un gesto hacia un lado de la jaula y dos tramoyistas quitaron el pestillo y levantaron una puerta lateral, para luego bajar una rampa.

—Para empezar, tenemos a Pistol Pete Pierson y a Wild Bill Boyle.

Se escuchó el eco estruendoso del rugido de unos motores y dos tipos bajaron en motocicletas de cross por pasillos opuestos.

Iban vestidos de vaqueros, con jeans, chalecos de flecos con lentejuelas y Stetsons a juego. Sus motos eran negras con llamas naranjas.

Aceleraron los motores, dieron unas vueltas por la pista bajo los reflectores y luego entraron en la jaula. Los tramoyistas cerraron la puerta, la música subió de volumen y empezaron a rodar.

Las entrañas de Miranda comenzaron a temblar de anticipación. Este era el número de las motocicletas del que le había hablado Sam. Mucho más genial de lo que había imaginado.

Primero, los dos motociclistas rodearon la parte inferior de la jaula, cada uno en el lado opuesto del otro. Luego uno de ellos subió en círculos, escalando la pared de la estructura. El segundo lo siguió. Al ritmo de la música, el par repitió el movimiento, subiendo y bajando, una y otra vez, cada vez más alto, más y más rápido. Hasta que rodaron en horizontal, de lado alrededor del centro del globo de malla, como dos pájaros que circundan un nido.

El público vitoreó y el corazón de Miranda latió al compás de las revoluciones de los motociclistas.

Tenbrook rio entre dientes ante su micrófono.

—Oh, todavía no han visto nada.

Mientras los dos primeros seguían dando vueltas y más vueltas, más motores rugieron fuera del escenario y otras dos motocicletas retumbaron por los pasillos.

—Saluden a Texas Tate y a Quick Draw O'Leary.

El público vitoreó y gritó mientras los vaqueros rodeaban el globo y saludaban. Esta pareja lucía motos de color lavanda y llevaban chalecos y sombreros de color canela.

El personal levantó la puerta y ellos subieron por la rampa hacia el interior de la jaula.

Se quedaron un momento en la parte inferior mientras los dos primeros seguían dando vueltas por el centro, como si estuvieran eligiendo el momento. Las motos de abajo comenzaron el mismo movimiento de bucle, de un lado a otro, de un lado a otro, como mecedoras. De un lado a otro, de un lado a otro, y luego hacia arriba, metiéndose en dos huecos entre los dos primeros motociclistas.

Miranda no podía imaginar cómo encontraban los lugares correctos sin chocar entre sí.

Dieron vueltas y más vueltas mientras la música se hacía más frenética. Unas cuantas vueltas más y dos de ellos —Miranda no podía decir cuáles dos— se separaron de los demás y rodaron en círculos más altos, cerca de la parte superior de la jaula. Uno fue en una dirección. El otro en la dirección opuesta, formando una gran X circular. Dieron vueltas y más vueltas mientras los dos primeros seguían rodeando el centro.

¿Cómo demonios hacían eso?, se preguntó Miranda mientras el público silbaba y aplaudía.

—¿Les gustaría ver más? —rio Tenbrook mientras la multitud vitoreaba—. Denle un fuerte aplauso a Mad Dog Danny y a Johnny «el Cisco Kid» Ferguson.

Dos motociclistas más bajaron a toda velocidad por el pasillo, este par con motos de color azul eléctrico y chalecos y sombreros morados. Miranda reconoció a uno de ellos como el amigo de Sam, Danny Ackerman. La pareja entró en la jaula y se unió a los demás, primero balanceándose por la parte inferior y luego subiendo a toda velocidad para ocupar su lugar en el loco remolino de motociclistas. Seis de ellos. Asombroso.

Pero, un momento. ¿Dónde estaba Sam?

Justo cuando el pensamiento se formó en su cabeza, la risa de Tenbrook resonó en los oídos de Miranda, sonando casi malévola.

—Y por último, pero no por ello menos importante, ¡nuestra propia estrella… Yosemite Sam!

El público enloqueció. Sam entró a toda velocidad en la pista y rodeó la jaula, saludando al público con su sombrero como un jinete de rodeo.

El foco de luz captó la alegría en su cara pintada e hizo resaltar el rojo Ferrari de su moto. No quería admitirlo, pero con su reluciente atuendo de un profundo azul medianoche, se veía endemoniadamente sexi.

Mientras se empapaba de los vítores, sus ojos brillaron de deleite. Estaba en su elemento.

—¡Sam! ¡Sam! ¡Sam! ¡Sam! —comenzó a corear el público. Era una estrella.

Miranda no pudo evitar dejarse llevar por la emoción y se unió al coro.

—¡Sam! ¡Sam! ¡Sam! —siguieron coreando mientras la puerta se abría una vez más y el objeto de la atención de todos entraba en la jaula.

Se balanceó de un lado a otro como los demás, pero de alguna manera lo hizo parecer más dramático.

Arriba, y luego abajo. Arriba otra vez. Abajo. Se acurrucó un momento en la parte inferior, mirando hacia arriba como si no estuviera seguro de querer correr el riesgo. Pero el público siguió coreando su nombre y finalmente se impulsó y se unió a los otros seis motociclistas.

Rodaron y rodaron por el centro, como un eclipse de polillas frenéticas alrededor de una llama.

Siete a la vez. Increíble.

Los colores de los trajes se difuminaban de tal manera que no se podía distinguir a un motociclista de otro. La música se volvió realmente salvaje y los motociclistas se separaron e hicieron formaciones de apariencia imposible. Órbitas que se entrecruzaban como neutrones en un átomo a punto de explotar.

Parecieron rodar así durante más de diez minutos.

Y luego, uno por uno, volvieron a bajar hasta que todos estuvieron en el fondo. Se abrió la puerta y cada uno salió de la jaula, recibido por un estruendoso aplauso. Mientras daban la vuelta a la pista en sus motos, los demás artistas bajaron corriendo por los pasillos y se unieron a ellos.

Todos reían, cantaban y bailaban. Era el último número. Una canción de despedida, adiós, esperamos-que-hayan-disfrutado-del-espectáculo, diseñada para dejar al público con el último trozo de magia brillante del mundo del circo.

Los artistas hicieron sus reverencias, los aplausos se apagaron y todo terminó.

Las luces se encendieron y la gente comenzó a dirigirse a las salidas.

Sacudiéndose de su ensoñación con cierta reticencia, Miranda miró a su alrededor. Parker aún no había vuelto. Maldita sea.

Observó la pista.

Tenbrook estaba en el extremo más alejado hablando con algunos miembros del público, probablemente sonsacándoles una donación mayor. Sam estaba a pocos metros de distancia, firmando autógrafos.

No podía ser obvia, pero tenía que mantener al presentador en la carpa un poco más de tiempo.

Se dirigió hacia Sam.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—Qué espectáculo. Qué actuación —exclamó Miranda.

Sam se dio la vuelta hacia ella; sus ojos verdes brillaban de emoción y su rostro resplandecía de sudor y un maquillaje llamativo que lo hacía parecer un poco surrealista.

—¿De verdad te gustó?

Ella agitó los brazos con un entusiasmo que era solo un poco exagerado.

—¿Bromeas? Estuviste increíble. ¿Cómo hiciste eso?

—Práctica. —Le dedicó una sonrisa arrogante—. Y un talento extraordinario.

—Puras patrañas. —Le dio un golpecito en el brazo—. Apuesto a que cualquiera podría hacerlo.

Eso le valió un ceño fruncido en broma.

Ella miró por encima del hombro de Sam hacia Tenbrook. Él estaba terminando de socializar, preparándose para irse.

Se volvió hacia Sam, con una mano en la cadera.

—Apuesto a que yo podría hacerlo.

Las cejas de él se dispararon.

—¿Crees que podrías?

—¿Por qué no? ¿Quieres intentarlo?

Era el mismo tipo de cosas que solía decirle cuando andaban en moto por Phoenix. Ella siempre lo incitaba a hacer algo arriesgado. Era casi como si tuviera un deseo de muerte en ese entonces. Quizás lo tenía.

Él lo consideró un momento, observándola con un placer burlón. Luego se dio la vuelta.

—Señor Tenbrook, ¿puede vigilarnos un minuto?

Las pobladas cejas grises de Tenbrook se juntaron.

—¿De qué está hablando, Keegan?

—Ya verá. —Agarró a Miranda del brazo y la llevó hacia su moto.

Se dirigieron a la jaula. Sam extendió la mano para abrir la puerta. De cerca, Miranda pudo ver que estaba hecha de acero pesado y sujeta por una maraña de cables gruesos.

Tenbrook se acercó a toda prisa.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, Keegan?

—No pasa nada. Es una motociclista experimentada. Y solo la voy a llevar de pasajera.

Miranda hizo un puchero.

—Vaya, no podré manejar mi propia moto.

—No la primera vez, cariño —sonrió Sam, como si supiera que tenía todas las de ganar.

No todas, pensó Miranda. Se encogió de hombros.

—Supongo que tendré que conformarme con eso.

—Keegan. UBT es responsable de cualquier lesión…

Sam extendió una mano.

—Asumo toda la responsabilidad, señor Tenbrook. Súbete, Miranda.

Ella lo hizo, y él aceleró la moto y entró antes de que Tenbrook pudiera decir nada más.

Un par de tipos del equipo del espectáculo se apresuraron a cerrar la puerta.

—Tienes agallas, Keegan —rio uno de ellos.

—Eso me dicen, Jerry. Agárrate fuerte, muñeca.

Miranda rodeó la cintura de Sam con los brazos y lo apretó con fuerza alrededor de su plexo solar.

—A mí no me llames «muñeca» —le susurró al oído.

—De acuerdo, afloja un poco, Rompehuesos.

—Así está mejor —rio ella.

Sam empezó a balancear la moto hacia adelante y hacia atrás, igual que en el espectáculo. El estómago de Miranda se revolvió con el movimiento.

Hacia arriba, y más alto. Una vuelta completa, y de nuevo abajo.

—Guau —respiró.

Pudo sentir la sonrisa de Sam.

—Apenas estamos empezando.

Hacia arriba otra vez, una vuelta más alta esta vez. Y otra. Y otra. Y otra.

Y entonces estaban de lado, recorriendo la parte central. El cabello de Miranda colgaba y ondeaba hacia atrás mientras una emoción vertiginosa la recorría. Los asientos y las caras de abajo se volvieron borrosos.

—¡Yaaa-juuu! —gritó.

Oyó reír a Sam.

—Pero tengo más. ¿Lista para esto?

Dio otra vuelta completa, subiendo más alto. Más alto. Hasta la cima. Estuvo boca abajo durante media vuelta, luego de lado, luego derecha de nuevo, luego de lado otra vez, luego boca abajo. Dieron vueltas y vueltas.

Con el motor rugiendo en sus oídos, perdió el equilibrio.

Unas figuras se habían reunido fuera de la jaula. La gente silbaba y vitoreaba. Ella comenzó a reírse tontamente sin control.

Los círculos de Sam comenzaron a cerrarse y empezó a descender. Para cuando volvió a asentarse en el fondo y se detuvo, ella estaba increíblemente mareada y eufórica.

La puerta se abrió y salieron de la jaula.

—Eso fue una locura, Sam. Gracias. —Luchó por apartarse el pelo de los ojos mientras se bajaba de la moto.

Mirando a su alrededor mientras recuperaba la orientación, se dio cuenta de que el público empezaba a marcharse. ¿Dónde estaba Tenbrook?

Sam se bajó y desplegó el caballete con su bota de vaquero.

—Siempre has sacado mi lado salvaje, Miranda.

—Sí. Supongo que es mutuo. —¿Qué había de malo en eso?

Él dio un paso hacia ella.

—Quiero decirte algo, Miranda.

—¿Qué?

Ella levantó la vista, lo vio extender los brazos hacia ella, sintió cómo la rodeaban.

—Esto. —Presionó sus labios contra los de ella.

La pierna de ella se sacudió en el reflejo automático de una patada en la entrepierna, pero se contuvo a tiempo y se detuvo. No quería hacerle daño.

En vez de eso, dejó que los labios de él recorrieran su boca, inhaló el olor terrenal de su maquillaje y su sudor… y sintió la tentación. De repente, estaba de vuelta en Phoenix, diez años más joven. Salvaje y libre, sin ninguna preocupación en el mundo.

Pero ya no era esa persona.

Lo veía ahora. Más claro que nunca. Lo que fuera que una vez había sentido por Sam se desvaneció de repente en el aire como un acto de magia de un payaso. Ahora era una persona diferente. Por primera vez, verdaderamente dueña de sí misma. ¿Por qué no podía hacer que Sam lo viera? Tenía una nueva vida. Estaba casada. Era investigadora privada. Estaba en un caso. Su caso.

El caso.

Oh, Dios mío. Tenbrook.

Con el corazón martilleándole de pánico, se soltó del abrazo de Sam y miró furiosa por encima de su hombro.

Tenbrook se dirigía a la salida más lejana.

Maldición, pensó. Pero antes de que pudiera ir tras él, un grito agudo y familiar le taladró los oídos.

—¡Miranda!

Se dio la vuelta y vio a Parker marchando hacia ella, los faldones de su saco oscuro ondeando tras él mientras se movía.

Había fuego en sus ojos.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—Ahí estás —dijo Miranda, jugueteando con su cabello mientras soltaba una risa incómoda—. ¿Ese petrolero estaba interesado en invertir en nuestra firma?

Parker la miró con cautela, pero captó la treta sin dudar un segundo. —Lo está considerando. Mientras tanto, tenemos trabajo que hacer. Si nos disculpa, señor Keegan. —Extendió la mano para tomarla del brazo y llevársela.

—Buenas noches, Sam —le dijo por encima del hombro, esperando que captara la acusación en su voz.

Sam parecía tan desconcertado que ni siquiera respondió.

Mientras avanzaban por uno de los pasillos desiertos, ella se soltó del agarre de Parker, con el genio encendido.

—Ya basta, Parker —gruñó por lo bajo—. No hay razón para que estés tan molesto.

—¿Ah, no? —La furia contenida en su voz la hizo estremecerse.

Pero ella se mantuvo firme. —Estaba haciendo mi trabajo. Tenía que distraer a Tenbrook antes de que saliera de la carpa.

—¿Besando a Keegan?

Se detuvo en seco, extendió el brazo para detener su paso rápido y hacer que la mirara. —Haciendo el número de la motocicleta. Funcionó. De lo contrario, Tenbrook se habría ido. Te dio tiempo para regresar.

Su expresión era dura como el granito. Le partió el corazón en dos.

—¿Y besarlo fue una especie de bis?

Sintió que su cara se ponía roja como un tomate, una desordenada mezcla de ira y vergüenza. —Fue un accidente. No pude detenerlo antes de que él…

—¿No pudiste detenerlo?

Sacudió las manos en el aire con frustración. —No, no pude.

Su risa fue en parte de asco, en parte de dolor. —Eso, dicho por una mujer que usa regularmente sus habilidades en artes marciales para dejar a los hombres de culo en el suelo.

Se cruzó de brazos, apretando los dientes. ¿Por qué no la escuchaba? —No les hago eso a los clientes.

—Te he visto derribar a un cliente —replicó él sombríamente.

De acuerdo. Eso era cierto. Pero Sam era diferente. —Es un amigo. No sé qué hacer con él. No quiero lastimarlo.

—¿Amigo? Ese hombre es un donjuán. No es del tipo al que le importe mucho que estés casada. No entiendo por qué no lo ves.

Se le quedó mirando. ¿Eso era lo que pensaba de Sam? ¿Lo que había pensado todo el tiempo? De repente se sintió agotada. Y enojada. Y, sobre todo… decepcionada.

Las lágrimas comenzaron a asomar a sus ojos. ¿De dónde demonios salían?

De acuerdo, quizá no había manejado bien las cosas. Quizá había dejado que llegaran demasiado lejos. Quizá fue porque aún le quedaban algunos sentimientos por Sam. Pero esa noche, se había encargado de ellos. Estaban superados y liquidados. Entonces, ¿por qué era todo culpa suya? ¿Por qué Parker la había dejado ir a cenar con Sam? ¿Por qué se había quedado al margen como si esperara que ella metiera la pata?

Le enseñó los dientes. Si fuera un animal salvaje, podría hacerlo pedazos. —¿Si estás tan seguro de eso, Parker, por qué no haces algo al respecto?

Parker se le quedó mirando, se metió las manos en los bolsillos como si estuviera desconcertado. Una experiencia rara para él. —Estoy tratando de ser civilizado.

La estaba volviendo loca. —¿Eso es lo que crees? ¿Crees que quiero que seas civilizado?

Se dio la vuelta lentamente, de forma deliberada, con sus ojos gris oscuro ardiendo.

Parker apretó los dientes contra el dolor y la rabia que había estado conteniendo desde que habían llegado a ese pueblo. De repente, un muro de emociones estalló como una presa que se revienta.

Miranda tenía razón.

¿Por qué debía contenerse? ¿Por qué debía obligarse a ser un caballero, a ser cortés y educado cuando la mujer que amaba más allá de toda razón estaba en juego?

¿Por qué demonios debía ser civilizado?

Se dio la vuelta y caminó de regreso hacia la pista, con la furia aumentando a cada zancada.

Cuando llegó al lugar donde aún estaba la jaula del último número, fijó su mirada en el foco de su ira. El vaquero estaba agachado, atendiendo su maldita motocicleta. ¿Cómo se atrevía ese artista de feria a pensar que Miranda era tan voluble como para dejarse influenciar por un simple juguete?

—Keegan —dijo. Y su voz era tan oscura y estruendosa que lo sorprendió. Pero coincidía con lo que ardía dentro de él.

—¿Qué? —El hombre del sombrero de vaquero se giró para mirarlo, con una expresión defensiva en el rostro.

Parker no respondió. No le dio al hombre la oportunidad de decir una palabra más. Dio dos pasos rápidos, levantó un puño y con todas sus fuerzas le dio un puñetazo en seco directo en la mandíbula.

Keegan salió volando hacia atrás como un novillo enlazado, sin tocar la moto por poco, y aterrizó de culo en la tierra.

Se incorporó, frotándose la mandíbula y fulminó a Parker con la mirada.

—Si no quiere más de esto, de ahora en adelante mantenga sus manos lejos de mi esposa.

Con el corazón desbocado, Miranda trotó hacia los dos hombres, mientras la conmoción la invadía.

¿Qué demonios había hecho Parker? Quería estar furiosa con él. Quería gritar, chillar y tener un ataque de histeria allí mismo, delante

de todo el equipo.

Pero no podía.

No con esa emoción temblorosa que le excitaba las entrañas. No con esa sensación salvaje que se sentía como una especie de victoria corriendo por su corazón más rápido que esas motocicletas en la jaula. Y además, sonreía tan ampliamente que pensó que su cara podría partirse en cualquier momento.

Pero el momento no duró mucho.

El sonido de unas pisadas fuertes la sacó de su aturdimiento.

Alguien corría hacia ellos. Uno de los motociclistas, todavía vestido con su chaleco morado de flecos y su sombrero de vaquero. Miranda reconoció la complexión y el rostro juvenil.

Era Danny Ackerman. El amigo de Sam.

—¡Keegan! —gritó, y luego frunció el ceño al ver a Sam en el suelo—. Levántate. Tienes que venir rápido.

Sam se puso en pie a duras penas, acunando su mandíbula. —¿Qué pasa?

Danny fulminó a su amigo con la mirada, con el pecho agitado. Había terror en su rostro mientras luchaba por balbucear las palabras.

Hizo un gesto con la mano hacia la salida. —Estaba justo al final del pasillo. Cerca de la casa de Harvey. Pensé en pasar y decirle que lo hizo bien esta noche. Y yo… pero yo… oh, Dios. —Se tapó los ojos con las manos.

Sam lo agarró. —¿Qué pasa, Danny? ¿Qué sucede?

—Es Harvey. Oh, Dios.

—¿Qué pasa con Harvey?

El estómago de Miranda comenzó a contraerse mientras veía al hombre empezar a llorar de verdad.

Con el pecho agitado, Danny negó con la cabeza. —Tienen que venir. Todos ustedes. Todos tienen que ir para allá ahora. Harvey está… oh, Dios, Sam… Harvey está muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Miranda salió corriendo de la carpa y fue por el sendero hasta la casa rodante de Harvey Hackett tan rápido como pudo. Apenas se dio cuenta de que Sam y Danny estaban justo detrás de ella, pero lo único que le importaba era llegar. Y que Parker estuviera a su lado.

Llegó al lugar en pocos minutos y encontró todas las luces encendidas. Varios artistas, todavía con sus disfraces, estaban parados como si no supieran qué hacer.

—¿Alguien ha entrado? —les espetó Miranda cuando llegó al sendero donde había conocido al viejo payaso, desesperada al pensar que ahora sería imposible conseguir pruebas de la escena del crimen.

El grupo se miró y negó con la cabeza.

—Llamé al 911 en cuanto lo encontré —ofreció Danny—. Luego corrí a avisarte.

—Está bien. —Bajó la voz y se volteó hacia Parker—. ¿Tienes más de esos…?

Pero Parker ya había sacado dos pares de guantes de su escondite secreto y le estaba ofreciendo uno.

Ella lo tomó, observando su hermoso rostro. Su expresión era seria y sombría. Parecía más fuerte, más audaz, más sabio que nunca. El corazón se le llenó de emoción por él. No era el momento ni el lugar para ponerse sentimental y, sin embargo, era en una situación como esta cuando se sentía más conectada con él.

Ahora más que nunca.

Volviendo su atención al trabajo, se puso los guantes, se abrió paso entre la multitud y entró en la casa rodante.

Lo primero que la golpeó fue el olor a alcohol. A vino, en particular.

Luego, la suave música de circo que salía de los altavoces del televisor. Una vez más, la imagen de Layla parpadeaba en la pantalla grande. Y finalmente, el olor penetrante que se mezclaba en el aire con el del vino.

El desagradable olor de la muerte reciente.

Harvey estaba desplomado en su sillón reclinable destartalado, con una botella abierta a su lado.

Cruzó la habitación y le puso dos dedos enguantados en el cuello.

—No tiene pulso.

—Mira la etiqueta de la botella. —La voz de Parker sonaba aún más sombría que su expresión.

Ella ladeó la cabeza para ver el costado de la botella de vino.

—Barefoot Merlot. Demasiado conveniente.

—Demasiada coincidencia.

—Apuesto mi sueldo a que el laboratorio de Underwood va a encontrar cianuro en esa botella de vino.

—Y en Harvey.

—Sí. —Soltó un suspiro—. Pobre viejo payaso.

Se volteó hacia el televisor y se quedó mirando a la hermosa acróbata aérea que se envolvía en sus hebras de seda. Todo parecía indicar que Harvey se había sentido abrumado por la culpa de haber matado a Tupper. Que lo había hecho por su enamoramiento incontrolable por Layla.

Sam y Danny iban a ser sometidos a un tercer grado por la policía, pero lo más probable era que los policías lo declararan un suicidio.

Su instinto le decía que se equivocarían. Harvey no parecía estar contemplando suicidarse cuando hablaron con él en la comisaría esa mañana.

Para ella, la escena gritaba: «¡Montaje!».

—¿Miranda?

Casi saltó al oír la voz de Sam. Con el ceño fruncido, miró por encima del hombro y lo encontró parado en la entrada de la casa

rodante.

—Sal de aquí, Sam —le espetó.

Él la ignoró y entró.

—Danny me dijo que había una botella… ahí está. Oh, Dios mío. Harvey. —Se le quebró la voz por la emoción.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, lo que hizo que su rostro fuera aún más intenso que su maquillaje. Todavía llevaba su brillante disfraz de vaquero de su acto.

—No entres aquí, Sam. No toques nada.

Él levantó las manos a la defensiva.

—No, no lo haré. No iba a hacerlo. Es solo que… —Se tomó un minuto para calmarse—. Es solo que vi a Harvey justo antes del espectáculo. Me dijo que después de todo lo que había pasado, había terminado con la bebida. Estaba llevando sus botellas de vino al contenedor de basura.

Eso era interesante.

—Tienes que decirle eso a la policía cuando llegue.

—De acuerdo.

Mientras tanto, ella tenía un sospechoso en mente.

Miró a Parker y observó cómo su mandíbula se tensaba de ira. Él le hizo un breve asentimiento. Tenían que mantener a su cliente ocupado.

—Sam —dijo ella, ahora con voz más suave—, ¿crees que tú y Danny pueden mantener a todos fuera de la casa rodante hasta que llegue la policía?

Él la miró parpadeando, desconcertado.

—Claro. ¿Qué vas a hacer?

—Un mandado rápido.

Y sin más explicaciones, pasó a su lado, con Parker a su lado, y salió por la puerta.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Tomaron el camino de atrás, zigzagueando entre las camionetas, los autos y los remolques más pequeños esparcidos por la fila contigua, y Miranda pudo ver lo fácil que sería escabullirse por el lugar sin ser visto, incluso cuando había mucha gente afuera.

El asesino debía de conocer cada rincón del terreno.

Después de unos minutos, llegaron a la casa rodante de los Vargas.

Miranda dobló la esquina a toda prisa y encontró la mesa de pícnic bajo el toldo tal como había estado el otro día, solo que sin ropa tendida, sin niños y sin padres.

—Su camioneta no está —observó.

Parker se acercó a grandes zancadas a una de las ventanas. —Las luces de la casa rodante están apagadas.

Miranda se quedó mirando el sendero de hierba que habían cruzado su primer día allí. —Yuri pudo haber llevado a la familia a cenar —dijo, aunque no lo creía.

Se dio la vuelta al oír el golpe seco de Parker en la puerta y lo vio en lo alto de los escalones de la entrada.

Como nadie respondió, giró el pomo. Menos mal que ambos todavía llevaban los guantes puestos.

—Está sin seguro —le dijo.

—No hay tiempo para modales ni para el protocolo policial. Veamos si hay alguien adentro.

Subió la escalinata y entró mientras él encendía la luz.

Era, sin duda, la vivienda de una familia. Dibujos de niños en el refrigerador, un sofá grande y gastado contra la pared de la sala con

los cojines desacomodados, juguetes esparcidos por la alfombra.

Sin decir palabra, Parker desapareció por una pequeña abertura al fondo. Miranda lo siguió y encontró un dormitorio estrecho y angosto decorado con un estilo adulto. Los padres dormían allí.

Parker ya estaba en el armario. —Solo hay unas pocas cosas aquí además de disfraces.

—¿Hay maletas? —preguntó ella.

—Ninguna.

Miranda vio un pañuelo de papel manchado de maquillaje sobre un pequeño tocador empotrado en la pared. —Parece que se quitaron el maquillaje y se largaron.

Echó un vistazo rápido al compartimiento debajo de la cama, pero estaba vacío.

—Esto se parece mucho a lo de Layla. Como si hubieran hecho las maletas y se hubieran esfumado.

Parker asintió, su rostro era un poema de inquietud.

Miranda volvió a la sala, rascándose el pelo. —¿Adónde pudieron haberse ido?

—¿Y por qué?

Ella le frunció el ceño. ¿Acaso no era obvio el porqué? Habían tendido una trampa a Harvey para culparlo de la muerte de Tupper, matándolo a él también. Pero escapar ahora los hacía parecer culpables. Quizás les entró el pánico.

Entró pesadamente en la cocina y echó un vistazo. Los platos estaban guardados, el trapo de cocina que colgaba de un pomo estaba seco. Un alegre tazón azul con margaritas blancas reposaba en el centro de una diminuta mesa.

Buscó en los gabinetes y encontró harina, galletas, papitas y muchas cajas de cereales azucarados para el desayuno. Cerró la última puerta, lista para darse por vencida cuando vio algo en la encimera.

Lo miró fijamente.

Era un bloc de notas adhesivas amarillas, casi sin usar. Pero había una marca en la hoja de encima. —Oye, mira esto, Parker.

Él rodeó la encimera y vio lo mismo que ella.

—¿Cuál era ese truco que te vi hacer una vez?

—¿Con el lápiz?

—Sí.

Él buscó en algunos cajones y encontró un lápiz junto a utensilios de cocina y un par de destornilladores. —Sombreas suavemente el papel con el costado de la punta.

Ella le arrebató el lápiz de la mano. —Déjame intentar.

—No presiones demasiado o perderás la marca.

—Entendido.

Sujetó el bloc con una mano y pasó suavemente el lápiz sobre el papel. Le llevó un rato. Demasiado para su gusto, pero al fin empezaron a aparecer unas letras difusas.

Tomó el bloc y lo sostuvo bajo la luz de la cocina, entrecerrando los ojos. —¿Parece una dirección? Un hotel. ¿Y un número de habitación? Ciento veinticuatro. Green Valley Inn. Norman, ¿Oklahoma?

Parker ya estaba ocupado buscándolo en Google en su teléfono. —Es un hotel en las afueras de Oklahoma City. A unas tres horas en auto desde aquí.

Los Vargas se estaban dando a la fuga, vaya que sí. La familia entera.

Miró su reloj. —El acto de Yuri era a mitad del espectáculo. Si se fueron justo después de eso, llevan al menos una hora de ventaja.

—Entonces no hay tiempo que perder.

Salieron rápidamente por la puerta y corrieron hacia el auto de alquiler, esquivando por poco a la policía, que acababa de llegar a la casa rodante de Harvey.

Se subieron de un salto, y el motor rugió cuando Parker salió y se dirigió a la carretera principal.

Miranda se giró para mirar por la ventanilla trasera. —No hay policías —le dijo con un profundo suspiro de alivio.

Pero mientras pasaban un semáforo a toda velocidad y entraban en la rampa de la autopista, tuvo el mal presentimiento de que ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Pasaron a toda velocidad por el luminoso centro de Dallas, dejaron atrás su hotel y el mirador en forma de esfera que había en el cielo, y dieron la vuelta hacia la I-35, en dirección oeste y luego hacia el norte.

Mientras corría junto a un enorme tráiler de dieciocho ruedas, Parker se buscó en el bolsillo. Le entregó su celular a Miranda.

—Échale un vistazo.

—¿A qué? —dijo ella, tomándolo—. Ya me habías dicho lo que googleaste sobre nuestro destino.

—Las fotos.

Ella se enderezó.

—¿De tu pequeña excursión a la oficina de Tenbrook de antes?

Él asintió.

Ni siquiera habían tenido tiempo para que le contara los resultados. Quizá lo habrían tenido si ella no hubiera dejado que Sam… No quería pensar en eso ahora.

Pulsó los íconos del teléfono de Parker hasta que apareció algo y entrecerró los ojos para ver la imagen. Era una copia de una tarjeta de autorización de empleo. Tenía todos los datos pertinentes. Sexo. Fecha de nacimiento. País, indicado como Bulgaria.

Leyó en voz alta el nombre y el apellido.

—Yuri Dolgorukiy Varga.

—Yuri Dolgorukiy fue el fundador de Moscú —dijo Parker.

—¿Ah, sí? —Quizá el viejo Yuri tenía sangre real, pensó ella, estudiando la borrosa foto de sus pobladas cejas negras y su cabeza calva y llena de cicatrices. Las fechas de la tarjeta eran del año en curso. Sam no había dicho cuándo tuvo Yuri el accidente que le causó esas cicatrices.

—Sin embargo —continuó Parker—, el segundo nombre no sigue la forma patronímica eslava típica.

Ella arrugó la nariz.

—¿Eh?

—Debería ser el nombre de pila del padre seguido del sufijo «ovich».

Miranda enarcó una ceja, asombrada por la base de conocimientos de Parker.

—¿Dónde encontraste esta tarjeta?

—En un cajón con llave en un costado del escritorio de Tenbrook.

No le preguntó cómo había logrado abrir el cajón. O cómo había hecho para que pareciera que no lo habían forzado antes de irse. Parker sabía cómo cubrir sus huellas.

—Hay más.

Deslizó el dedo hacia la siguiente foto. Esta era de la pequeña Dashia, de cabello castaño. Se veía asustada y apocada, tal como cuando Miranda la interrogó junto a su tráiler.

Su nombre aparecía simplemente como Dashia Varga. Su país también era Bulgaria. Su fecha de nacimiento era exactamente un año después de la de Yuri. Miranda habría pensado que era un poco mayor, con dos hijos. Y que su marido era mayor que eso. Pero la fecha de nacimiento de Yuri lo situaba en veintitrés años. La de Dashia, en veintidós.

Yuri parecía diez años mayor que su esposa. Supuso que salir disparado de un cañón todo el tiempo te envejecía. Pero había algo más que la molestaba.

—Algo no cuadra con estas tarjetas —dijo.

—Sí. —Parker tocó el teléfono—. Mira la siguiente foto.

Deslizó el dedo hacia la siguiente imagen, aumentó el tamaño de la foto y entrecerró los ojos para ver la esquina del reverso de la tarjeta de Dashia. Parpadeó al ver el número de formulario, esperando estar recordando mal lo que había estudiado el año anterior.

—Ese número no me parece correcto.

—Buena observación. Debería decir I-766.

—Pero dice I-736 —sentenció Miranda.

—Es un error común de los falsificadores pasar por alto el número.

Volteó la cabeza lentamente para mirarlo.

—¿Crees que Tenbrook falsificó estos documentos?

—Creo que alguien lo hizo. Pasa a la siguiente.

Con la cabeza empezando a darle vueltas, lo hizo. Y se llevó una sorpresa aún mayor.

Había una tercera tarjeta EAD. El bonito rostro de Layla la miraba fijamente. No sonreía en esa foto como en todas las demás imágenes que Miranda había visto de ella. Se veía triste y asustada.

Y entonces la mirada de Miranda se posó en el nombre y su corazón casi se detuvo. ¿Estaba viendo bien las letras? *Layla Varga*.

—¿Varga? ¿Layla es pariente de Yuri?

—Eso dice su tarjeta EAD.

¿Qué diablos significaba eso? ¿Era algún tipo de encubrimiento? ¿De qué? ¿Acaso ella y Parker se habían topado con una red criminal de Europa del Este?

Miranda se apretó la palma de la mano contra la frente, sintiéndose un poco mareada. Este caso se volvía más extraño por momentos.

La voz de Parker sonó suave en sus oídos.

—Pasa a la siguiente.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Hay más?

Él no respondió, así que ella simplemente deslizó el dedo una vez más. Esta vez, la foto mostraba una lista de nombres con números al lado. Había empresas. Reconoció algunos de los nombres. Grandes compañías petroleras y tecnológicas con sede en Dallas.

Pensó en la multitud que había venido a ver el ensayo general esa noche por invitación.

—¿Qué son estos? ¿Los patrocinadores de Tenbrook?

—Eso parecen ser. Junto con los registros de sus donaciones.

Movió el dedo de un lado a otro para ver quién daba qué, sintiendo que se estaba entrometiendo en algo que no debía. La mayoría eran buenas cantidades de dinero, pero probablemente no

lo suficiente como para financiar la operación como la que había visto esa noche por mucho tiempo.

Luego deslizó la foto hacia abajo y vio una cifra enorme. Soltó un silbido bajo.

—Este es el mecenas de Tenbrook.

—Por así decirlo. Su mayor patrocinador, con diferencia.

—¿Alguien sin el cual no tendría su espectáculo?

—Así parece. Los ingresos por la venta de entradas son buenos, pero no suficientes para mantener toda la operación.

—¿Ni siquiera con los otros patrocinadores?

—No, en mi opinión.

Y Parker sabía cómo dirigir un negocio rentable. Lo había estado haciendo durante años antes de que ella lo conociera.

Se desplazó hacia el otro lado del documento y entrecerró los ojos para ver el nombre del mecenas.

—¿GenaPulse? No reconozco la empresa.

—Yo tampoco la había oído nunca.

No había tenido tiempo de investigarlo, pero con sus antecedentes familiares, Parker era una enciclopedia andante de nombres de empresas.

—¿Es una especie de fachada?

—Quizá.

Pensó en Yuri, Dashia y Layla y sus tarjetas EAD manipuladas. Su mente trabajaba a toda velocidad. —¿La mafia rusa?

—Hay algún que otro agente de la CIA que utiliza un trabajo en el circo como tapadera. Pero no suelen ser artistas.

Claro. Demasiada atención si intentas pasar desapercibido. La mafia querría la exposición aún menos. Estaba dando palos de ciego.

—Entonces, ¿qué están encubriendo?

—Eso está por determinarse —dijo Parker, con la mirada fija en la carretera.

Miranda volvió a deslizar el dedo hasta la foto de Layla y su triste rostro. Un escalofrío la recorrió. Un viento helado le subió por los brazos e hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Había sentido esa sensación antes. Sabía lo que significaba.

Fuera lo que fuera hacia lo que se dirigían, no sería nada bueno.

Una bocina sonó detrás de ella y Miranda se giró para mirar con cara de pocos amigos por la ventanilla trasera, con el corazón martilleándole en el pecho.

—¿La policía? —dijo Parker, levantando el pie del acelerador.

La bocina volvió a sonar y Miranda vio un brazo salir por la ventanilla del conductor. La mano unida al brazo sostenía un sombrero de vaquero y lo agitaba frenéticamente para que se detuvieran.

Entonces vislumbró la parrilla oxidada de la camioneta rojo cereza con la luz trasera.

Por el amor de Dios. Gimió en voz alta.

—Tenemos que hacernos a un lado, Parker. Es Sam.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Miranda cerró de un portazo el auto de alquiler y caminó a zancadas hacia Sam mientras este salía de su camioneta destartalada.

Con la sangre hirviéndole y el cabello agitado por la ráfaga de los tráileres y las camionetas que pasaban a toda velocidad, inhaló los gases de sus escapes y lo fulminó con la mirada.

Quería empujarlo hacia el tráfico.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Sam? —le espetó—. ¿Por qué nos seguiste?

Él rodeó la parrilla de la camioneta; su figura larguirucha se recortaba contra los faros. Se puso el sombrero y se apoyó en el guardabarros delantero. Con los brazos cruzados, le devolvió la mirada con un aire de desafío beligerante. Miranda pudo ver que tenía la mandíbula oscura e hinchada donde Parker lo había golpeado.

—Es un país libre, ¿o no? —dijo con sorna, lanzando una dura mirada en dirección a Parker—. Lo que quiero saber es a dónde van ustedes dos.

—Se suponía que estabas hablando con la policía.

Sam soltó un siseo. Se había quitado el chaleco de lentejuelas, pero aún llevaba su disfraz de circo, aunque el maquillaje ya casi se le había borrado.

Se quitó de nuevo el sombrero y se pasó una mano por el cabello rubio. —Justo después de que la policía llegó y empezó a registrar la casa de Harvey, recibí una llamada. Me escabullí para contestar.

A pesar del calor polvoriento, unos dedos helados recorrieron la espalda de Miranda. —¿Una llamada de quién?

—De Layla.

Ella dio un paso atrás. Por un momento sintió que no podía respirar. —¿Layla?

La expresión de Sam se volvió seria. —Quiere mi ayuda. Está en problemas.

Eso era quedarse corto.

Miranda miró a Parker. Él negó ligeramente con la cabeza.

Ella estuvo de acuerdo. No era buena idea decirle a Sam que iban tras los Vargas. Al menos, no todavía. Su mirada se desvió hacia la ventanilla trasera de la camioneta de Sam. Con los faros de los vehículos que venían en sentido contrario, distinguió la silueta de un armero. No estaba vacío.

Se le oprimió el estómago. —¿Para qué es el rifle?

—Como dije, Layla está en problemas. Por estos lares, un hombre defiende a una mujer en apuros.

Santo cielo. Era lo último que necesitaban ahora. Un tiroteo al estilo del O.K. Corral. —¿Siquiera sabes cómo usar esa cosa?

Él frunció el labio. —Por favor.

Parker dio un paso al frente. Hacía todo lo posible por parecer tranquilo, pero Miranda veía que por dentro estaba que echaba humo. —Señor Keegan, es muy imprudente irrumpir en una situación desconocida como un… maldito vaquero.

Los ojos verdes de Sam centellearon. —Señor Parker —espetó, con el acento cargado de sarcasmo—. Conozco a Layla y sé cómo cuidarme solo. Y no necesito su permiso para hacerlo.

Esto podía ponerse feo muy rápido.

Miranda le puso una mano en el brazo a Sam para calmarlo. —Sam, no sabemos qué papel tuvo Layla en la muerte de Tupper. Ni en nada de esto. Tienes que dejarnos hablar con ella primero.

Él la apartó de un empujón. —¿Para qué? ¿Para que puedan acusarla de asesinato?

—Para que podamos averiguar de qué está huyendo.

—No los necesito a ustedes para averiguar eso. Ella misma me lo dirá. ¿Es ahí a donde van? ¿Cómo supieron dónde está?

Una vez más, Miranda miró a Parker. Ninguno de los dos dijo nada.

—¿No me lo van a decir? Pues qué bien, y se supone que trabajan para mí. Al diablo, los despido. —Comenzó a darse la vuelta hacia la camioneta.

Miranda lo tomó del brazo, con el genio encendido. —Sam, ¿estás confabulado con los Vargas?

Él se giró de nuevo. —¿Qué?

—Me oíste.

—¿Los Vargas? ¿De qué diablos estás hablando, Miranda?

Ella gruñó con frustración y vio una mirada amenazante en los ojos de Parker. —¿A dónde vas exactamente?

—No es asunto tuyo.

—Podemos rastrearte, Sam —le advirtió Miranda.

—¿Como un par de malditos espías?

—No, como los investigadores privados que somos. ¿Qué querías realmente de nosotros, Sam? ¿De mí? ¿Descubrir quién mató a tu amigo Tupper? ¿O encontrar a Layla?

—Quería ambas cosas.

—Entonces deberíamos estar del mismo lado. ¿Dónde está ella, Sam?

Con la mandíbula apretada, se quedó mirando su sombrero durante un largo momento. Ella pudo ver que lo estaba pensando, dándose cuenta de que podría estar metido en un lío que lo superaba. Y que de verdad necesitaba su ayuda.

Se le hundieron los hombros al ceder. —Está en un hotel cerca de Oklahoma City. Hacia allá me dirijo.

—¿El Green Valley Inn?

Una vez más, sus ojos brillaron. —¿Cómo supiste eso?

—Eso no es lo importante. Lo importante es que los Vargas también van para allá.

Él la miró como si fuera vidente y sacudió la cabeza. —No entiendo por qué irían para allá.

—¿Qué tan bien conocían a Layla? ¿De verdad?

Agitó el sombrero en el aire. —Igual que todos. Pasaban el rato por ahí. Supongo que Layla y Dashia hablaban a veces. Eran solo

cosas de chicas. Ya sabes. —Miró a Miranda fijamente, luego a Parker. Lo que ella había estado tratando de decirle finalmente comenzó a calar. —¿Qué estás pensando? ¿Crees que Yuri planeó el asesinato de Tupper? —Se le quebró la voz al decirlo.

—No sabemos qué pensar.

—No sabemos con qué tipo de situación nos vamos a encontrar, Sam —dijo Parker en voz baja con un tono casi paternal. Respiró hondo y Miranda supo que le costaría pronunciar las siguientes palabras—. Pero sería prudente si entráramos juntos.

Sam parpadeó con fuerza, mirando a Parker como si hubiera aparecido de repente de la nada, desde detrás de la capa de un mago. Cinco o seis autos pasaron zumbando.

Finalmente, asintió lentamente. —De acuerdo. Ustedes saben lo que hacen. Supongo que a estas alturas ya me convencieron de eso.

«Gracias por el voto de confianza», pensó Miranda.

—Iremos juntos. Aunque no puedo creer que Yuri… —La voz de Sam se apagó. Su expresión le dijo que finalmente comprendía que quizá no podía confiar en las personas que creía que eran sus amigos.

Miró por encima del hombro hacia la camioneta y apretó la mandíbula. —¿Necesitan potencia de fuego? No creo que hayan traído nada en el avión.

Miranda enarcó las cejas. —¿Qué trajiste contigo?

—Solo mi escopeta calibre doce y un par de veintidós. —Caminó hacia el lado del pasajero de la camioneta, abrió la puerta y luego la guantera.

Miranda se asomó y vio dos pistolas Taurus dentro del compartimento. Una con cacha de nácar, la otra con una veta de madera. Sam estaba armado hasta los dientes. ¿Qué demonios esperaba encontrar cuando llegara con Layla?

—¿Usted qué opina? —le dijo a Parker.

Él le hizo un breve gesto de asentimiento.

Ella tomó la de nácar y le dejó a él la de madera.

—Déjenme ir adelante —les dijo Sam mientras volvía a subir a la *pickup*—. Sé dónde se pone la patrulla.

—Muy bien.

Sin hablar, Miranda y Parker volvieron al sedán. «Había llegado el momento», pensó ella, mientras Parker esperaba que Sam diera la vuelta y luego pisaba el acelerador.

Mientras se lanzaban a toda velocidad en la noche, en dirección a la frontera de Oklahoma, se preguntó quién resultaría ser exactamente la misteriosa Layla.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Salió de la ducha, se secó y se dejó caer desnudo sobre la cama.

Estaba agotado hasta los huesos. Desgastado por todos los terribles acontecimientos que ocurrían a su alrededor. ¿Cómo era posible que todo se hubiera salido tanto de control?

Ya no tenía el control. Ese era el problema. Nunca debió haber aceptado este plan. Nunca debió haber seguido adelante con él. Nunca debió haber permitido… —antes de que pudiera terminar el pensamiento, sonó su celular.

Dios santo. ¿Y ahora qué? Lo agarró de la mesita de noche. —¿Qué quiere? —siseó con rabia mientras se dejaba caer de nuevo en el colchón.

Hubo una pausa y luego la voz baja y familiar. —¿La ha encontrado?

Frunció el ceño mirando al techo. —Todavía no. Lo estoy intentando.

—No se está esforzando lo suficiente. —La voz tenía un dejo de burla. Igual que cuando eran niños.

—Hago lo que puedo. Déjeme en paz. Tengo mis propios problemas. —Empezó a colgar.

—¿Y qué hay de los detectives?

Gimió para sus adentros, deseando no habérselos mencionado nunca a ella. Pero había tenido que hacerlo. Demostraba que estaba tomando alguna medida. —¿Qué pasa con ellos?

—¿Tengo que explicárselo con lujo de detalles? ¿Qué avances han logrado?

—Creo que están cerca. —No lo sabía, pero sonaba bien.

—La queremos en cuanto la encuentren.

—Entendido. —Por supuesto que la querían. Una parte de él esperaba que no la encontraran. Pero otra parte no. Solo quería que todo aquello terminara.

Hubo una larga pausa antes de que la voz hablara de nuevo. —¿Y qué hará con los detectives?

Se puso rígido. —¿Qué quiere decir con «qué haré con ellos»?

—Usted sabe perfectamente a qué me refiero.

Sí, lo sabía. Igual que lo supo las otras dos veces. Quería mandarla al diablo. Odiaba que lo manipularan así. Odiaba que lo forzaran a hacer cosas que podían llevarlo a la cárcel o algo peor. Pero le habían prometido protección.

—Necesitaré su ayuda con eso —dijo.

—No podemos enviarle más pastillas. Es demasiado arriesgado.

¿Cómo si no lo fuera ya? O quizás solo era arriesgado para ellos. Pero no tenía opción. Estaba metido hasta el cuello. Entonces, ¿qué podía hacer esta vez? Miró alrededor de la habitación y su vista se posó en su clóset. Pensó en la escopeta Mossberg que guardaba allí. No la había usado en años. Pero había sido un buen tirador. Serviría. Y se estaba volviendo bastante bueno en montar una escena.

—Yo me encargaré de ellos —dijo al teléfono.

—Hágalo ahora. Esta noche.

En silencio, le gruñó al teléfono, enseñando los dientes. No soportaba que lo mangonearan así. —Dije que me encargaría de ellos.

—Asegúrese de hacerlo.

—¿Acaso no hago siempre lo que me ordenan? —Cortó, más irritado que nunca con la situación. Era una rata atrapada en un maldito laberinto.

A pesar de su rabia, bostezó. Estaba muerto de cansancio. Apenas había dormido desde que todo este asunto empezó, y había sido un día largo.

Tenía que descansar un poco. Solo un poco. Dormiría un par de horas y luego localizaría a los detectives. Para entonces tendrían que haber encontrado a Layla, e incluso si no lo hubieran hecho, sabían demasiado. Haría lo que le habían ordenado. Se encargaría del

asunto. Tal como lo había prometido. Esperaba que eso los satisficiera. Con un poco de suerte, todo el maldito asunto estaría resuelto por la mañana.

Con la mente ya bullendo con un plan para llevar a cabo su nueva tarea, se dio la vuelta y empezó a roncar.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Eran casi la una de la madrugada y el cielo nocturno y despejado titilaba de estrellas cuando Parker salió de la autopista y se adentró en las calles secundarias hacia el Green Valley Inn, con las luces traseras de la camioneta de Sam marcando el camino.

Miranda examinó el establecimiento.

El lugar era como mil hoteles más en mil pueblos más de todo el país. Una larga estructura de ladrillo de dos pisos con arcos encalados a lo largo de los pasillos que bordeaban el edificio. Hileras de arbustos bien cuidados completaban la apariencia rústica.

El letrero de «vacantes» estaba encendido y no había muchos vehículos en el estacionamiento. No se veían huéspedes deambulando. Probablemente era lo mejor.

A través de las puertas de cristal de la recepción pudo ver un conjunto de sofás y sillas nada despreciables, esparcidos por un espacio bien iluminado. Detrás de un amplio mostrador, un recepcionista estaba sentado leyendo una revista. Parecía profundamente aburrido.

No era un cuchitril, pero definitivamente no era el Ritz.

Mientras los dos vehículos rodeaban el edificio y la habitación ciento veinticuatro quedó a la vista, Miranda vio la camioneta de los Varga a dos puertas de distancia. Se le revolvió el estómago.

Sam ocupó el lugar frente a la habitación. Parker se estacionó a dos espacios de él.

La banda estaba completa.

Abrió la guantera y sacó las pistolas que Sam les había dado. Le entregó una a Parker, esperando que no tuvieran que usarlas.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó él, dándole un tierno apretón en la mano después de tomar el arma.

Su contacto la hizo anhelar el consuelo de sus brazos. Esperaba que él tuviera algunas ideas sobre cómo manejar la situación.

Pero no, se suponía que ella estaba a cargo.

Lo pensó un momento. —Deberíamos dejar que Sam entre primero. Layla lo conoce —confiaba en que no hubiera un derramamiento de sangre.

Sam debió de tener la misma idea. Ya se estaba bajando de su camioneta, dejando su rifle atrás. Era de los que confían.

Parker soltó un murmullo bajo que sonó como un gruñido. —Como de costumbre, no espera instrucciones.

Adiós a su plan. Miranda alargó la mano hacia la manija de su puerta. —Será mejor que vayamos. Por si necesita refuerzos.

—De acuerdo.

Saltó del auto de alquiler, pero antes de que llegara a la acera, la puerta de la ciento veinticuatro se abrió y apareció Layla.

En la penumbra, Miranda apenas podía distinguir su figura, pero vio claramente cuando la joven rodeó el cuello de Sam con los brazos y lo metió en la habitación.

—No parece que esté en peligro —le susurró a Parker.

—Desde aquí no. Toquemos y averigüemos.

—Buena idea.

Miranda se adelantó a Parker y llegó primero a la puerta. Le dio tres golpes secos, como de policía.

Dentro hubo un momento de movimiento y la puerta se abrió.

La imponente figura del hombre bala, vestido completamente de negro, se paró frente a ella mientras cruzaba sus brazos como jamones sobre su gran pecho. —¿Qué quieren? —Sonaba como un espía ruso.

—Están conmigo, Yuri —oyó decir a Sam desde adentro.

Pero no iba a dejar que este bravucón se saliera con la suya. Sacó su Taurus y le apuntó al pecho. —¡Manos arriba, Varga! ¡Entre a la habitación!

Dos gritos de mujer vinieron del interior.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sam.

El rostro de Yuri pasó de la defensa al asombro, pero levantó las manos y retrocedió.

Miranda lo siguió con Parker justo detrás de ella. Él también había sacado su arma. Cuando todos estuvieron dentro, él cerró la puerta sin mirar atrás, usando el pie.

Dashia y Layla se sentaron en la única cama, abrazándose, con el terror en sus rostros. Sam estaba de pie cerca de la puerta del baño, con aspecto furioso. Yuri la miraba con cautela mientras retrocedía hacia uno de los cuadros baratos de la pared, con sus grandes manos sobre su cabeza calva, cubriendo a medias la larga cicatriz que la coronaba.

Miranda ya había tenido suficiente. Había terminado de andarse con payasadas. —Díganos por qué mató a Tupper Magnuson y a Harvey Hackett, Yuri —ladró.

—¡Él no los mató! —chilló Dashia.

—Yo me encargo de esto, mi amor —le dijo Yuri con dulzura—. ¿Por eso están ustedes dos aquí? ¿Van a llevarnos de vuelta al circo?

—¡De eso nada! —dijo Sam.

Miranda se obligó a no dejar que Sam la distrajera. Podría tener un asesino allí.

Y sin embargo… él no había dicho «¿Van a arrestarnos?» o «¿Van a entregarnos a la policía?». Había dicho: «¿Van a llevarnos de vuelta al circo?».

—¿De qué tienen tanto miedo en el circo? —preguntó ella.

—¿No es obvio? —la voz de Dashia era histérica—. Ellos mataron a Tupper. Ellos mataron a Harvey. Ahora nos matarán a nosotros.

—¿Cómo sabemos que no fueron ustedes dos?

Sam empezó a dar un paso hacia ella y luego lo pensó mejor. —Por el amor de Dios, Miranda. ¿Perdiste la cabeza? Yuri no podría hacerle daño ni a una mosca.

—Es lo suficientemente grande como para hacerle daño a varias moscas —y para matar a varios hombres.

Pero si lo hubiera hecho, lo haría con sus propias manos o con un arma. Quizás en un ataque de ira si fuera del tipo volátil. Al igual que Sam, no le parecía el tipo de persona que planearía un asesinato meticuloso con cianuro.

Aun así, Miranda mantuvo sus ojos en el hombre bala. No podía arriesgarse. No con tanta gente en esa pequeña habitación. Solo haría falta un paso en falso para que las cosas se salieran de control por completo.

—Estoy esperando una explicación —dijo Miranda de nuevo, sus palabras saliendo como martillazos.

Hubo un largo silencio y luego habló una sola voz. Suave, musical, cargada de un acento exótico, la voz temblaba con un trasfondo de pavor.

—Yo puedo explicarlo —era Layla. Se llevó las manos a la cara—. Todo esto es por mi culpa. Por favor, no les hagan daño. No podría soportar que alguien más muriera.

Ante sus palabras, Miranda se ablandó.

—¿Ustedes son los detectives que Sam contrató? —preguntó Layla con dulzura.

Miranda miró a Parker. Él le dirigió una mirada que le aseguró que estaba haciendo lo correcto. Y que él podría encargarse de Yuri si ella se equivocaba.

—Sí —entrecerró los ojos hacia el hombre bala, pero lentamente bajó su arma y la metió en la cinturilla de su pantalón, en la parte baja de su espalda.

Parker bajó la suya también, pero la mantuvo a su lado.

Respiró hondo y se giró para mirar a las mujeres en el extremo de la cama.

—De acuerdo —le dijo a Layla—. A ver, dinos qué tienes que decir.

CAPÍTULO CUARENTA

Miranda observó a la joven artista aérea ordenar sus pensamientos mientras se miraba los pies descalzos y las uñas pintadas de verde azulado.

Llevaba unos jeans oscuros y un sencillo top gris tipo halter con un escote discreto. Su cabello rubio, recogido con una simple cinta oscura, estaba aplastado contra su cabeza. Su piel se veía pálida, sus ojos sombríos y cansados, como si no hubiera dormido en varios días.

Probablemente no lo había hecho.

Tomó una respiración profunda y comenzó a hablar. —Hace tres días, fui a la casa rodante de Tupper. Fue justo después de la función de la noche. La actuación había salido especialmente bien y quería celebrarlo con él.

—Usted había estado peleando con él —dijo Miranda con sequedad.

Ella la miró, con los ojos muy abiertos. Pero asintió. —Sí, habíamos tenido una discusión. Quería hacer las paces con él. —Tomó otra bocanada de aire—. Así que fui a su casa. Toqué la puerta, pero nadie respondió. Estaba abierta, así que entré. Y fue entonces cuando lo… encontré.

Se cubrió la cara con las manos.

Dashia le pasó un brazo por los hombros. —Pobrecita —murmuró —. Pobrecita, pobrecita.

—Estaba… muerto. —La voz de Layla tembló al decir la palabra —. Lo supe en cuanto lo vi. Era lo que habíamos temido. Lo que sabía que pasaría. Estaba tan asustada. No sabía qué hacer. Entonces recordé que Tupper me había dicho que si algo le pasaba, debía irme de la ciudad. Me dio dinero para ello. Me hizo empacar

mis cosas para que estuviera lista. Nunca pensé que podría dejarlo, dejar el circo, pero lo hice. Tenía que hacerlo.

Sus bonitos ojos oscuros comenzaron a llenarse de lágrimas, que se derramaron por sus pálidas mejillas. —Tupper dijo que debía alejarme tanto como pudiera. Pero solo llegué hasta aquí. Ya casi no me queda dinero. Ay, mi pobre Tupper. —Apoyó la cara en el cuello de Dashia y sollozó.

A Miranda se le encogió el corazón por ella. Pero su compasión fue eclipsada por un extraño hormigueo que se deslizó por su piel. ¿Layla sabía que iban a matar a su prometido? ¿Cómo?

—¿Por qué estaban tan asustados usted y Tupper? —preguntó, esperando no molestarla más.

Layla se secó la mejilla. —Yo… no sé cómo explicarlo. Hay demasiado que contar.

—Inténtelo —dijo Miranda.

Eso solo hizo que la joven llorara más fuerte.

Dashia comenzó a acariciar el cabello de Layla y, al parecer, decidió intentar una respuesta. —No somos de Bulgaria.

Así que los Varga no eran lo que aparentaban. La idea de la mafia rusa volvió a cruzar la mente de Miranda. ¿Era de ellos de quienes huían?

—Tienen identificaciones falsas —dijo Parker.

Dashia parpadeó, mirándolo como si hubiera olvidado que él estaba en la habitación. —Sí, señor Parker. Son falsas. Pero no las hicimos nosotros. Nos las dieron.

—¿Quién se las dio? —quiso saber Miranda—. ¿Tenbrook? —¿Y qué papel jugaba él en esto?

Dashia soltó un suspiro, como si nunca se hubiera sentido más derrotada. —Venimos de un laboratorio.

Miranda miró a Parker y vio una extraña expresión de confusión en su rostro.

Pensó que su oído debía estar fallando. O tal vez se había quedado dormida en el viaje y estaba soñando. —¿Un laboratorio?

—Un laboratorio experimental —dijo Yuri.

Ah, bueno, eso lo explicaba todo.

Layla se secó la cara de nuevo y recuperó el aliento. —No sabíamos que era un laboratorio. Yo no lo sabía. Pensaba que todo el mundo crecía de esa manera.

—¿De qué manera? —preguntó Miranda lentamente, sin estar segura de querer oír la respuesta.

—Siempre estábamos dentro del edificio. Solo una vez a la semana podíamos salir al patio a jugar. Teníamos que estudiar. Teníamos que seguir el horario. Teníamos que hacer ejercicio. —Dejó de hablar y volvió a mirarse los dedos de los pies.

—¿Qué tipo de ejercicio? —la animó Parker. Le estaba siguiendo la corriente a la historia, dándole el gusto.

Sin levantar la vista, Layla se encogió de hombros. —Gimnasia, entrenamiento de fuerza, trepar la cuerda. Yo era muy buena en eso. Decían que tenía una destreza increíble. Fue entonces cuando se les ocurrió la idea de entrenarme como artista de telas aéreas.

—En el laboratorio —aclaró Miranda.

Ella se frotó los brazos desnudos. —En el lugar donde vivíamos. Era un lugar grande con muchas habitaciones. Grandes habitaciones blancas sin ventanas. Nada que ver con las casas rodantes en las que hemos estado viviendo en el circo. Había un comedor, un salón de entrenamiento y un salón de clases. Todos conectados por largos pasillos.

Se oyó un deslizamiento. Sam se dejó caer por la pared y aterrizó en el suelo con un golpe. Se quedó sentado mirando a Layla.

—Continúe —le dijo Miranda.

—Los doctores nos dieron números, pero nuestras madres nos pusieron nuestros nombres. Dashia, Yuri y yo, nuestra madre era la enfermera Varga. Ella era la de Bulgaria. Nos crio. Supongo que por eso todos tenemos su acento.

Miranda se acercó a una silla cerca de la puerta y se sentó. Se llevó una mano a la cabeza. O estaban tratando de ganar tiempo con esta extraña narrativa o ella seguía dormida en el auto.

—Espere un minuto —le dijo a Yuri—. ¿Está casado con su hermana?

—No es nuestra verdadera madre —dijo Dashia como si eso lo explicara—. Ella solo nos gestó. Venimos de diferentes conjuntos de

genes.

¿Como en una implantación?

—De acuerdo. —Miranda miró a Parker. Su rostro estaba serio, su mandíbula tensa. Obviamente, él estaba entendiendo más que ella de todo esto.

—Al principio éramos nueve —continuó Layla—. Matthew, Andrew y Lauren eran de la enfermera Williams.

—Sí. Eran tan buenos en matemáticas —dijo Dashia, sonriendo con nostalgia—. Podían hacer cálculo avanzado a los ocho años.

Layla sonrió ante el recuerdo. —Tenían fisuras en los labios que les llegaban hasta la nariz. Pero les encantaba hablar. La maestra siempre les decía que se callaran. Y Chelsea. Tenía que caminar sobre sus manos. No tenía piernas. Pero siempre me hacía reír. Y entonces un día dijeron que Chelsea ya no podía venir a la escuela porque estaba enferma. Nunca la volví a ver.

—Silvio y Manuel —dijo Dashia—. Eran gemelos. Su madre era la enfermera Martínez.

—Tenían los bultos.

Dashia asintió. —Por toda la cara. Pero podían recordar todo lo que leían.

La sonrisa de Layla se desvaneció de nuevo en tristeza. —Tenían doce años cuando se los llevaron.

Ahora era el turno de Miranda de mirarse los pies. ¿De qué demonios estaba hablando esta gente? ¿Niños genios con defectos de nacimiento? ¿Una especie de loca granja de bebés? Tenía que estar dormida en el auto de alquiler. Tenía que estar soñando.

Dashia se levantó y se acercó a su marido. Tenía las mejillas húmedas. Esos también eran sus recuerdos.

Ella le secó las lágrimas y le acarició la cara. —Casi perdemos a Yuri. Solía tener unos nudos tan grandes en la cabeza. Decían que estaba desfigurado, pero para mí siempre fue hermoso.

—Como tú para mí, mi Dashia. Aunque eres tan pequeña.

—Pero después de que les rogaste —dijo Layla—, aceptaron intentar la cirugía y funcionó. Dijeron que estaba listo para el Gran Experimento.

—¿Gran Experimento? —Miranda se llevó una mano al estómago. Estaba empezando a sentir náuseas.

Layla asintió. —Estaban listos para dejarnos salir al mundo. Querían ver cómo nos iría. Dijeron que nos iban a enviar a un circo. Querían que Dashia y Yuri fueran primero.

—Todo estaba listo. Excepto por sus cicatrices. —Dashia pasó la mano tiernamente por la cabeza de su marido.

Miranda se sacudió. —Un momento. ¿Está diciendo que su marido no se hizo las cicatrices por ser disparado por un cañón?

Dashia se volvió hacia ella. —Cuando nos enviaron a Bajo la Gran Carpa, inventaron la historia sobre el accidente de Yuri. Nos dijeron que nunca podíamos decirle la verdad a nadie. Ni sobre sus cicatrices. Ni sobre de dónde veníamos. De nada.

Miranda miró a Parker de nuevo. Estaba un poco pálido.

No, pensó. Esta gente eran artistas de circo profesionales. Podían hacerte creer en mundos enteros que no existían de verdad. Esto tenía que ser algún tipo de ilusión. Un truco de magia.

Se puso de pie y se acercó a Layla. —De acuerdo. Es una buena historia, pero ¿qué tiene que ver con Tupper Magnuson?

Layla se mordió el labio. —Tupper lo sabía todo. Todo sobre mí. No quería decírselo, pero…

—¿Pero qué?

Las mejillas de Layla se sonrojaron, luego miró a Miranda con sus grandes y acuosos ojos oscuros. —Tupper y yo estábamos muy enamorados. Íbamos a casarnos. Él quería hacer el amor conmigo. Y una noche… No debí haber llegado tan lejos con él. No pude evitarlo.

—¿Qué hizo? —Estaba bastante segura de que no quería oír esto.

—Dejé que me tocara. Y él encontró… mi lugar secreto. Y entonces lo supo. Tuve que decírselo. Nos dijeron que no se lo contáramos a nadie, pero yo se lo conté. Y se enojó mucho. Dijo que iba a ir a la policía, a los medios de comunicación, a cualquiera que quisiera escuchar. Le dije que no, que no podía. De eso estábamos discutiendo.

De repente, Miranda recordó los libros en la casa rodante de Tupper. Clonación. Genética. Biotecnología. Sus pulmones se

contrajeron con un horror repentino.

Layla estaba diciendo la verdad.

Las lágrimas se derramaron de los ojos de la joven y corrieron por sus mejillas como gotas de lluvia. —Todo es mi culpa. Si tan solo no hubiera sido tan débil. Si tan solo no hubiera dicho nada. Si tan solo él no hubiera visto mi lugar secreto.

¿Lugar secreto? Miranda estaba bastante segura de que no se refería a lo que las chicas jóvenes suelen considerar su lugar secreto.

Para entonces, la cabeza le partía. A pesar de su repulsión, tenía que saberlo. —Layla, ¿de qué está hablando?

Layla la miró, con los ojos muy abiertos. —¿Quiere que le muestre? ¿Mostrarle mi lugar secreto?

—Yo… bueno… en realidad no.

—No me da vergüenza. No si eso la ayudará a demostrar quién mató a Tupper y a Harvey. —Se puso de pie, se rodeó la cintura con los brazos y se levantó el top por encima de la cintura.

Se dio la vuelta y ahí estaba.

Dos dedos cortos con forma de garra, de unos ocho centímetros de largo cada uno, crecían en la espalda de la joven, cerca de la columna vertebral, justo debajo de la caja torácica. Mientras los cerraba y abría, retrayéndolos en su carne y extendiéndolos de nuevo, Miranda pudo ver que eran fuertes como una tenaza.

Lugar secreto y arma secreta. Biata Ito tenía razón. Así es como Layla hacía su número. Cómo se aferraba a sus telas de seda sin caer.

A Miranda no le daban asco las cosas con facilidad, pero mientras miraba los dedos en forma de garra en movimiento, nunca en su vida se había sentido tan mareada.

Con la mano sobre la boca, corrió hacia la puerta. —Necesito un poco de aire.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Miranda acababa de vaciar el contenido de su estómago detrás de los arbustos bien cuidados del hotel cuando sintió la mano firme de Parker en su espalda.

Le ofreció un pañuelo.

Ella lo tomó y se limpió la cara. —Qué vergüenza. —Intentó reír, pero no le salió.

—Me dan ganas de hacer lo mismo —dijo sombríamente.

Todavía le daba vueltas la cabeza por las cosas que acababa de oír.

—¿Escuchaste lo mismo que yo ahí adentro? ¿Que los tres fueron generados en un laboratorio? ¿Que fecundaron a una enfermera con ellos y los llevó a término? ¿Les dio su apellido? ¿Los cuidó?

—Eso fue lo que escuché.

—¿De verdad pueden estar diciendo la verdad, Parker?

Se quedó mirando a lo lejos. —Ha habido experimentos con bebés probeta durante décadas. La clonación y la investigación genética llevan años en marcha. Pero nunca he oído algo como esto. Las implicaciones éticas son enormes.

Enormes, desde luego. —¿Y a algunos de esos niños se los «llevaron»? —hizo comillas en el aire con los dedos—. ¿Incluso a los que podían hacer cálculo a los ocho años? Este lugar, sea lo que sea, ¿se deshace de niños pequeños con defectos de nacimiento como… labio leporino y… bultos?

—Tumores de algún tipo. Quizá elefantiasis.

—¿Experimentos que salieron mal? Ese laboratorio lo dirigen monstruos. —Un escalofrío helado la recorrió como si hubiera bajado

del Polo Norte. Quiso volver a meter la cabeza en los arbustos. Sintió que los ojos le ardían por las lágrimas—. No podían ser solo nueve. ¿Qué pasó con los demás?

Parker permaneció en silencio, con el cuerpo duro como una roca. Ella sabía que él quería hacer algo. Lo que fuera. Ella también. Pero ni siquiera sabían dónde estaba ese supuesto laboratorio.

De repente, tomó aire cuando la respuesta encajó en su cabeza. Lo miró, casi incapaz de hablar.

Y entonces hablaron al mismo tiempo. —GenaPulse.

Sacó el celular de su bolsillo y empezó a buscar. —Vamos, vamos.

La velocidad de la conexión aquí era pésima, pero tenía la sensación de que no encontraría nada. Ni una página web ni un registro de ningún tipo. Un lugar así no se daba a conocer.

Alzó la vista y vio que Parker había sacado su propio teléfono.

Se asomó por encima de su hombro y lo observó pasar las fotos que había tomado en la oficina de Tenbrook. Cuando llegó a los registros contables y a la partida de la empresa en cuestión, había una dirección. Puede que Tenbrook fuera el único ajeno al lugar que la tuviera.

—Están al norte de Dallas. En Plano.

—De acuerdo. —Se quedó mirando la pantalla. Y tomó otra bocanada de aire cuando una nueva oleada de revelación la golpeó —. ¿Para eso era la gran donación? ¿Para aceptar tres… experimentos y mantener la boca cerrada?

—Así parece.

Miró a lo lejos, al otro lado del estacionamiento, hacia la carretera, y se frotó los brazos, aunque el aire era cálido. ¿Para qué clase de hombre había estado trabajando Sam?

Se volvió hacia Parker. —Tenemos que decírselo a Underwood. Tiene que cerrar ese lugar.

Parker lo consideró un momento. —La policía necesitaría una orden de registro para el laboratorio. No estoy seguro de que tengamos suficiente para una.

Tenía razón. La policía no se tragaría lo que acababan de oír en esa habitación de hotel. Necesitaban pruebas. Y una orden llevaría tiempo. Demasiado tiempo. —¿Entonces qué hacemos ahora?

Antes de que Parker pudiera responder, la puerta de la ciento veinticuatro se abrió y Yuri salió al pasillo iluminado.

Había miedo en los ojos del hombretón mientras avanzaba pesadamente hacia ellos. —Señor Parker, señorita Steele. Despertamos a nuestros hijos.

—¿Tus hijos? —Miranda no los había visto.

Él asintió. —Estaban dormidos en la habitación contigua. Dashia los está preparando. Hemos decidido que no podemos quedarnos aquí. Si ustedes nos encontraron, quienquiera que mató a Tupper y a Harvey nos encontrará también.

No podían simplemente huir. No ahora. Miranda se cruzó de brazos y fulminó con la mirada al hombre bala. —¿Qué pasó con los otros, Yuri?

—¿Qué?

—Tenían que ser más de nueve.

Hizo una mueca, bajó la vista hacia la acera y finalmente respiró hondo y profundo. —Dashia y Layla no lo saben. Nunca se lo dije. Puede que lo hayan deducido. No lo sé. Pero sí, había otros. Muchos otros.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he visto.

—¿En el laboratorio?

—En otra parte. Una parte a la que no nos permitían entrar. Antes de la cirugía para extirpar mis tumores, pensé que se me llevarían como a Silvio y a Manuel. Intenté escapar. Encontré un piso inferior. Un túnel, un largo pasillo. Y varias salas grandes donde tenían a otros. Eran muchísimos. Estaban en peores condiciones que nosotros. Entonces dos trabajadoras bajaron por el pasillo y me escondí en un armario para que no me vieran. Pero las trabajadoras se detuvieron frente a la puerta del armario y se pusieron a hablar. Tenía tanto miedo de que me encontraran. Me quedé allí, temblando, mientras escuchaba su conversación. —Se frotó los ojos con sus grandes manos como si intentara borrar el recuerdo.

—¿Qué oíste, Yuri? —preguntó Parker con delicadeza. Él tenía más estómago para esto que ella en ese momento.

—Una de las trabajadoras dijo que era una lástima que tantos lotes hubieran fallado. Así nos llamaba. Lotes. —Sus hombros se sacudieron mientras luchaba contra sus propias emociones.

Parker le puso una mano en el brazo. —Continúa.

—La otra trabajadora sonaba más experimentada. Explicó que cuando un experimento falla, ya no es rentable mantener vivo al sujeto. Y por eso el sujeto debe ser reciclado.

Con la respiración entrecortada, Miranda volvió a mirar los arbustos. —¿Reciclado?

—La trabajadora experimentada comenzó a describir el proceso. No quería oír más, pero no podía moverme. —Se llevó las manos a la cara, con el pecho agitado por la angustia.

—¿Qué dijo?

Yuri recuperó el aliento. —Dijo que al sujeto se le pone bajo anestesia y que las células, los órganos y las partes útiles del cuerpo se recolectan para el siguiente experimento. Las partes buenas se conservan, las defectuosas se desechan.

Como sacar la basura. —¿Y luego qué?

—Luego duermen al sujeto.

A Miranda se le hizo un nudo en la garganta. —¿Permanentemente?

Él asintió. —La trabajadora experimentada estaba segura de que el proceso causaba un dolor y una angustia mínimos.

El rostro de Parker era duro como el pedernal. —La eutanasia involuntaria es un asesinato, Yuri.

El corazón de Miranda se aceleró al darse cuenta de otra cosa. —Y apuesto a que cuando duermen a esos niños, usan cianuro.

Parker asintió mientras los ojos de Yuri se abrían de par en par al comprender.

Tuvo otra idea. —Esa información sería suficiente para que Underwood consiguiera una orden.

—Si podemos probarlo.

—Llevan documentos —dijo Yuri—. Registros.

—¿Qué tipo de registros?

—Todo se documenta a mano y en computadora. Eso también lo vi. Se guardan en una sala especial.

La puerta de la habitación del hotel se abrió de nuevo y Sam salió corriendo. Agarró a Yuri del brazo. —Yuri, no pueden estar huyendo el resto de sus vidas. Tienes que dejar que los detectives te ayuden. He hablado con Layla y está de acuerdo conmigo. —Se volvió hacia Miranda—. Puedes hacer algo, ¿verdad?

Miranda miró a Parker.

Podía ver los engranajes girando en su cabeza. —Si pudiéramos entrar en GenaPulse sin ser vistos y conseguir copias de esos registros, nos daría pruebas sólidas.

Y Underwood podría conseguir una orden fácilmente. Excepto por la parte del allanamiento de morada, pero Underwood no sería responsable de eso. Ni ella ni Parker tenían relación con la policía.

—Tenemos que detenerlos, Parker.

—¿Se llaman GenaPulse? —dijo Yuri—. No lo sabíamos. Ni siquiera sabemos dónde se encuentra el laboratorio.

—Nosotros sí —le dijo Miranda—. Y vamos a ir allí.

De repente fue como si el intrépido hombre bala volviera a la vida. —Yo los ayudaré. Puedo hacer que entren. Puedo mostrarles dónde se guardan los registros. —Miró hacia la habitación del hotel —. Pero mi familia…

Sam pensó un momento. —Mi hermano tiene un rancho en Atoka. Está a un par de horas al sureste de aquí. Allí estarían a salvo. Yo los llevaré. A Dashia, los niños y Layla.

—¿Estás seguro de que a tu hermano no le importará? —preguntó Miranda.

—Es un buen tipo. Tiene su propia familia. Les gustará la compañía. Y yo ayudaré con los gastos. No le diré nada… sobre todo esto.

Lentamente, Yuri asintió. Se volvió hacia Parker. —¿Cuándo nos vamos?

—Lo antes posible.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Después de que Yuri les contara el plan a los demás y se despidiera entre lágrimas de su familia, vieron a Sam y a sus nuevos protegidos partir en la camioneta. Luego, él, Miranda y Parker se metieron en el auto de alquiler y volvieron a toda velocidad por la autopista con la bala de cañón humana en el asiento trasero.

Cuando se acercaron a una torre de telefonía celular, Miranda le marcó a Underwood y despertó a la detective. Le explicó, vagamente, lo que estaban haciendo y cuáles eran sus sospechas sobre la misteriosa empresa de investigación oculta a plena vista en Plano. Añadió que estaba convencida de que el laboratorio era la fuente del cianuro que había matado a Tupper Magnuson y a Harvey Hackett, cuya causa de muerte Underwood le confirmó.

Miranda se dio cuenta de que Underwood no le creía.

La escuchó titubear sobre seguir los canales legales adecuados, tener que despertar a un juez, pruebas insuficientes para el fiscal, bla, bla, bla…; todo mientras Parker, irónicamente, rompía todos los límites de velocidad en la carretera.

Pero como buena policía, Underwood tenía que seguir la pista y aceptó trabajar en conseguir una orden judicial.

No sería de mucha ayuda en la misión actual, pensó Miranda mientras colgaba. El proceso legal tardaría demasiado.

Mientras le transmitía la información a Parker, se quedó mirando el asfalto que se precipitaba hacia ella bajo la luz de los faros.

En ese momento, estaban prácticamente por su cuenta.

Lo miró. Su rostro era duro y decidido. Estaba pensando en esos niños.

Al girar la cabeza vio a Yuri mirando por la ventanilla. Sus pensamientos debían de estar abrumados por todo tipo de recuerdos dolorosos.

Suspirando, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Tal vez sería buena idea dormir un poco antes de llegar a su destino. Algo le decía que necesitaría toda la fuerza que pudiera reunir.

Mientras se quedaba dormida, imágenes de trapecistas y malabaristas cobraron vida en su cabeza. Los colores, la música, los aplausos. Vio a los payasos salir correteando y perseguirse por la pista con sus tontos cubos de confeti. Las imágenes se desdibujaron y vio a Harvey Hackett sentado, muerto, en su sillón reclinable, con la letal botella de Barefoot Merlot a su lado. A pesar de que acababa de llevar todas sus botellas al contenedor de basura.

Vio a Tupper Magnuson, el otrora feliz payaso, tumbado en el sofá de su sala, con una copa de Barefoot Merlot en la mesa de centro frente a él. Le había encantado entretener a los niños. Se había enamorado de una mujer hermosa y estaba a punto de casarse. Tenía toda la vida por delante.

Pero había cometido el error de contarle a alguien lo que sabía sobre Layla y que iba a hacerlo público. Y esa persona dijo: «No, no lo harás».

Se incorporó de un sobresalto, con los ojos muy abiertos y el corazón latiéndole a mil por hora.

Era eso. Sabía quién era el asesino.

—¿Estás bien?

—Sí. —Le echó un vistazo rápido a Parker.

Él le devolvió una mirada elocuente, leyendo sus pensamientos, como ella leía los de él.

Él también sabía quién era el asesino.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Parker llegó en tiempo récord.

Eran poco antes de las cuatro de la madrugada cuando llegaron a Plano. El motor ronroneaba de forma constante, como lo había hecho durante las últimas doscientas millas, mientras seguían avanzando hacia el noreste en la oscuridad. Pasaron las oficinas de tecnología y los suburbios adinerados de la ciudad, hasta que al fin el auto se adentró en una zona rural.

Aquí había granjas y casas de ladrillo con acres de separación entre ellas, y las luces exteriores apenas revelaban su presencia.

Parker redujo la velocidad, giró y avanzó unos quince metros. Al final del camino pavimentado, en un campo amplio y llano de hierba de pradera rodeado de árboles, se erigía un enorme edificio de tres pisos.

Entró en el estacionamiento y recorrió las pocas filas de vehículos, hasta que finalmente se metió en un lugar.

—Hay muchos autos para ser tan tarde —comentó Miranda mientras él apagaba el motor.

Yuri se desperezó en el asiento trasero. —La mayoría del personal vive aquí.

Qué acogedor.

Contempló la oscura estructura, cuya silueta estaba iluminada por las luces de seguridad. Plana, sencilla, rectangular. Varias hileras de hormigón moldeado en bruto formaban muros dentados y poco atractivos. Tal como Layla lo había descrito, había pocas ventanas. Solo una o dos filas en el centro. Probablemente solo para el personal.

Parecía un campo de prisioneros.

—¿Cómo sugieres que entremos? —le dijo Parker a Yuri.

Yuri permaneció en silencio un largo momento, mirando a través del parabrisas el aterrador edificio que solía ser su hogar. —Hay una entrada trasera —dijo al fin—. Lleva a la oficina donde guardan los registros. Sería mejor si fuéramos a pie desde aquí.

Ella y Parker comprobaron sus armas y los tres salieron del auto tan sigilosamente como pudieron y avanzaron por el borde del estacionamiento, agachándose junto a la hierba alta para no ser vistos.

Miranda entrecerró los ojos para ver el edificio. No vio ninguna cámara de seguridad montada en las paredes o en el techo plano, pero estaba lo suficientemente oscuro y ellos lo suficientemente lejos como para no verlas.

—¿Hay guardias? —susurró ella.

—Adentro. Sobre todo para que no salgamos —dijo Yuri, como si hubiera olvidado que ahora estaba afuera.

—Si nos topamos con alguno, nos encargaremos de él —dijo Parker con la misma naturalidad con la que aceptaría una invitación a un evento social.

Aun así, ella deseaba que tuvieran una pistola o un cuchillo para Yuri. A Sam no le quedaba otra de repuesto y todos habían estado de acuerdo en que su escopeta podría ser útil y que debía quedársela. Con todo, las grandes manos de Yuri podían ser armas en sí mismas.

Llegaron al otro lado del edificio, giraron y se escabulleron por las sombras hasta que estuvieron frente a la parte trasera.

Yuri se detuvo y escudriñó la oscuridad. —¿Sigue aquí?

Miranda no supo qué pensar de esa pregunta. Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, él soltó un suspiro de alivio.

—Sí. Allá. ¿La ves? —Señaló hacia la parte inferior del lateral del edificio.

Bajo la tenue luz pudo distinguir una rampa y una plataforma de hormigón con una puerta tipo garaje encima. Un muelle de carga.

—¿Es ahí donde reciben los suministros?

—Sí, creo que para eso lo usan. Hay una puerta ahí. Conduce al piso inferior del edificio. La parte de la que te hablé.

Donde se guardaban los registros.

Entrecerró los ojos en la penumbra. A la izquierda de la bahía había una barrera metálica que parecía una puerta doble. No había nadie alrededor. Podrían llegar hasta allí.

—Parece que no hay moros en la costa —susurró.

—Deberíamos poder entrar.

—Vamos, entonces.

A su lado, Parker asintió.

Agachados, corrieron por el pavimento, subieron por la rampa de la pasarela hasta la plataforma. En pocos segundos llegaron a las puertas dobles.

Miranda se dio la vuelta, esperando ver a un guardia. Pero no había nadie.

Se volvió hacia la barrera justo a tiempo para ver a Parker colocar lentamente los dedos alrededor de la manija.

Le dio un tirón. Y se abrió.

Podía sentir el pulso retumbarle en los oídos. Ninguno de ellos tenía idea de lo que podría haber más allá de esa puerta.

¿Una trampa?

—¿Lista? —dijo Parker, con la voz firme y baja.

No tenía idea de a qué se enfrentarían adentro, pero por lo que Layla y los Vargas les habían contado, no sería nada agradable. Pensó en los seis chicos que habían sido «llevados» para no ser vistos nunca más. Pensó en lo que Yuri les había contado sobre las «tandas», los fracasos y el proceso de extracción de órganos.

«Es la única forma de avanzar», pensó. La única forma de detener a esos asesinos antes de que mataran a más niños inocentes.

Enderezó los hombros y asintió. —Lista.

Parker le devolvió el asentimiento, cruzó la puerta y ella lo siguió hacia la oscuridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Bien, ya estaba despierto y encargándose del asunto. Tal como lo había prometido.

Le martillaba la cabeza por el cansancio y ansiaba una buena dosis de Jim Beam, pero eso sería más tarde. Después de encargarse de sus asuntos.

Solo que su misión estaba resultando ser más difícil de lo que había pensado.

Se había obligado a despertar después de solo unas pocas horas de sueño, limpió su escopeta y fue en busca de Sam Keegan para averiguar dónde estaban esos dos detectives entrometidos.

Pero Keegan no estaba.

Y los Vargas tampoco. Toda la maldita familia.

Quería despertar a todo el mundo para averiguar qué demonios estaba pasando. Pero no se atrevía a que nadie supiera que estaba buscando a Keegan o a sus detectives. Ese sería un detalle que la policía captaría más tarde. Demasiado arriesgado.

¿Eso significaba que los Vargas sabían? Y de ser así, ¿cuánto? ¿Iban a reunirse con Layla? Ella tenía que saberlo todo. Debió de haber visto el cuerpo de Tupper la noche en que murió. Esa tenía que ser la razón por la que se largó. Debió de haber pensado que ella sería la siguiente.

Y se suponía que lo sería. Pero no podía encontrarla.

¿Por qué se había dejado meter en esto? Pero lo sabía demasiado bien. Había querido el dinero. Lo necesitaba para su proyecto. Tenía sueños. Grandes sueños. Y sueños como esos costaban un dineral.

Sus sueños merecían hacerse realidad. Eso todavía podía suceder. Él haría que sucediera. Y ella ayudaría. Se lo debía.

Así que ahora estaba ejecutando el Plan B. Recorriendo la US-75 en su Camaro convertible plateado de camino a Plano. Dio una palmada a la Mossberg que tenía a su lado.

Iba a ayudarlo a encontrarlos a todos. Juntos, se encargarían de ellos uno por uno. Y entonces todo habría terminado. Excepto por las consecuencias. Pero también se encargaría de eso.

Era solo cuestión de tiempo antes de que esa policía Underwood o esos dos investigadores privados lo descubrieran todo.

Y cuando lo hicieran, ella iba a pagar por ello, no él.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

A medida que los ojos de Miranda se acostumbraban a la falta de luz en la espaciosa sala, que parecía un almacén, contigua al muelle de carga, pudo distinguir pilas de voluminosas cajas de cartón apiladas contra una pared. Y más en el otro lado.

Área de almacenamiento.

Estaba en silencio y olía a limpio. Y no había nadie.

Eso fue un alivio, pero ¿cómo llegaban a esa oficina de registros desde allí?

Sintió el codazo de Yuri.

—Hay otra puerta al fondo —dijo él en un susurro ronco.

Podía oír el miedo en su voz. El lugar ya le estaba pasando factura.

Parker sacó una linterna de bolsillo y la barrió por el suelo. Siguiendo la luz, avanzaron lentamente por la plataforma, esperando no chocar con ninguna caja ni tropezar con algún equipo o saliente inesperado del concreto. Cuando llegaron a la pared del lado opuesto, la pasó sobre los bloques de hormigón hasta que encontró la abertura.

Miranda lo oyó gruñir por lo bajo al mismo tiempo que la luz iluminaba su siguiente obstáculo.

Un teclado numérico.

Parker podía forzar cualquier cerradura mecánica, pero una digital era otra historia.

Frunciendo el ceño, lo estudió.

—Si tuviera el equipo adecuado, podría recablearlo.

—Eso llevaría demasiado tiempo. —Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que alguien dentro del edificio podría oírlo—. Podríamos intentar adivinar el código.

—¿Y qué pasaría si es incorrecto?

Tenía razón. Si el aparato tenía un sistema de alarma, un ejército de enfermeras, camilleros o guardias podría entrar por esa puerta y ponerles a todos camisas de fuerza.

—Esperen —Yuri extendió un dedo hacia el teclado.

Parker lo agarró de la mano antes de que pudiera tocarlo.

—No adivines, Yuri. Si te equivocas, podrías activar las alarmas.

—No me equivoco. —Sonaba tan seguro que Parker lo soltó.

Yuri le dirigió a Miranda una mirada interrogante.

Ella pensó por un momento. ¿Qué otra opción tenían? Lo único que se le ocurría era usar sus armas para dispararle al dispositivo. Estaba segura de que eso solo sería contraproducente.

—Está bien —dijo finalmente—. Inténtalo.

Contuvo la respiración mientras el hombretón pulsaba los números. Cuando su índice presionó el último dígito, se preparó para el estruendo ensordecedor de las alarmas.

En cambio… solo se oyó un suave clic.

Miranda no esperó una invitación. Empujó la puerta, cruzó el umbral y se encontró en una escalera con poca luz.

Estaban en la parte de arriba. Un techo de concreto en bruto se cernía sobre ellos. Debajo había un tramo de escaleras de concreto.

—Vamos —siseó por encima del hombro y los guio escaleras abajo.

—¿Cómo sabías el código? —le susurró Parker a Yuri detrás de ella.

—El cumpleaños de Layla. Vi a las enfermeras usarlo en las puertas de adentro.

¿Y no lo habían cambiado desde que se fue? Debían de sentirse bastante seguros de sí mismos.

Bajaron dos tramos. Otra puerta los recibió al final. Con otro teclado numérico.

Se volvió hacia el hombretón.

—¿Estás diciendo que usan el mismo código en todas las cerraduras?

—Solo en esta área.

Esta área. El nivel inferior que les había descrito en el hotel. Era imposible saber qué encontrarían al otro lado de esta puerta. Pero tenían que averiguarlo.

Se hizo a un lado.

—Haz tu magia.

Una vez más, tecleó el código y de nuevo la puerta se abrió con un clic.

Ahora era el momento del ejército de enfermeras y camilleros, ¿verdad? Y todos estarían armados con jeringas llenas de algo mortal. ¿Tenían siquiera una mínima posibilidad de lograrlo?

Tal vez, tal vez no. Pero no importaba. Tenían que intentarlo.

Apretando los dientes, empujó la puerta para abrirla.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Estaban adentro.

Miranda parpadeó bajo la dura luz fluorescente de un largo pasillo en forma de L.

El zumbido de un generador en alguna parte resonaba en sus oídos. Las paredes estaban pintadas de un azul pálido, como las de un hospital, sin decoración alguna. El aire estaba frío. Demasiado frío, como si estuviera casi refrigerado. Y olía a estéril, a desinfectante.

Bajo sus pies se extendían metros y metros de un brillante linóleo beis. Estaban en la esquina de la L, así que había dos caminos para tomar.

Le lanzó a Yuri una mirada de «¿y ahora a dónde?».

Él miró por un pasillo y luego por el otro. Su rostro se contrajo por el esfuerzo de acceder a sus viejos bancos de memoria. Finalmente, asintió hacia la derecha y comenzó a avanzar por el pasillo.

Ella lo siguió en silencio, con Parker a su lado.

Como por instinto, sacó la Taurus de la parte baja de su espalda y la mantuvo en alto y preparada. Miró a Parker y vio que él también había desenfundado su arma.

Pero por ahora no las necesitaban. El lugar parecía bastante desierto.

Los pasillos estaban flanqueados por puertas pequeñas, todas sin seguro. Una por una, las fueron abriendo a su paso, y descubrieron armarios de servicio llenos de productos de limpieza, uniformes y material médico.

—Reactivos de varios tipos, solventes, etanol —murmuró Parker, escudriñando los estantes de uno de los cuartos.

Pero no había registros de los residentes ni nada que pudieran usar como base para un arresto y un proceso judicial. Cerraron la puerta y siguieron adelante.

El piso inferior era un laberinto de pasadizos que se entrecruzaban. Yuri los guio por un corredor, dobló por otro, giró en la dirección opuesta y los llevó por un tercero. Siguieron abriendo cada puerta que encontraban.

Algunas de las habitaciones estaban vacías. Otras tenían un escritorio y una silla, pero ninguna tenía archivadores ni siquiera una computadora.

Siguieron avanzando de un lado a otro, doblaron otra esquina y se dirigieron por un pasillo largo y ancho. Miranda estudió la puerta al final de este. Su forma le parecía terriblemente familiar. Santo cielo. Era la que daba al muelle de carga por donde habían entrado.

Estaban dando vueltas en círculo. Maldita sea.

—¿Estás seguro de que esos registros están aquí abajo? —le siseó a Yuri.

—Sí. Estoy seguro.

—No habrán reorganizado las cosas, ¿o sí?

—No. Este es el lugar más secreto del edificio. —Se cubrió la cabeza con ambas manos, sus grandes dedos presionando sus cicatrices como si tratara de exprimir lo que estaba almacenado en su cerebro. Después de un momento, ahogó un grito de angustia—. Lo siento. Simplemente no recuerdo dónde está la oficina.

Parker parecía perturbado.

Tamborileando con el pie, ella miró hacia la arteria por la que acababan de pasar. El lugar era enorme. Habían cubierto tal vez una cuarta parte, si acaso. Era solo cuestión de tiempo antes de que los descubrieran.

Tenían que obtener esos registros y salir de allí.

—Tenemos que separarnos —dijo.

A Parker no le gustó nada la idea. —¿No podemos separarnos, Miranda. ¿Cómo sabremos si uno de nosotros encuentra la oficina de registros?

—Tenemos nuestros celulares. Nos enviaremos un mensaje de texto.

Él negó con la cabeza. —No es el mejor plan.

—Cuanto más tiempo nos quedemos aquí abajo, más probable es que alguien nos encuentre.

Dejó escapar un suspiro. Ella sabía que él no quería perderla de vista, pero entendía su punto. —Cinco minutos.

—¿Qué?

—Nos reportamos cada cinco minutos. Y yo decido cuándo nos retiramos.

Sostuvo su mirada, queriendo intimidarlo, pero sabía que tenía razón. Lo arruinarían todo si se quedaban allí demasiado tiempo y se arriesgaban a que los atraparan.

Cedió. —De acuerdo. Asegúrense de que los celulares de todos estén en vibración.

—Ya está hecho.

Cierto. Antes de que llegaran. Estaba perdiendo la calma. «Cálmate», pensó.

Respiró hondo. —Tú ve por allá —le dijo a Parker, señalando la dirección de donde acababan de venir—, e intenta seguir recto en la T. Yuri, tú gira y dirígete hacia el centro. Yo iré por este lado. —Volviendo sobre el camino por donde habían empezado.

—De acuerdo —dijo Parker, aunque sonaba como si en realidad no lo estuviera—. Recuerda. Cinco minutos.

—Cinco minutos.

Y se dio la vuelta y se dirigió por el corredor.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Miranda caminó a toda prisa por el linóleo pulido, preguntándose cuándo iba a decir Parker que se había acabado el tiempo. No debió haber cedido a su exigencia, pero ¿qué se suponía que hiciera? ¿Quedarse ahí discutiendo con él hasta que alguien los oyera? Ese hombre podía ser exasperante en los peores momentos. Pero no podía pensar en Parker ahora. Tenía que concentrarse en encontrar esos expedientes.

Ya habían revisado las puertas cerradas de ambos lados, así que esta vez no se molestó. Fue directo a la zona donde aún no habían estado, girando a la izquierda, luego a la derecha, y otra vez a la izquierda, adentrándose en el centro. El corazón del lugar.

Sus instintos dieron resultado.

Al doblar la siguiente esquina, descubrió un par de puertas dobles que de repente la hicieron sentir como si estuviera en un hospital.

La decoración aquí era diferente. Las luces eran más tenues, las paredes de color verde pálido con una franja horizontal beige y marrón a la altura de la cintura.

En el centro de las puertas habían pintado un logo del tamaño de un plato para tarta.

Un círculo verde oscuro con dos bandas entrelazadas en su interior. ¿Cómo se llamaba eso? ¿Doble… hélice? ADN, ¿cierto? El primer indicador de lo que este lugar era en realidad.

Fuera lo que fuera ese símbolo, su sola visión le heló la sangre en las venas.

En la pared, junto a la puerta, había una placa redonda y gruesa de metal. Acceso. Pero ¿qué encontraría dentro?

«No hay opción», pensó por enésima vez. Estiró la mano y le dio un empujón.

Las puertas se abrieron y la hélice del logo se partió en dos.

«Eso es simbólico», pensó mientras entraba.

Miró a su alrededor y se encontró en un amplio espacio abierto. Este parecía aún más un hospital. Un largo fregadero de acero inoxidable se encontraba en un nicho a un lado. Varios carritos con ruedas estaban estacionados a lo largo de la pared de enfrente. La iluminación parecía quirúrgica, aunque el aire olía menos a medicamento aquí. El suelo era un laminado de roble que le daba un aire acogedor y las puertas a lo largo de las paredes estaban pintadas de un azul amigable. Pero Miranda tuvo la sensación de que este lugar era todo menos amigable.

Las habitaciones —o lo que fuera que hubiera detrás de esas puertas de apariencia afable— parecían ser grandes, ya que sus portales estaban muy espaciados. Hora de echar un vistazo.

Se dirigió a la primera puerta. Tenía una ventana, aunque el cristal estaba cubierto con una barrera de malla y era demasiado opaco para ver a través de él. No había forma de saber a dónde estaba entrando.

Puso la mano en la perilla y la giró. Se abrió.

Con la mano en el arma, echó un vistazo adentro. No había nadie. Pero lo había habido.

Mesas con superficies blancas e impecables se alineaban en dos lados de la gran sala. Gabinetes blancos a juego colgaban de las paredes de arriba, junto con varias estanterías repletas de gradillas para tubos de ensayo y coloridos frascos de pico largo que contenían líquidos misteriosos. En el centro de la mesa había un microscopio y varias máquinas de aspecto extraño que hacían quién sabe qué.

Un laboratorio de algún tipo.

Oyó un zumbido a su izquierda y se fijó en una unidad de refrigeración con números digitales en el exterior. Tenía una puerta de cristal. Se acercó sigilosamente y miró adentro. Había pilas y pilas de pequeños recipientes redondos. El tipo de recipiente que

recordaba de alguna lejana clase de ciencias en la preparatoria. El tipo de recipiente en el que se cultivan cosas. Y cada uno de estos recipientes contenía una sustancia no identificable.

El estómago se le empezó a revolver. Se sintió mareada.

¿Era esto lo que ella creía que era? El comienzo de la vida para los «experimentos» de GenaPulse. ¿Qué otra cosa podría ser?

¿Así es como Yuri, Dashia y Layla empezaron? ¿En… placas de Petri?

Luchando por mantener la calma, se metió la pistola en la cintura del pantalón y buscó su teléfono. Empezó a sacar fotos. Del microscopio, de los tubos, de las máquinas, de la unidad con los organismos creciendo en ellos. O al menos eso es lo que pensó que debían ser.

Esta no era la documentación escrita que buscaban, y un abogado defensor argumentaría que era solo un laboratorio normal, pero estas fotos eran prueba de algo. Especialmente con todo lo que Layla y los Vargas tenían para decir.

Listo. Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo y sacó su arma de nuevo.

Reprimiendo las fuertes ganas de vomitar otra vez, abrió la puerta y salió de la habitación.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

—Por ahí no, Yuri.

Parker observó cómo el corpulento hombre se detenía en el recodo del pasillo y se daba la vuelta.

—¿Por qué no? —dijo—. La señora Steele dijo que nos separáramos.

—Es muy arriesgado. No tienes un arma.

Sus pobladas cejas búlgaras se alzaron hasta la parte superior de su cabeza calva. —¿No estás de acuerdo con ella?

¿No estar de acuerdo? Sin duda, eso era quedarse corto.

Debería haber tomado las riendas en cuanto salieron del hotel. Miranda era vigilante y decidida, pero no tenía experiencia en una operación como esta. De hecho, si no hubiera sido por ese estúpido acuerdo que hizo con ella en su primer caso, habría insistido en tomar el mando cuando encontraron a Harvey Hackett muerto en su tráiler.

En aquel entonces, se había imaginado que harían algunos trabajos de vigilancia, un caso sin resolver o dos. Nada muy arriesgado. Nada que la pusiera en tanto peligro.

Nunca había estado más equivocado.

Nunca debería haber dejado que los separara en este laberinto olvidado de la mano de Dios. Pero sabía cuál habría sido la reacción de ella si la hubiera desafiado. Y en ese momento, no podían permitirse una discusión a gritos en esos pasillos. Tenía la sensación de que los estaban observando.

—Vamos por aquí —le dijo Parker a Yuri y señaló un pasaje que no habían probado.

Yuri parecía aprensivo. —Señor Parker, ¿y si no lo encuentro?

No había lugar para los nervios en esta expedición. Y como había dicho Miranda, se les estaba acabando el tiempo.

Esbozó su sonrisa más segura y le dio a Yuri una palmada en su musculoso brazo. —Lo estás haciendo bien. Ha pasado mucho tiempo. Estoy bastante seguro de que ya te acordarás en un momento.

El gigante todavía parecía dudar, pero asintió y giró en la dirección que Parker le había indicado.

Mientras avanzaban a toda prisa, Parker apretó con más fuerza su arma. En un lugar como este, uno nunca sabía lo que podía haber a la vuelta de la siguiente esquina.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

El espacio abierto, parecido a un hospital, seguía vacío cuando Miranda volvió a entrar desde el laboratorio. Aún luchando contra las arcadas por lo que había visto en la unidad de refrigeración, siguió la curva de la pared hasta una pequeña alcoba con un letrero que decía «Ascensor».

Oh, oh.

Probablemente por aquí era por donde entraba el personal a trabajar. No tenía ni idea de cuándo sería, pero más le valía ponerse en marcha.

Se apresuró por el ancho pasillo y la pared empezó a curvarse en la otra dirección. Siguió avanzando, preguntándose si se dirigía a un callejón sin salida. Pero al final, la pared se retranqueó, revelando otro par de puertas.

Sin pararse a pensar en lo mucho que estaba temblando, las abrió de un empujón.

Contemplando el gran espacio circular, se frotó los brazos, sus dedos recorriendo su propia piel de gallina. La temperatura parecía diez grados más fría ahí dentro. El aire olía muy puro.

Pantallas oscuras colgaban a lo largo de las paredes. Debajo de ellas, máquinas de monitoreo estaban inactivas. Estrechos mostradores bordeaban la sala. Mesas portátiles con cajones diminutos estaban esparcidas por todas partes y cubiertas con instrumentos quirúrgicos de aspecto afilado. En lo alto, grandes luces en forma de gajos estaban suspendidas de tuberías móviles para facilitar su ajuste. La cañería era una masa retorcida de color blanco que debía ser aterradora al despertar. O al quedarse dormido.

Las luces estaban posicionadas para apuntar a la única cama en el centro de la sala.

La mesa de operaciones.

Aquí debía de ser donde realizaban cirugías como la que le habían hecho a Yuri para extirparle sus protuberancias. También tenía que ser donde cosechaban los órganos antes de dormir a sus «experimentos» para siempre.

Entonces se percató de las correas en la cama para sujetar al paciente. Y de los tubos que colgaban del techo. Vías intravenosas. Extraer los órganos, luego inyectar cianuro al sujeto y listo.

Estirando una mano, Miranda se apoyó en uno de los mostradores y tomó aire. Sentía que iba a vomitar de nuevo.

Contrólate, contrólate.

Mientras se esforzaba por respirar hondo varias veces para despejar la cabeza, vio otra puerta en el lado opuesto de la sala. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se armó de valor y se apresuró hacia ella.

###

Detrás de la puerta descubrió una habitación larga y estrecha.

Una mesa igualmente larga se apoyaba contra uno de sus lados. Cajas de cartón oblongas y contenedores de aglomerado se apilaban sobre la mesa. En la pared colgaban mascarillas, gorros protectores y delantales.

Al fondo de la sala había otro par de puertas dobles. Este par era de un metal de aspecto amenazador. Se acercó a ellas, temblando. Tenía la sensación de que sabía lo que encontraría detrás.

Las abrió de todos modos y se quedó parpadeando en un espacio sin luz.

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Esta zona era mucho más cálida que el quirófano. Y la oscuridad era un marcado contraste. ¿Habían cambiado de decoradores de interiores aquí?

No, algo le decía que este espacio tenía justo la atmósfera que pretendían.

Al fin pudo distinguir la única bombilla que colgaba sobre una gran cámara de metal gris en el centro de la habitación. Una cinta

transportadora, tan ancha como un cuerpo humano, entraba en una puerta empotrada en la cámara. Una puerta lo suficientemente grande para un pequeño ataúd. Uno de esos contenedores de aglomerado. La cámara llegaba hasta el techo como una chimenea.

Unos controles parpadeaban en el lateral de la unidad y había un olor extraño en la habitación. Como… a ceniza. Detrás de la puerta cerrada provenía un murmullo grave.

Se acercó a la cámara y se atrevió a poner la mano sobre ella. Caliente. Había un fuego ardiendo ahí dentro.

Unas palas de mango largo estaban apoyadas en la pared opuesta. En el suelo, a sus pies, había algo duro. Se agachó para examinarlo y el estómago se le hizo un nudo de plomo. A alguien se le había pasado algo durante la limpieza. Era un fragmento de hueso. Aquí era donde se deshacían de los cuerpos.

La cámara de cremación.

Recogió el hueso y se lo guardó en el bolsillo, luego su mirada siguió la longitud del espacio hasta otra puerta. ¿Adónde llevaba esa? ¿Afuera? ¿Al patio? ¿Donde enterraban los restos?

Le temblaban las manos mientras sacaba su teléfono y tomaba fotos de todo el lugar que pudo. Estas harían que un abogado defensor temblara como gelatina.

Pero después de otro minuto, no pudo soportarlo más. Estaba temblando y sudando a mares como si tuviera fiebre.

Tenía que salir de allí.

Se dio la vuelta y se dirigió a través del pasillo, ahora agradeciendo el aire helado. Pensó que estaba volviendo sobre sus pasos a través del laboratorio, pero debió haber tomado un giro equivocado.

Ante ella se extendía una pared curva pintada de color durazno que no había visto antes. La siguió y encontró una larga división de cristal esmerilado con el logo de la doble hélice que había visto antes grabado.

Detrás del cristal podía oír suaves quejidos, gemidos.

Con el corazón latiéndole con fuerza, puso las manos contra la superficie y encontró otro botón de acceso. Lo pulsó y la puerta de cristal se abrió.

Entró y supo inmediatamente lo que era.

Una especie de pabellón de hospital. Debía de haber más de dos docenas de camas. Pero lo que yacía en esas camas le partió el corazón en dos.

Niños. De varias edades. Algunos quizás de solo dos años. Otros de cinco, ¿diez? No podía decirlo. Pero cada uno de ellos tenía algún tipo de horrible desfiguración.

Un niño pequeño de pelo oscuro yacía chupándose la punta de un brazo sin dedos que era casi demasiado corto para llegar a su boca. Su otro brazo estaba torcido alrededor de su espalda.

La niña rubia de la cama de al lado era tan delgada como una muñeca. El siguiente niño tenía protuberancias de aspecto grotesco por toda la cara y los brazos. Esa era la condición que había tenido Yuri.

Una niña pelirroja yacía en la siguiente cama, respirando a través de una máquina. Su estómago parecía estar fuera de su cuerpo. El niño a su lado no tenía piernas ni labios.

Estaban todos dormidos. O los mantenían dormidos con fármacos. Los gemidos provenían de los sonidos que hacían mientras dormían. Los gritos subconscientes y apagados de los débiles e indefensos. Estaban todos tan perdidos y solos. Abandonados por sus creadores. A punto de ser destruidos.

Miranda se había enojado muchas veces en su vida. Había visto más injusticias que la mayoría. Pero justo en ese momento, una furia más poderosa que ninguna que hubiera sentido antes comenzó a surgir en ella, creciendo y agitándose como un géiser oceánico.

Se quedó de pie, conteniendo las lágrimas mientras su mirada iba de cama en cama.

Si era lo último que hacía en su vida, iba a salvar a esos niños y a sacarlos de allí.

Pero para hacer eso, tenía que mantener la cabeza fría. Se obligó a respirar hondo y una vez más sacó su teléfono. Tomó fotos de los pacientes. El niño sin labios. La niña con las extremidades delgadas. El niño con las protuberancias. Encendió la grabadora y se quedó quieta, dejando que el aparato captara sus suaves llantos.

Le dolía el corazón por ellos. Quería recogerlos a todos en sus brazos y llevarlos lejos. A un lugar seguro. A un lugar que los ayudara. Pero no podía. Aún no. Tenía que terminar este trabajo primero.

Sin querer irse, se obligó a darse la vuelta, forzó a sus pies a cruzar la puerta. Encontró el camino de vuelta al área principal, el espacio abierto tipo hospital cerca del laboratorio.

Tan pronto como entró, sintió que su teléfono vibraba. Todavía lo sostenía. Parpadeó al ver la pantalla. Un mensaje de Parker.

¿Dónde estás? ¡Cinco minutos!

Santo cielo. Miró la hora.

Habían pasado mucho más de cinco minutos desde que lo había dejado. Transmisión lenta. Y había olvidado enviarle un mensaje como le había dicho que haría. No había tiempo para preocuparse por eso ahora.

Sus pulgares trabajaron en las teclas.

Encontré el laboratorio. Y más. Voy a buscarte.

Justo cuando pulsó el botón de enviar, oyó una campana apagada en alguna parte. Recordó el letrero que había visto antes.

Ascensor.

Su mente se aceleró. Llevaban allí horas. Ya debía de ser de día. Hora de trabajar.

Su corazón comenzó a golpear dolorosamente contra su pecho mientras buscaba un escondite. No había ninguno. Corrió hacia una de las salas de servicio, pero antes de que pudiera llegar, las puertas dobles con la hélice en el otro extremo de la sala se abrieron de par en par.

Se quedó helada cuando una mujer alta e imponente con una bata de laboratorio blanca y holgada entró. La vio de inmediato.

—¿Quién es usted? —tronó la mujer y a Miranda le pareció reconocer la voz—. ¿Qué está haciendo aquí?

La mujer se acercó y Miranda distinguió su placa de identificación. No podía creerlo. No era de extrañar que conociera esa voz. Ahora lo entendía. Ahora todo tenía sentido.

Cuando Miranda no respondió, la mujer rebuscó en su bolsillo.

—Voy a llamar a Seguridad.

No había opción, pensó de nuevo, sacó su arma y apuntó a la mujer.

—Yo no haría eso si fuera usted, Dra. Tenbrook.

CAPÍTULO CINCUENTA

La distribución de aquel edificio le estaba poniendo los nervios de punta a Parker.

Habían recorrido media docena de pasillos y no habían encontrado nada. La seguridad debía ser el motivo de aquel diseño laberíntico. Aunque se lograra entrar en el lugar, no se podría encontrar nada incriminatorio. Había que reconocerle al diseñador que el plan era bastante ingenioso.

Pero, al igual que Miranda, empezaba a pensar que la oficina de archivos había sido trasladada. O que nunca había existido.

Se lo habría dicho, pero ella no había respondido a su mensaje. Reprimió su irritación ante el recordatorio mientras pasaban junto a un pequeño hueco con un ascensor.

Sus sospechas se despertaron. No habría tomado ese ascensor a otro piso, ¿verdad? ¿O alguien habría bajado en él y la habría atrapado? No podía permitirse tener esos pensamientos. Miranda podía ser testaruda, pero era muy competente. Quizá había descubierto algo, se dijo. Estaba concentrada en su tarea. No había razón para creer que estuviera en problemas.

Todavía.

Levantó la vista hacia su guía voluntario y vio un destello de reconocimiento en su rostro.

—¿Lo ves, Yuri?

Yuri asintió lentamente y siguió caminando. —Esta zona me resulta familiar. ¿Aquí? —Se adelantó y desapareció al doblar una esquina—. ¡Sí!

—Shhh —siseó Parker mientras doblaba la esquina y lo seguía al interior de una habitación.

Se quedó mirando el contenido, que estaba parcialmente iluminado desde el pasillo. Yuri tenía razón. Era una oficina de archivos.

Pero era enorme.

Una habitación llena de estanterías, de siete anaqueles de fondo, cada uno abarrotado de carpetas manila codificadas por colores como las de un consultorio médico.

—Hay muchísimos —susurró Yuri, con asombro en su tono—. No podemos fotografiarlos todos.

—No —murmuró Parker. ¿Y dónde estaban todos los «pacientes» que correspondían a estos expedientes? La idea le provocó un escalofrío.

Giró la cabeza. Detrás de ellos se extendía un estante bajo montado en la pared que servía de escritorio para varios trabajadores. Allí había más papeles. Carpetas, etiquetas y otros artículos de oficina.

Parker examinó las computadoras. Seguramente contenían datos importantes. Sin duda, estarían protegidas por contraseña.

No tenían tiempo de hackear las unidades. Y no había tenido noticias de Miranda. Tenían que conseguir la información rápidamente, encontrarla y salir de allí antes de que los descubrieran.

Sacó su linterna de bolsillo y estudió las pestañas de colores de los expedientes más cercanos, intentando descifrar su código. Parecía que los expedientes del frente eran los más recientes.

Tomó uno y lo examinó.

La portada estaba marcada con el nombre GenaPulse y un número de caso escrito a mano. Lo que debía ser el logotipo de la organización estaba estampado en el centro. Una molécula de ADN en un círculo. El logotipo por sí solo era incriminatorio, pero ciertamente no era suficiente para presentar un caso sólido.

Pasó la página y empezó a leer el resumen.

Describía el cultivo de una determinada estirpe celular, los diversos microbios, tejidos y eucariotas utilizados. La temperatura, la humedad y otras condiciones. El crecimiento y la implantación del sujeto.

Las páginas siguientes detallaban el progreso del sujeto. Altura, peso, longitud. La descripción terminaba a los seis meses de edad. El documento estaba fechado la semana pasada.

Demasiado reciente. —Intentemos encontrar los nombres de las personas de las que nos hablaste.

—¿Te refieres a Matthew y Andrew y los demás?

—Sí. ¿Eso fue hace al menos ocho años?

—Creo que sí —dijo Yuri.

Con la esperanza de que los registros se remontaran tan atrás, Parker examinó durante un momento los códigos del estante de enfrente y luego señaló hacia la esquina más alejada. —Podrían estar por allí. Veamos qué podemos encontrar.

El gigante se escurrió por el estrecho pasillo y empezó a abrir expedientes. —No puedo leer esto. No hay nombres. Solo números.

Parker se agachó debajo de él y tomó un expediente del estante más bajo. Lo abrió.

La primera página, la que tenía el nombre de GenaPulse, el logotipo y el número de caso, estaba estampada en grandes letras negritas con una sola palabra.

«Terminado».

Rápidamente, Parker abrió el expediente y leyó, descifrando la terminología médica lo mejor que pudo. Los detalles del cultivo, crecimiento e implantación eran similares a los del otro archivo, pero se destacaban las variaciones en el proceso. Y luego venían los hallazgos negativos.

Defectos cromosómicos, postulación de este o aquel posible síndrome. Había radiografías y resultados de pruebas. Los fémures derecho e izquierdo estaban deformes y tenían que ser medidos a varios intervalos. Después de seis meses, no se detectó crecimiento. Faltaba una porción de los intestinos del sujeto. Había problemas hepáticos. Se administraba regularmente una batería de pruebas, incluyendo las cognitivas, que eran altas, y las de fuerza muscular, que eran promedio.

Había varias páginas que detallaban la falta de crecimiento, los decepcionantes resultados quirúrgicos y la degeneración general. A Parker se le heló la sangre al leer la última página. La decisión de

terminarlo había sido tomada por unanimidad por el director y dos científicos.

El sujeto había tenido seis años.

Se volvió hacia Yuri, preguntándose cómo aquel hombre había conseguido sobrevivir en un lugar así. Sostuvo el expediente. —Este es un buen comienzo.

Le señaló las páginas relevantes y luego comenzó a tomarles fotos con su teléfono mientras Yuri buscaba más.

Encontraron docenas de expedientes similares en estas estanterías, tomaron foto tras foto mientras se movían hacia el fondo de la sala. Estaban tan adentrados en las estanterías que Parker apenas oyó el tintineo del ascensor afuera.

—Detente, Yuri —susurró cuando el sonido finalmente se registró en sus oídos.

Volvió a colocar el último expediente en su sitio y se agachó. Yuri hizo lo mismo.

Una mujer estaba en el umbral, buscando a tientas el interruptor de la luz. Lo encontró y la habitación se inundó de luz.

Llevaba un uniforme quirúrgico de color verde azulado con zapatos blancos y suaves y un estetoscopio alrededor del cuello. Su liso cabello oscuro estaba recogido en un moño severo.

—¿Quién anda ahí? —exigió con acento de Europa del Este.

Parker se estremeció.

—Mamá. —Yuri empezó a levantarse.

—Quédate abajo —siseó Parker.

Pero el gigante se abrió paso alrededor de Parker y salió apresuradamente del refugio de las estanterías. —Mamá —dijo de nuevo al verla.

Ella se llevó una mano al pecho en señal de sorpresa. —¡Yuri! ¿Qué haces aquí?

Parker observó cómo la mujer rodeaba con sus brazos el cuello del gigante en un abrazo maternal. Su rostro estaba surcado de arrugas, su cabello salpicado de canas. Las lágrimas brillaban en sus ojos. Podría tener cuarenta o sesenta años. Era difícil saberlo. Pero a pesar de las extrañas circunstancias de su embarazo de hacía tanto

tiempo, sus sentimientos por el hijo que había dado a luz eran aparentemente reales.

Pasó suavemente la mano por el rostro de Yuri. —Te enviaron lejos. A ti y a Dashia.

—He vuelto.

—¿Qué estás haciendo en la sala de archivos? ¿Y quién es ese hombre? —Giró la cabeza y miró a Parker con recelo mientras este salía del pasillo, y luego de nuevo a su hijo. El deber luchaba con el instinto maternal—. Yo… yo… tengo que llamar a un guardia.

Había un extintor en la pared y una alarma roja junto a él. La enfermera se giró e hizo un movimiento hacia ella.

Parker se abalanzó hacia delante y le agarró la muñeca justo antes de que la alcanzara. —No puede hacer eso, Sra. Varga.

—¿Por qué no? ¿Quién es usted?

Estudió su rostro. Sus ojos marrones eran amables, pero sus rasgos eran afilados y parecidos a los de un pájaro, marcados por el dolor de los terribles hechos que se había visto obligada a mantener en secreto durante tantos años. No se parecía en nada a Yuri o a Dashia.

Decidió probar la persuasión. —Estoy aquí para ayudar.

—¿Ayudar con qué? ¿Qué estaba haciendo ahí atrás en los archivos?

—Soy un investigador privado. Ha habido dos asesinatos. Necesitamos su ayuda para resolverlos.

Sus ojos se abrieron de par en par y luego se llenaron de confusión. La mujer no parecía tener malas intenciones, pero debía tener el cerebro considerablemente lavado para vivir y trabajar en este lugar con el conocimiento de lo que ocurría aquí. Y solo Dios sabía cuántos hijos había llevado a término para GenaPulse.

Empezó a negar con la cabeza. —No. Usted debe ser el enemigo.

—No, soy un amigo. He venido a ayudar.

—Ha venido a destruirnos y ha involucrado a mi hijo. —Su voz se elevaba con histeria.

—Cálmese, Sra. Varga —dijo Parker suavemente—. Si me escucha, le explicaré todo.

Pero ella seguía negando con la cabeza una y otra vez. —No. No. Van a destruirnos. Nos hablaron de gente como usted. —De repente, se dio la vuelta y corrió por el pasillo—. ¡Auxilio! —gritó—. Ladrones en el edificio. Que alguien me ayude.

Yuri salió disparado tras ella. —Mamá, vuelve.

Parker maldijo por lo bajo mientras se le retorcían las entrañas. ¿Cómo podía haber salido todo tan mal tan rápido? No podía dejar que ninguno de los dos escapara.

Sacando su pistola, corrió tras la pareja a través del laberinto tan rápido como pudo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

La alta mujer que se erguía ante Miranda era más bien robusta.

Aparentaba tener unos cincuenta y tantos años, con cejas grises y espesas, y cabello castaño grisáceo con la raya en medio en un corte bob severamente recto que le llegaba a la altura de su mandíbula cuadrada.

Sus gruesos labios estaban pintados de un rojo rubí, a juego con un vestido que se asomaba por debajo de su bata blanca de laboratorio. Un único collar de perlas le colgaba del cuello. Incluso llevaba tacones altos.

Todo en ella gritaba Poder con P mayúscula.

—¿Quién es usted? —dijo de nuevo en un tono igual de exigente, a pesar de que era Miranda quien le apuntaba al corazón con la calibre .22.

—La pregunta del millón es quién es usted. ¿Y qué demonios cree que está haciendo aquí?

Sus ojos ardían, pero no había ni una pizca de vergüenza en ellos mientras los entrecerraba para mirarla. —Ya sé quién es usted. Debe de ser una de las detectives que contrató mi hermano.

—¿Su hermano? —«¿Sam? Él no tenía hermana». —Ah, espere. Se refiere al dueño del circo.

Sin duda, él había estado en contacto con ella, manteniéndola informada sobre el progreso de su investigación. Debía de haberle mentido sobre haberlos contratado. Aunque no podía imaginar por qué. Un momento. ¿Esa era su relación? ¿Hermano y hermana?

A Miranda se le escapó una sonrisita burlona. —Y yo que pensaba que era su madre.

—Mocosa impertinente. Ya veremos qué tan lista es cuando se la lleven a la cárcel por entrar sin permiso en un laboratorio de investigación.

Miranda soltó una carcajada. —¿Laboratorio de investigación? ¿A eso le llama asesinar niños pequeños? ¿Investigación?

Ahora las facciones de la mujer se contrajeron como una espantosa máscara de Halloween. Hizo un movimiento brusco hacia la pistola.

—Atrás, Tenbrook. Esta cosa dispara balas de verdad, ¿sabe?

Miranda observó cómo el pecho de la mujer subía y bajaba mientras echaba humo. Era obvio que estaba acostumbrada a dar órdenes, no a recibirlas.

—Mi personal llegará en cualquier momento. La arrestarán.

—No, no creo que sea a mí a quien vayan a arrestar.

—No sea ridícula.

Miranda quería bajar la pistola y simplemente estrangular a esa perra. ¿Quién se creía que era? Entonces recordó que la grabadora de su teléfono seguía encendida.

Haz que siga hablando. —¿Sabe? Creo que es ridículo pensar que podría salirse con la suya con lo que está haciendo aquí. ¿Qué es exactamente? ¿Bebés de probeta?

La mujer inhaló de forma dramática y puso los ojos en blanco. —Es un ingenioso proceso que hemos desarrollado durante décadas. Combina ingeniería genética, células madre y fecundación in vitro. Demasiado complejo para que lo entiendan los no científicos.

Ella sí podía entender el asesinato.

Miranda estaba a punto de pedirle detalles cuando la puerta se abrió y una mujer de pelo oscuro en uniforme médico entró corriendo, gritando histéricamente. —¡Doctora Tenbrook, doctora Tenbrook! Hay ladrones en el piso. —Ese acento.

Yuri entró como una tromba justo detrás de ella. —Mamá, por favor, no hagas esto.

La mujer vio la pistola de Miranda y empezó a gritar.

Fue suficiente para distraerla. Tenbrook se abalanzó sobre Miranda, le agarró la muñeca como un tornillo de banco y le retorció

el arma hasta que cayó al suelo. Sus labios rojos se separaron en una sonrisa de buitre.

—¡Suéltela! —Era Parker. Con su pistola desenfundada, reemplazando la de ella.

—No puede hacerle daño a mi madre, señor Parker. —Yuri agarró a la enfermera y los dos se acurrucaron detrás de un carrito.

Tenbrook hizo lo que le ordenaron y soltó el brazo de Miranda, pero su rostro estaba tan rojo como su vestido de rabia. —Parker. Supongo que usted es el otro detective que contrató mi hermano. Nunca se saldrán con la suya. ¿Cómo se atreve a amenazar a la científica jefa de un respetado laboratorio de investigación?

Parker se rio justo como lo había hecho Miranda ante las huecas afirmaciones de la mujer. —Ustedes no son un laboratorio de investigación. Son un matadero dirigido por lunáticos.

—Hacemos un trabajo importante. Uno de los trabajos más importantes en nuestro campo. Estamos financiados por el gobierno.

Miranda se quedó boquiabierta. —¿El gobierno aprueba lo que están haciendo aquí?

La doctora esbozó una sonrisa fina y condescendiente. —Ojos que no ven, corazón que no siente. Nuestros redactores de subvenciones tienen mucho talento. Además, en cuanto tengamos un éxito sólido, nos lloverán los fondos, suplicándonos que abastezcamos a sus ejércitos.

¿Qué acababa de decir?

La enfermera, que debía de ser la madre de Yuri, lloraba histéricamente. —¿Qué van a hacer? ¿Qué nos va a pasar?

Buena pregunta.

Miranda se agachó y recogió su pistola. —Le diré lo que va a pasar. Vamos a llamar a la policía. Vamos a mostrarles lo que tienen aquí abajo. El laboratorio con las placas de Petri, el quirófano para la extracción de órganos, la cámara de cremación.

—No tengo ni idea de lo que está hablando. Somos un centro de investigación muy respetado. Nuestro trabajo aquí es profundo.

—Profundamente asqueroso. Profundamente ilegal —dijo Parker.

Miranda no pudo resistirse a apuntar con el arma a esa arrogante excusa de científica. —Va a caer, doctora. Todos ustedes.

Ella seguía sin estar convencida. —No sabe contra quién se enfrenta. Nuestro equipo legal la destruirá.

—No lo creo.

Habían ganado. Se había acabado. Miranda metió la mano en el bolsillo para sacar su teléfono y llamar a Underwood. Cuanto antes arrestaran a esa perra y a su personal y sacaran a esos niños de allí, mejor.

Pero justo cuando sus dedos tocaron su celular, oyó que las puertas se abrían de nuevo.

—Suelten las armas —resonó la vozarrón familiar.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Miranda se dio la vuelta y vio al hombretón con la camiseta negra de UBT, su chaleco, jeans y botas vaqueras. Su cabello gris y rizado estaba desordenado y las fosas de su ancha y torcida nariz estaban dilatadas como las de un rinoceronte a la carga.

Estaba allí, blandiendo una enorme escopeta de corredera negra. Parecía una Mossberg.

Así que ahí estaba el hermanito al rescate. Deseó haber podido ver a través de este juego antes.

—¡Dije que la sueltes! —bramó de nuevo.

Nada que ver con «la experiencia de entretenimiento más excitante y estimulante de su vida».

Aunque por dentro estaba que hervía, Miranda abrió la mano y dejó caer su pistola. A su lado, oyó el arma de Parker golpear el suelo y el corazón se le hundió.

—Dense la vuelta. Pongan las manos en esa pared.

Hizo lo que le dijo. Levantó los brazos, se movió hacia la pared cercana y apoyó las manos en ella por encima de su cabeza. Le lanzó una rápida mirada a Parker.

La expresión de su rostro le pedía que mantuviera la calma.

«¿Cómo?», se preguntó ella.

—Tú también, Bala de Cañón.

Por el rabillo del ojo, Miranda vio a Yuri levantar sus grandes manos y colocarse al otro lado de Parker. También vio el brillo perverso en los ojos de la hermana mayor.

—Así es, Paxton. Ahora vas a dispararles uno por uno.

Mami tiene que decirte qué hacer, ¿no es cierto? No puedes pensar por ti mismo, ¿verdad, Paxton?

La enfermera empezó a chillar. —No mate a mi niño, doctora Tenbrook. Usted lo creó. Usted lo salvó.

—¡Cállate! —gritó el dueño del circo, y la enfermera se obligó a ahogar sus sollozos.

Miranda se atrevió a mirar por encima del hombro de nuevo y vio a Tenbrook, el dueño del circo, fulminando con la mirada a Tenbrook, la doctora.

—¿Por qué yo? —le dijo él.

La doctora frunció el ceño. —¿Qué quieres decir, Paxton?

—¿Por qué tengo que matar yo?

¿Tenemos aquí un poco de rivalidad entre hermanos? Miranda se arriesgó a echarle un rápido vistazo a Parker.

Él también lo vio.

La doctora Tenbrook parpadeó, mirando a su hermano como si estuviera asombrada. —Es nuestro acuerdo, Paxton. Tu pago por nuestra generosidad.

Su grueso labio se curvó. —¿Nunca te importó UBT ni lo que yo quería hacer con él, verdad?

—Cla… claro que me importaba.

—Mentiras. Todo eran mentiras. Solo lo hiciste por ti misma. Me usaste, Gloria.

Eso. Si él podía ver a través de sus artimañas y juegos mentales, quizás había una posibilidad de que salieran de esta con vida.

—Paxton, tenemos que mantenernos enfocados en la tarea que nos ocupa.

—Al diablo con tus tareas. Primero me envías pastillas de cianuro para que pueda encargarme del payaso que me dijo que iba a ir a los medios de comunicación sobre UBT y lo que sea que estás haciendo aquí.

«Lo sabía», pensó Miranda. Tenbrook mató a Tupper Magnuson para silenciarlo. Buen momento para hacerse la tonta. —¿Usted mató a Tupper? —se atrevió a preguntar por encima del hombro, como si estuviera totalmente asombrada—. ¿Cómo?

El orgullo que irradiaba el rostro de Tenbrook era justo lo que ella buscaba. —Fui a su tráiler con una botella de vino y le ofrecí una copa. Dije que era un brindis para reconciliar nuestras diferencias. Se suponía que ahí terminaría todo. Pero entonces aparecieron ustedes dos, los detectives. La policía pensó que fue suicidio, pero ustedes tenían que seguir escarbando y haciendo preguntas.

Levantó su escopeta y el corazón de Miranda empezó a martillear. El tipo estaba casi tan loco como su hermana. Si lo provocaba, esta escena podría convertirse en la masacre del Día de San Valentín.

—Deberías haberte encargado de ellos entonces —siseó la doctora Tenbrook.

—Tuve que cubrirme el pellejo ya que tú no lo hiciste —le gritó él —. Tuve que usar mi plan de respaldo.

Los ojos de la doctora se entrecerraron.

—Así es. Me adelanté a los hechos. Planté la botella en los rosales de Harvey Hackett para que la descubrieran. Por eso usé la marca que él bebía. Casi funcionó. Pero no sabía que el hermano de Harvey era un abogado defensor de primera. Iba a salir libre, y la policía y los detectives iban a descubrirlo todo. Así que tuve que hacer que pareciera que se suicidó. El maldito borracho no quiso aceptar una copa de mi parte. Tuve que meterle un trago a la fuerza por su ingrata garganta.

Una confesión completa. Bien por Harvey por haber desenmascarado la mentira de Tenbrook e intentar defenderse.

Miranda esperaba que la grabadora en su bolsillo siguiera funcionando. Y que la policía la encontrara si todos terminaban en un montón sangriento sobre el brillante suelo.

Hubo una larga pausa. La científica estaba recalibrando. Dio un paso hacia su hermano y su voz fue serena y tranquila cuando habló. —Siempre nos hemos ayudado mutuamente, ¿no es así, Paxton?

Ella parecía tener un efecto hipnótico en él. Miranda podía ver que estaba volviendo a caer bajo su hechizo.

—Mantenga la calma, Paxton —dijo Parker con tranquilidad, sonando como un terapeuta tratando a un paciente volátil.

La doctora Tenbrook lo ignoró. —Tenemos una tarea más que cumplir.

—¿Qué tarea? —preguntó Paxton con recelo.

—¿Dónde está la chica?

El dueño del circo gimió de frustración. —Maldita sea, Gloria. No lo sé.

—Está ahí fuera, Paxton. Nos destruirá si no la encontramos.

Yuri soltó una risa de agonía. —¿Habla de Layla? Ella está muy lejos y a salvo de usted.

Miranda hizo una mueca. La bala de cañón era un cabo suelto. Deseó que se hubiera quedado callado. Especialmente cuando vio los labios rojos de la doctora torcerse en una sonrisa grotesca.

—Haz que nos lo digan, Paxton. Haz que nos digan dónde está. Dispárale a uno de ellos.

Esta vez no discutió. Quería a Layla tanto como su hermana. La artista sabía lo que le había hecho a Tupper.

—Usted —dijo, apuntando con el arma a Miranda—. Dese la vuelta.

Ella hizo lo que le dijo, manteniendo las manos en alto.

—¿Dónde está ella?

—No lo sé —intentó sonar convincente, aunque el temblor en su voz era real. No es que eso les fuera a dar mucho tiempo. No lo hizo.

—¿Te gusta esta detective, Yuri?

—No le haga daño, señor Tenbrook —gimoteó el gigante, sonando como uno de los niños de la sala.

—Si no me dices dónde está Layla, voy a dispararle.

—No, señor Tenbrook —Yuri empezó a llorar. Se derrumbaría en cualquier momento.

Ella dio un paso en dirección a Paxton. Solo un paso. Si tan solo pudiera alcanzar esa Mossberg.

Él la vio moverse y apuntó el arma a su pecho. —Lo voy a hacer ahora, Yuri. Uno, dos…

Parker se dio la vuelta, haciendo que el corazón de Miranda se contrajera de dolor. —Yo le mostraré dónde está, Tenbrook —dijo.

El labio de Tenbrook se crispó. —¿Mostrarme?

—Lo llevaré hasta allí.

La doctora comenzó a caminar de un lado a otro, enfurecida por su repentina pérdida de control. —No vamos a ir a ninguna parte. Les dispararemos uno por uno, si es necesario. Todos terminarán muertos.

—No podemos hacer eso, Gloria —dijo Paxton.

¿Estaba empezando a tener conciencia? ¿O perdiendo el valor?

—Claro que podemos —le dijo la doctora—. Podemos deshacernos de los cuerpos. Nadie lo sabrá.

En el incinerador de la parte de atrás.

Miranda se arriesgó a dar otro paso hacia el dueño del circo. —¿Como se deshacen de los niños pequeños que no cumplen con sus criterios?

—¿Qué? —el rostro de Paxton se contrajo con genuina sorpresa.

Miranda levantó una ceja. —¿No sabe lo que su hermanita está haciendo aquí?

—Es una científica. Hace experimentos importantes —la fulminó con la mirada—. ¿De qué está hablando, Gloria?

Por el rabillo del ojo, Miranda vio a Parker dar un paso cauteloso hacia el dueño del circo mientras él estaba distraído. La puso nerviosa, pero mantuvo su atención en la doctora.

—Ella no lo entiende, Paxton.

—¿De qué está hablando? —chilló esta vez, exigiendo una explicación.

La doctora tomó aire, levantando las manos como si eso fuera a calmarlo. —Imagina un mundo poblado de genios. Personas cinco veces más inteligentes que cualquiera que viva ahora, cinco veces más fuertes, con una destreza física asombrosa y una salud vibrante. Piénsalo, Paxton. Personas así podrían acabar con la guerra, la pobreza, las enfermedades. Todos los problemas que azotan a la humanidad. Es un futuro casi más allá de nuestra comprensión.

—Bastante irónico lo que tienen que hacer para llegar a eso —murmuró Miranda.

Paxton se giró hacia ella, tambaleándose hacia un lado. El lado al que Parker se estaba acercando. —¿Qué es lo que tienen que hacer?

Mejor soltarlo todo. Era la única oportunidad de romper el hechizo que su hermana tenía sobre él.

—Tienen que fabricar niños en placas de Petri en ese laboratorio de allí —señaló la habitación del costado—. Pero los experimentos no funcionan. Layla, Yuri y Dashia fueron los afortunados. La mayoría terminan con defectos horribles —hizo un gesto hacia el otro lado—. Allá atrás hay unas dos docenas de niños esperando a que los duerman porque simplemente no dieron la talla.

Los ojos de Tenbrook comenzaron a vidriarse de incredulidad. —¿A que los… duerman?

Miranda continuó mientras Parker se acercaba sigilosamente. —Que los duerman antes de que sus órganos sean cosechados y el resto de ellos vaya al incinerador —vio cómo el rostro rubicundo de Paxton se ponía pálido—. Está justo ahí atrás. ¿Quiere verlo?

—¿Qué? —sus ojos vidriosos pasaron de su hermana a Miranda y de vuelta—. Yo no sabía. Lo juro por Dios, no sabía.

La doctora apretó los puños a los costados. Su rostro se puso tan rojo como su vestido. —Paxton, estás exagerando. Esta mujer no sabe de lo que habla. Apostaría a que apenas terminó la secundaria. No puede entender nuestro trabajo.

—¿Tu trabajo? —la miró fijamente como si nunca la hubiera visto —. ¿Cuál es exactamente tu trabajo? ¿Era esto lo que sabía Tupper Magnuson? ¿Estás matando niños? Con razón no te importó lo que tuve que hacerle a él o a Harvey. Con razón no te importa si mato a estos detectives. ¿Cuándo acaba esto, Gloria? ¿Cuándo?

—No puede acabar, Paxton. No hasta que demostremos lo que estamos haciendo. Estamos ayudando a la humanidad. Estamos a punto de producir una estirpe de la raza humana muy superior a cualquiera anterior.

—Estás loca.

—¿Loca, dices? Te mostraré lo que es estar loca —comenzó a agacharse—. Si no haces lo que te digo, lo haré yo misma —alcanzó la pistola con mango de nácar que Miranda había dejado en el suelo.

—Tú —bramó Paxton en agonía—. ¡Todo esto es por tu culpa! — levantó su rifle.

Los siguientes minutos parecieron transcurrir en cámara lenta.

Miranda vio algo brillar a su lado. Y a Parker yendo por Paxton. Se agachó y se lanzó hacia la doctora.

Pero fue demasiado tarde.

—¡Cuidado! —gritó alguien. Quizás la enfermera. Sonaba como si estuviera bajo el agua.

Una fuerte explosión blanca, una ráfaga de perdigones, resonó en sus oídos como un estallido sónico. Sintió una oleada de dolor recorrer su cuerpo. Por un momento no pudo ver nada, no pudo sentir nada. Luego oyó un sonido ahogado. Como un llanto.

Con la cabeza zumbándole, se incorporó sobre las manos y miró a su alrededor.

Estaba en el suelo. Tenía los dedos ensangrentados. Giró el cuello y vio a Parker en el suelo encima del gimoteante Tenbrook, con la Mossberg a su lado, mirando al otro lado de la habitación con horror.

Se volvió. A su lado, en el suelo, en un charco de sangre, yacía la hermana de Tenbrook, sin vida, con el rostro destrozado. Más allá, Yuri y su madre se abrazaban, ambos sollozando en estado de shock.

—Estás herida —Parker intentaba llegar hasta ella.

Sintió una punzada. Se miró y vio que la ráfaga de perdigones le había rozado la parte superior del brazo. Parte de la sangre en el suelo era suya.

El teléfono de Miranda vibró. Aturdida, buscó en su bolsillo con la mano ensangrentada para contestar. La grabadora seguía funcionando.

—¿Hola? —dijo con una voz que no parecía la suya.

Era Underwood. —Estamos en GenaPulse. En el vestíbulo hablando con un guardia. Vimos su auto afuera, Sra. Steele. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Se incorporó, con la cabeza despejándose, y se apartó el cabello de los ojos. —Dígales que los lleven al sótano —dijo—. Hay un desastre que limpiar aquí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Miranda estaba de pie con su ropa ensangrentada en la escalinata de GenaPulse, con el trozo de tela que Parker había arrancado de una sábana atado alrededor de su brazo.

Cuando levantó una mano para protegerse los ojos del brillante sol de la mañana, lo primero que vio fue una horda de reporteros.

Pululaban a su alrededor, de Parker y de Underwood como moscas.

Querían una historia.

En otras circunstancias, Miranda los habría mandado a todos al diablo y se habría marchado. Pero esta vez aprovechó la oportunidad para hablarles de los niños que había encontrado dentro de las instalaciones. Los que ahora estaban siendo subidos a ambulancias y llevados a hospitales cercanos para recibir tratamiento.

Describió algunas de las condiciones que había visto, con la voz temblorosa mientras veía cómo las expresiones de los rostros de los periodistas se volvían sombrías.

—Estos niños necesitan su ayuda —dijo a la cámara—. La policía va a establecer una línea directa a la que pueden llamar y prometer donaciones para los cuidados que necesitarán.

Dirigió una mirada a Underwood, que parecía atónito por su oferta improvisada. Pero el sargento asintió con la cabeza y dijo a la prensa que pronto darían a conocer el número al que llamar.

—Estuviste magnífica allá atrás —le susurró Parker al oído, mientras regresaban al auto de alquiler.

—¿Te refieres a mi discurso a la prensa?

—Me refiero a todo.

Él se detuvo y se volvió hacia ella. Luego la tomó en sus brazos y la besó tan fuerte como se atrevió.

Ella se derritió en su beso, agradecida por su valor. Y porque todos seguían vivos.

###

Estaban agotados, pero pasaron por el hotel para cambiarse, y después de que Parker le echara gasolina al auto alquilado, hicieron el viaje de dos horas hasta Atoka y el rancho del hermano de Sam.

Necesitaban poner a su cliente al día y devolver a Yuri con su familia. La policía estaba deteniendo a su madre, pero se hablaba de un trato de inmunidad si corroboraba todas las pruebas que Miranda и Parker habían reunido contra GenaPulse. Después de eso, ¿quién sabía?

Mientras se dirigían de nuevo a Oklahoma, Underwood llamó para decirles que una unidad acababa de encontrar al Director de GenaPulse en su casa y lo había arrestado. Miranda esperaba que lo pusieran en la celda contigua a la de Paxton Tenbrook.

En ese momento la policía estaba ocupada clausurando el lugar, interrogando a los trabajadores y trasladando a los niños a los hospitales cercanos, algunos de los cuales Tupper había visitado.

A Miranda le gustaba pensar que eso le habría hecho sonreír.

Underwood también dijo que las donaciones ya habían empezado a llegar a raudales a la línea directa. Uno de los médicos le había dicho que, con tratamiento, creía que todos los niños rescatados tenían una oportunidad de llevar una vida normal. Incluso había habido solicitudes de adopción.

Eso hizo que Miranda sonriera aún más. Y que pensara en Mackenzie. Esperaba que todos esos niños fueran a un hogar tan bueno como el que tuvo su propia hija.

Quizás Texas no estaba tan mal después de todo.

###

Era casi mediodía cuando llegaron al rancho en Atoka.

Sam los recibió en la puerta con una sonrisa y los hizo pasar para almorzar. Todos se reunieron alrededor de una gran mesa de roble en un comedor rústico para una sustanciosa comida campestre de

pollo frito, mazorcas de maíz y bizcochos caseros preparados por la cuñada de Sam.

Mientras comían, Parker explicó lo que había sucedido, enfatizando el valor de Miranda hasta que ella quiso sonrojarse. Ella tuvo que añadir que lo que Parker hizo tampoco había estado nada mal. Y que ni siquiera habrían podido entrar si no hubiera sido por Yuri.

—Los salvaste —le dijo Layla a Miranda, extendiendo la mano sobre la mesa para apretarle la suya—. Salvaste a todos esos niños y detuviste los experimentos. Nos devolviste la vida. ¿Cómo podemos agradecértelo?

Miranda no supo qué decir. Miró su plato vacío, y luego la comida sobre la mesa. —¿Tal vez si me pasas un trozo de ese pastel de cereza?

Cuando la comida terminó, Miranda se levantó de la mesa y se inclinó para susurrarle a Parker que tenía algunos asuntos que resolver. Él asintió con comprensión y ella salió a caminar a solas con Sam.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Miranda paseaba en silencio junto a Sam por un sendero de tierra flanqueado por una pintoresca valla de madera labrada y un arroyo claro y estrecho que corría a su lado. Respiró el aire puro del campo, contenta de estar viva. Contenta de que todos estuvieran vivos.

Sam caminaba cabizbajo, con las manos en los bolsillos traseros y el ala de su Stetson ocultándole las facciones.

Al fin habló.

—Miranda, no tenía ni idea de…

—Lo sé, Sam —lo interrumpió ella.

Él hizo una mueca de repulsión.

—¿Ese laboratorio horrible? ¿Todas las cosas horribles que hacían ahí dentro? Jamás te habría involucrado si lo hubiera sabido.

—Lo sé. Salió todo bien.

—Me alegro. Sabía que podías encargarte de las cosas. Solo que no sabía lo mal que se pondría —la comisura de su boca se curvó en una media sonrisa—. Supongo que sigues siendo la vieja Steele la Patea-Traseros.

—Sí —tuvo que reírse de eso.

Pasearon un poco más y Sam respiró hondo.

—Siento haberte coqueteado, Miranda.

Ella dejó de caminar. No supo qué decir a eso.

Él se giró hacia ella, con las manos todavía en los bolsillos.

—Layla me dejó por Tupper. Supongo que estaba de rebote. Lo que dije era en serio. Lo nuestro fue bueno una vez.

—Sí, lo fue —inspirando el olor a heno, miró el campo de suaves colinas que se extendía más allá de la acogedora casa del rancho hasta el horizonte, donde una hilera de árboles de un verde intenso vigilaba la tierra.

Volvió a centrarse en Sam y estudió su expresión. Tenía que decirle lo que estaba pensando.

—Sabías desde el principio que fue Tenbrook quien mató a Tupper, ¿verdad, Sam?

Sus mejillas se sonrojaron un poco. Evitando su mirada, bajó la vista y pateó la tierra con la punta de la bota.

—Eres una buena detective.

—Sí, lo soy.

Él levantó las palmas de las manos.

—No podía demostrarlo. Ni siquiera podía decirlo en voz alta. ¿Y si me equivocaba? Necesitaba que alguien lo demostrara por mí. Alguien que supiera lo que hacía —se atrevió a mirarla—. Alguien como tú, Miranda.

—Y como Parker —dijo ella con firmeza.

Él se echó el sombrero hacia atrás.

—Sí, y como Parker. Ustedes dos hacen un equipazo.

—Gracias.

—Y tengo que admitir…

—¿Qué?

—Que ustedes dos están hechos el uno para el otro.

Eso la hizo sonreír. Supuso que sí.

Apoyó el pie en el travesaño de la valla y guardó silencio un largo momento, con la vista fija en un punto cerca del granero. Layla y los Vargas habían ido al potrero con los chicos. Estaban preparando dos caballos para que montaran.

Él sonrió ante la escena, con anhelo en los ojos.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?

Su sonrisa se hizo más profunda.

—¿Tanto se nota?

—Eres bastante transparente con tus sentimientos, Sam.

—Supongo que sí.

Tenía la sensación de que esta vez la joven artista le correspondería.

—¿Qué harás ahora?

Sam inspiró lentamente.

—Yuri dijo que le gustaría quedarse aquí unos días más. A los niños les gustan los caballos y él necesita algo de tiempo para asimilarlo todo.

—Tu hermano es muy bueno al dejarlos.

Él se rio entre dientes.

—Pondrá a Yuri a trabajar como peón, con todos sus músculos.

—Buena idea —pero no podía imaginarse a Sam como un ranchero a tiempo completo—. ¿Y después qué?

—Tendremos que ver qué le parece a Yuri, pero Layla y yo hemos estado hablando de hacernos cargo del circo.

—¿Bajo la Gran Carpa?

Sus ojos verde bosque centellearon mientras sonreía con su sonrisa juvenil.

—Queremos formar una sociedad y dirigirlo nosotros mismos.

Abrió la boca, sorprendida.

—Eso va a costar trabajo.

—Estamos pensando en pedirle al hermano de Harvey que redacte los papeles y nos ayude con los detalles.

Lo miró, sintiendo una oleada de admiración.

—Grandes planes.

—Lo sé. Pero todos amamos tanto esa vida que sé que podemos hacer que funcione. Vamos a organizarnos como una organización benéfica y a hacer espectáculos para los niños de los hospitales locales, como hacía Tupper. Oye, ¿no sería genial si pudiéramos hacer algunos de sus números para los niños que rescataste?

Tuvo que sonreír ante la idea de que el viejo Sam Bigotes hubiera pasado de vaquero temerario a hombre de negocios. Era un poco difícil de creer, pero tenía la sensación de que lo conseguiría. Después de todo, tenía un corazón de oro.

—Creo que eso sería absolutamente maravilloso.

###

Después de ver a los niños montar a caballo un par de horas más, se despidieron de Sam, Layla y los Vargas, agradecieron la hospitalidad al hermano y la cuñada de Sam y regresaron a Dallas en el auto de alquiler.

Mientras recorrían los kilómetros de vastos y llanos campos verdes y marrones de Texas, Miranda se estiró y tomó la mano de Parker.

—Quiero decir algo.

Lo sintió tensarse.

—¿Ah, sí?

Era hora de más verdades.

—Odio por lo que tuviste que pasar en este caso, Parker. O sea, las cosas que le permití a Sam. —Le había causado dolor y estaba enojada consigo misma por ello.

Él no respondió, solo asintió, con los ojos en la carretera.

—Supongo que me dejé llevar por el recuerdo de lo que una vez sentí. Fue lo único bueno que me pasó, en cuanto a relaciones, hasta que llegaste tú. Eso significa algo. Supongo que siempre lo hará.

—Por supuesto.

Se giró en su asiento para mirarlo.

—Pero no significa que sea real. Esos sentimientos son solo recuerdos. Días pasados que nunca volverán. Pueden ser bonitos y atractivos, pero en realidad son tan fugaces como un acto de circo.

Él asintió de nuevo.

Ella bajó la mirada a su mano fuerte. Trazó una línea sobre sus nudillos con el dedo.

—Lo que tú y yo tenemos, Parker, nuestras vidas, nuestro trabajo. No es un mundo de fantasía y no siempre es bonito. Pero es la vida que quiero.

Al fin, esbozó una sonrisa. Pero permaneció en silencio.

Podía ver por las líneas de su rostro que estaba asimilando sus palabras, procesándolas en su corazón.

Contempló la fuerte y musculosa figura que había estado a su lado en tantos casos. Las manos que le habían salvado la vida infinidad de veces. El rostro toscamente apuesto con el que se había

estado despertando durante casi un año ya, y su corazón se encogió con una emoción increíble. Nadie significaba para ella lo que Parker. Nadie podría ni acercársele.

—Es a ti a quien quiero, Parker. Es a ti a quien amo —sus siguientes palabras salieron en un susurro—. Te elegí a ti. Y siempre te elegiré a ti.

Finalmente, él le llevó la mano a los labios y le besó los dedos.

—Estoy tan contento de que lo hicieras, Miranda. Muy, muy contento.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Llegaron a casa a tiempo para el Abierto de Atlanta.

Después de un largo vuelo y una buena noche de descanso, a la mañana siguiente Miranda se sentó junto a Parker bajo la alta cúpula del centro de patinaje, en los asientos de primera fila que Fanuzzi les había conseguido.

Con un traje plateado de cuento de hadas, y su oscura cola de caballo ondeando tras ella, Wendy Van Aarle se deslizaba elegantemente sobre el hielo al compás de la música clásica que había elegido. A Miranda se le infló el corazón al darse cuenta de lo bien que estaba actuando la chica que una vez creyó que era su hija. Sus saltos eran altos e impecables, sus pasos cruzados y piruetas bajas eran perfectos.

Miranda sintió que le apretaban la mano y su corazón se volvió a inflar.

Mackenzie Chatham, su verdadera hija, estaba sentada a su lado, sonriendo de oreja a oreja.

—¿A que es genial? Va a ganar. —Mackenzie había participado en gran medida en el entrenamiento de Wendy.

Miranda asintió.

—Creo que podría hacerlo. —Estaba muy orgullosa de sus dos chicas.

Mientras observaba a Wendy ejecutar otro salto perfecto, Miranda vio a un joven de pie junto a la pista. Tenía el pelo oscuro, rizado y algo largo, y su camisa a cuadros colgaba sobre un par de jeans gastados y zapatillas deportivas con un típico aspecto

adolescente. Mientras todos aplaudían, él giró la cabeza y le dedicó una sonrisa coqueta a Mackenzie.

Ella lo reconoció, pero giró la cabeza para concentrarse en Wendy con aire indiferente.

Miranda parpadeó. ¿Sería este el chico de la clase de biología del que le había hablado Mackenzie? ¿Iba en serio con él? ¿Y qué haría Miranda si Mackenzie quisiera presentárselos más tarde? Decidiendo que ya lo resolvería cuando llegara el momento, Miranda se centró en la conversación a su alrededor.

Parker estaba charlando con los Van Aarle y los Chatham, que estaban sentados a su lado.

Detrás de Miranda, el acento de Brooklyn de Fanuzzi le resonaba en los oídos mientras ella, su burbujeante amiga rubia Coco y la hija de Parker, Gen, charlaban sobre los planes para la fiesta de aniversario. Al final de la fila, Becker estaba sentado jugueteando con su tableta, con sus pobladas cejas fruncidas y su gran nariz hundida en la pantalla. Realmente le gustaban esas cosas, ¿no?

Pero su compañero de trabajo no estaba completamente ajeno a lo que le rodeaba. Se las arregló para no perder de vista lo que ocurría en la pista y, cuando anunciaron a los ganadores, vitoreó más fuerte que nadie.

Wendy obtuvo el primer lugar.

###

Estaban de pie cerca de las vallas, esperando a que apareciera la ganadora y haciendo planes para la celebración. El chico que le había sonreído a Mackenzie parecía haber desaparecido. Mientras disfrutaba del alivio de esa constatación, Miranda sintió que su celular vibraba.

Sacó el teléfono del bolsillo y se alejó del grupo para atender la llamada, preguntándose quién sería.

Era un mensaje de texto. Bajó la vista hacia la pantalla y se le heló la sangre en las venas.

Sé lo que eres.

Se le cerró la garganta. Por un largo momento no pudo respirar. Este era el tercer mensaje que recibía así. Anónimo. Sin dirección de

correo electrónico. Había descartado los otros dos como si fueran bromas. ¿Pero tres?

Sé quién eres.

Sé dónde estás.

Y ahora, *sé lo que eres*.

Y siempre llegaban en el mismo momento. Justo después de volver a casa de un caso. Después de salir en las noticias.

Miró a Parker, que mantenía una intensa conversación con Mackenzie, sin duda sobre el fino arte de entrenar patinadores.

Las cosas iban muy bien en ese momento. Sus heridas estaban sanando. Wendy acababa de ganar este torneo. Estaban más unidos que nunca. Si le contaba sobre estos mensajes, se preocuparía hasta enfermarse. Todavía existía la posibilidad de que no fueran nada.

Recorrió con la mirada al grupo de sus amigos y familiares y su vista se posó en Becker. El recién estrenado genio de las computadoras.

Se acercó a él y le dio un golpecito en el brazo.

—Oye, cuidado, Steele —bromeó él.

—Necesito hablar contigo. —Señaló con la cabeza las puertas de cristal que daban al exterior.

Cuando estuvieron en la acera, él se volvió hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Necesito un favor.

—Está bien.

Le tendió el teléfono y le mostró el mensaje.

Él frunció el ceño con profunda preocupación.

—¿Qué es esto, Steele?

—No lo sé. He estado recibiendo mensajes de texto como este últimamente. Cada vez que vuelvo a casa de un caso. —Le explicó los detalles, los pocos que tenía—. ¿Puedes averiguar quién es?

—¿Quién los envía?

—Sí. —Averiguaría el siguiente paso una vez que tuviera esa información.

Se rascó la cabeza.

—Tal vez. Puedo hacer mi mejor intento.

Ella soltó un suspiro de alivio. Becker era bueno. Lo averiguaría.

—Gracias.

Él se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Te conseguiré uno de reemplazo a primera hora del lunes.

—Gracias —dijo ella de nuevo mientras se acercaba a la puerta para volver a entrar—. Ah, y Becker.

—¿Sí?

—No le digas a nadie sobre este pequeño proyecto.

La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ni siquiera a Parker?

—Especialmente a Parker no.

Él parecía un poco aprensivo, pero la amistad es la amistad.

—Lo que tú digas, Steele. Por mi boca no saldrá nada. —E hizo el gesto de cerrarse los labios con llave.

Volvieron a entrar y descubrieron que Wendy había salido del vestidor y todo el mundo la aplaudía, vitoreaba y abrazaba. Parecía que la fiesta ya había empezado.

Miranda se abrió paso hasta el lado de Parker. Él le sonrió radiante mientras la rodeaba con un brazo y a Wendy con el otro y las declaraba a ambas ganadoras.

Ella le sonrió al ver su atractivo rostro, con el corazón lleno de amor por él.

Acababan de cerrar un laboratorio secreto y de salvar la vida de más de dos docenas de chicos. Tenía familia, amigos y gente que la quería. La vida, como dicen, era buena.

Devolvió el abrazo de Parker. No había nada de qué preocuparse. Absolutamente nada.

En el fondo de su corazón sabía que todo iba a salir bien.

###

Gracias por leer *Payasos y vaqueros*. Las aventuras de Miranda y Parker continúan en el siguiente libro de la serie, que se publicará próximamente.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.
